IMPRESO EN LA ARGENTINA

PRIMERA EDICIÓN
Publicada en diciembre de 1939

SEGUNDA EDICIÓN
Publicada en octubre de 1941

TERCERA EDICIÓN
Publicada en enero de 1945

TÍTULO DEL ORIGINAL INGLÉS:
"THE CRISIS OF OUR CIVILIZATION"

HILAIRE BELLOC

LA CRISIS DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

Traducción de
CARLOS MARÍA REYLES



EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

INTRODUCCIÓN

Esta obra contiene la materia de las conferencias que dicté en la Universidad de Fordham entre el 16 de febrero y el 18 de mayo de 1937. Para dar a esta materia la forma de un libro, me he abstenido de redactarla conferencia por conferencia tal como fueron pronunciadas, y he preferido disponerla en grupos, dentro de los cuales mi tesis encuadra naturalmente. Tal tesis puede ser enunciada en el título que he dado al conjunto, La Crisis de Nuestra Civilización.

Este libro es una exposición histórica cuyo propósito tiende a demostrar:

Que nuestra civilización, es decir la civilización de la cristiandad que hoy abarca a Europa, especialmente el Oeste de Europa, que irradia desde ahí sobre el Nuevo Mundo y actúa como guía o instructora de otras culturas en Asia y en el Norte de África, ha llegado a una crisis que la pone en peligro de muerte.

Me propongo en consecuencia describir cómo surgió esa civilización, las direcciones principales de su desarrollo, así como las instituciones que tuvieron su origen en ella y de las cuales dependía. A renglón

seguido me propongo demostrar cómo fué desintegrándose y, en consecuencia, debilitándose espiritualmente, aun cuando siguió progresando materialmente, hasta que por fin, con la destrucción de la tradición moral, gracias a la cual había existido y se mantenía precariamente en pie, perdió su auténtico principio vital amenazando disolverse a menos de retornar a ese principio.

En otras palabras, mi tesis es esta:

Que la cultura y la civilización cristianas denominadas, en términos generales, durante siglos, "Europa", fué elaborada por la Iglesia Católica reuniendo e inspirando las tradiciones sociales del Imperio Greco Romano e impartiendo al conjunto de ese gran cuerpo una vida nueva.

Estamos hechos por la Iglesia Católica. A ella le debemos nuestra unidad, nuestro conjunto filosófico de la vida y la formación de la naturaleza de los hombres del mundo de raza blanca. Ese mundo —la Cristiandad— enfrentó el peligro del asalto bárbaro pagano desde afuera como desde adentro y soportó la presión de una nueva gran herejía que pronto se convirtió en una nueva religión: el mahometanismo.

La Iglesia Católica salió triunfante de estos peligros aun cuando perdió en la contienda mucho terreno conquistado: volvió a resurgir después que pasó la presión y entró en la alta vida de la Edad Media alcanzando su culminación en los siglos XI, XII y en particular en el XIII, ofreciéndonos tanto a nosotros como a nuestra civilización el reparo más seguro.

Mas, como consecuencia de varias causas (entre las cuales quizá la vejez fuera la principal) ese gran período exhibe síntomas de decadencia a comienzos del siglo XIV; una decadencia que se acentuó rápidamente durante el siglo XV. Cada vez más se dudaba de la Fe, gracias a la cual vivíamos, así como de la autoridad moral sobre la cual todo descansa. Debido a ello la sociedad cristiana tuvo que soportar una fuerte presión que amenazaba dislocarla, perdiendo paulatinamente su estabilidad hasta que, por fin, a principios del siglo XVI, sobrevino la explosión temida y esperada durante tanto tiempo. En lenguaje corriente, este desastre ha sido llamado "La Reforma".

Desde ese momento en adelante, durante los siglos XVI, XVII y XVIII y parte del XIX, habiendo desaparecido la unidad de la cristiandad y habiéndose debilitado el principio vital sobre el cual su vida dependía, nuestra cultura perdió su unidad, entrando en un proceso de descomposición creciente. Esta circunstancia adversa fué acompañada por un rápido progreso del conocimiento procedente del exterior, conocimiento referente a la ciencia y al dominio del hombre sobre las cosas materiales; pero al mismo tiempo perdiendo su asidero en las verdades espirituales. Era el reverso de lo que había sucedido al principio de nuestra civilización. Entonces nuestra religión salvó al mundo antiguo precisamente cuando éste iba a perecer, creando una cultura nueva, aun cuando agobiada por una decadencia de la ciencia, las artes y las cosas materiales.

La progresión de nuestro conocimiento en lo que atañe a las cosas exteriores así como la de nuestro poder sobre la naturaleza, no contribuyeron a atenuar la creciente presión que pesaba sobre el mundo. El conflicto entre ricos y pobres, el conflicto entre idolatrías nacionales opuestas, la falta de patrones comunes así como la de doctrinas inmutables sobre las cuales éstas dependen, terminan por llevarnos, a principios del siglo XX, al borde del caos, amenazando sumir a los hombres en un estado de desconcierto propicio a la destrucción de la sociedad. En esta crisis, sólo nos quedan dos alternativas: el restablecimiento, mediante la restauración de la fe católica, o la extinción de nuestra cultura.

Tal es el esquema de este libro.

Lo he dividido de acuerdo a determinada clasificación, en varios grupos, cinco en total.

El primer grupo trata de la fundación de la Cristiandad, gracias a la conversión del Imperio Greco-Romano, justo antes de que éste fracasara debido a la desesperación, pero demasiado tarde para salvarlo de la decadencia material. Este proceso cubre más o menos los primeros cinco siglos de nuestra era.

En el grupo siguiente se considera la terrible prueba por la cual tuvo que pasar la civilización y de la que volvió a surgir reconstruída, tras no pocas dificultades, en el momento culminante de la Auténtica Edad Media, *comenzando después su declinación. Este período dura, más o menos, mil años, desde el siglo VI al siglo XV inclusive —años 500 a 1500— y puede clasificarse en tres subdivisiones: el* Sitio a la Cristiandad, *la* Culminación de la Edad Media *y su* Declinación.

El tercer grupo concierne a La Reforma, *es decir, a la ruptura de nuestra sociedad y a la siembra de aquellas semillas dañinas que más tarde habrían de amenazar nuestra existencia misma; a la independencia de cada provincia de la cristiandad, a la negativa de aceptar una autoridad común sobre ellas, a la afirmación del estado soberano que no debe obediencia a nadie y a su libertad para destruir cualquiera de sus congéneres, y, por su parte, expuesto a un destino similar sin apelación; por fin, a la destrucción de la vida social cooperativa y a la creciente tiranía de la riqueza.*

En el cuarto grupo se considera el proceso donde aparecen los males sociales y morales, después de la ruptura del cristianismo, ligados a un rápido avance del conocimiento de la naturaleza y el consiguiente desarrollo de las comunicaciones así como de todas las aptitudes orientadas hacia el exterior. Ello condujo por fin a la oposición completa de lo que antes había sido el mundo cristiano, a la oposición del rico contra el pobre. La esclavitud parcial de este último, su destitución, su dependencia de una minoría de amos-pagadores, la reacción contra semejantes condiciones inhumanas de insuficiencia e inseguridad y la formulación de su reacción, primero en aquellos vagos términos de lo que se acostumbraba a llamar Socialismo, *para adquirir más tarde la forma intensa, doctrinal y*

precisa de lo que ahora se conoce universalmente bajo el nombre de Comunismo. *El Comunismo y su oponente la Iglesia Católica, gracias a cuyas tradiciones se formó y vivió la cristiandad, así como el propósito de destruir totalmente esas tradiciones, en particular la religión sobre la cual todo depende, están ahora frente a frente.*

En el quinto grupo se hace referencia a los remedios sugeridos *para hacer frente a tan desesperada situación, pues si se acepta el comunismo como una solución aparente, ello significa el fin de nuestra cultura, de la cual todos hemos vivido hasta ahora.*

Para cosechar los frutos que la cultura católica produjo cuando estaba en pleno vigor, sólo nos queda una alternativa, la restricción del monopolio, el doblegamiento del poder del dinero, la implantación del trabajo cooperativo y la amplia distribución de la propiedad privada, así como el principio más importante de la Corporación y la estricta restricción de la usura y de la competencia, las cuales casi han llegado a destruirnos.

Mas estas condiciones mejores son ellas mismas el fruto de la Iglesia Católica; no pueden crearse ni mantenerse en una atmósfera desprovista de filosofía católica. Así pues, la conclusión general es esta: la única esperanza que nos queda reside en la posibilidad de construir nuestro mundo desde el punto de vista católico.

I

LA FUNDACION DE LA CRISTIANDAD

(A. D. 27 - 33 A A. D. 500)

Me inclino a afirmar desde el principio que la crisis actual de nuestra civilización es la más grave de cuantas han afectado a ésta desde que adquirió sus caracteres esenciales entre los siglos II y V de nuestra era.

Durante este largo período se ha hecho presente en esta tierra y en este distrito del mundo que parece haber sido dispuesto exprofeso para ese fin, la dirección de una cultura bien definida e inconfundible, a la cual nuestros antepasados dieron un nombre apropiado: Cristiandad. Surgió sobre los cimientos de un imperio pagano de la antigüedad: el greco-romano. Se desarrolló gracias al impacto y a la influencia que ejerció sobre éste la iglesia católica, y también se desarrollaron sus características espirituales y su energía durante 500 años más o menos, a través de los cuales el catolicismo fué aceptado como la filosofía, la moral y la religión de nuestra sangre. Su expansión

rebasó los límites de aquel antiguo estado altamente civilizado que la vió nacer, transformó o convirtió a los infieles más allá de los límites de ese estado, extendiéndose siempre, hasta incluir zonas donde jamás había regido directamente la administración romana; sufrió ataques desde afuera y también una profunda decadencia de orden material interior, mas consiguió sobrevivir.

No sólo consiguió sobrevivir la cristiandad, sino que floreció después de su prolongada ordalía durante "la Època Oscura" ([1]); más aun, podría afirmarse que alcanzó su culminación en los siglos que vinieron después (el XI, XII, XIII, XIV y XV) a los cuales llamamos la Edad Media.

Habiéndose difundido en esa forma, habiendo soportado sus primeros peligros y por último habiéndose establecido gradualmente, estuvo hace 400 años en peligro de ruptura. Casi fué destruída por divisiones internas: la controversia hizo mella en sus doctrinas primarias y creadoras, arruinando en parte sus principales instituciones, pero sobrevivió lo suficiente como para mantener la continuidad de la cultura. Aun cuando en guerra contra sí misma durante los siglos XVI y XVII, la Cristiandad siempre seguía siendo la Cristiandad. Las primeras doctrinas y las costumbres sociales subsecuentes (gracias a las cuales Europa vivía y se expandía allende los mares) aun se mantenía en el espíritu de los hombres. Mas la

[1] En inglés *Dark Age*. (N. del T.)

lucha había sido cruenta, y como consecuencia acentuábase gradualmente en ese gran cuerpo la pérdida de la personalidad y de la unidad.

Al principio sólo una minoría perdió la totalidad de las tradiciones cristianas, pues hasta fines del siglo XVIII la masa de Europa misma y las colonias que Europa había fundado más allá del océano seguían viviendo gracias a las reglas, sino gracias a la fe, o, en última instancia, merced a una conducta aceptada, última herencia de un pasado tan grande.

Mas el proceso de disolución continuaba. Durante el siglo XIX ciertos puntales básicos comenzaron a aflojarse, ciertas cosas establecidas desde un principio y que habían formado la estructura de la cristiandad se estremecían, y dos generaciones después, tambaleaban. La unidad característica de la Cristiandad estaba más que medianamente olvidada; cada una de sus partes, ahora totalmente separadas, habíanse arrogado para sí una soberanía absoluta y en consecuencia implícitamente negaban la vida corporativa del conjunto: en tanto que dentro de la estructura, las instituciones ligadas por una herencia común, que las aglutinaba confiriéndoles unidad, se disolvían.

Comenzábase a discutir el matrimonio. La Familia y la Propiedad aún subsistían, pero sus bases morales comenzaban a ponerse en tela de juicio. La autoridad civil seguía el camino de la autoridad espiritual y sus bases también eran motivo de disputa, perdiendo paulatinamente su estabilidad. Los antiguos cánones de la moral, que constituían la característica princi-

pal de la Cristiandad en las relaciones sexuales y personales, así como en las generales y las civiles, fueron impugnadas, puestas en duda y confinadas. Al perder su carácter inmutable e indiscutible para convertirse en una masa de opiniones flúidas, se debilitaban. Este proceso ha alcanzado su culminación en nuestra época actual.

Mientras tanto, paralelamente a la descomposición general de aquella antigua y según toda apariencia definitiva estructura moral, operábase un cambio social y económico originado en sus raíces mismas. Sus consecuencias eran inmediatas, porque afectaban directamente la vida de los hombres de manera que cada uno de ellos podía percibir el cambio que trastornaba directa y visiblemente la vida de la comunidad entera.

La existencia de los hombres tornábase insegura. En la mayor parte de la sociedad, así como en amplios sectores de muchas naciones, esa inseguridad y asimismo la destitución se manifestaban en forma tal que amenazaban crear en breve plazo una situación intolerable para sus víctimas. Si bien este siniestro desafío estaba a punto de provocar la crisis, toda esperanza de resolverlo mediante una filosofía aceptada por todos, parecía haberse perdido.

En otras palabras, aquello por lo cual los conductores de la humanidad habían vivido, aquello gracias a lo cual la civilización de la raza blanca había sido lo que era, aquello por lo cual lo que durante tanto tiempo habíase llamado la Cristiandad y con lo cual

ésta había formado su personalidad, su voluntad, su verdadera identidad, estaba y está en trance de disolverse.

Hablamos pues con justicia de la *Crisis de Nuestra Civilización.* Con justicia y con la conciencia de la gravedad que ello implica, aplicamos ese término a este momento que tenemos la desgracia o la gloria combativa de vivir.

Tan enfática descripción de la amenaza que se cierne sobre nosotros puede parecer exagerada a aquellos que no han considerado el contraste que existe entre nuestro día y los largos siglos de moral aceptada que lo han precedido. No es exagerada. Es verdadera y está expuesta en la proporción que le corresponde. Estamos en peligro, aquí y ahora mismo, de perder todo aquello gracias a lo cual y por lo cual nuestros padres vivieron y que nosotros sabemos que es, aunque en aparente disolución activa, nuestra herencia.

En presencia de cualquier crisis importante, la tarea a nuestro alcance consiste en encontrar su solución; y dado que esta crisis es la más grande de todas las que conoce la historia, la tarea a la cual estamos abocados es también la más grande, y, por lo tanto, arribar a una solución es el fin más práctico que los hombres de nuestra sangre jamás hayan tenido ante sí.

A través del mundo europeo y transoceánico comienza a hacerse, en forma imprecisa y confusa, tentativas inspiradas en la necesidad de llegar a alguna solución. Estas tentativas difieren en cuanto a sus ca-

racterísticas. Las dos escuelas principales en aquellos que persiguen esos esfuerzos están en oposición y en conflicto mortal — y sin embargo será forzoso arribar, y arribar en común, a alguna solución.

El propósito de este libro consiste en examinar la naturaleza del problema y descubrir, si es posible, el plan de acción que corresponde adoptar a fin de disipar la amenaza mortal que se cierne sobre nosotros.

La esfinge nos ha planteado su enigma final y decisivo; debemos encontrar la solución o morir.

Una crisis es por su naturaleza misma una presión; ella implica equilibrio inestable. En el ajuste de una crisis, en la recuperación de condiciones inmutables y aceptables está la *resolución* de esa presión. La presión es provocada por el equilibrio inestable entre las partes constitutivas y las circunstancias de cualquier índole que actúan sobre aquéllas; el equilibrio inestable debe ser reducido otra vez a la estabilidad o de lo contrario seremos destruídos. Así en el sistema nervioso de un ser humano puede aparecer una presión bajo la cual las facultades de la inteligencia y de la voluntad, el juego inarmónico de los sentidos lleguen a determinar un desarreglo en el equilibrio de esos mecanismos. Podrá resolverse esa presión restableciendo la coordinación de esas facultades; es decir, gracias a la cura del paciente y su recuperación del juicio o, de lo contrario, se resolverá en ese particular desmoronamiento de las facultades que llamamos locura. Una combinación química es inestable y debe ser resuelta por la separación de sus partes constitutivas, por un reajuste entre ellas en forma estable o bien dejando que la inestabilidad se resuelva por sí misma en el desastre de una explosión.

O bien tómese como ejemplo un edificio, una torre alta que pierde su estabilidad al inclinarse en forma peligrosa. Podemos provocar su caída para reconstruirla después, o sostenerla con puntales y luego reforzar su estructura hasta corregir la inestabilidad; o también puede suceder que actuando demasiado tarde o en forma equivocada, como consecuencia de nuestra demora o error, la masa se derrumbe dejando de ser lo que antes era.

Bajo cualquier crisis (esto es, bajo cualquier presión) para actuar con discernimiento y prevenir el desastre inminente debemos descubrir dos cosas. Primero, determinar su gravedad porque sólo entonces estaremos en situación de valorar qué clase de esfuerzo, quizá drástico y doloroso, vale la pena hacerse. Segundo, determinar cuáles son las causas actuantes que aumentan la tensión, porque si desconocemos la causa resulta evidente que no podremos encontrar el remedio.

Ahora, ante la presión actual, ante esta "crisis final de nuestra civilización", donde la querella entre desposeídos y posesores, entre el explotado y el explotador, el que sufre de la injusticia y el que se beneficia de ella, amenaza derrumbar nuestro mundo, no puede haber cuestión en cuanto a la gravedad del resultado. Es de una gravedad máxima. No puede

ser más grave. Más aun, es inmediata. Ya está sobre nosotros.

Mas, en lo referente a las causas, el asunto es distinto: precisamente es porque los hombres discuten tanto sobre sus causas, que difieren tanto en cuanto al remedio que deben emplear. Empero, si no damos con la causa y elegimos el remedio adecuado, pereceremos. Ahora bien: ¿Qué actitud debemos adoptar ante la causa? ¿Cómo hemos de juzgar las características principales de la cosa que debemos considerar?

Sólo existe un método para acercarse a ella y este método consiste en seguir y apreciar la historia de la cosa que está en peligro de muerte — nuestra Sociedad. Para comprender cómo la Cristiandad llegó a ser y es, en verdad, el íntimo principio gracias al cual fué durante tanto tiempo lo que fué y por qué recién ahora ese principio falla bruscamente, debemos considerar su desarrollo y permanencia. El problema es orgánico; debemos conocer la naturaleza de la cosa viviente a fin de curarla ahora que está atacada por una enfermedad mortal. Sólo podemos conocer esta naturaleza observando cómo nació, creció y vivió.

¿Cuál ha sido entonces la historia de la cristiandad y por qué esa historia está ahora amenazada de llegar a su término? Sobre todo esto, la Historia debe ser nuestra guía; la historia de lo que fuimos explica lo que somos.

Al acercarnos a un aserto histórico, especialmente si está relacionado con un largo proceso histórico, hay ciertas reglas que deben observarse; de lo contrario,

las derivaciones nacionales y religiosas, más que las limitaciones inevitables propias del estudioso individual, nos desviarán de la verdad. Podemos llegar tan cerca de una aproximación a la verdad como es razonable esperarlo teniendo en cuenta ciertos postulados de los cuales deben extraerse esas reglas del criterio histórico. Si me he atenido o no a esas reglas en la proposición que voy a desarrollar, nadie mejor que el lector podrá juzgarme, pero debo dejar sentado que he intentado observarlas y deseo exponerlas en esta forma desde el principio, porque hacerlo así me parece asunto de la mayor importancia.

Estamos por contestar a la cuestión principal: "¿Qué sucedió en la formación de Europa?" Estamos por intentar el dibujo de un contorno amplio y exacto que corresponde a la realidad.

Mas, ¿puede esto llevarse a cabo? ¿Es posible escribir la verdadera historia aun cuando sólo sea en un amplio esbozo? Creo que sí; y pediré permiso, haciendo un paréntesis para iniciar una discusión a este respecto, antes de empezar mi exposición de la Cristiandad.

Es preciso garantizar cuatro postulados principales antes de que nos sea posible llevar a cabo nuestra encuesta sobre el pasado.

El primer postulado es este: *"La verdad es un asunto de proporción"*. No se dice una verdad histórica cuando se cita pura y simplemente un hecho conocido, ni siquiera cuando se cita cierto número de hechos dentro de un orden correspondiente a la

verdad. Sólo puede expresarse la verdad con precisión cuando se citan los hechos conocidos teniendo en cuenta la jerarquía de sus valores.

Se ha objetado por gente poco concienzuda que la historia es necesariamente inexacta porque está compuesta por hechos seleccionados por el historiador y, desde que éste puede descartar lo que quiere, el resultado puede ser cualquier cosa. Mas esto implica presuponer que el hombre que da la versión de una cosa no desea mayormente presentarla bajo su verdadera faz. En cambio, suponiendo que desee ser verídico, sólo le será posible llevar a cabo su propósito gracias a una selección acertada: es decir, seleccionando de acuerdo al orden de los valores, concediendo más importancia a lo más importante, relegando al puesto que le corresponde a lo de menor importancia y omitiendo, como está obligado a omitir, aun cuando dentro de ciertos límites amplios, lo de mínima importancia. Esto es evidente tratándose de un aserto general, de un tema tan amplio como por ejemplo el afianzamiento de una civilización, su origen, características y desarrollo. Mas cómo y por qué es la proporción lo que determina la historia, puede demostrarse gracias a un ejemplo particular.

Supongamos a un hombre que ignorando en absoluto la literatura inglesa nos pregunta: "¿Quién es William Shakespeare? Por todas partes veo su nombre; ¿quién fué y qué fué?" Suponiendo que contestemos: "Era un hombre de la clase social media, nacido cerca de Stratford-on-Avon hace tres siglos y medio. Siendo un jovenzuelo se dirigió a Londres y allí se hizo actor" — diremos verdades, mas no estamos diciendo la verdad. En su respuesta no colocamos en primer lugar el hecho principal. La respuesta verdadera, desde luego, sería esta: "William Shakespeare es el más grande de los escritores que se expresa en idioma inglés, el más grande de los poetas ingleses y además figura entre los primeros poetas de los tiempos pasados y modernos." Si sus límites nos permiten dilatar este aserto podemos, a renglón seguido, dar la fecha de nacimiento de nuestro protagonista, considerar la naturaleza de su obra, luego referirnos a su posición social y así sucesivamente podremos completar el contorno con cuantos detalles nos plazca mencionar dentro del espacio puesto a nuestra disposición, mas debemos colocar en primer lugar lo primero, y a renglón seguido lo que debe figurar en segundo término. No haremos historia verdadera si, por ignorancia, o lo que es más probable, influídos por la simpatía que nos inspire tal o cual factor, atribuimos a éste valores que no le corresponden subrayando lo menos importante a expensas de algo más conspicuo. Desde luego, en el proceso de nuestra narración, deberemos cuando menos hacer una ligera digresión para demostrar por qué tal o cual elemento es más importante que otro; en otras palabras, intentaremos convencer a nuestros lectores de que estamos procediendo con toda buena fe; pero, de todos modos, lo principal es que la verdad histórica descanse (lo mismo que todo juicio, es decir, lo mismo que toda

apreciación acertada) sobre una base adecuada referente a la proporción.

Mi segundo postulado no será tan fácilmente aceptado como el primero; helo aquí: *"La Religión es el principal elemento determinante que actúa en la formación de toda Civilización"*.

Algunos preferirían emplear la palabra "filosofía" en lugar de la palabra religión. Mas una filosofía social, es decir, una actitud frente al universo sostenida por grandes núcleos de hombres en común y durante largos intervalos de tiempo, a través del conjunto de toda una sociedad, está inevitable y necesariamente revestida por formas; siempre ostentará una liturgia, algún ritual y algunos símbolos propios aun cuando esa filosofía o esa actitud no afirme, de una manera consciente, una doctrina trascendental.

Por ejemplo, en el culto moderno de la nación —en la filosofía moderna dentro de la cual nuestro deber inmediato es el que debemos al Estado del cual somos miembros—, la concepción general moderna de que ese afecto y esa lealtad hacia nuestro país es el deber primordial del hombre, resulta, en verdad, una filosofía. Mas en la práctica también es una religión. El culto del estado moderno tiene sus símbolos, sus oficiantes venerados, su ritual público consiguiente y otras cosas más. Por otra parte, si esto es cierto en lo que atañe a la filosofía pura y simple, una pura y simple actitud mundana hacia cosas visibles y efímeras, también es perfectamente cierto en lo que

concierne a cualquier convicción fuerte y positiva sobre el elemento divino que actúa en la ordenación de la humanidad.

Un grupo de seres humanos que creen en general y firmemente que proceder bien o mal en esta vida tiene sus correspondientes consecuencias después de la muerte, que el alma del individuo es inmortal, que Dios es uno y padre omnipotente de todos, se comportará de una manera uniforme. Un grupo que niega toda realidad a esas ideas se comportará de modo distinto. Un grupo que concentra su visión espiritual sobre la imagen de poderes terroríficos y malignos, se comportará de una manera u otra; otro grupo que viera, en los poderes geniales, fuerzas amigas del hombre y en armonía con la belleza, actuará de distinto modo. El espíritu que anima al conjunto de un grupo humano imparte a éste su sabor y sus características; y ese espíritu puede con justicia llamarse en casi todos los casos religión — aun cuando (en los casos en que el sentido del misterio está atenuado) puede denominarse: una filosofía.

Pero sea cual fuere el nombre que se le dé a su religión o a su filosofía, el carácter de aquellos que creen en esa religión o filosofía estará fundado en ella lo mismo que el carácter de toda su cultura. Si se tiene terror a tales o cuales cosas, si se aborrecen otras y si finalmente se presume que otras son indiferentes hacia el hombre, el resultado para la sociedad adoptará tal o cual forma. Cámbiense los elementos, mírese con repelencia lo que antes se tenía por indiferente, o

con indiferencia lo que antes se tenía por sagrado, y se habrá transformado el carácter de nuestra política.

Se han hecho esfuerzos para impartir a algún otro elemento que no sea el de la religión (o filosofía) de una civilización, ese carácter determinante. Así muchos buscan ese carácter determinante en la raza o en la sangre: es una de las teorías que está más de moda en este momento. Otros proponen como elemento determinante las circunstancias económicas y dicen que el proceso mediante el cual se acumula y se distribuye la riqueza determina el carácter de la forma de gobierno de una sociedad. Pero esta y otras explicaciones no hacen más que confirmar la necesidad de una filosofía o de una religión. El hombre que todo lo hace depender de la raza (como, por ejemplo, muchos alemanes en nuestros días) no cumple en realidad otra cosa que predicar la religión de la raza. El hombre que todo lo hace depender de la circunstancia económica, predica pura y simplemente la religión del materialismo. En verdad, para hacerles justicia, tanto el uno como el otro, inconscientemente proclaman esta verdad: que una cultura está formada por su religión. El nazi alemán, entusiasmado por la excelencia alemana, casi podríamos decir por la divinidad alemana, proclama su confianza en una doctrina. El comunista marxista, al proclamar que todo se resuelve en la circunstancia económica, no disfraza su decidido y enfático materialismo.

Creo, por lo tanto, que después de examinarlo debidamente se aceptará el segundo postulado: que la

religión determina la cultura. Si al principio esta afirmación nos sorprende y en consecuencia la ponemos en duda, esto sucede porque estamos acostumbrados a representarnos a la religión como si ésta fuera un asunto privado, en tanto que, como hecho social, es un asunto público. Las cosas realmente admitidas como sagradas lo son por toda la sociedad que está afectada por ellas.

He aquí el tercer postulado: *"La evidencia sobre la cual descansa nuestra Conclusión Histórica debe incluir mucho más que simples documentos.* Mucho más que documentos testimoniales. Debido a ello recurriremos a la tradición y al sentido común.

La tradición considerada como uno de los fundamentos para la historia, posee la ventaja de la sinceridad y de la generalidad. Un hombre o un grupo de ellos podrán aceptar una falsedad, mas hay que dar por sentado lo que toda una comunidad de testigos afirma. El tiempo reforma la imagen o la representación que nos hacemos de una cosa, mas esta representación no es intencionalmente falsa como puede serlo un documento.

Las memorias que pasan de una generación a otra tienen, desde luego, tendencia a deformarse, y si se redactan mucho tiempo después que los hechos han sucedido, a menudo contienen los elementos falsos característicos de las leyendas. Mas, por otra parte, la tradición es sincera (a la inversa del documento redactado por un testigo que a menudo no lo es) y tiene una base amplia. Una y otra vez el erudito, cuyo co-

nocimiento se basa en el testimonio aportado por documentos, ha ridiculizado una tradición, y sin embargo, descubrimientos posteriores confirmaban que esa tradición respondía a la verdad.

Después de muchas conjeturas y no poco leer los poemas homéricos, han sido descubiertos, últimamente, algunos papiros que confirman los escritos dejados por la tradición. Otro ejemplo: durante siglos se ha conservado en la jerga popular usada por los parisienses la palabra "araines" (pronunciada más tarde por muchos: "arenes") para designar cierto suburbio de la ciudad. Los eruditos se perdían en conjeturas alrededor de esta palabra, sin ningún provecho. Lo único que se sacaba en limpio era que el término en cuestión nada tenía que ver con la palabra romana "arena", puesto que nunca se encontraron rastros de un anfiteatro romano en París. Sin embargo, en la actualidad, durante la construcción de la Rue Monge, los excavadores dejaron al descubierto las primeras gradas de un anfiteatro, quedando así confirmada la tradición popular.

He aquí dos ejemplos, pero cualquier hombre de vasta cultura podría citar cien más de memoria; y mil o más podrían confirmarse mediante la investigación.

Este postulado que nos previene contra ese afán, felizmente en vías de atenuarse, que tiende a fundar toda la historia sobre el testimonio aportado por los documentos, está especialmente confirmado por la creciente importancia que ha asumido la arqueología, en años recientes.

Aun cuando la tradición estuviere fuertemente arraigada y bien apoyada en pruebas la evidencia documental, será preciso contraponer a éstas el peso de la mera probabilidad material de esto o aquello — como por ejemplo, el número de habitantes que puede haber poblado una región determinada, el número de combatientes que pueden haber ocupado una línea de batalla o el tiempo que puede haber empleado un barco de vela —por muy audazmente que haya sido conducido— para cubrir determinada distancia. En la historia pululan ejemplos de manifestaciones, tradicionales y documentales, que no pueden, en verdad, negarse de manera contundente pero que deben modificarse a la luz de la razón y de la experiencia común.

Por último aparece un cuarto postulado contra la negligencia en que se tienen las negaciones; contra esta negligencia, los oyentes actuales, la opinión actual, debe estar prevenida. "*La Verdadera Historia es Objetiva.*" No depende de la modalidad del historiador.

Esta u otra verdad histórica debe permanecer como tal aun cuando el crítico que la comenta esté o no en simpatía con el suceso. Tanto el pagano que deplora el avance de la Iglesia en el siglo IV —por ejemplo aquel que hace la biografía de Juliano el Apóstata— como su contemporáneo que se regocija por el triunfo de la Iglesia y la derrota del paganismo, expresan un hecho histórico liso y llano; que el paganismo retrocedió y que la Iglesia avanzó entre los años 300 al 400. Un observador indiferente, tanto hacia el paganismo

como hacia la Iglesia, hubiera aceptado igualmente esa verdad establecida.

El escritor concienzudo de la historia es aquel que consigue desligarse de todo factor afectivo como para poder decir: "Esto sucedió y sucedió así. Lo describiré como si nada me importara su resultado, fuere cual fuese." En realidad puede estar apasionadamente interesado en que el resultado se incline hacia el lado de su simpatía; puede deplorar como una tragedia horrible o aplaudir como un triunfo glorioso el mismo suceso; a la historia, como tal, poco debe importársele su aplauso o sus lamentos, ella sólo tiene que ver con el establecimiento de lo que fué.

Armados con estos principios, vamos a dar comienzo al estudio de este tema importantísimo: "Qué somos nosotros, los miembros de la Cristiandad, y cómo llegamos a ser lo que somos".

Estamos estudiando un organismo gracias al cual podemos conocer nuestra civilización, la Cristiandad. Estamos ocupados en la tarea de valorar su naturaleza, el espíritu que la hizo vivir y la mantuvo durante tantos siglos. Estamos haciendo esto en forma ordenada con el objeto de comprender su colapso actual y el consiguiente peligro mortal que ello implica para nosotros.

Ahora bien; cuando se estudia un organismo resulta imprescindible comenzar por un minucioso examen de sus orígenes. Es a la vez una verdad y un lugar común que para comprender un carácter humano debemos conocer las influencias que incidieron sobre

él en su edad temprana, es decir, en su "período de formación". El mismo principio se aplica a un estado, a una forma de gobierno, a una nación, así como a una cultura general; y esto es fundamentalmente cierto en lo que a la Cristiandad respecta. La Cristiandad surgió sobre cierto cimiento que, al convertirse en un elemento vivo, de cimiento que era se transformó en raíz. Nuestro origen se manifiesta en cierta disposición de la sociedad humana de la cual todos descendemos; un gran estado unido de donde emanan todos nuestros actos y pensamientos cuando éstos tienen cierto significado.

Ese vasto estado es conocido en la historia bajo el nombre de "Imperio Romano". Actualmente va entrando en uso el término más apropiado de Imperio "Greco-Romano", dado que en el Oeste se hablaba el idioma romano (es decir, el latín) mientras que en el Este el idioma corriente era el griego. Las influencias relacionadas con esas dos lenguas, la ley romana por una parte y la filosofía y las letras griegas por otra, estaban íntimamente mezcladas en la religión local y la literatura de las clases educadas así como en la de los funcionarios y hasta en ciertos núcleos del pueblo. Todo hombre que ocupaba altas posiciones sociales y cuya lengua de origen era el latín, aprendía el idioma griego, el cual, para la gente de cultura más refinada, era tan familiar como su propia lengua. En cambio, aquella parte del imperio que hablaba el griego, no estaba íntimamente familiarizada con el latín, pues el griego era considerado, tanto por una parte como por

la otra, como el medio de cultura superior; mas todo administrador, dentro de la mitad del imperio que hablaba el griego, adoptaba la ley y la disciplina romanas.

Este gran imperio unido dentro del cual no había aduanas, límites ni fronteras naturales y que formaba un todo político, cubría aquellos distritos que ahora llamamos Bélgica y la mayor parte de Holanda, Francia, Italia, España y Portugal, toda aquella parte situada al Norte de África entre el desierto y el Mediterráneo; lo que ahora llamamos Grecia y los estados Balcánicos, la mayor parte de Austria, Turquía y Asia Menor así como también la mayor parte de Siria. En lo que atañe a la vida política, todas estas regiones se fundieron en una sola nación cuya área media más de 2.000 millas de Este a Oeste y más de mil entre la desembocadura del Rin y el desierto del Sahara. Este estado había adquirido su contorno y unidad definitivas unos cincuenta o sesenta años antes de la encarnación de Nuestro Señor; mas en aquel entonces aun no había logrado establecerse sobre una base general. Pretendientes al poder con fuerzas armadas bajo su mando y facciones rivales dentro del poder central de Roma, mantenían ese estado de continua fluctuación y su destino se mantuvo incierto hasta dieciséis años antes de nuestra era.

El territorio del Este, que era también, en términos generales, el griego, y que constituía la mitad del estado, era el más densamente poblado y el más rico. La otra mitad, correspondía al territorio del Oeste,

asumía mayor dignidad porque contenía a la ciudad de Roma y estaba especialmente modelado por ella pues, desde allí, durante el curso de los tres o cuatro siglos precedentes, se extendió el gobierno que habría de regular el conjunto de ese inmenso organismo político.

Las líneas divisorias entre las mitades oriental y occidental estaban trazadas hasta el mar Adriático y corrían a través del laberinto de montañas entre la parte superior de ese mar y el Danubio. Dos ríos constituían las únicas fronteras de esa inmensa cosa sobre el continente, el Rin y el Danubio; el límite sobre el Este era el Rin, siguiendo este río durante las dos terceras partes de su longitud; luego, cortando a través de la parte superior del Danubio, corría a lo largo de este río hasta llegar al Mar Negro. Más allá de esta línea existían tribus y clanes que hablaban varios dialectos germanos influídos cada vez más por el griego y el latín de sus vecinos más civilizados. Allende el territorio ocupado por esas tribus existían otras aun más bárbaras que se expresaban en dialectos eslavos. Ninguna de esas tribus tenía cohesión política; paulatinamente fueron cayendo bajo la influencia de la sociedad imperial civilizada, comenzando por aquellos que vivían más cerca del Rin o del Danubio porque tenían más relaciones con los soldados, ciudadanos y mercaderes del imperio que las tribus cuyos territorios estaban más alejados de esos ríos. No existía hostilidad o mala voluntad entre la sociedad organizada y civilizada que se desenvolvía dentro de los límites señalados y la otra menos organizada y más bárbara

situada fuera de esos límites. No existía presión desde afuera que asumiera la forma de grandes incursiones armadas o siquiera la de correrías ocasionales. No podía suceder de otro modo, porque los hombres que vivían fuera de los límites deseaban aprovechar las ventajas de una vida más amena situándose dentro de las fronteras de la civilización. Por otra parte se establecía una filtración de hombres de las tribus bárbaras que buscaban una posición mejor, gracias al reclutamiento en el ejército imperial, o mediante servicios privados, o bien colonizando las tierras imperiales que se destinaban a tal fin y donde se les permitía establecerse. También existía otra filtración debido al intercambio comercial, que incluía el tráfico de esclavos; mas resulta importante para nosotros comprobar que el imperio greco-romano de ese período, justo antes de nuestra era y luego durante generaciones, no constituía un conjunto civilizado netamente distinto de la barbarie que lo rodeaba sino que existía como una influencia, actuando progresivamente sobre las poblaciones situadas fuera de los límites políticos de ese conjunto, el cual a su vez estaba influído por aquéllas a través de un aporte externo racial. Desde un principio encontramos muchos hombres de afuera, soldados, esclavos y también pobladores. Igualmente encontramos otros figurando como visitantes de importancia entre los ciudadanos del Imperio aun cuando procedían de los clanes celtas, eslavos o germanos situados fuera de las fronteras estrictamente delimitadas. Asimismo hubiéramos podido

ver mercaderes que se trasladaban desde comarcas situadas dentro de las fronteras hasta lugares tan lejanos como el Báltico. [1]

Como ya lo he dicho, aun cuando el griego y el latín eran los idiomas que predominaban en el Este y Oeste de ese único Estado, se hablaban muchas otras lenguas y sinnúmero de dialectos.

El estado no estaba centralizado en el sentido moderno; su organización local era más libre que la nuestra actual. Las localidades estaban sujetas únicamente a la administración local (excepto en los asuntos de mayor importancia). Los magistrados casi siempre eran electos y cuando no sucedía así aunque administraran vastos distritos, el sentir local era siempre tenido muy en cuenta por los gobernantes u oficiales nombrados por el Estado Romano —el Senado— y por el jefe del poder ejecutivo, el Emperador.

En lo que hoy llamamos Túnez, se hablaba entre el pueblo un idioma semítico llamado "Púnico", debido a su origen fenicio. Más lejos, hacia el Oeste y a lo largo de la costa Sur del Mediterráneo e incluyendo a Marruecos y la ciudad de Tánger, los dialectos locales eran probablemente berberiscos. Dentro de lo que hoy es España y Portugal, se hablaba el idioma ibérico. En lo que hoy es Francia y la mayor parte de Bélgica sobrevivían los idiomas celtas, destinados a extinguirse rápidamente bajo la influencia de Roma;

---

[1] Existen rastros de una carretera romana que partiendo desde Colonia hacia el Noroeste alcanzaba la costa situada al Norte de Alemania.

algo así como un idioma popular latino los reemplazó. A lo largo de todo el Rin, en una ancha faja, los ciudadanos del Imperio hablaban varias lenguas teutónicas (es decir, germánicas) y así ocurría probablemente a lo largo del Danubio y con seguridad dentro de las fronteras entre los cursos superiores de esos dos ríos. En Asia Menor se hablaban muchos idiomas, incluyendo una reliquia galo-céltica que quedó, tal un fósil, como recuerdo de anteriores invasiones galas llegadas hasta ese punto en su marcha hacia el Este. Los habitantes del Delta y del valle del Nilo hablaban el copto, es decir, un idioma que tiene su origen en la antigua lengua egipcia. Sin embargo, las familias dirigentes de ese distrito hablaban el griego. Asimismo, a lo largo de la costa del mar sirio, incluyendo la Palestina y toda la faja de tierra que se encuentra entre Siria y el Mediterráneo, el idioma general del pueblo estaba compuesto por una variedad de idiomas locales (casi todos ellos de carácter semítico). Uno de ellos reviste particular importancia en la historia de nuestra civilización —el hebreo, o sea lo que más tarde se llamó el ararmaico— hablado en Jerusalem, Galilea y en toda la superficie de lo que más tarde hemos llamado la Tierra Santa. Fué esta probablemente la lengua que hablaron Nuestro Señor y sus apóstoles aun cuando, con seguridad, conocían el griego y deben haber recurrido a ese idioma al dirigirse a un auditorio numeroso, dado que el griego era el idioma en que se expresaban de palabra y por escrito las clases cultivadas de Palestina.

Debe tenerse en cuenta que aun cuando no existía hostilidad política ni sentimiento consciente de una enemistad nacional o racial a lo largo de las inmensas fronteras del Imperio, en un sector de ellas subsistían esas enemistades y conflictos políticos; este lugar era la frontera elástica situada entre el Imperio Romano y el poder Asiático y Persa. Ocasionalmente Roma avanzaba hasta alcanzar el Éufrates y aun hasta el Tigris; el poder Persa, que representaba a Asia y su hostilidad hacia Europa, lograba, a veces, rechazar el poder Romano hasta el desierto Sirio y hacer incursiones que alcanzaban la costa del Mar Mediterráneo.

Únicamente sobre esta frontera temía Roma la invasión y las influencias capaces de destruir toda la cultura griega y también la latina. En el resto del Imperio reinaba la paz (una paz mantenida durante largos períodos, una paz disfrutada por varias generaciones y que era el resultado normal de ese gobierno unido, y al mismo tiempo protegido por su ejército así como por todo lo que estaba dentro de sus fronteras) o si existía la amenaza de incursiones y éstas se llevaban a efecto a través de las fronteras, los conflictos armados nunca llegaban a asumir las proporciones de una guerra sino que tenían puramente un carácter policial.

La construcción de este inmenso estado grecoromano y su vasta cultura debíase más bien a la unión de cierto número de ciudades, Estados y reinos de menor importancia, que a la conquista guerrera. No debemos imaginarnos a los ejércitos romanos proce-

ıdo de la ciudad de Roma y subyugando gradual-
ıte por la fuerza toda la humanidad del Oeste
:a someterla a la obediencia del jefe de esos ejér-
s, el cual residía en la misma Roma. Así suelen
siderarse las cosas, mas conviene puntualizar que
manera de ver es perfectamente antihistórica. El
ɒerio Greco-Romano había crecido. No había sido
bo de una manera artificial o mecánica, aun cuan-
en las etapas de ese crecimiento interviniera la
ón militar para consolidar los resultados de ese
:imiento o asegurar el mismo contra el desorden.
:n Italia, la cosa tuvo su comienzo en la ciudad
Roma, un amplio mercado central ubicado en un
.to estratégico dentro de las comunicaciones de la
ínsula, o sea el punto donde el primer puente cruza
:ío principal de la costa marítima italiana. Las
ramuzas y los tratados de alianza se sucedían en-
los habitantes del distrito y sus vecinos. Esos feu-
tratados y convenios comerciales se resolvieron en
:ormación de algo así como un pequeño Estado
tral que ocupaba las tierras fértiles extendidas
:e los Apeninos y el Mar. Dentro del principio de
ɔn o fusión cabía incluir el reclutamiento ulterior
la ciudadanía, en vías de expansión para formar
ejército, el cual en su origen sólo había sido una
.cia de romanos. Este reclutamiento fué propa-
dose hasta incorporar toda la Italia al Sur del Po.
colonias griegas al Sur se plegaron a la unión o
ıbatieron contra ella siendo finalmente subyugadas.
:l enemigo irreductible de todo el movimiento

era la opulenta sociedad de Cartago, reemplazada hoy, en sus alrededores, por la capital de Túnez en el Norte de África. Cartago dependía de su poder marítimo y de su incalculable riqueza, que era la de un estado mercantil y aristocrático donde imperaban el comercio y la banca. Tanto sus cánones morales como sus ideas eran diametralmente opuestas a las de nuestra raza; y Roma entró en lucha con Cartago destruyéndola. Mientras tanto la civilización griega también había llevado a cabo su unidad, la cual surgió de los esfuerzos realizados para rechazar a los Orientales en sus tentativas de invasión al continente europeo. La cultura griega se agrupó bajo la férula de una provincia exterior situada al Norte: Macedonia. Un joven rey de Macedonia a la cabeza de una pequeña fuerza expedicionaria griega había irrumpido a través del cercano Este e implantado el idioma griego así como la influencia y las ideas griegas sobre todas las costas orientales del Mediterráneo y también sobre las tierras situadas en el interior. Sus ejércitos avanzaron hasta alcanzar el río Indo, y cuando murió, siendo aún muy joven (tenía poco más de treinta años), a pesar de que su imperio fué dividido entre sus generales, su unidad espiritual como algo griego, sobrevivió.

Roma, al eliminar a Cartago, entró en posesión de las islas del Mediterráneo occidental y posteriormente de lo que hoy es España así como del Norte de África; sus ejércitos eran superiores en número a los ejércitos que hablaban el griego. En éstos predominaban la influencia oriental y habían sido reclutados con mate-

rial inferior. Como consecuencia de ello Roma participó en la herencia de Alejandro y de sus sucesores, no como enemigo, sino respetuosamente, como aliado espiritual, o lo que es más, como un discípulo; tal era el prestigio de la filosofía y la tradición helénicas.

De esta suerte el Estado Mediterráneo universal o sea el Imperio Greco Romano se expandió y se consolidó adquiriendo por fin su forma permanente. Treinta o cuarenta años antes del nacimiento de Nuestro Señor, tal como lo dije antes, la paz universal y un estado consolidado imperaban sobre todo el mundo occidental conocido, desde la Mesopotamia hasta el Atlántico y desde el Canal de la Mancha hasta el Sahara.

El andamiaje de toda esta sociedad era una consecuencia del principio de su expansión: el ejército. La idea de un estado dependiendo de su ejército no nos resulta familiar actualmente, mas a los hombres que vivían en aquellos tiempos les parecía la cosa más natural del mundo. El ejército romano que, desde luego, ya no estaba compuesto por romanos ni siquiera por una mayoría de italianos, sino por hombres reclutados en todo el territorio, constituía el cemento de toda la estructura. Sus ingenieros planearon las grandes carreteras que mantenían unido al imperio; el principio de orden y disciplina era lo que daba consistencia al conjunto. Su comandante en jefe era la cabeza del Estado. De este título "Comandante en Jefe" obtenemos la palabra "Emperador" que es el derivado moderno del nombre latino para designar un comandante en jefe: "Imperator".

Hemos comprobado que este gobierno universal Occidental no ejercía presión o la ejercía muy poco sobre la vida privada. No existía esa interferencia minuciosa en la acción cotidiana de los hombres que el Estado moderno ha desarrollado de manera rigurosa. Al Estado sólo le correspondía imponer las reglas directoras para guía de los tribunales, especialmente en asuntos de propiedad y contrato, así como para impedir la guerra privada y el bandidaje. En lo atinente a la opinión, aun bajo la forma de un intenso sentimiento religioso, había entera libertad, siempre que éste no entrara en conflicto con el Estado. Únicamente ciertas prácticas repulsivas para la conciencia de nuestra raza y la alta civilización de Grecia y Roma, tales como los sacrificios humanos, el producto más vil de la civilización semítica (cartaginesa), fueron abolidos.

En cuanto a lo demás: la filosofía o la religión general que imperaban en el cuerpo político era un complejo de mitos, de liturgias, de credos variables y de sociedades secretas que pretendían recibir ayuda espiritual mediante la iniciación y gracias a prácticas rodeadas por el misterio.

Dentro de este conglomerado intervenían sólidas e importantes escuelas del pensamiento sobre la naturaleza del universo, casi todas ellas de origen griego. Existía la escuela Epicúrea, en cierto modo parecida a la que hoy llamamos materialista; la Platónica, que tenía conciencia y creía en la realidad espiritual; también había escépticos que desechaban todo criterio de

ɛza como cosa inútil para obtener un resultado. odas estas opiniones y a otras más se les permitía ː curso. El culto de los dioses locales en cada ciu- se practicaba bajo la protección del gobierno local; o, por ejemplo, los extraños ritos de Egipto, las monias características de las ciudades sirias y aun ɛcalcitrante y afirmativa organización religiosa de iudíos.

stos últimos habían alcanzado su plenitud vital ;u país de origen, las colinas calcáreas de Judea, su templo nacional en Jerusalem, pero también ian sido dispersados muy lejos. En los comienzos de iistoria de la cristiandad podía encontrarse mer- ːres y prestamistas judíos sobre todos los puntos Imperio y también sinagogas en la mayoría de las cipales ciudades. Había muchos judíos en Roma na pero más aun en el más importante puerto del literráneo, Alejandría. Todos eran tolerados y go- ın de una posición privilegiada debido a que la nsidad de su sentimiento racial podía poner en gro la paz de todos si se intentaba poner trabas ː sentimiento.

a influencia de la filosofía griega y de la ley ana para hacer admitir a través de ese inmenso ːpo político, el Imperio, lo que en nuestra teología ıamos "religión natural"; la institución de la fa- a, con su disciplina y la lealtad recíproca que se ːn los miembros de la misma mediante la cual el rimonio, la propiedad, la libertad y su existencia na quedan aseguradas así como el deber de man-

tener el orden social; esto, fuera de la revelación, es lo que constituye el deber del hombre, tal como el instinto de nuestra raza percibe este deber. No existía un culto común para toda la sociedad, excepto una aceptación formal y muy vaga de algo divino respecto a la autoridad pública gravitando sobre el emperador y una especie de misión divina relacionada con la ciudad de Roma misma. Todo esto no afectaba íntimamente la vida de los hombres, los cuales, en lo que atañe a la religión, sólo estaban influídos por mitos ancestrales en plena decadencia. Los credos filosóficos se manifestaban con más vigor (porque eran más recientes) y por la misma razón acontecía lo propio con las idolatrías populares, domésticas y locales.

Después de muchas generaciones y siglos de formación cristiana, nos resulta muy natural preguntar: ¿No tenían los paganos sentido de la Inmortalidad? ¿No contemplaban la posibilidad de recompensas y castigos en una vida futura para compensar las desigualdades e injusticias propias de este mundo? La respuesta a esta cuestión es que existía cierto sentimiento al respecto, mas éste no actuó en forma vital o activa hasta que los galos, únicos hombres de entonces con una conciencia viva de la inmortalidad, comenzaron a infiltrarse dentro del Imperio, cincuenta o sesenta años antes de la Encarnación.

Los egipcios parecen haber tenido desde mucho tiempo atrás (cuando menos dentro de las clases más ricas y también en la religiosa) un elaborado ritual que reconocía la supervivencia del alma. En Etruria,

las tumbas —de la clase dirigente, cuando menos— testimonian esta creencia. Una sección, pero nada más que una sección de la filosofía griega se inclinaba a sustentar ideas similares; mas en ninguna parte la inmortalidad, cuando menos en la forma de una viva y segura expectativa, formaba parte de la mente popular, excepto entre los galos. Si alguna vez aquellas mentes llegaban a contemplar el destino de los muertos, pensaban en su continuidad como en algo tenue, sin sangre, débil, lastimoso y, según todas las probabilidades, evanescente.

Cuando nos apartamos de la filosofía general (que es el elemento determinante en toda sociedad) y entramos a considerar el estado social que la acompaña, descubrimos una diferencia característica fundamental entre el mundo antiguo y el nuestro; esa diferencia consiste en la presencia universal de la *esclavitud* como base económica de la sociedad antigua. La esclavitud no era una característica del mundo greco-romano. Existía igualmente entre las clases y las tribus menos civilizadas situadas fuera de él. Existía en todas partes. Al principio, sin duda, lo mismo que nuestro sistema de salarios en su origen, tanto la una como el otro, fueron una cosa doméstica, familiar y tolerante, mas a medida que la sociedad fué creciendo, ambas se unieron tornándose más complejas: la esclavitud se convirtió en una carga mecánica y opresiva que pesaba sobre el espíritu de la humanidad, impartiendo su tonalidad a todo, porque toda sociedad está en gran parte afectada por su espíritu.

Políticamente, la organización de todo ese mundo se resolvía en una monarquía general, las reglas de cuyo servicio civil estaban calcadas en gran parte sobre el modelo tomado de un Estado mucho más viejo, altamente organizado y muy rico: Egipto. Para todos los asuntos locales, el espíritu predominante era más bien el de una oligarquía. La administración estaba en manos de los magnates locales para asuntos de menor importancia, imperando en las pequeñas comunidades un espíritu muy parecido al que hoy llamamos democrático. Pero la estructura, la substancia de la sociedad (que en importancia sobrepasa el mero convenio político) estaba basado y arraigado en la esclavitud. El trabajo más duro en el mundo se hacía bajo compulsión; no bajo compulsión indirecta como sucede en nuestro sistema de salarios sino bajo la compulsión directa del dolor físico y aun la muerte para el esclavo que no cumplía su cometido.

¿Cuál fué el resultado máximo espiritual de todas esas cosas combinadas? Una sociedad greco-romana universal a través de la cual un gran número de individuos se movía sin restricción alguna, ejerciendo su comercio, impartiendo órdenes al ejército en sus marchas, viajando por curiosidad o para adquirir conocimientos, y por todas partes trocando ideas y aprendiendo, produciendo un estado de espíritu dentro del cual el problema universal de la mortalidad se imponía por sí mismo. Por fin, a través del mundo pagano entero, con todo su esplendor y su noble apreciación

de la belleza y el orden, se oyó una nota más fuerte. ¿Qué nota era esa? *La de la desesperación.*

Cuanto más avanza esta civilización pagana en su desarrollo —un desarrollo rápido que ha de cambiarlo y envejecerlo en un lapso de tres siglos— más hondamente penetra en ella esa modalidad desesperada. Lo sentimos en el letargo progresivo de la acción en los hombres; en la esterilización de su poder inventivo y sobre todo en el continuo refrán de su expresión literaria. El más grande de sus versos hace sentir constantemente esa desesperación que un poeta moderno ha llamado con toda justeza "el dudoso desastre del género humano", certeza irrefutable de que nadie regresa de entre los muertos.

Entre mil soberbias líneas que pueden elegirse para ilustrar la profundidad de ese abandono, recordemos estas, escritas por el más patético de los poetas latinos:

"Soles occidere et redire posunt
Nobis cum semel occidit brevis lux
Nox est perpetua una dormiunda" [1]

Cabe subrayar "dormiunda" con sus lúgubres vocales: "Una perpetua noche que deberemos dormir".

Es el grito de Cátulo. La sociedad greco-romana agonizaba. Mas decir esto equivale sólo a decir la mitad, la mitad menos importante de la verdad; la otra mitad de la verdad es que se moría de desesperación — pero entonces apareció una fuerza que tuvo la virtud de transformarla.

1 "Los soles pueden ponerse y aparecer
Nuestros pobres ojos cuando se extingue en ellos su breve luz
Se cierran y van a dormir por fin."

*

* *

A medida que nos acercamos a la conversión del Imperio romano (A.D. 29-33 a A.D. 500) llegamos a un momento de la historia tan importante en su valor y en sus efectos que nos obliga a tomar las debidas distancias para contemplarlo en toda su magnitud. Este es el punto esencial aparente para cualquiera que conceda importancia a la realidad histórica. La conversión del Imperio a la Fe no fué un episodio entre otros grandes episodios de nuestra raza; tampoco es un capítulo, el más importante entre muchos. Fué La Cosa Determinante. Fué una nueva Creación, no sólo en grado sino también en calidad.

Esto es rigurosamente cierto y aparte de la cuestión pendiente: si esa revolución del espíritu humano fué una ilusión o una revelación de la realidad.

Un hombre atento a la historia de su ascendencia en la tierra puede formar juicio sobre la Conversión en un sentido u otro. Puede condenar ese gran cambio porque toma un rumbo equivocado, porque implica una falsa interpretación de valores, porque señala un lamentable apocamiento de la inteligencia, o por el contrario, puede proclamarlo como una visión de la realidad, gracias a la cual el mundo ha sido y puede

aún ser salvado. Ya sea que él apruebe u odie el gran acontecimiento, queda en pie esta verdad histórica: jamás, a nuestro conocimiento, este suceso ha ocurrido antes o después.

Única, sin duda alguna, en lo que atañe al carácter, la conversión, lo es igualmente en lo que respecta a la intensidad. Que el cambio de lo pagano a lo cristiano en aquel momento fuera realizado por el hombre o le fuera dado a éste mediante la influencia divina desde arriba, en cualquiera de los dos casos, la circunstancia es única; algo característico en sí mismo y que produce efectos que no pueden ser comparados a los de cualquier otra causa.

Debemos comenzar por establecer otra vez como un hecho histórico e irreductible en un sentido u otro a los factores afectivos, que la conversión del Imperio Romano fué una conversión a la que toda nuestra ascendencia llamó y a la que aquellos que tienen un sentido histórico justo llaman aún, la Iglesia Católica.

El Imperio *no* fué convertido a lo que los hombres de hoy quieren significar cuando usan la palabra "Cristianismo". Esta palabra se usa continuamente e igualmente corrompe continuamente el juicio histórico de aquellos que la usan así como el de los que la oyen.

Para la juventud moderna, especialmente en sociedades que han perdido la cultura Católica, la palabra "Cristianismo" significa vagamente: "Aquello que es común a las varias sectas, opiniones y disposiciones de ánimo, heredadas en estado diluído, de la

Reforma". Por ejemplo, hoy en día en Inglaterra "Cristianismo" significa un sentimiento general de benevolencia, particularmente hacia los animales. Para aquellos dotados de un criterio más riguroso, puede significar una estimación y también una tentativa para copiar un carácter que les parece ver reflejado en los cuatro Evangelios (cuatro seguramente sacados entre más de cincuenta, los cuales han heredado de la Iglesia Católica aunque lo ignoran). Para un número mucho más reducido, con la mayor facultad de definición y mejor instrucción histórica, la palabra "Cristianismo" puede alcanzar un significado tan preciso como este: "Aceptar la doctrina de que una figura histórica aparecida no hace aún dos mil años en Palestina, fué en cierto modo la Encarnación de Dios, y de que los principales preceptos, por lo menos, de una sociedad que primitivamente se llamó a sí misma con su nombre, deben ser la guía de nuestra conducta moral."

Pero estos significados de la palabra "Cristianismo", desde el más vago hasta el más preciso, no pueden aplicarse al gran trabajo que nos interesa. El cambio de la primitiva actitud hacia aquella que finalmente adoptó la sociedad del Mundo en el siglo IV y que continuó desde entonces propagándose a través de Europa, no puede atribuirse a ninguna forma de pensar u opinión; fué transformada por adhesión a la doctrina y disciplina así como también por el espíritu y carácter de cierta Institución, y esta Institución se conoce históricamente: es la Iglesia.

La Iglesia es una personalidad que puede ser probada por ciertos atributos, prácticas y definiciones indiscutibles. Ella reclamó y reclama autoridad Divina para enseñar, para incluir en su comunidad, por una forma específica de iniciación, a aquellos que se le acerquen y sean considerados dignos de ello, y de excluir a los que no acepten su unidad y supremacía. Realizó a través de la Sociedad del Imperio (y aun más allá de sus límites) cierto acto litúrgico de sacrificio: la Eucaristía. Afirmó su fundamento en una figura Divina que fué Hombre y al mismo tiempo una manifestación de Dios. Más aun, afirmó que sus representantes mantenían su autoridad por nombramiento primitivo de su fundador, quien reunió a un pequeño grupo con ese propósito. Aseguró que de los miembros de este pequeño grupo primitivo, y en sucesión ininterrumpida, descendían los poderes espirituales, los cuales podían ser reclamados por sus representantes y por ellos solos de manera particular sobre toda la Corporación Cristiana y en forma más general sobre el mundo entero.

Para poder comprender esta Cosa (no idea) tan grande que captó y transformó el viejo mundo pagano, debemos aprehender su naturaleza; debemos ser capaces de contestar a tres preguntas: Primero debemos descubrir *qué* fué esa Cosa que se extendió tan rápida y triunfalmente por todo el mundo grecoromano. En segundo término debemos valorar el *método* por el cual fué lograda esta revolución. Finalmente, para poder comprender tanto la naturaleza

como el método de la Cosa, debemos descubrir por qué encontró una *resistencia* tan intensa, pues esa resistencia explica su carácter y su forma de propagación. La victoria sobre esa resistencia tan violenta fué lo que estableció la práctica y la Fe católica sobre nuestra raza.

Debemos pues considerar la naturaleza de la conquista.

El gran cambio no vino para "satisfacer una necesidad"; sino que vino, indudablemente, respondiendo a necesidades universales; llenó ese doloroso vacío del alma que era la enfermedad más grave de la antigua sociedad agonizante; también alivió y disipó la desesperación, la carga más pesada impuesta por ese vacío.

Sin embargo, el encuentro de la necesidad no fué el carácter esencial de la nueva cosa, no fué tampoco la fuerza impelente que provocaba el gran cambio; fué solamente un resultado incidental hasta ese momento.

No fué meramente para aliviar tal necesidad del espíritu que los hombres se dirigieron a la Iglesia Católica; si hubiera sido así, podríamos hallar las huellas de los pasos que, desde vagos tanteos y deseos en parte satisfechos, hubieran ido cristalizando este o aquel mito, esta o aquella realización del deseo, mediante la imaginación.

Afirman generalmente aquellos que no tienen, aunque sea a grandes rasgos, suficiente conocimiento histórico del asunto, que este proceso gradual tuvo

lugar, pero en realidad nada de esto ocurrió. Se descubre, no una vaga disposición de ánimo, sino un programa definido desde el primer momento y ninguna crítica de los documentos o de la tradición puede presentar otra conjetura. Un Hombre apareció, reunió a un cierto grupo de personas y enseñó. Y no sólo cuando esta compañía empieza a actuar, sino desde que la memoria recuerda lo que se relaciona a su acción, encontramos en el Maestro el derecho específico de la revelación Divina, el de su naturaleza Humana y Divina, el de su resurrección de entre los muertos, en el establecimiento de un rito central de Sacrificio que se llamó la Eucaristía (el Acto de Gratitud); la asunción de la autoridad; la organización Apostólica de la tradición; la presencia de una Jerarquía, y todo lo demás.

La Iglesia Católica visible, no fué una influencia que iba extendiéndose; fué una Corporación establecida, un Círculo si se desea. Fué una organización con forma y socios, con un plan general definido y una disciplina.

Se originaron disputas dentro de ella. Algunos de sus miembros quisieron insistir sobre tal o cual punto de las doctrinas y con esto torcían la proporción de todo. Pero ningún innovador, ni aun durante el período del primer entusiasmo, cuando tantos debates colocan las cosas en un plano marcadamente intelectual, pretendió jamás que no hubiera un cuerpo que preservar. Podía éste pretender ser el verdadero continuador de ese cuerpo, es decir, del cuerpo de la iglesia

y protestar por haber sido excluído de él; podía disentir con algunos de sus miembros; pero ninguno de esos innovadores, cuando se originó el conflicto, propuso que el desacuerdo sobre los puntos esenciales pudiera asumir un carácter permanente.

La nueva y estricta corporación tenía un nombre, un nombre asociado en la mente de sus contemporáneos con la idea de una sociedad secreta en posesión de misterios, la cual se llamaba a sí misma la EKKLESIA.[1] Ahora bien, conviene tener en cuenta el hecho siguiente, que esa nueva Ekklesia con todos sus misterios, sus ceremonias de iniciación (instrucción de la doctrina y la solemne afirmación que implicaba, llamada "Confesión" —lo que hoy llamamos un credo— y el bautismo), no era una de tantas religiones. No apareció para probar ser la ganadora en algo así como una carrera o competencia. Es este un error frecuente en los libros de texto y que puede decirse ha tenido aceptación popular. Cualquier bosquejo histórico y otros trabajos semejantes se refieren a la iglesia en sus comienzos de manera parecida.

Dicen, por ejemplo, que los primeros misterios,

1 El significado literal de esta palabra es "una asamblea". Mas existían muchos términos para una asamblea; y desde mucho tiempo atrás ese término EKKLESIA se usaba para designar una asamblea unida y compacta, por ejemplo, una asamblea secreta para celebrar misterios. De esta palabra derivan los nombres siguientes; en francés, "église", en galense "elgwys", en italiano "chiesa", etc. La palabra "church" (en inglés "iglesia") o "kurk" llegó hasta Inglaterra llevada por los misioneros que propagaban la fe en el Norte. Se cree que proviene de la voz griega "Kgriakon" (la casa del Señor).

tales como los de Eleusis, los últimos misterios de Mithras, los misterios egipcios de Isis, etc., eran de ese género; y lo que ellos llaman "Cristianismo" (pues generalmente evitan darle el título de "Iglesia Católica") no era (según dicen ellos) sino una religión con sus correspondientes misterios como otras tantas.

Esto no es cierto; y la prueba de que no es cierto es clara y debiera ser concluyente. Únicamente la Iglesia Católica, desde sus comienzos, proclamó la divinidad de un Hombre real e histórico así como la verdad objetiva de las doctrinas que afirmaban haber sido reveladas por Él. La Iglesia Católica proclamó desde un principio la resurrección de este Hombre realmente histórico, y el sobrenombre popular de "cristiano" (convertido como tantos sobrenombres en denominación general) surgió de ese hecho.

Se admite que todos los demás cultos, con sus misterios, iniciaciones y todo lo demás, no eran sino *mitos*. No decían "Esto sucedió"; lo que decían era "Esto es una parábola, un símbolo para explicarnos la naturaleza y el destino posible del alma humana y su relación con lo divino". Ninguno de ellos decía "Fuí fundado por un ser humano real tratado y conocido por otros hombres, que vivió en cierta época y en determinado lugar; alguien que tuvo una "nube de testigos". Ninguno de ellos decía ser el único guardián de la verdad revelada y que sus oficiantes tenían la misión divina de explicar esa verdad a través del mundo.

En todo esto existía un violento contraste entre

la Iglesia Católica y el conjunto del mundo pagano que la rodeaba. Ni los intelectuales que seguían la tradición griega, ni el Imperio Romano con su sentido administrativo de la unidad, persiguieron las otras asociaciones. Ni en la doctrina de la Resurrección y menos aun en la doctrina de la Inmortalidad encontraban nada repulsivo, pero resultaba intolerable para ellos la afirmación de que un criminal condenado a muerte en determinada fecha y en un lugar conocido de Jerusalem bajo el dominio del emperador Tiberio, un criminal flagelado y condenado a morir ignominiosamente crucificado (pena a la cual no se sometía a ningún ciudadano romano), fuese divino, hablara con autoridad divina, se levantara de entre los muertos y pudiera prometer a sus fieles la beatitud divina. *Esto* era lo que chocaba a los intelectuales, mas era también lo que daba nervio y substancia a esa nueva sociedad y lo que determinó su persecución.

Ahora bien, en lo que atañe al método de expansión de esa nueva sociedad, cabe preguntar: ¿cómo logró propagarse? ¿Cuál era el mecanismo eficacísimo que en un lapso de dos y medio a tres siglos lograba convertir oficialmente esa sociedad hostil al catolicismo y que luego en otro período de un siglo y medio conseguía incorporar la masa de la población al Oeste y al Este del mundo conocido, entre el Canal de la Mancha, el Rin, el Danubio y el desierto?

Ese mecanismo resultó eficaz empleando el método que llamamos de "células", palabra que hoy se ha hecho familiar a través de la agitación universal

comunista. Si, como algunos piensan, ese movimiento comunista es el asalto final a la tradición católica y a la fe; si, como muchos creen, ese movimiento personificara el anticristo moderno, el paralelo sería en verdad sorprendente. Cierto número de esas pequeñas organizaciones fueron rápidamente fundadas sobre toda la extensión del imperio greco-romano, primero en contacto y luego separadas de las sinagogas judías locales; aparecieron primero en las grandes ciudades y más tarde se esparcieron como semillas a través de los centros provinciales menores y de ahí, mediante el esfuerzo de los misionarios, a través de las campañas.

Sabemos, gracias a una amplia evidencia documental, que este era el método empleado; poseemos también un vasto caudal de tradiciones, desde luego pertenecientes en gran parte a la leyenda pero que contiene un núcleo de veracidad, el cual nos revela cómo fueron fundadas y establecidas esas "células" en tal o cual lugar.

Cada una de ellas fué llamada, individualmente, una iglesia, y asimismo la organización general, tomada en conjunto, fué llamada *la* Iglesia.

Las iglesias fueron gobernadas por una jerarquía. Al frente de cada iglesia estaba el sacerdote principal, el Episkopos, palabra de la cual deriva la de "Obispo".

Aparentemente, éste era nombrado algunas veces por el clero local y otras por aclamación de la comunidad. Mas su título no provenía de estos nombramientos sino de la sucesión apostólica. Se le hacía obispo mediante la imposición de manos. Alguien de

rango le confería las órdenes en la misma forma que a él le habían sido conferidas. Esta o aquella antigua iglesia local se jactaba de haber sido fundada por un apóstol, y pronto, al hacer la lista de los obispos, la serie se remontaba a aquel apóstol que había impuesto primero sus manos a su sucesor. Los que así habían sido ordenados imponían a su vez sus manos a sus sucesores y de esta suerte quedó formada la jerarquía o cuerpo del clero. Después de un tiempo indeterminado, no solamente el obispo (que era el sacerdote máximo) sino también aquellos subordinados que llevaban el título de "mayores" en el "presbuteros" griego podían actuar en los misterios sagrados, dado que a su vez habían sido ordenados por los obispos. Éstos consagraban los elementos de la Eucaristía y entre ellos, a menudo, se elegía el episcopado. Tal era la forma original de la Iglesia, la Ekklesia.

La Ekklesia tenía un archivo de manuscritos que conservaba para instruir a sus miembros y continuar la doctrina; mas pasó mucho tiempo antes de poder seleccionar esos documentos y afirmar que cierta proporción de ellos (una pequeña proporción dentro del conjunto) representaba un valor importante en la Escritura por estar realmente inspirados y a los cuales había que reconocer autoridad. Así por ejemplo, en lo referente a testimonios o pretendidos testimonios de la vida de Nuestro Señor y de sus enseñanzas, existían alrededor de cincuenta de estos documentos, pues cuando menos se conservan fragmentos correspondientes a esa cifra.

Solamente cuatro de ellos, llamados "evangelios", fueron sin demora admitidos en el Canon, es decir, en la colección "oficial". En forma similar existía cierto número de cartas escritas por los misioneros de la Primera Iglesia, pero de igual manera sólo fueron admitidas dentro del cánon algunas de ellas bajo el nombre de "Epístolas", así como un testimonio de las primeras acciones apostólicas, el Acto de los Apóstoles; también se admitió una obra de visiones proféticas, el Apocalipsis.

Esta es la serie que gradualmente formó el Canon de lo que hoy llamamos el Nuevo Testamento (gracias a una selección llevada a cabo durante un largo espacio de tiempo) y resulta equivocado pretender que esa colección de documentos constituía la autoridad para la Fe. La autoridad para la Fe era la tradición de los apóstoles; el acuerdo vivo de los fieles representados por sus jefes más destacados en la sucesión apostólica, los obispos. [1]

[1] Aunque la palabra *Episkopos* significa literalmente un inspector, y *Presbuteros* significa literalmente un hombre de edad, es un error pensar que esos significados literales eran los significados primitivos. Episkopos era una palabra empleada con significado hierático en el misterio y lo mismo ocurría con el nombre Presbuteros. La función del Episkopos desde el principio, tal como encontramos la palabra cuando la usaban aquellos que aun podían recordar a los apóstoles, era siempre la correspondiente a un alto prelado que había recibido las órdenes sagradas en la sucesión apostólica. La otra no significa *viejo en años*, como tampoco significa *un anciano* la palabra francesa "seigneur", la española "señor" y la italiana "signore". Algunos estudiosos creen que en ciertos casos ocurridos en los primeros tiempos de la Iglesia, un colegio o grupo de hombres que habían recibido las órdenes, gobernaba a determinada iglesia más bien que al individuo. La cosa es oscura y dudosa, mas, en cualquier caso y fuera de toda duda, excepcional; quizá un arreglo transitorio durante una elección individual. Normalmente cada iglesia local tenía su propio obispo. San Ignacio de Antioco escribe, no más distante de Pentecostés de lo que nosotros estamos de la Guerra Civil Americana; escribe en su vejez y su memoria cubría el tiempo transcurrido desde la crucifixión; y da por segura su episcopalía monárquica y personal, tal como sucede con la lista tradicional de testimonios correspondientes a una ciudad.

Aparte de esta institución fundamental de la jerarquía, la casta sagrada que tenía autoridad sobre la Iglesia, existían otros elementos que fortalecían la nueva sociedad y la ayudaban a desarrollarse: cartas interconectivas, credos o fórmulas bautismales y por encima de todas ellas la Eucaristía. Existía la función permanente coordinadora que atendía a la intercomunicación, ya viajando o por correspondencia a lo largo de las carreteras imperiales. Todas esas iglesias estaban en contacto y mantenían viva una doctrina común. Los obispos se reunían en concilios (cuando menos, después que el Emperador aceptó la Iglesia Católica y que ésta se convirtió en la religión oficial). Los concilios se reunían para representar a la Iglesia en todo el mundo, y de ahí derivaba su título de "ecuménicos".

El primero de éstos, bajo el primero de los emperadores cristianos, Constantino, fué convocado en Nicea, cerca de Constantinopla, porque Constantinopla era entonces la capital del Imperio. Reunióse ese concilio para discutir y definir toda la doctrina

de la divinidad de Nuestro Señor y para rechazar las ideas heréticas relacionadas con esa doctrina.

La función de comunicarse, ya viajando o por correspondencia, se manifestó mediante el principio de la Unidad. La idea de que la Iglesia era *una,* su doctrina una y su autoridad una, estaba hondamente inculcada en el espíritu de todos sus miembros. Desde el comienzo no se toleró la disensión; la unidad participaba de la esencia de la cosa y relacionada con ella actuaba, al principio de una manera vaga y después en forma más precisa, el concepto de la primacía. Uno de los apóstoles de Nuestro Señor, Pedro, fué jefe del Colegio Apostólico; su sede tenía una significación especial, aun cuando al principio no muy definida, dentro de la Cristiandad; y Roma, donde por fin se instaló Pedro, donde él y Pablo fueron martirizados, fué convirtiéndose en la sede de esa Primacía a medida que ésta se desarrollaba.

La tercer función que contribuyó a la creciente fuerza de la Iglesia fué el uso de lo que ahora llamamos los Credos. En el Este, donde se hablaba el griego, llamábanse "símbolos", del griego "symbolo", que significa cosas reunidas para ponerse de acuerdo sobre ellas; en el Oeste del Imperio, donde se hablaba el latín, a principio se las llamaba "Confesiones". Fueron creados con el objeto de impedir la admisión a la Ekklesia de todo nuevo candidato contaminado de herejía. Antes de la admisión, él o ella estaban obligados a recitar verdades, que habían sido definidas con el objeto de que tal definición

pudiera combatir las ideas falsas. Esos breves recitados no pretendían abarcar todo lo concerniente a la fe; tampoco eran un resumen de todo, ni siquiera de las creencias principales; por ejemplo, el gran credo del siglo IV no mencionaba el misterio más importante y fundamental de la nueva sociedad, la Eucaristía y la presencia real de Cristo en ella. Retrocediendo hasta el principio en lo que concierne a esa doctrina, existía amplia evidencia, mas como ésta no era discutida, sus definiciones nunca formaron parte del conjunto de afirmaciones refutables que el candidato estaba obligado a formular. La iglesia nunca estuvo, ni lo está, basada sobre sus credos. Los credos no son otra cosa que la afirmación de ciertos puntos por parte de la iglesia.

La cuarta función tendiente a estimular la unidad, fuerza, permanencia y desarrollo de la nueva sociedad era precisamente lo que la eucaristía mencionaba. El pan y el vino fueron consagrados de acuerdo a un método, y con palabras que según la tradición fueron las expresadas por Nuestro Señor en la última cena. Llevaba a cabo esta ceremonia mística el jerarca o los jerarcas oficiantes; al celebrarla, el pan y el vino sobre los cuales habíase pronunciado la fórmula mística, dábase por sentado que el pan y el vino ya no eran tales sino el cuerpo y la sangre de Cristo mismo.

Así, como San Agustín escribió en una fecha que estaba tan lejana de la crucifixión como lo estamos nosotros de la Declaración de la Independencia de los

Estados Unidos y escribiendo como sobre algo aceptado y establecido desde largo tiempo atrás, escribiendo para instruir a los lectores que no eran cristianos, el pan dejaba de ser el "pan común" para convertirse en "la carne de Cristo".

Todo esto nos muestra el método *externo* y el mecanismo mediante el cual se estableció y se extendió la fe con éxito sorprendente a través de una vasta sociedad, que había comenzado por creerla nociva, luego por odiarla, para aceptarla finalmente como la religión universal.

Mas, ¿en qué consistía la fuerza *interna*? ¿Cómo se convenció a los hombres? ¿Por qué se unieron a esa sociedad, a pesar de los terribles riesgos que implicaba su comunión con ella, lo cual siempre significaba la impopularidad y a menudo la ruina de la fortuna y la expulsión de la clase a la cual se pertenecía? Algunas veces significaba la tortura y la muerte. ¿Por qué sentíanse los hombres arrastrados hacia ella?

La respuesta es que la iglesia era una Persona en la cual los hombres confiaban lo mismo que hoy la experiencia les enseña a amarla y a confiar en ella. Un hombre se hacía cristiano porque comprobaba que la iglesia afirmaba cosas que él reconocía como verdaderas en la experiencia y santas en cuanto a su esencia. La iglesia era amada, atendida y defendida hasta la muerte por aquellos que sentían lo divino al entrar en contacto con ella. Los convertidos de aquellos días lo mismo que los de ahora descubrían

que la iglesia era la única autoridad inmutable e indiscutible de toda su experiencia. Tomaron la doctrina de esa sociedad afianzados en las bases firmes de su experiencia. No era la Sociedad la que procedía de la doctrina, sino la doctrina la que provenía de la Sociedad.

A fin de comprender este último punto (que es de importancia fundamental para entender el triunfo de la Iglesia sobre el viejo mundo romano y su penetración a través del mismo), debemos igualmente comprender el carácter de la resistencia violenta que suscitó.

Con demasiada frecuencia se nos muestra esa resistencia de una manera que la hace incomprensible. Esto sucede porque se la representa equivocadamente. No se hubiera echado gente a las bestias feroces, torturándolas hasta la muerte, condenándolas a presidio o a trabajos forzados en las minas, simplemente porque predicaban un espíritu general de bondad o porque rendían culto a determinada fórmula ideal. Nada podía haber sido más tolerante en cuanto a diversidad de opiniones que el viejo imperio grecorromano. Tampoco es cierto que el Imperio perseguía a la Iglesia porque ésta fuera una sociedad secreta. Sociedades de varios géneros que celebraban misterios florecían entre los ciudadanos. ¿Por qué pues surgió este feroz instinto de matar que quería destruir la Iglesia?

En cierto modo, sin duda alguna, debido a esta razón sugerida cientos de años antes por un filósofo

griego iluminado por la visión. Escribió que si en la humanidad apareciera un hombre perfectamente bueno, éste sería hecho pedazos por sus semejantes. La santidad es un baldón.

En cierto modo, la iglesia quizá fué perseguida porque sus pretensiones y afirmaciones sobre sí misma eran novedosas. Dijo, como si nadie hubiese dicho todavía: "Soy la voz de Dios. Debéis aceptar como verdadero lo que yo digo. Mi código moral es el sendero que os conducirá a la beatitud y menospreciarlo o negarlo es el sendero que os conducirá a la desesperación eterna". Esto era un desafío a toda modalidad, un desafío muy difícil de tolerar.

Asociado a esto estaba la dura calidad diamantina de la nueva cosa, con sus definiciones estrictas, con su jerarquía, con su organización altamente disciplinada manteniéndose firme y como cuerpo extraño en medio de una suave delicuescencia; como un cuerpo sólido y con perfiles netos, en medio de una sociedad en trance de disolución. La iglesia era una cosa extraña, y, como quien dice, indigerible; o más bien era algo que debía ser aceptado por completo o aplastado totalmente, si se quería vivir en paz.

Pero además existía otra razón política y por añadidura una razón fuerte que contribuía a la resistencia. A medida que ese cuerpo altamente organizado y definido se extendía, convertíase paulatinamente en un estado dentro del estado; era una sociedad con sus autoridades propias, su disciplina y su espíritu propios, en medio de ese mundo imperial,

inspirada por un deseo político de paz y unidad. Como consecuencia, el gobierno del imperio reaccionó violentamente contra semejante adversario y retador. Muchos han podido comprobar que los mejores emperadores, como gobernantes solían ser los más crueles perseguidores.

La resistencia a la expansión de la fe, esa presión ejercida sobre el cuerpo católico que le obligaba a luchar por su vida, fué uno de los elementos más importantes que determinaron el triunfo final. La labor perdurable sólo puede llevarse a cabo sobre duro material. "No puede hacerse escultura de calidad sobre manteca", como dijo un crítico perspicaz al referirse a los versos de un poeta mediocre. La mejor talla es aquella que se hace sobre madera de veta apretada, y contra la veta.

*

* *

Ese gran estado unido que incluía todo el mundo civilizado conocido, el imperio greco-romano, cayó gradualmente al principio y luego rápidamente en una decadencia no tanto espiritual como material.

Durante el primer siglo y medio de nuestra era, esto es, más de un siglo y medio después de la pacificación y la consolidación de todo el imperio bajo Augusto, su primer monarca, no se percibían aún síntomas de decadencia material. En la primer parte de ese período culminaba la civilización en todas sus manifestaciones. La influencia del arte griego per-

feccionaba todo aquello que se veía de los ojos para afuera y la literatura aún heredaba las muy altas tradiciones del período de Augusto. Los más grandes nombres paganos de las letras y del pensamiento latinos se encuentran antes o durante esos ciento y pico de años.

Las características exteriores de la civilización, tanto en las letras como en cualquiera otra manifestación: orden, policía, leyes, construcción de carreteras y edificios, estaban en su apogeo. En general reinaba la paz; aun cuando se combatía de cuando en cuando entre secciones de las tropas regulares para decidir quién sería el comandante en jefe y, desde luego, jefe del estado. Aun durante el segundo siglo, ese orden y esa paz continuaban y así mismo continuaba la excelencia de la civilización en su sentido material; mas en algunas manifestaciones, como por ejemplo en la escultura y decoración, se manifestaban los síntomas de un espíritu más bajo y mecánico. Pero después de tres generaciones se hizo patente una franca declinación, un rebajamiento de aquellas cosas que caracterizan una alta civilización. El estilo literario cayó a un nivel mucho más bajo y continuaba cayendo; la arquitectura se vulgarizaba; el progreso dentro del conocimiento físico se detuvo o retrocedió.

Mientras que los que se conocen por "Emperadores Antoninos" mantuvieron el poder, las cosas fueron bien administradas y aunque la civilización exhibía signos inequívocos de decadencia nadie sentía el peligro ni éste era aparente. Muchos han afirmado que este "Período Antonino" (desde A. D. 98 a A. D. 180) fué el más seguro y próspero que Europa hubiese conocido hasta entonces aun cuando se notara a las claras la decadencia en las artes.

Pero después de ese período las cosas comenzaron a desmoronarse. El último de esos emperadores, el estudioso aunque débil Marco Aurelio, la burla de su mujer, nombró a su propio hijo para sucederle. Hasta entonces habíase tenido como regla durante el período Antonino que cada emperador nombrara su sucesor, quien era elegido por su habilidad tanto para mandar soldados como para gobernar el estado bajo su aspecto civil. Pero ahora, se quebrantaba esa norma. El hijo de Marco Aurelio era totalmente incapaz de hacer honor al alto puesto que le había sido conferido, y por eso su reino cayó en la agitación que debilitaba la autoridad. Al promediar el siglo tercero estamos en una época donde toda clase de soldados advenedizos asumen el gobierno, cada uno en su propia región y sobre sus propias tropas; existía una especie de anarquía moral en la cual se hundía el prestigio del gobierno imperial Romano.

Mientras tanto sobrevenían periódicamente crisis económicas cada vez más prolongadas; la moneda perdía su valor y toda la maquinaria del comercio y la producción quedó descentrada. Resultaba evidente para cualquier observador que nuestra civilización había descendido a un peldaño inferior y amenazaba caer aun más bajo. La principal función del ejército,

que consistía en detener las correrías de los pueblos semicivilizados, allende las fronteras del Imperio, contra la parte más rica y civilizada de Europa, era mal dirigida; las fronteras se hicieron cada vez menos seguras y crecía la ansiedad respecto a su futuro.

Un comandante en jefe llamado Aureliano restableció el orden; bien pudo haber sido llamado el segundo fundador del esquema imperial. Pero se evidenciaba cada vez más que a pesar de sus esfuerzos y el de sus sucesores inmediatos para volver a colocar las cosas en su lugar, la sociedad entera aparecía transformada y transformada en un sentido desfavorable. El arte había caído ostensiblemente y asimismo la literatura.

El imperio, en su período de mayores dificultades, había demostrado un gran poder para sobrevivir; Europa permanecía coherente y, aun cuando la cultura greco-romana estaba relajada, no había perecido. Todavía se lograba mantener a raya a los piratas que hacían incursiones sobre las costas o a los merodeadores que irrumpían dentro de las fronteras sin que éstos causaran daños de consideración; nuestra civilización, aun cuando declinaba en el plano estético y el intelectual, parecía segura e inmutable.

Sin embargo, la decadencia continuaba. A fines del siglo tercero un notabilísimo soldado y administrador, el Emperador Diocleciano, intentó una reorganización de todo el estado, y muchas de las divisiones que trazó en el territorio del imperio se mantuvieron durante siglos. Las provincias por él demarcadas conservaron sus límites hasta la Edad Media y muchas de ellas hasta más tarde. En ciertos casos nuestras diócesis eclesiásticas correspondieron durante siglos a esas divisiones.

El andamiaje del Imperio, su sistema monetario y sus leyes se mantenían; la vida de ese inmenso cuerpo transcurría sin perturbación seria. No hubo "Caída del Imperio Romano". Esa frase es retórica y falsa; mas *existía* una lenta revolución social; un cambio profundo que transformaba la estructura de la sociedad. Las tribus semi-civilizadas en los lindes del Imperio se infiltraban más y más dentro de la sociedad greco-romana, adquirían mayor poderío e introducían elementos de discordia; la clase dirigente cambió y perdió en gran parte su cultura.

En lo que atañe a la faz material de la vida todo parecía hundirse lentamente, mientras que en el plano espiritual se elevaba triunfante el enorme poder de la Iglesia Católica.

Ahora bien, dado que la ascensión de la cosa espiritual y la caída de la cosa material coincidían, ¿no corresponde quizá establecer entre ellas una relación de causa a efecto?

Esta es la cuestión capital que debemos tratar al aproximarnos a la decadencia del imperio romano en lo que atañe a las cosas materiales.

La respuesta fué dada sin vacilar por los estudiosos del Renacimiento que descubrieron las glorias de la antigüedad pagana convirtiéndose ellos mismos, espiritualmente, en semi-paganos. Dijeron a menudo

y siempre implicaban en sus manifestaciones que la ruina material de la civilización del viejo imperio greco-romano, esa gloriosa civilización de las estatuas y de las columnatas, su alta poesía y su alta filosofía, debíase a haber difundido una superstición algo degradante: la difusión, repito, de eso denominado "Cristianismo" por aquellos que desconocen la fe: en cambio, los que la conocen la llaman por su verdadero nombre, la Iglesia Católica.

Mientras que el imperio cambiaba bajo la creciente influencia de la Iglesia, los testigos contemporáneos decían exactamente la misma cosa. El cronista de la reacción pagana bajo Juliano el Apóstata, cuarenta años después de la victoria de Constantino, escribía: "Los cristianos, a quienes debemos todos nuestros males . . ."

Que los enemigos de la Iglesia o aquellos que la conocían superficialmente o los que (como lo hicieron los estudiosos del Renacimiento) reaccionaban contra la Iglesia hubieran hablado de tal suerte, resulta comprensible. Lo sorprendente es que los defensores de la Iglesia en los últimos cuatrocientos años hayan repetido la misma queja aun cuando en forma distinta.

"Sí", dicen, "la civilización material declinó a medida que el imperio se hacía cristiano; la "Edad Oscura" coincidió con el triunfo de la Fe". Pero ¿por qué? Porque el espíritu de los hombres se orientaba naturalmente, mientras sobrevenía el desastre en la sociedad humana, hacia el consuelo aportado por las

cosas divinas. ¡Qué importaba si se concedía menos atención al arte y a las letras y si la contextura social tornábase paulatinamente más tosca si durante ese tiempo ganaban terreno las ventajas espirituales de valor supremo!

Esta actitud persistió hasta pasada la mitad del siglo XIX. Los enemigos de la fe daban por sentado que la historia probaba que el fracaso de la civilización se debía a la propagación de las supersticiones orientales, en particular la superstición de la Ekklesia. Los católicos, frecuentemente, aunque de mala gana, admitían la misma tesis — ellos que podían haber conocido mejor el asunto. Explicaban la coincidencia de la victoria católica con la decadencia de la escultura, de la historia, de la poesía, y de todo lo demás, diciendo que ello no importaba dado que, por fin, las cosas divinas habían descendido hasta los hombres. El precio pagado, decían, compensaba con creces lo que se había adquirido.

Mas la verdad del asunto, que la gente comenzó a recordar e incorporar en la memoria viva (porque sólo dentro de la memoria viva, la historia ha sido entera y científicamente tratada), probaba casi lo contrario de lo que se había dicho durante tanto tiempo. *No era la propagación de la fe lo que socavaba la alta civilización de la antigüedad pagana; al contrario, la fe salvó todo lo que pudo ser salvado; y de no haber mediado la conversión del Imperio Romano, nada de nuestra cultura hubiera subsistido.*

La verdad ha sido ya expuesta en una sentencia

de San Jerónimo, cuando dijo que si el imperio greco-romano hubiese aceptado a tiempo la Iglesia Católica, nunca hubiera sobrevenido la decadencia de nuestra civilización.

En este asunto, las fechas constituyen una prueba suficiente, la vieja civilización pagana estaba en proceso de descomposición, de descomposición activa, mucho antes que el nuevo y pequeño grupo batallador y oscuro de las congregaciones católicas comenzara a ejercer un efecto apreciable. La edad de oro de la literatura había pasado, las letras entraban en un período de esterilidad, la arquitectura caía en la vulgaridad mucho antes de que la Ekklesia se hiciera sentir como fuerza amenazadora para el paganismo natural del Viejo Mundo. La vejez de esa cultura, la corrupción, la avaricia, la preponderancia de esclavos y de "Hombres-libertos" [1], el crecimiento de inmensas fortunas que ensombrecían la sociedad y la desequilibraban, habían ejercido su influencia desde mucho tiempo atrás cuando la Iglesia Católica, aun en sus comienzos, apenas era mencionada por la mayoría de los escritores contemporáneos. Aparecen una o dos alusiones aquí y allá pero nada más. Sólo cuando el Imperio estaba en plena descomposición, en el siglo III, comienza la Iglesia a ejercer una influencia poderosa; hasta entonces, sus miembros, aun en Oriente, constituían sólo una pequeña minoría. En

[1] Un "Hombre-liberto" era un esclavo emancipado por su dueño pero a quien seguía debiéndole servicios y rindiéndole homenaje.

la Europa Occidental esa minoría era todavía más reducida.

Los cristianos tampoco desempeñaban ninguno de los puestos de mayor autoridad; ni ejercían el poder gracias a la riqueza y menos aun actuando como funcionarios. Tertuliano había dicho al comenzar la grave crisis social que todo podía ir bien siempre que los Césares fueran cristianos; mas, él daba por sentado que los Césares no podían ser cristianos.

Es algo más que una coincidencia el hecho de que el triunfo de la Iglesia finalmente coincidió con el restablecimiento del orden.

El restablecimiento de la administración imperial del servicio militar y obediencia general en la última parte del siglo VI, unido al creciente llamado de la lucidez católica y disciplina, no es cosa fortuita. El hecho de que cuando un hombre por fin llegó a ser el monarca del mundo, Constantino, también reconoció y estimuló lo que había de ser la religión del mundo, no es un accidente y menos aun una maniobra política; las dos cosas eran el fruto de un espíritu que animaba a la sociedad. El mundo greco-romano, no sólo necesitaba la inspiración y la visión que habían muerto en él, sino también la unidad y el principio de certeza sin el cual la unidad no es posible.

Repito esta frase porque es fundamental para todo el relato: lejos de causar la decadencia de la sociedad bajo la cual el viejo imperio se hundía en la "Edad Oscura", la Iglesia salvó todo lo que podía salvarse.

En medio de la decadencia actuaba una causa

que contribuía a precipitarla, era ésta algo así como una revolución social determinada por el cambio de carácter en el ejército.

Debe recordarse que el viejo estado romano se basaba en el ejército; el ejército era su cemento, lo que lo unía y, casi puede decirse, su principio de ser. Por esta razón, como hemos visto, el jefe de estado era jefe de estado porque era jefe del ejército; por esta razón hablamos de un "Emperador" y no de un rey, dado que la palabra Emperador (Imperator) no significa otra cosa, como también hemos visto, que jefe del ejército: "Comandante en Jefe".

Ahora bien, el ejército romano aparece en sus comienzos como una fuerza local italiana, pero más tarde fué formado por hombres nativos de la civilización greco-romana (no solamente galos y españoles sino por cualquier otro material humano, siempre que fueran hombres libres), mas luego fué incorporando gradualmente nuevo material. Los ciudadanos romanos en el viejo sentido de la palabra dejaron de enrolarse en gran número. Con el mundo convertido en un gran estado donde había desaparecido el patriotismo local, la carrera en ese ejército mercenario empleado sobre todo en funciones policiales y de vigilancia de las fronteras, no entusiasmaba a los hombres más civilizados. La fuerza armada del estado romano fué dependiendo más y más de las "Tropas Federales", esto es, de cuerpos armados compuestos de hombres semicivilizados que, atraídos por el lujo y las amenidades de las ciudades romanas, aceptaban servicios

bajo las órdenes de sus propios jefes procedentes de las regiones exteriores; también se establecían como cuerpos de defensa sobre las tierras fronterizas.

Estas fuerzas o cuerpos de defensa fueron formando la pasta, el material de los ejércitos romanos. En forma alguna eran hostiles a la civilización fronteriza donde siempre habían vivido y dentro de cuyos límites muchos de ellos habían nacido. Era una civilización dentro de la cual, como ya se ha dicho en páginas anteriores, muchos bárbaros se infiltraban continuamente, viniendo, no sólo como soldados mercenarios, sino también como esclavos o simplemente como aventureros o pobladores y también como merodeadores.

Este cambio de material en la composición del ejército romano determinó un cambio en el conjunto de la sociedad romana. No es que el Imperio fuera conquistado por los bárbaros; pero sí hubo una mezcla de soldados procedentes de las regiones semi-bárbaras, más allá de la línea romana, y la incorporación de un número creciente de hombres semi-civilizados en su mayoría cristianos con la masa de los ciudadanos romanos.

Debido a este cambio en el ejército y en toda la sociedad, perdió consistencia la estructura del mundo greco-romano. Se hacía más difícil que nunca mantener las tradiciones de un servicio civil disciplinado. Los Emperadores se habían trasladado al Este. La administración directa de Roma en el Oeste se hacía más difícil y por fin se desmoronó totalmente

(aunque el poder central en Constantinopla y en el Este se mantenía). Amplios distritos fueron de esa suerte gobernados por generales locales que tenían bajo sus órdenes soldados reclutados entre los clanes menos civilizados de la frontera. Todavía se conocía la autoridad del Emperador aun cuando el poder administrativo en la Galia, en Italia, en España y en el Norte de África pasó a manos de las tropas locales y de sus jefes, poco numerosos y en su mayor parte eslavos y germanos. Mas conviene recordar que también éstos eran cristianos y que para todos ellos el Imperio representaba la única civilización reconocida, la única civilización posible, aun cuando inconscientemente ellos la degradaban.

Este cambio en el ejército, este colapso del gobierno local imperial en el Oeste y su reemplazo por comandantes de guarniciones a menudo semi-bárbaras, fué una de las causas que contribuyó al deslizamiento de nuestra civilización en la *Época Oscura*; pero no era esta la causa principal. La causa principal residía en esa desesperación y senilidad dentro de la cual la vieja civilización pagana había caído mucho antes. En trance semejante sólo la Iglesia fué capaz de hacerla revivir y también, en cierto modo, de conservarla.

Por último debe recordarse que, aun cuando debemos, a los efectos de la historia verdadera, admitir la constante decadencia material prosiguiendo a través de esos primeros cinco siglos durante los cuales el Imperio pasó del paganismo al cristianismo, la nueva

religión trajo con ella compensaciones inapreciables para mitigar males que no había causado pero que ya determinaban consecuencias funestas cuando ella se hizo presente.

La Iglesia Católica trajo de nuevo al viejo y agonizante mundo greco-romano, arruinado y falto de esperanza, la calidad que sólo se obtiene mediante la *visión*. De nuevo volvió a darle un incentivo para vivir y vino a él conservando todo lo que podía conservarse de ese mundo *gravemente* enfermo, las semillas de lo que había de convertirse luego en fórmulas más sanas y estables.

La Iglesia Católica, que era ya la religión de la sociedad greco-romana, hizo, entre otras, dos cosas capitales para colocar a Europa en el plano político y detener la caída que la precipitaba en el caos. Humanizó la esclavitud y estimuló el matrimonio permanente. Muy despacio a través de los siglos, esas dos influencias estaban destinadas a producir la civilización estable de la Edad Media, en la que el esclavo ya no era un esclavo sino un campesino; y por todas partes la familia se convirtió en la unidad fuertemente arraigada y establecida de la sociedad.

Como ya lo hemos visto, el punto de apoyo del viejo mundo pagano era la esclavitud; los esclavos constituían la mayor parte de su material humano — quizá dos tercios, quizá más. La Iglesia Católica se desarrolló dentro de ese estado de cosas; sus miembros, durante los primeros siglos, no podían concebir otro.

La iglesia jamás refutó el derecho de tener es-

clavos, pero fué el espíritu de la Iglesia lo que transformó gradualmente su condición. Se hacía difícil y a menudo hasta imposible disponer de un hombre cristiano bautizado como *quien dispone de un bien semoviente*. La emancipación era alentada como un acto de caridad. Bajo los primeros emperadores cristianos, las leyes que regulaban las relaciones entre esclavos y dueños se hicieron cada vez más humanas.

Sin embargo, la esclavitud subsistía durante los primeros cinco siglos. En este período fué fundadà la cristiandad y posteriormente aceptada como la base de toda la sociedad. La unidad social tipo era el estado-aldea, de propiedad de un solo hombre, conteniendo cierto número de hombres libres y algunos recientemente emancipados, pero obligados a hacer trabajos de esclavos en las faenas agrícolas. Una clase de propietarios, algunos de ellos inmensamente ricos, continuaban dirigiendo la sociedad. Sus rentas provenían de la diferencia entre el costo de mantener los esclavos y el valor de la alimentación, vestidos, etc., que los esclavos producían.

Encontrábanse artesanos libres, sobre todo en las ciudades, y todo el cuerpo clerical crecía rápidamente, compuesto por sacerdotes y demás órdenes de menor jerarquía. Asimismo, más tarde, los monjes eran necesariamente hombres libres. También lo eran los funcionarios, los recaudadores de impuestos, los inspectores, el personal de los tribunales, los soldados retirados y los cuerpos de tropas regulares y auxiliares. Mas, la masa de la sociedad, ahora cristiana, estaba compuesta

por esclavos; esclavos casados, esclavos en su mayoría dedicados a las tareas agrícolas, viviendo en hogares estables de una generación a otra, pero asimismo esclavos.

Mientras tanto la maquinaria política de la sociedad seguía funcionando, aparentemente al menos, libre de toda perturbación revolucionaria, pero perdiendo paulatinamente su eficacia.

Continuábase percibiendo impuestos provenientes del antiguo sistema de contribuciones territoriales, pero las rentas mermaban. Las sumas percibidas por tierras dedicadas a agricultura, a pastoreo, para la explotación de bosques, por peaje de puentes, impuesto de mercado y lo demás, eran pagados en su mayor parte al gobierno local, mas en el Oeste, a fines del siglo V, esas rentas dejaron de ingresar al Tesoro Imperial. Los tribunales continuaban funcionando, se seguía acuñando moneda en nombre del emperador y con su efigie y todavía había hombres que se creían ciudadanos romanos. El monarca en Constantinopla era aceptado como Jefe de toda la Cristiandad, su poder directo se hacía sentir en cualquier parte al Este del Adriático y de una manera intermitente en todo el Norte de África, España y la Galia, aunque su poder allí fué debilitándose hasta desaparecer. Ese poder fué reemplazado por el de los Jefes locales, que mandaban las guarniciones, sobre todo aquellas llamadas "tropas federadas", compuestas por hombres de origen bárbaro, incorporadas al servicio romano.

De esta clase de tropas eran jefes los de las tribus

de los Burgondios, de los cuerpos Góticos, de los Vándalos y de los cuerpos Francos. De estos últimos, un pequeño grupo recibía órdenes desde Tournaí, y a fines del siglo V, Clodoveo, el joven general que lo mandaba, se hizo católico, mientras que los otros generales seguían siendo herejes. La conversión de Clodoveo permitió a éste ser el gobernante más poderoso en el Oeste, el jefe de casi toda la Galia.

Tampoco es cierto que fallara la actividad intelectual cuando hacia A. D. 500 entramos en la Época Oscura. Lo que sucedió es que se operó en ella un cambio de interés. Se guardaban muchos escritos, tenían lugar vivas disputas, mas éstas no gravitaban sobre problemas dudosos e insolubles, cosa que no era de esperar ni desear, sino sobre certezas. Lo que se buscaba ardientemente era establecer la supuesta verdad que satisface a todos, la Fe, la salvación de la humanidad y la defensa de esta verdad contra los ataques desde afuera y desde adentro.

Hasta hace poco ha estado de moda considerar a los escritos de los Padres y también los de interés teológico como expresiones simples o tontas. En idioma inglés esa moda está identificada con el nombre de Gibbon, quien se inspiró y por otra parte obtuvo todos sus datos de los escritores franceses anticatólicos de su tiempo. Pero los Padres y, en verdad, todos aquellos que tomaron parte en la viva discusión teológica que se prolongó por generaciones a través de Europa, eran a la vez conservadores y creadores; su energía intelectual nos salvó; sus facultades para definir y apreciar

están en las raíces de la cultura que sustentó a Europa a través de las dificultades de aquellos siglos que consideraremos a su debido tiempo bajo el título de "Sitio a la Cristiandad".

Resumiendo; hacia el final de este largo período, los primeros cinco siglos, que se extienden desde la Encarnación hasta la conversión de Clodoveo y el establecimiento de La Galia Católica, el fin de los cinco siglos durante los cuales nuestra ascendencia pasó del paganismo al catolicismo y durante los cuales el Imperio fué bautizado, hubo siglos en que sufrimos graves males: desorden, la caída de las artes, la de la alta poesía, la de la alta administración unificada, el deterioro de las carreteras y la pérdida de la mayoría de los conocimientos adquiridos en el pasado (el idioma griego se extinguía en el Oeste y la leyenda se mezclaba más y más con la historia real). Pero en ese período Europa se consolidaba espiritualmente probando que era capaz de afrontar y sobreponerse a la presión que, en breve, habría de soportar.

La conversión del mundo greco-romano al catolicismo confirió a este mundo una unidad que jamás había tenido antes y gracias a la cual logró sostenerse.

Esta presión, esto es, el ataque cuya violencia estuvo a punto de destruir a Europa, hubiera ocurrido de todos modos. "El Sitio a la Cristiandad" era inevitable. Pero sobrevivimos a él. De no haber mediado la conversión de nuestro mundo, nos hubiéramos hundido.

II

LA CRISTIANDAD ESTABLECIDA

(A)

EL SITIO A LA CRISTIANDAD

(A. D. 500 A A. D. 1.000)

En la formación de la cristiandad, de su economía y estructura social, bajo la influencia de la Iglesia Católica, período que sigue al primero (el de su fundación y que duró quinientos años), abarca también como este último quinientos años: aproximadamente desde el año 500 hasta el año 1.000, más o menos.

Es un período de cinco siglos —el sexto, séptimo, octavo, noveno y décimo— los cuales constituyeron lo que ha dado en llamarse la *"Edad Oscura"*, pero que con más propiedad podría llamarse "El Sitio a la Cristiandad". Fué este período durante el cual el Imperio Greco-Romano, ya transformado por el catolicismo, estuvo en peligro de destrucción a manos de enemigos exteriores. Este amplio y prolongado ataque era muy distinto de lo que en el primer período se

llamaba equivocadamente "Las Invasiones Bárbaras", pues cabía considerar a los Godos, a los Francos y a los Vándalos como parte integrante del Imperio. Eran tropas federadas del Imperio y pertenecían a la religión imperial. Eran cristianos. No entraron como enemigos desde afuera sino que vivían dentro de los límites del Imperio. En cambio, los últimos ataques asumían otro aspecto. Los piratas venían por mar desde el Noroeste impulsados por el ansia de robar y de destruir el mundo romano; los asiáticos también vinieron atravesando las grandes planicies y atacaron por el Este — éstas eran auténticas invasiones bárbaras en medio de la *Época Oscura*. Llegaron a su punto culminante en el siglo IX, intentando *pisotear* nuestra herencia, quemar nuestros *altares*, suprimir la Misa y extirpar el nombre cristiano.

Fuimos asaltados desde el Norte, desde el Este y desde el Sudeste en dos formas distintas. Hordas de paganos auténticos y bárbaros, algunas procedentes de Escandinavia, muchos mongoles y eslavos, se lanzaron fieramente sobre los límites de la Cristiandad con la esperanza de *saquearla* y por consiguiente arruinarla. En el ataque procedente del Este venían hombres de los distritos que hoy llamamos Suecia, Noruega, Dinamarca y Polonia, así como de las llanuras rusas, de Hungría y del valle del Danubio.

Nuestra lucha contra esos enemigos del nombre y la cultura cristiana estuvo a punto de *anonadarnos* pero al final salimos triunfantes. El sitio había comenzado. Llevamos la influencia de la civilización hacia afuera entre aquellos que habían sido nuestros enemigos salvajes y terminamos por domesticar a todos ellos hasta incorporarlos a una nueva civilización cristiana más amplia. Esa fué la tarea de la Iglesia Católica en el Oeste, la Iglesia bajo la autoridad directa del patriarca occidental en Roma (que también es el primado universal) y de la liturgia latina.

Lo que ocurrió en el Sudeste fué algo distinto.

Ahí, esto es, contra la parte del Imperio que hablaba el griego, directamente gobernada desde Constantinopla, el peligro asumió la forma de un movimiento repentino y entusiasta, a la vez religioso y militar. Un enjambre de jinetes del desierto, armados, aparecieron en los arenales de Arabia e irrumpieron sobre las civilizaciones de *habla* griega y de administración griega, sobre Siria (incluyendo a Palestina), Mesopotamía, Egipto y desde ahí a lo largo del Mediterráneo entre el mar y el desierto de Sahara. Esas bandas de caballería llegaron al Atlántico en Marruecos, cruzaron el estrecho de Gibraltar, y siguiendo hacia el Norte atravesaron España y consiguieron cruzar los Pirineos. Este ataque desde el Sudeste era el ataque mahometano, no pagano como el otro que se llevaba a cabo en el Norte. Tampoco era de carácter salvaje, porque desde el principio incorporó en su conquista todos los elementos de la civilización, desarrollando alta literatura propia y por fin pasando de una herejía, que es lo que en realidad era en sus comienzos, a lo que virtualmente fué una nueva religión y un nuevo tipo de sociedad: El Islam.

Este ataque a la Cristiandad desde el Sudeste, no solamente conservó sus primeras conquistas, sino que siguió progresando con el correr de los siglos. Es cierto que después de muchas generaciones, hasta cierto punto, fué rechazado en España, mas continuó persistente y fuerte sobre todo el Norte de África y Siria; por último se *apoderó* de Constantinopla, y amenazó, no hace mucho tiempo, capturar a Viena. De haber ello ocurrido, la Alemania Cristiana hubiera sido dominada.

Pasemos a considerar ahora, en forma algo más detallada, este "Sitio a la Cristiandad".

Primero; el ataque del Norte y del Este era un ataque desde Escandinavia y el Báltico. Era esencialmente un ataque llevado a cabo por piratas poco numerosos pero muy peligrosos debido a su gran movilidad y su fiera embestida sobre una sociedad en decadencia, una sociedad en la que la mayoría de los hombres vivían bajo el régimen de servidumbre y que era imposible movilizar para defender al Estado. Además los gobiernos locales estaban prácticamente incapacitados para ayudarse mutuamente debido a la decadencia general de su organización y de las fuerzas centrales de la sociedad. Esos ataques de los piratas habían sido precedidos por algo así como un ensayo general bajo la forma de lo que con más o menos acierto se llamaron las invasiones sajonas en Bretaña y que en realidad eran incursiones de piratas procedentes de las costas del Mar del Norte, sobre el límite

Noreste del Imperio: las bocas del Ems, del Weser y del Elba y las costas de la caleta de Heligoland Este en la costa Oeste de Frisia o lo que se llama hoy Schleswig Holstein.

El relato de que invadieron a Bretaña expulsando a los habitantes nativos, repoblando luego la isla, no tiene sentido; pero la verdad es que aprovechándose del desmoronamiento general de la administración romana, varios jefes de bandas piratas asumieron el gobierno local a lo largo de una estrecha faja en la costa Este y Sudeste de lo que hoy se llama Inglaterra. Fué ese grupo el que se conoció bajo el nombre general de "Sajón" y el que asolaba los alrededores de Calais y Boulogne, el Sudeste de Bélgica así como la isla de Bretaña. Es interesante notar que una parte de esos grupos de piratas fueron llamados "Anglos" o "Engles", de donde provienen las palabras modernas "Inglés" e "Inglaterra". Es de presumir que esos nombres tienen su origen en la palabra latina "angulus", que significaba entre otras cosas una caleta (probablemente refiriéndose a la caleta de Heligoland). Así, como sucede frecuentemente, los salvajes tomaron su nombre de una denominación dada por la civilización.

Esos ataques preliminares de los piratas desde allende el mar comenzaron desde tiempo atrás; en realidad comenzaron mucho antes de que sobreviniera el desmoronamiento de la administración romana y se repetían e infligían serios perjuicios en el siglo anterior a Constantino, arreciando más y más hasta el año 500. Como consecuencia, lo que todavía era la

Bretaña insular Cristiana quedó aislada del continente, y la vida de la sociedad de la isla descendió a un nivel muy bajo.

Cuando se agotó la energía de esas primeras incursiones de piratas que cruzaron el Mar del Norte, el Papa de aquellos tiempos envió misioneros para convertir a los habitantes de la faja oriental británica, donde había desaparecido casi toda civilización como asimismo la religión sobre la cual aquélla dependía. El emisario del Papa, San Agustín y sus compañeros, vinieron desde Francia, ya completamente cristianizada, justo antes del año 600 y antes de terminar el siglo VIII habían restablecido la *Misa*, los escritos, las construcciones apropiadas así como la civilización en general en toda esa faja oriental de Bretaña semi arruinada debido a las incursiones.

Este éxito se relaciona a una consecuencia imprevista; para obtener la conversión de la franja británica en estado de barbarie, los misioneros buscaron la ayuda de los cristianos empobrecidos que vivían al Oeste de Inglaterra; mas los reyezuelos cristianos y los obispos del Oeste de Inglaterra rehusaron ayudar a los misioneros italianos, quizá porque temían la dominación extranjera. Y así la Iglesia, que entonces era la única organización extendida e importante, con todo el poder que tiene hoy el capitalismo en los países semi organizados, se inclinó a favor de los pequeños jefes de la costa oriental británica y contra los del Oeste.

Irlanda era ya católica gracias a un proceso de conversión iniciado doscientos años antes desde la parte de Bretaña católica. Los misioneros irlandeses precedieron a los que vinieron desde Roma para convertir la franja de tierra poblada por bárbaros en la Bretaña oriental, pero no estaban de acuerdo con los procedimientos corrientes de la Iglesia Latina especialmente en lo referente a la ceremonia de las *Pascuas*. En un concilio celebrado en Whitby, en la costa de Yorkshire, prevalecieron los argumentos en favor de los procedimientos romanos y en consecuencia se realizó finalmente la unión completa de la Iglesia en Bretaña con la Iglesia Latina o sea la Iglesia de Occidente.

Debido a ello el idioma hablado en las pequeñas cortes de York o de Bamburgh, en la costa del Mar del Norte, en Norfolk, Suffolk y en Kent, fué el que se propagó, debido a la acción de las escuelas, la de los misioneros y a los esfuerzos de la Iglesia, a medida que la civilización volvía a establecerse lentamente hacia el Oeste a través del centro de la isla. He ahí por qué Inglaterra y lo que se debe a su expansión habla hoy en día el inglés; en vez de hablar un idioma semi latino y semi celta, habla un idioma semi latino y semi teutónico.

Habiéndose así recuperado Bretaña para la civilización católica del Oeste de Europa, en lo que a expediciones piratas de allende el mar se refiere, hubo una pausa que duró aproximadamente cien años. En aquellos tiempos se combatía reciamente contra los salvajes germanos del continente y los mongoles que invadían el valle del Danubio y las llanuras al Norte de ese río. En ese momento la civilización occidental

se agrupó en un estado único bajo el Rey Carlos, jefe gobernador de la Galia, quien fué coronado Emperador de Occidente en Roma, en el año 803 y conocido en la historia bajo el nombre de Carlomagno.

Sin embargo los piratas escandinavos llevaban a cabo incursiones peligrosas, aun cuando no intentaron ninguna invasión hasta después que murió Carlomagno, en el año 814. Pero durante el siglo siguiente y algo más, los piratas intensificaron sus ataques y comenzaron a establecerse en algunos puntos de las islas de Bretaña, en las costas del Norte y Oeste de Francia y sobre los bancos de los ríos en ambos países. Esta segunda ola de piratería sanguinaria procedía del Sur de lo que hoy llamamos Suecia y Noruega, como asimismo de la península de Dinamarca. En Inglaterra se llamaba "Daneses" a los piratas y en el continente "Hombres del Norte"; más tarde, por contracción de esa frase, normandos. Lo mismo que en la primera, en esta segunda ola, los piratas no eran numerosos — un barco no contenía más de cincuenta guerreros y la suma de todas sus naves reunidas no era elevada. [1]

Esos piratas procedentes del Mar del Norte invadían continuamente Inglaterra y asimismo el Norte de Francia. En esta región su jefe Rollon fué aceptado

[1] El ataque más importante fué el llevado a cabo sobre las poblaciones cristianas en las bocas del río Elba, allí donde Carlomagno impuso la civilización a los alemanes paganos, bautizándolos bajo pena de muerte. Merece recordarse que ese ataque sobre Hamburgo fracasó.

por el Imperio Cristiano lo mismo que tantos otros jefes bárbaros lo habían sido en tiempos pretéritos. Le fué permitido asumir el gobierno local. Sus guerreros y secuaces casaron con las hijas de las familias propietarias de tierras y también con las de los hombres libres del Sena inferior. De esta suerte un nuevo jefe local gobernó la provincia ahora llamada Normandía. Gobernaba desde Ruan, y naturalmente, los pocos miles de escandinavos que lo seguían, bien pronto se diluyeron en la población galo-romana, hablaron el mismo idioma, el Francés del Norte, de donde deriva el Francés moderno. En esta forma ese puñado de invasores fué rápidamente asimilado por la masa de la civilización. [1]

Las invasiones de los piratas al Norte de la Galia terminaron de esta suerte casi un siglo antes del año 1.000, mas éstos siguieron invadiendo Inglaterra durante otro siglo y medio e Inglaterra, como resultado de sus esfuerzos destructores, quedó casi anonadada. Mas el pueblo de la isla se reunió alrededor del Rey Alfredo y sus sucesores y aun cuando tuvieron que soportar golpes de los piratas, a la postre consiguieron convertirlos y civilizarlos a medias. Finalmente, justo después del año 1.000, las incursiones de los

[1] A menudo encontramos en los libros modernos, escritos en idioma inglés, la palabra "Franco-Normando". Jamás existió ese idioma Franco-Normando. El Duque de Normandía, sus nobles, escuderos y todo el pueblo de la provincia hablaban el mismo francés que el hablado desde el Loira hasta el Canal de la Mancha y desde las Ardenas hasta los límites de las regiones que se expresaban en bretón.

reyes piratas escandinavos se convirtieron en un movimiento dinástico. Eran ya semi-cristianos tanto en su tierra como afuera de ella. Mas, seguían ejerciendo una presión extranjera semi-pagana contra los ingleses, a la cual puso término el Duque de Normandía cuando vino con un gran ejército de hombres que se expresaban en francés y también con muchos mercenarios procedentes del Norte de Francia y fundó la Inglaterra medieval en 1.066.

Podía decirse que en este sector, el sector del Noroeste, se había levantado definitivamente el Sitio a la Cristiandad.

Lo propio ocurría en el sector del medio Este. Los nuevos cristianos alemanes del Rin y del Danubio superior lograban detener las incursiones de la caballería ligera de los mongoles paganos, aun más sanguinarios y destructores que los piratas escandinavos. Las avanzadas de los mongoles habían llegado, en sus incursiones, hacia el Oeste hasta el río Saone en Francia. Habían alcanzado la ciudad de Tournus, hoy sobre la línea principal del ferrocarril entre París y Marsella. Pero mucho antes del año 1.000 retrocedieron hasta las planicies de Hungría, país éste cuyo nombre e idioma son de origen mongólico.

Más allá, hacia el Este, encontrábanse las tribus salvajes y, sin trabazón entre ellas, las de los eslavos, conocidas bajo distintos nombres; avanzaron desde las grandes planicies del Norte e irrumpieron en los Balcanes asolando el Imperio Griego, pero nunca pudieron tomar Constantinopla, la cual siguió ejerciendo una

autoridad intermitente en las tierras montañosas llamadas hoy Yugoslavia y Bulgaria. Los eslavos también fueron convertidos, pero convertidos debido a la influencia griega.

Dentro de la conversión en masa de los eslavos debida a los misionarios bizantinos, hubo una excepción: la del grupo de hombres situado al Norte que más tarde fué designado con el nombre de polacos, el cual recibió la influencia occidental a través de Alemania. Abandonaron la liturgia griega y adoptaron la latina cuando se acentuó la separación entre las Iglesias de Oriente y de Occidente; los polacos representaron, en el mundo eslavo, la civilización latina, o sea, la de Occidente.

Hemos visto que el Sitio a la Cristiandad en el Sector Sudeste, es decir desde Asia Menor a Siria y Egipto, era de un carácter muy distinto al que exhibían los sectores en el Norte y centro de Europa. Hemos visto que en el Norte y en el centro se trataba de un ataque por mar y por tierra llevado a cabo por salvajes sin cultura, iletrados y desprovistos de toda forma de gobierno que mereciera ese nombre. La presión era muy fuerte y duró mucho tiempo, mas el sitio fué levantado, el ataque desbaratado y la Cristiandad avanzó triunfalmente a través de los pueblos y del territorio ocupado por los enemigos de antaño.

Hacia el Sur, sin embargo, sobre el extremo Oeste del Mediterráneo, el Sitio de la Cristiandad por sus

enemigos tuvo éxito. Jamás fué posible levantarlo. Al principio, los que comenzaron a poner el sitio constituían un número muy reducido, pero actuaban bajo la inspiración del ardor religioso: el del mahometanismo. *Mediante la oportunidad excepcional que tuvieron a su favor,* los atacantes tomaron aquella parte de la Cristiandad e invadieron la zona griega. Asimilaron su cultura, sus artes, su estructura social, ocuparon sus edificios, asumieron la administración de las tierras (sobre la cual se basaba el sistema de impuestos) y se apoderaron de todo lo demás. Pero los atacantes impusieron su nueva herejía, la cual se transformó gradualmente en una nueva religión, ejerciendo el poder sobre el gobierno y la sociedad en todas las regiones donde el ataque rompió la línea de sitio y ocupó territorio cristiano. Resultó de ello una transformación completa de la sociedad, la cual se desarrolló exhibiendo un contraste violento entre el Oriente y Europa. El mahometanismo no sólo se asentó firmemente en Siria, a lo largo de toda la costa Norte de África y aun en España, sino que asimismo irrumpió vigorosamente en Asia, hacia el Este.

La oportunidad para el ataque en ese sector era excepcional. A primera vista todo podía conducir a suponer que la alta civilización griega centralizada en Constantinopla y su opulenta corte imperial, percibiendo cuantiosas rentas y defendida por un eficiente ejército profesional, estaba en mejores condiciones para resistir asaltos que la Europa occidental. En efecto, las condiciones semi-bárbaras que allí imperaban, debido a la prolongada decadencia en lo material, la falta de ejércitos regulares y por el hecho de haberse dividido sus habitantes en grupos semi-independientes, la mostraban, cuando menos en apariencia, más vulnerable que la Europa Oriental. Pero es un hecho que el golpe descargado contra los Griegos, es decir, contra la Cristiandad oriental, rompió la armadura de ésta y tuvo consecuencias más profundas e inmediatas que los ataques de las hordas bárbaras del Este y del Norte.

Eran cuatro las ventajas que presentaba el ataque desde el Sudeste. Primero, la deuda a los prestamistas en el Imperio tenía carácter universal (como lo tiene hoy en día); segundo, los impuestos constituían una carga pesada; tercero, una gran parte de la población estaba constituída por esclavos; cuarto, la ley y la teología o, mejor dicho, las prácticas sociales y las leyes religiosas se habían complicado a tal punto, que les resultaba imposible a las masas adaptarse adecuadamente a ellas.

Un nuevo y renovador entusiasmo al invadir el Imperio podría sacar ventajas de esos cuatro puntos débiles: Podía prometer al labriego endeudado y a la autoridad municipal endeudada, librarlos de sus deudas; podía prometer al ciudadano de pocos recursos y abrumado por impuestos una situación más aliviada; podía prometer la libertad de los esclavos y podía prometer un conjunto de reglas sencillo —demasiado sencillo— para la vida social como también un conjunto nuevo de prácticas religiosas. Este último llama-

do, el llamado de la simplificación, especialmente la simplificación en lo que atañe a la religión, fué lo que obró con más fuerza. En ese momento tuvo éxito en Siria y Egipto como lo tuvo nueve siglos más tarde en Occidente, durante la Reforma.

Ese entusiasmo ávido de reformas proviene casi exclusivamente del poder de atracción de un hombre, de un conductor de camellos árabe, llamado Mahoma. Como todos los árabes de esa región desierta, fuera de la jurisdicción del Imperio Cristiano cuya sede era Constantinopla, ese hombre era pagano de nacimiento, pero habiendo viajado por lejanas tierras quedó profundamente influído por los sistemas religiosos cristianos y judíos que tuvo ocasión de conocer en el mundo civilizado. Sintióse poderosamente atraído por algunos de los principales credos y los resumió a su manera en un cuerpo de doctrina. La doctrina católica de un Dios personal, omnipotente, creador de todas las cosas, lo atraía poderosamente, así como su justicia y su merced. Igualmente sintióse atraído por el doble destino de la humanidad (Cielo o Infierno), la realidad de un mundo de buenos y malos espíritus, la resurrección y la inmortalidad de los seres vivientes. No sólo aceptó sino que también se hizo carne en él ese conjunto simple y fundamental de la doctrina católica. Quedó sobrecogido de pavor contemplando a Cristo y consideraba a Nuestro Señor como el primero de los maestros morales y renovadores de la vida espiritual. Asimismo profesaba veneración profunda hacia Nuestra Señora.

Pero rechazó de plano el clero (que para su espíritu implicaba una complejidad social sin utilidad), así como todo el sistema sacramental inherente al clero y el puntal básico y esencial de la Cristiandad, la Misa. También rechazó el bautismo, aceptando la circuncisión, no sólo como un rito judío, sino también como práctica común entre las gentes de su propio pueblo. Admitía una moral sexual tolerante, el concubinato y tener varias esposas legítimas. Además concedía muchas facilidades para obtener el divorcio.

Debemos presumir que este ardiente conductor religioso era sincero cuando se creía predestinado a una revelación divina y a difundir una misión con vibrante entusiasmo. Creía pertenecer a la estirpe de los grandes profetas, el último y el más grande de todos. Puede que hubiera en él algo de charlatán y de impostor, como sus enemigos lo han creído y como se inclinan a creerlo en parte muchos estudiosos e historiadores modernos. Mas, en lo principal, en el sentido de su misión y su pretensión a ser el profeta supremo de Dios, debemos creer que era sincero. De todos modos la partida de hombres que él convenció y reunió a su alrededor, establecieron la nueva herejía (pues al principio fué esencialmente una herejía cristiana aun cuando apareciera fuera de los confines de la Cristiandad) difundida con las armas en la mano — método que conmovía fuertemente al temperamento árabe. La semilla echó vigorosas raíces y poco después de la muerte de Mahoma, la partida de jinetes guerreros, ansiando difundir la vibrante doc-

trina que aquél había promulgado para ellos, irrumpieron a través de los confines de la civilización, allí donde termina el desierto y comienza la tierra cultivada, al Este del Jordán.

El éxito fué asombroso. Se apoderaron de Damasco, la clave del Asia Menor, y en el valle de Yermuk, aun cuando en inferioridad numérica, derrotaron el ejército cristiano bizantino enviado contra ellos. Invadieron Siria y Mesopotamia, organizando un nuevo gobierno en todas partes, ofreciendo la libertad a los esclavos y los deudores y alivio al contribuyente de impuestos, siempre que éstos aceptaran la religión de Mahoma. La sencillez de esa religión contribuyó en gran parte al éxito de sus esfuerzos. Los hombres que deseaban liberarse de la esclavitud y de la deuda así como del peso de los impuestos, se unieron a ellos en todas partes y en gran número. Surgió un núcleo mahometano encargado del poder militar y cuyas fuerzas excedían grandemente en número a la primitiva cabalgata que salió de los arenales de Arabia. Desde luego, la mayoría de la población permaneció adherida a sus tradiciones católicas o a las de sus herejías; las prácticas de éstas, en cuanto a la liturgia, eran toleradas por sus nuevos dueños, mas habían perdido ya el poder político; por otra parte, el armamento estaba en manos de los que ahora eran sus gobernantes.

El sistema de gobierno mahometano sobre grandes regiones de cultura cristiana se propagó con sorprendente rapidez. Fué implantado en Egipto, aprovechando desde luego los beneficios de su gran riqueza en el Delta y el Valle del Nilo, invadió y dominó aquellas ciudades donde se hablaba el griego, el púnico o el latín en la costa del Norte de África, entre el Mediterráneo y el desierto. La invasión triunfante no se detuvo ni siquiera cuando hubo alcanzado el Atlántico. Cruzó el estrecho de Gibraltar, irrumpió en la península española, cruzó los Pirineos e intentó hacer en la Cristiandad occidental lo que había hecho en la oriental.

La inmensa ola rompió cuando su cresta alcanzó el centro de la Galia. En una gran batalla librada entre Tours y Poitiers, los cristianos, bajo el mando de un jefe perteneciente a una de las más ricas y grandes familias galo-romanas mezcladas con sangre alemana —la familia de donde habría de salir Carlomagno— rechazó la invasión hasta los Pirineos. Pero detrás de los Pirineos, esa extraña cosa nueva arábiga, aun cuando en número reducido, reinaba suprema ya para gobernar o para manejar las armas.

El ritmo avasallador de esa expansión justifica, en cierto modo, que los mahometanos la crean milagrosa y vean en ella una prueba de la misión divina de su profeta. La batalla de Yarmuk, cuando el ejército bizantino fué sorprendido por la derrota a manos de enemigos inesperados, tuvo lugar en el año 634. La batalla entre Tours y Poitiers, en el centro de Francia, tuvo lugar en el año 732. Menos de cien años, algo más que el término de la existencia de un hombre, bastaron para que esa expansión se llevara a cabo.

El Sitio de la Cristiandad sobre este lado, al Sudeste y en el Sur, había tenido éxito; excepto en España misma, nunca fué levantado. Por el contrario, la presión contra la Cristiandad había de continuar para amenazar finalmente de nuevo a toda nuestra civilización. El mahometano estaba ante las puertas de Viena, menos de cien años antes de la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos. Si hubiera tomado Viena, nada le hubiera impedido alcanzar el Rin.

*

* *

Eso fué lo que he llamado el "Sitio a la Cristiandad" (que abarca los siglos VIII, IX y X, a los cuales y en particular al siglo IX, en la mitad de su transcurso y a la mayor parte del X, puede aplicárseles el nombre de "Edad Oscura").

Esas generaciones de peligro, de continuo batallar contra enemigos eternos, tuvo sobre nuestra civilización, amenazada de muerte, un efecto de la mayor importancia para nuestro futuro. Este efecto, si hemos de expresarnos metafóricamente, puede decirse que consistió en darnos el "temple" necesario. La presión y el calor de la lucha consolidó a la Europa Cristiana en el molde donde se había fundido. Consolidó asimismo a nuestra sociedad y le dió esa forma que había de resultar vigorosa y perdurable preparándola para la gran expansión de la verdadera Edad Media.

¿Qué se había hecho la estructura social de la Cristiandad durante esos tres siglos de incesante combate defensivo? En primer lugar, la estructura social interna del Occidente se consolidó y asumió características nuevas y permanentes.

La esclavitud propiamente dicha, la compra y venta de hombres y mujeres y la explotación de su trabajo mediante la fuerza, había dejado de constituir el fundamento de la sociedad. Fué reemplazada por un estado de cosas en el cual el antiguo esclavo se había transformado en *siervo*. Los descendientes de los esclavos no trabajaban ya sometidos a la voluntad arbitraria de los dueños que vivían aquí y allí en grandes propiedades rurales; fueron agrupados en comunidades rurales, en aldeas sobre las cuales el antiguo dueño conservaba su mandato, pero, ahora, era un dueño con derechos estrictamente limitados por la costumbre.

El siervo representaba un estado de transición entre el esclavo de la antigüedad pagana y el campesino libre de los últimos siglos cristianos. En su mayoría, los hombres cristianos en Occidente —cuando menos las nueve décimas partes— se dedicaban a la agricultura. En la franja a lo largo del Rin, donde se hablaba el alemán y su margen inmediata, al Este, en el distrito del Danubio superior, donde también se hablaba el alemán, en la Galia (o Francia), en Bretaña, en Italia y aquella parte al Norte de España reconquistada al Mahometano por los ejércitos cristianos, cuando menos nueve familias entre diez cul-

tivaban la tierra. De ellas, una amplia mayoría, quizá las dos terceras partes, eran siervos radicados en el campo, a los cuales aún se les obligaba a trabajar como lo habían hecho sus antepasados, para otros hombres que actuaban como intermediarios para sus señores; mas el trabajo de los primeros era estrictamente limitado por una costumbre inmemorial. El siervo daba tantos o cuantos días de trabajo, durante la semana, a las tierras de labranza de su señor, pero el resto de su tiempo le pertenecía. Del producto de su propia tierra tenía que dar tanto o cuanto como tributo a la Iglesia y al señor local; pero, en la práctica, podía disponer del resto. En otras palabras, el aislamiento de las aldeas durante las guerras prolongadas del Sitio a la Cristiandad y la dificultad de las comunicaciones, determinaron la formación de una comunidad de aldeas perfectamente organizada y capaz de satisfacer sus necesidades.

Además actuaba una fuerza que había ya emancipado a medias a la antigua clase de los esclavos dándoles gradualmente, con el correr de los siglos, una posición más alta; esa fuerza era la religión común al señor y al siervo. Todos los hombres, bajo la amenaza del desafío bárbaro procedente del exterior, tenían la sensación de pertenecer al género cristiano, es decir, a una civilización superior y unida que debía permanecer viva gracias a su propia energía.

Frecuentemente se ha dicho que la evolución gradual del esclavo al siervo semi liberado durante la Edad Oscura y su evolución ulterior hasta transformarse en un campesino libre, era el resultado forzoso del desarrollo económico, ciego a toda consecuencia de orden moral. Estaba de moda en el siglo XIX hablar de esta suerte porque el error fundamental del siglo XIX era su materialismo, y, dado que la filosofía materialista era falsa, ésta dió origen asimismo a una historia falsa.

No existía ninguna razón de orden económico que determinara la decadencia de la antigua servidumbre y el mejoramiento de la posición personal y la libertad en la masa de los que eran libres. Es el Espíritu lo que determina el cambio en la Sociedad, y fué porque el espíritu en plena actividad era un espíritu católico, que el esclavo se transformó en siervo e iba en camino de ser un campesino —un hombre completamente libre— un hombre libre tanto en lo político como en lo económico. Todo el espíritu de la Iglesia estaba a favor de la pequeña propiedad y ese espíritu, lenta e instintivamente, trabajaba a favor de la pequeña propiedad a través de la Cristiandad. Esa pequeña propiedad estaba sujeta a servidumbre, pagando altos impuestos a otros, pero era la pequeña propiedad de todas maneras, la pequeña propiedad que echaba sus raíces permanentes.

Paralelamente a ese progreso en el mundo rural, que formaba las nueve décimas partes de esa sociedad, se observaba una evolución en el mundo de los artesanos y en la vida de las ciudades. En ellas la Corporación, asociando a grupos de artesanos, limitando la competencia y alentando la vida corporativa, refle-

jaba la organización de la aldea. Las reglas de la Corporación Cristiana y aun más las de su espíritu impidieron la acumulación de las riquezas en unas pocas manos — el que los chicos fueran comidos por los grandes. El trabajo del aprendiz estaba sujeto, es cierto, a la explotación por parte de su amo; mas el aprendiz, por derecho propio, con el tiempo se transformaba en amo. Y así, a fines de la Edad Oscura, gracias a la Cristiandad, los carpinteros, albañiles, sastres y otros gremios se organizaron en cuerpos autónomos manteniéndose y gobernándose a sí mismos, ligados entre sí por tradiciones aún no explícitas, como lo fueron más tarde, ni tampoco generalmente codificadas como también lo fueron después, pero con fuerza viva para observar la existencia propia de los hombres cristianos. [1]

Observamos aquí el efecto de ese proceso de "temple" sobre la masa agrícola de la Sociedad, que incluía, hay que recordarlo, no sólo a los descendientes de los antiguos esclavos, sino también a los pequeños propietarios rurales. Asimismo ese fué su efecto sobre los artesanos de las ciudades y sobre el pueblo en general que no vivía del cultivo de la tierra. Quedaron sin embargo lugares donde aún subsistía la condición servil; algunas veces se compraban y se vendía los

[1] Las semillas de la Corporación Europea fueron sembradas mucho antes. La Corporación es romana y desde luego existen paralelos de ella en todas partes del mundo y en todas las épocas. No obstante, en su forma eficaz y más poderosa, es esencialmente una institución de la Edad Media.

hombres, mas estos casos constituían excepciones muy raras y las excepciones también desaparecieron.

Los tributos pagados y los servicios prestados, de acuerdo a una costumbre establecida, por las comunidades de las aldeas a sus señores, mantenían a esos señores de aldea dentro de una clase correspondiente a esa posición mientras que otros tributos sostenían a otra casta social — el clero. La masa de los señores feudales estaba constituída por pequeños señores de una aldea o de dos o tres a lo sumo; además, una clase intermedia había adquirido grupos de aldeas que contribuían a su prosperidad mediante alianzas matrimoniales y herencias. Muy por encima de estas clases estaban las de las grandes fortunas regionales, cuyo número era reducido. Éstas gobernaban y percibían los tributos de distritos enteros.

Estos distritos, a su vez, agrupábanse sin mayor cohesión, por lazos personales, en reinos. La clase feudal de los señores, desde el pequeño señor de una aldea a los grandes terratenientes, habíase transformado ahora y por muchas generaciones, desde el Sitio a la Cristiandad, no sólo en la clase política y gobernante, sino también en la clase guerrera de la sociedad. La defensa y la expansión del territorio de la Cristiandad estaba a cargo de ella.

La sociedad de la Cristiandad transformándose lentamente durante la presión de ese prolongado "sitio", como lo he llamado, desarrolló tres características que estamparon su marca sobre la naturaleza europea hasta mucho después que desaparecieron las con-

diciones de sitio. Quedaron estampadas sobre la forma de Europa hasta el Renacimiento y aun después. Puede asegurarse que todavía hoy conservamos reliquias de ellas.

La primera de esas características la constituía un profundo sentido de la unidad Cristiana y particularmente de la unidad Cristiana Occidental: la unidad de todas las características reunidas por la Misa latina y por el Patriarcado Occidental, a la cabeza del cual estaba el Obispo de Roma, el Papa.

El poder militar del Imperio Romano, cuando aún era un imperio pagano, jamás había logrado una unidad moral de ese género. Impuso una unidad política y cierto orgullo en la ciudadanía de sus súbditos, mas no aportó ese lazo espiritual sin el cual la sociedad no puede ser en realidad una. Hoy en día entendemos la unidad en términos de estados y razas independientes. Algunos de esos términos priman de una manera tan superficial como para admitir la unidad cuando está basada en un idioma común. Mas el primer factor de la unidad en cualquier sociedad, grande o pequeña, consiste en mantener por parte de todos los miembros de esa sociedad la misma filosofía, en colocar los asuntos humanos en el mismo orden de importancia y en estar de acuerdo sobre las bases fundamentales de lo bueno y lo malo así como sobre el culto público.

La segunda característica del sitio consistió en el desarrollo de una casta noble. Surgió en la mente de los hombres el concepto de la "sangre" o estirpe; algo así como una distinción mística entre una clase de descendencia y otra.

Los hombres han discutido los orígenes de ese poderoso sentimiento llegando generalmente a conclusiones erróneas. Desde luego, ha existido el concepto místico e irracional de casta en una buena parte de la sociedad humana desde el pasado más remoto. Algunas veces ese concepto surgía como consecuencia de la conquista, pero con más frecuencia de la veneración hacia los superiores. En cierta fecha, antes de que existiera ningún documento histórico, un sentimiento religioso determinaba el culto de tal o cual clan o sección de la comunidad. Entre los germanos que en ésta como en muchas otras cosas tenían ideas menos precisas que las de sus vecinos del Sur, manifestábanse sentimientos por tal o cual familia considerándola sagrada, y de esta suerte el jefe de la tribu era elegido entre esa familia y no entre alguna otra. Existían disposiciones o arreglos semejantes entre otras tribus de la franja exterior semicivilizadas, allende los límites estrictos del viejo Imperio Romano.

Mas el sentimiento de rango desarrollado en la Cristiandad durante la Época Oscura y que arraigó firmemente, tenía otro origen. Procedía del prestigio de los guerreros que más se distinguían. Los líderes de las fuerzas cristianas organizadas sin mayor cohesión, que soportaron la presión del barbarismo anticristiano sobre el Norte y la del mahometanismo odiado en el Sur, eran en su mayor parte descen-

dientes de los antiguos terratenientes romanos, los poseedores de grandes distritos rurales cultivados por sus esclavos. En las postrimerías del poder central de Occidente cuya sede estaba en Roma, esos terratenientes constituían la única clase opulenta y dominante. Como consecuencia lógica se convirtieron en jefes naturales de las bandas constituídas por sus hombres libertos cuyo armamento costeaban aquéllos. Se organizaban esas bandas, ya para la defensa local contra las invasiones paganas, ya para la guerra privada, ya para formar grandes fuerzas cuando se hacía necesario reunir un ejército numeroso para hacer frente a una presión excepcionalmente fuerte. Tomando un ejemplo entre cien, Alfredo de Inglaterra levantó una fuerza considerable de este género, desde los condados del Sur, cuando emprendió la tarea de impedir que esa parte de Inglaterra fuera totalmente arrasada por los piratas paganos. Como lo prueban los documentos contemporáneos, reunió los hombres de los condados vecinos excepto aquellos que desde un distrito habían huído allende el mar. Desde luego, esto no significa que Alfredo reuniese a todos los habitantes de los condados alrededor de su estandarte en Penselwood, en la frontera de Dorset y Somerset. Significa que reunió lo que hoy llamamos los escuderos y los terratenientes principales seguidos cada cual por su pequeña hueste de hombres armados.

La casta guerrera así formada, a medida que se prolongaba el Sitio de la Cristiandad, llegó a considerarse a sí misma como algo especial dentro de la

Sociedad. No sólo era la clase más rica sino también la que ejecutaba el trabajo más arduo y peligroso para la comunidad. De ahí surgió el concepto de considerar al hombre con armas y a caballo como un ser aparte, superior por naturaleza propia, al resto de la humanidad. Ese hombre era de la "nobleza", un hombre de "raza" (que constituye el significado original de la palabra inglesa "gentleman").

Sin duda ese sentimiento semi-religioso, ese distingo de la "sangre", esa separación de una clase directora aparte de la masa de la comunidad, estaba reforzada por recuerdos ancestrales. En los galos estaba vigorosamente arraigado el distingo entre una nobleza y la masa del clan, así como tenían un sentimiento profundo de la diferencia que existía entre el hombre consagrado a la religión y el seglar. El territorio de la Galia fué el centro principal de la Cristiandad durante el Gran Sitio. El espíritu galo y la raza gala impartieron su tono a la sociedad de toda Europa occidental cuando ésta sólo conseguía mantenerse en vida mediante el constante movimiento de fuerzas armadas reclutadas en su mayor parte en el área de lo que hoy se llama Francia. Pero aun cuando en este asunto intervinieron otros elementos, el principal elemento era este: el prestigio de los guerreros más conspicuos. Esa clase guerrera recibía tributos de las aldeas, donde sus familias eran los señores, y se organizó a sí misma dentro de una áspera jerarquía que llamamos feudalismo.

Esta jerarquía, en cuanto a su grado o rango, se

distinguía por sus rentas. El señor de una finca o una aldea recibía como renta alrededor de £ 500 a £ 1000 (en moneda actual) por año. Lo que recibía su vecino más rico como renta de varias fincas sería algo equivalente hoy a una cifra que oscilaría entre £ 5.000 a £ 20.000 esterlinas por año. Y por encima de ellos estaban los superseñores, cada uno de los cuales no sólo poseía muchas aldeas, con lo que se constituía en el hombre más rico del distrito, sino que también ejercía derechos sobre la tierra pública o sea la Tierra del Tesoro de los Emperadores Romanos y que comprendía a todo lo que quedaba fuera del sistema de las fincas. Los más grandes terratenientes, aquellos que estaban en la cúspide de la pirámide feudal, en lo que a poderío local respecta, eran iguales a los monarcas. Un Conde de Flandes o de Anjou o un Duque de Normandía era supremo en su distrito. En principio rendía homenaje feudal al Rey de Francia, igualmente debía admitir la soberanía titular del Rey de Francia y en muy contadas ocasiones, cuando el Rey de Francia (que era el principal señor feudal del distrito alrededor de París) hacía un casi nacional llamado a las armas, el gobernante local de Anjou, el de Normandía y los demás, también eran llamados; pero sólo acudían por su propia voluntad.

La tercer característica del sitio a la Cristiandad durante ese "temple" de los hombres cristianos consistía en la casi imperceptible emancipación de aquellos que habían sido esclavos en el antiguo tiempo

pagano y que después permanecieron como tales durante muchas generaciones. Es esa transformación gradual mediante la cual el esclavo que en los primeros siglos de la Europa Cristiana podía ser comprado y vendido como cualquier otra propiedad se transformó más tarde en el campesino completamente libre de los tiempos modernos y del cual ya hemos hecho mención. Lo que tenemos que considerar aquí es la profundidad de la revolución llevada a cabo. Las antiguas designaciones fueron empleadas durante siglos. La palabra "siervo" que hoy escribimos con la intención de distinguir un hombre que no era esclavo, aun cuando estuviera obligado a cumplir determinada tarea, un hombre que tenía propiedades y derechos hereditarios y de cuya labor aprovechaba él, en parte, los frutos, es simplemente la forma que se le dió, más tarde, a lo que originalmente significaba la palabra latina *esclavo*.

Lo que estaba sucediendo no era el resultado de algo preconcebido. Ninguna ley o edicto explícito hicieron adelantar un solo paso en ese proceso instintivo que transformó al esclavo pagano en el campesino cristiano, proceso éste muy lento pues duró alrededor de 1000 años. No obstante, la causa real que determinó este cambio se hace evidente cuando se contempla la cosa en sus rasgos más importantes. Esa causa era la religión común a todos, sin distingo de rango o riqueza. Desde que comenzó el proceso se hacía cada vez más difícil, moralmente, "comprar y vender hombres cristianos". La separación de las

familias bajo el sistema de la esclavitud no estaba en consonancia con la ética ligada a la Europa convertida. Esta causa, mucho más que cualquier agente de orden económico, fué lo que motivó el cambio fundamental así como todos los cambios aportados por el espíritu católico de Europa durante la presión del "Gran Sitio"; fué éste el más persistente y el que reformó de manera tan profunda la conciencia política y social del hombre de Europa Occidental hasta el punto de hacerle olvidar su origen servil. Se ha hecho carne en él el concepto de la ciudadanía, difundido en toda la comunidad. Todos sus experimentos modernos, desde el más cuerdo hasta el más extravagante, dan por sentado este concepto.

Mas conviene tener en cuenta lo siguiente: Aunque gradualmente nos hemos transformado de esclavos en hombres libres bajo la influencia de la Fe Católica, al perder esta Fe comenzamos de nuevo a volver sobre nuestros pasos. Con la decadencia de la religión, esto que nuestros reformadores ni siquiera sueñan aún, pero que va implícito en todos sus planes en forma ostensible, vuelve el Estado Servil, es decir, la Sociedad fundada y marcada con el sello de la esclavitud.

Conviene además tener en cuenta que durante ese prolongado "sitio", la cristiandad, en su aislamiento, peligro, sufrimiento y presión desde afuera, no pudo continuar desarrollando su civilización material, ya en decadencia, y que además había perdido el concepto de una ley universal codificada, lo que la obligaba a

vivir ateniéndose a la costumbre y a la tradición. Este estado de cosas, como consecuencia de su duración, dió lugar a que apareciera un espíritu opuesto al que se manifiesta relacionado con nuestras actividades modernas, pero también se relaciona con nuestra inquietud y peligro de ruptura modernos.

Debemos a la Cristiandad el espíritu del Estatuto, mediante el cual los individuos y las clases de la Sociedad no estaban ligados entre sí por contratos temporarios como lo están hoy en día, sino por el concepto de que todo hombre ocupaba un lugar en la sociedad y estaba sujeto a deberes establecidos que heredaba y podía transmitir a sus descendientes. El siervo que pagaba su contribución de labor como asimismo de los productos que obtenía de la tierra, el hombre libre de posición subalterna que vivía a su lado en la aldea y que también estaba obligado por la costumbre a pagar ciertas contribuciones, los señores de aldea que percibían sus rentas feudales, los grandes señores por encima de aquéllos y los artesanos de las ciudades, daban por consagrada su posición en una sociedad organizada que requería ciertas actividades de cada uno de sus miembros, pero que garantía la subsistencia y la familia.

Había explotación; existía la institución que obligaba a un hombre a trabajar en provecho de otro, mas esa institución actuaba de acuerdo a reglas fijas y no mediante la competencia. No peligraba la existencia de los que trabajaban. Las rentas pagadas a los superiores en esa sociedad feudal eran conocidas

y estaban estipuladas. Las distinciones de clase estaban consagradas por el largo período de tiempo que determinó su formación, y por la estabilidad de la sucesión, de generación en generación.

La sociedad Cristiana había entrado gradualmente en un período estático — pero estático también quiere decir estable. Se había transformado en una cosa organizada cuyas reglas de vida constituían un sólido andamiaje que habría de conservar el carácter y la forma de todo el conjunto a través de la futura expansión del conocimiento y de la energía.

Debido a esa estabilidad y al conjunto de costumbres tradicionales consagradas en el espíritu de todos los hombres, pero sobre todo debido a la religión universalmente aceptada, con su liturgia omnipresente y su filosofía que explicaba la caída espiritual del hombre, la de su beatitud y la de su relación con lo Divino; debido a todas esas cosas, a fines de la Edad Media y a pesar de todo, el alma de Europa tenía un soporte firme.

Vamos a verla pasar a una etapa nueva de intensa actividad, cuando floreció la auténtica Edad Media, alcanzando quizá el punto más alto conocido en la historia de nuestra raza.

(B)

LA ALTA EDAD MEDIA

Estamos considerando una civilización, la más alta y mejor de cuantas recuerda la historia: la civilización de la Cristiandad. Hemos observado su extraño nacimiento, su rápido crecimiento y fuerte organización, su triunfo sobre el mundo entero, es decir, la captura del Imperio pagano, de aquel antiguo imperio greco-romano, en el cual arraigan todas las tradiciones de nuestra cultura y del cual todos descendemos. Pues la cristiandad, en verdad, no es más que "el Imperio bautizado"; pero este "no es más" es de una magnitud tan prodigiosa que lo coloca más allá de toda hipérbole. La conversión del Imperio y sus consecuencias inherentes forman el acontecimiento más importante en la historia del mundo.

Dado que estamos considerando una civilización en particular; cómo se formó y se estableció mediante la unidad de su filosofía religiosa, y desde que debemos considerar esa civilización como la cosa suprema que es y fué, nos acercamos a la culminación de su manifestación con cierto temor. Esa culminación siguió al gran sitio soportado por la Cristiandad durante la Época Oscura y de la cual salió triunfante cuando menos en lo que al Occidente se refiere. En la primer generación del siglo XI —es decir entre el año 1020 más o menos al año 1030— cuando ter-

mina el sitio a la Cristiandad con su triunfo, la Cristiandad comenzó a avanzar segura de sí misma retoñando y ejerciendo sus nuevos poderes. Entonces empieza el período durante el cual nuestro pueblo, nuestra cultura alcanzaron su expresión más auténtica, cuando el efecto de la religión que nos formó alcanzó su plenitud total y victoriosa. Puede llamarse con toda propiedad la "Alta Edad Media" y cubre los largos 300 años del siglo XI, XII y XIII: esto es, un poco después del 1000 hasta un poco después del 1300.

El nombre de "Edad Media" lo mismo que el de "Edad Oscura" ha sido usado en forma muy vaga y general. Por consiguiente corresponde dar una definición apropiada a este nombre. Ya hemos definido lo que puede llamarse apropiadamente la "Edad Oscura" — el período durante el cual la Cristiandad estuvo constantemente bajo el peligro y la presión, cuando perdió gran parte de la civilización material y cuando al precio de una lucha continua y mortífera, nuestros padres sobrevivieron a ese ataque de los bárbaros. Esta triunfal e importante faz de nuestra historia, la Edad Media, puede decirse que duró hasta el Renacimiento, la caída de Constantinopla, la revolución en las artes y en la cultura general, y el desastre de la Reforma cuando se disolvió todo lo que había sido nuestra herencia común.

El conjunto de ese período cubre más o menos quinientos años desde algo después del 1000 hasta algo después del 1500 y es, en verdad, a ese largo

período de 500 años que se ha aplicado generalmente el nombre de "Edad Media". Pero comprenderemos la cosa mucho mejor si establecemos un distingo entre la primera y la última parte de ese período.

Digo que los primeros trescientos años es lo que puede llamarse con propiedad la Edad Media auténtica, porque fué entonces cuando las virtudes de la civilización medieval culminaron y sus características se acusaron con mayor vigor, tocando luego a su fin a principios del siglo XIV. Los doscientos años restantes, desde el exilio papal hasta que estalla la fiera y confusa rebeldía de Lutero y se alza el edificio anticatólico de Calvino, tienen un sabor diferente. La mayor parte del siglo XIV y del siglo XV es un período en el cual la civilización exterior asciende, mas en el cual los sufrimientos del alma de la Cristiandad van en aumento; más tarde consideraremos esa lamentable decadencia espiritual. Aquí estamos atentos al florecimiento de la Cristiandad, que alcanza su culminación en el siglo XIII: desde el año 1200 al año 1300.

No dejemos que la admiración por esto que constituye el principal acontecimiento de nuestra raza sea menguado o torcido por el contraste inevitable entre el presente y el pasado. En forma ostensible, un período puede presentar ventajas que faltan en otro período; el mejor período será menos afortunado en muchos aspectos que el período peor subsiguiente. Los elementos de una cultura siempre están en proceso de transformación. Mas aquellos que no

sienten el llamado de la auténtica Edad Media y sus correspondencias con todo lo que es más fuerte en nuestra sangre, aquellos que se quejan de que les faltarían amenidades que ahora poseemos, olvidando también lo mucho que en otro sentido hemos perdido, tienen una comprensión mezquina de la historia. Si el hombre moderno más devoto y al mismo tiempo el más grande admirador de aquella época se encontrara repentinamente en la cúspide de la auténtica Edad Media, por ejemplo en el año 1270, le faltaría mucho de lo que hoy necesita. Estaría en una atmósfera que, aun cuando en armonía con él, le sería extraña. Pero es una parte de la sabiduría notar la diferencia en calidad entre lo que ha sido perdido y lo que se ha ganado. El ejemplo expresado en esta sentencia bastará: *No había patatas; mas tampoco había suicidios.*

Comenzamos, pues, con la primera generación del siglo XI. Los piratas escandinavos que nos habían atacado sobre el Mar del Norte habían sido convertidos. Aún quedaba mucho de su barbarismo, pero ya no constituían una amenaza de destrucción. Se habían transformado en una parte de nuestra cultura.

Las hordas, una mezcla de tipos mal definidos (muchos de ellos eslávicos), que habían atacado el centro de Europa, fueron derrotadas y domesticadas, aun los mongoles. Hungría misma, donde los mongoles se habían establecido, estaba ya bautizada y el Oeste estaba seguro. El ataque mahometano, en verdad, había tenido éxito; había capturado y retenía toda

aquella parte de la Cristiandad situada a lo largo de la costa Sur y Este del Mediterráneo y más tarde siguió avanzando. Mas en el Oeste, de todos modos habíamos comenzado a rechazar ese adversario formidable, pues en el Norte de España la reconquista de la península había comenzado. Navarra había probado que políticamente era digna de su independencia, Aragón está constituído y Castilla comienza a aparecer. La "marcha del Ebro", la proeza catalana que desafió el poder mahometano en Zaragoza, se sostenía en forma permanente.

Había comenzado el avance.

Conviene examinar ese gran período detalladamente en sus tres siglos desde el año 1.000 hasta el 1.300. Desde luego no está exactamente dividido por períodos de cien años, mas se encuadra dentro de tres grandes divisiones que con algún rebasamiento corresponden a esa disposición.

En primer lugar figura lo que puede llamarse el siglo XI, desde su primera generación, v. gr. del año 1020 al 1030 hasta la generación posterior al año 1100 que vió el éxito inicial de nuestra primera gran cruzada.

El siguiente período, también de cien años, el siglo XII, que rebasa en el siglo XIII, nos muestra la fundación de todas nuestras grandes instituciones, los Parlamentos, las Universidades y otras más. Es el momento en que florece el poder de los Plantagenet en Inglaterra y el de su rival, el reino de Francia recientemente fortalecido, nos muestra también la arquitec-

tura característica de la Edad Media, llamada generalmente el Gótico —la arcada puntiaguda—, el tipo de las grandes catedrales de ese período.

Sigue el más grande siglo de todos, el XIII, que podemos situar entre la batalla de Muret o la decisiva victoria cristiana de las Navas en España, o de una manera menos ostensible, desde la Magna Charta [1], en Inglaterra. Ese siglo es el de las grandes características medievales —el de los Monjes— esto es, el de Santo Domingo y el de San Francisco, donde culmina la filosofía medieval (la obra de Santo Tomás de Aquino). La cúspide de la literatura medieval también está en él, pues aunque la Divina Comedia aparece después del 1300, su poeta supremo pertenece a la última generación de ese tiempo.

Retrocederemos para volver al siglo XI. Aún no habíamos salido de las tinieblas. Bajo muchos aspectos nuestra sociedad era todavía una sociedad semibárbara. Lo comprobamos mirando la escultura imperfecta, la ruda ornamentación que se intenta llevar a cabo sobreponer sobre las antiguas capitales del Romano, o leyendo el espléndido pero áspero poema épico, la "Canción de Rolando" y observando cuán simples eran la estrategia y la táctica.

El primer síntoma del cambio que se aproximaba fué la creciente centralización del poder en la Iglesia y el comienzo de un nuevo desafío a los abusos del gobierno laico. La Iglesia no sólo estaba centralizada sino que también reforzó y perfeccionó su disciplina del celibato. El Papado, que en Occidente no sólo era el símbolo sino también, en cierto modo, la causa de la unidad, adquirió tanto vigor nuevo que sus enemigos le atribuían un cambio de carácter. Esto no era cierto, era un esfuerzo y desarrollo sin los cuales jamás habríamos alcanzado la alta civilización que debía venir.

El espíritu que presidía este cambio era el de una grande abadía Benedictina, la Abadía de Cluny. El espíritu de esa Abadía informaba al todo, y de Cluny salió ese gran prelado cuyo nombre se asocia a la separación del Papado y de la Iglesia del control laico: Hildebrando de Toscana.

Aquí debemos precavernos contra un mito popular que aparece en una cantidad de libros de texto, y de una manera más evidente quizá, en la monografía de Bryce sobre el Santo Imperio Romano: el mito según el cual los emperadores sajones que invadieron a Italia desde el norte de Alemania, originaron la regeneración del poder Papal.

No hicieron nada de eso. Es cierto que, a fines de la Edad Media, la institución del Papado había pasado por un período malo; algunas grandes familias lo tomaron en beneficio propio; ciertos miembros de ellos aún inmaduros o indignos habían ocupado la sede central, provocando de esta suerte el advenimiento de la Reforma. Mas la acción de los emperadores sajones no consistía en reformar; su propósito principal era el de rechazar el poder Bizantino. Las familias romanas que

[1] "Magna Charta" es el viejo nombre dado a ese documento. Ese nombre, aunque espúreo, debe retenerse. El nombre más correcto de "Magna Carta" es una innovación moderna.

se apoderaron del Trono de Pedro estaban tan interesadas como los emperadores sajones de alejar el poder de Oriente.

El emperador de Constantinopla que jamás había aceptado en realidad el título imperial en Occidente, hizo todo lo que pudo para mantener su poder sobre Italia y aun esperaba llegar a ser el jefe civil de toda la Cristiandad, donde, a la larga, los Papas le obedecerían lo mismo que los habitantes de la Nueva Roma sobre el Bósforo. Fué contra esta influencia que actuaron los emperadores sajones y, de haber tenido éxito, hubieran hecho del Papado una cosa germana. El sucesor de San Pedro habría sido nombrado por los reyes Germanos, y el poder laico se habría afirmado más que nunca.

De esta amenaza fuimos salvados por la gran Reforma Hildebrandina. La cosa se llevó a cabo, pero no sin lucha violenta. Hildebrando mismo, que de jefe consejero del Papado ascendió a Papa (San Gregorio VII), murió bajo la impresión de la derrota. Cualquiera conoce el famoso grito, "he amado la justicia y odiado la iniquidad y por lo tanto muero en el exilio". En realidad San Gregorio había ganado; pues a favor del Papado nuevamente robustecido vino la fuerza de los Normandos.

El advenimiento del Estado Normando y su soldadesca es un episodio peculiar y conspicuo en los orígenes de la auténtica Edad Media e influye sobre ella durante tres generaciones. Después de lograr este efecto importantísimo, esa influencia normanda desaparece,

¿Qué hizo esa nueva "energía Normanda", la segunda característica del siglo XI en sus comienzos y la fundadora de la auténtica Edad Media? ¿Por qué habiendo surgido tan vigorosamente, desapareció tan pronto?

Está en plena actividad antes de promediar ese siglo cuando el Duque de Normandía, Roberto el Diablo, dejó su trono a su hijo legítimo, que había de ser más tarde el famoso Guillermo de Falaise. Esa "energía" culmina cuando este mismo Guillermo de Falaise planteó su pretensión al trono de Inglaterra en Hastings; continúa bajo Bohemondo durante toda la primer Cruzada, y luego, casi repentinamente, al cabo de sesenta o setenta años, desaparece.

Por qué surgió esa extraña cosa y por qué tuvo una duración tan limitada, es algo a lo cual no puede darse respuesta adecuada. Una sugestión es que, así como una pequeña proporción de carbono convierte el hierro en acero, de igual manera una insignificante proporción de sangre escandinava nórdica mezclándose con los galo-romanos del Segundo Leonés, explicaría la preponderancia que tuvo en su vida breve esta raza normanda y su poder avasallador. Puede que así sea.

Hemos visto cómo el Segundo Leonés fué dado por el Emperador al comando de una fuerza pirata escandinava que había asolado esa región un siglo antes, durante la Edad Oscura, y que los jefes guerreros de ese cuerpo escandinavo se habían mezclado por lazos de sangre con las hijas de los señores del Cotentino y el Valle Inferior del Sena. Este agregado de

sangre puede haber producido a la larga algún efecto.

De todos modos la cosa sucedió. Hombres con espíritu de aventura singularmente constructiva, organizadores astutos como también grandes soldados, vinieron desde Normandía durante tres generaciones. Un pequeño cuerpo de éstos pertenecía a una familia de la media nobleza cerca de la costa occidental de la Provincia Normanda. Salieron buscando fortuna hacia el sur de Italia, asolada por los mahometanos y a la que los Bizantinos, que pretendían gobernarla con todo derecho, defendían malamente. Esos aventureros corrieron el riesgo de las batallas contra los mahometanos y también contra el poder tambaleante Bizantino. Casaron con las herederas locales; reclutaron fuerzas cada vez más grandes entre los habitantes del sur de Italia y Sicilia a medida que sus éxitos aumentaban y unieron sus fuerzas con las del Papado, ayudándolo contra los germanos y contra los griegos. Terminaron por obtener del Papado los reinos feudales de Sicilia, Nápoles y lo que habían sido las grandes ciudades griegas y territorios en Italia al sur de los Estados Papales. Ese gobierno fué un modelo de precisión, exactitud y poder centralizado y un hijo menor de esta misma familia, ahora real, llegó a ser la figura principal en la Primer Cruzada.

Mientras proseguía este impulso vigoroso (la ocupación Normanda en el sur de Italia y Sicilia y el establecimiento posterior de una dinastía Normanda en Inglaterra), las monarquías locales, que de nombre existían desde largo tiempo atrás, comenzaban a acrecentar su poder. Aquellas que surgieron de los valles de los Pirineos y la franja no conquistada al norte de España aumentaron su poder merced al éxito progresivo que obtenían sobre los mahometanos. Provenza exhibía una vida separada, y la Casa Jefe de todos los grandes distritos franceses, nominalmente superiores a los soberanos locales de Normandía y de Bretaña, Flandes, Aquitania y otros, la Casa de París (que desde largo tiempo atrás ostentaba el título de "Reyes de Francia") daban síntomas de un poderío destinado a adquirir gran preponderancia en la próxima generación.

Otro síntoma de la nueva energía es lo que ha sido denominado con sutileza "El Despertar de la Gran Curiosidad" (la frase es de Michelet). Era un movimiento intelectual no exento de peligro. Engendró el movimiento de los Albigenses, la primera de las grandes herejías que iban a poner en peligro nuestra Cristiandad reforzada; sin embargo, este movimiento era un síntoma de vida superabundante. Por primera vez desde el desastroso entusiasmo mahometano, los misterios de la religión fueron atacados, pero esta vez el ataque venía desde adentro.

El rito principal, la liturgia vital de la Cristiandad, el eje, si así puede llamársele, de toda la Fe en acción, es decir, el Santísimo Sacramento, era desafiado. El desafío está asociado con el nombre de un clérigo del norte de Francia, un nativo de Tours, llamado Berenguer. Empezó primeramente por racionalizar aquello que Mahoma en violenta simplificación de la

religión había abandonado totalmente. El nuevo esfuerzo hereje no abandonó la Presencia Real, pero intentó modificar la doctrina sobre líneas racionalistas.

El grande y victorioso oponente de Berenguer, fué el magno italiano Lanfranco, que era la mano derecha de Guillermo el Conquistador en Inglaterra, más tarde arzobispo de Canterbury y el campeón del Sacramento del Altar. Fué de esta controversia que surgió, según todas las apariencias, lo que llegó a ser uno de los gestos característicos de la liturgia de la Iglesia de Occidente y de la Misa Latina: la Elevación. Lanfranco dió origen a la costumbre de hacer una pausa sobre la Hostia inmediatamente después de la Consagración, elevándola ligeramente ante su faz para adorarla. Se cree que esto es lo que originó algún tiempo después la Elevación en su forma definitiva.

Al final de esta primera división de nuestro período, el siglo XI, sobrevino la manifestación más famosa de su joven y exuberante poder, las Cruzadas. Una nueva ola de barbarie turca habíase adueñado del Oriente, incluyendo los santos lugares. La peregrinación allí, aun cuando el lugar estaba bajo el poder mahometano, había continuado, pero se hizo difícil. Una victoria turca de gran importancia había puesto en peligro la cultura Cristiano-Griega, llegando a las puertas de Constantinopla. La reacción a todo esto fué la cruzada. Cientos de miles de guerreros acudieron al llamado del Papa Urbano II, que continuaba la tradición y la tarea de Hildebrando. Varios

ejércitos compuestos aproximadamente por 80.000 hombres cada uno, se reunían. La suma total de esta fuerza formaba algo así como la tercera parte de un millón de hombres acompañados quizá por un número igual de peregrinos armados o semi-armados; éstos cruzaron las tierras arruinadas y desiertas de Asia Menor, tomaron Antioco, presionaron sobre Siria, y finalmente tomaron por asalto a Jerusalem. Era el "Debate del Mundo" de Gibbon: La Cruzada.

En el último año del siglo, julio 15 de 1099, los Cruzados se habían apoderado de Jerusalem, del Santo Sepulcro y habían establecido su reino Latino-Cristiano, cortando casi por la mitad al mundo mahometano. Todas esas explosiones, el nuevo vigor, la reforma de la Iglesia, las aventuras de los Normandos, las Cruzadas, inauguran la fuerza de la Edad Media y llenan el siglo XI con su energía e ímpetu.

El siglo XII, la segunda etapa de esa rápida progresión hacia la plenitud de la Alta Cultura Medieval, es el siglo de los más importantes desarrollos.

Las instituciones cuya simiente había sido sembrada algunas generaciones antes, y que habían comenzado a aparecer en el siglo XI, durante el siglo XII se transformaron en plantas vigorosas, muchas de las cuales han durado hasta el presente.

Es el siglo de los Parlamentos, esto es, de las asambleas que representan todas las clases de la comunidad, las cuales reuníanse alrededor del jefe de la comunidad, el Rey, con el propósito de disponer la ayuda voluntaria que pudiera prestársele para fines

públicos en el caso de alguna presión especial, generalmente la guerra. Pues debe recordarse que hasta entonces no había impuestos en el estado medieval. El rey, en principio, debía administrar con las rentas que la Corona disfrutaba, o sea, con el producto de sus propias rentas y de los tributos que obtenía de sus posesiones privadas y de la tierra pública. Cuando por excepción se requería algo más, tenía que solicitarlo a título de favor o de dádiva. No podía imponerlo. De ahí, los Parlamentos.

El primero de esos cuerpos surgió en los pequeños Estados de los Pirineos, que en ese tiempo eran las provincias más vitales de la Cristiandad, porque habían soportado el embate de los mahometanos. El primer Parlamento de Europa conocido y cuya existencia está testificada en documentos, puede encontrarse en el siglo XI: es el parlamento de Huesca mucho antes de la conquista de Inglaterra por los normandos. Desde los Pirineos la institución se propagó hacia el Norte y aparece, por fin, completamente formada en Inglaterra, casi siempre la última provincia del Oeste que recibía cualquiera institución nueva. No hubo parlamento completo en Inglaterra hasta la última parte del siglo XIII.

Otra influencia que se propagaba durante el siglo XII era la literatura vernacular. De largo tiempo atrás se conocían poemas y escritos piadosos expresados en la jerga que hablaba el populacho. Paralelamente, en el idioma latino de Occidente, se narraban los sucesos importantes. Esos dialectos populares, que tienen un carácter que hoy llamamos "vernacular" estaban especialmente difundidos en Bretaña, donde existía una literatura anglo-sajona que no murió hasta pasados sesenta o setenta años después de la conquista por los Normandos. En la masa de la Cristiandad, la literatura vernacular comienza a manifestarse en ese siglo XII, cundo ya se conocía desde un siglo y medio atrás mediante poemas épicos. El siglo XII vió igualmente, como ya lo he dicho, una revolución en la arquitectura. Produjo el arco puntiagudo, la ojiva, un distintivo característico que de ahí en adelante adoptaría toda la Cristiandad del Oeste. Esta surgió en el distrito de París, se propagó a través de Francia y de Inglaterra, desde el valle del Rin hasta el Norte de España, suplantando el viejo arco redondo (románico) de la Edad Oscura.

En el siglo XII presenciamos un entusiasmo nuevo hacia un conocimiento más alto que a menudo se manifestaba en reñidos debates. Las grandes escuelas comienzan a reunirse en Italia y en la Galia, así como en España y en los valles del Rin. Gradualmente se transformaron en Universidades de las cuales la de París fué quizás la más famosa. Los líderes del pensamiento y los grandes debates que entre ellos sostenían, tales como el conflicto entre Abelardo y San Bernardo, daban vida a la fundación de esta cosa nueva. Además el siglo XII exhibe los primeros balbuceos, aún vagos y que sólo son tentativas no del todo conscientes, para constituir unidades *nacionales* en la Cristiandad. Es la época de los Plantagenets, aquellos hombres

que no sólo eran reyes independientes de Inglaterra sino también virtualmente gobernantes independientes de la mitad de Francia, rivales de los reyes franceses que dentro de la teoría feudal eran señores superiores a ellos. Ningún hombre en Europa todavía pensaba en sí mismo en términos de nacionalidad. Un hombre pensaba en sí mismo en términos de dependencia de este o de aquel señor y en última instancia de este o aquel gran señor. Pero ese espíritu local que más tarde habría de forjar las naciones de Europa, había comenzado a surgir en la mayor parte de la Cristiandad unida.

Pero quizá la cosa más sorprendente en el siglo XII fué el aumento progresivo del poder Papal. Había desafiado las maniobras laicas que caracterizaran la Edad Oscura. Había, como hemos visto, desafiado el tutelaje germano sobre la Sede Romana, y ahora, sesenta o setenta años más tarde, afirmaba con toda su fuerza la doctrina de la investidura de la Iglesia.

En ningún campo la lucha era más violenta.

El antiguo derecho de la Iglesia de gobernarse a sí misma, de consagrar sus propios funcionarios, de formar una corporación libre, autónoma y coincidente con la Cristiandad sufría grave ofensa ante la pretensión de controlar el poder clerical que animaba a los reyes locales y especialmente al poder civil, el Emperador, jefe en última instancia sobre el Norte de Italia y Germania. El Papado sostenía que aun cuando los grandes obispos y abates eran señores feudales, la iglesia y sólo la Iglesia podía decidir en los asuntos eclesiásticos. Únicamente el Papa podía investir al obispo candidato con su cometido. Pero dado que toda la sociedad era ahora feudal, grandes obispados y abadías eran señores sobre masas de deudas laicas, y, lo que es más, podían disponer de fuerzas armadas cuando el rey hacía un llamado. Por lo tanto, parecía esencial que el rey pudiera investir asimismo los obispos. En último término se llegó a una componenda. El poder espiritual investía los candidatos con las rentas espirituales de sus sedes o abadías; el poder laico los investía con las rentas laicas. En la práctica, tanto el nombramiento como la investidura de esos poderosos funcionarios recayó en particular sobre el gobierno laico, mas, por otra parte, no podían ser nombrados sin el consentimiento del papado. Y aquí, como en todo lo demás, el nuevo lazo contribuía a fortalecer la sede en Roma.

Con las instituciones de la Edad Media creciendo de esta suerte en forma rápida, su vida gradualmente quedó asegurada, confiando en su propia fortaleza y orden. Después del año 1200 alcanzamos, en el siglo XIII, la época plena de nuestra raza.

Fué en el siglo XIII que la Alta Edad Media llegó a su culminación. En ese momento fué cuando la cultura católica alcanzó, en el sentido civil de la palabra "cultura", su madurez. Probablemente fué el momento supremo de nuestra sangre o, de todos modos, uno de los más grandes momentos. Jamás había existido antes una sociedad fundada sobre bases tan sóli-

das y jamás hemos tenido desde entonces una sociedad tan bien fundada o tan compenetrada con la justicia. Una prueba de ello, si se necesitan pruebas de la grandeza de esa época, es la medida de la capacidad de los principales jefes públicos que ya hemos nombrado: San Luis el Rey, Fernando de Castilla; Santo Domingo y San Francisco, con sus nuevas órdenes de frailes; Eduardo de Inglaterra; y, en filosofía, que es lo que determina a todo, el nombre cumbre de Santo Tomás de Aquino. Éste estableció durante esa gran época un cuerpo de doctrina y filosofía cordinada que ninguna otra época ha poseído. La medida de su obra y su valor cultural, corren parejos. Parecía como si hubiera puesto un sello sobre la civilización, gracias al establecimiento de la razón certera, en el dominio de la filosofía y a la fusión del catolicismo con la sabiduría aristotélica, estructurando y dando normas permanentes a nuestra civilización.

Esta estructura no estaba destinada a colocarnos dentro de un régimen donde reinara la paz. Estábamos destinados a acompañar los cambios perpetuos de la evolución europea. El siglo XIII, que tenía conciencia (como efectivamente ha sucedido) de ser el principal momento de nuestra sangre, padecía los males inherentes a nuestra mortalidad común y, como consecuencia de ello, en los primeros años del siglo XIV comenzaba la decadencia. Sin embargo, teníamos algún derecho para jactarnos de una seguridad espiritual y política que había de establecerse aparentemente para siempre y de una civilización cristiana

que debía perdurar indefinidamente. El último gran esfuerzo para destruir la sociedad cristiana desde adentro, el movimiento Albigense, había sido aplastado y aquel poder, que era el principal enemigo exterior del espíritu de la Iglesia en Europa, el genio de Federico II, El Emperador, "El Asombro del mundo" (*Stupor Mudi*) también fué derrotado.

Este siglo en su principio cometió un grave error, cuyas consecuencias aún sentimos en la aparente imposibilidad de reconciliar la Iglesia Griega con la Latina y la de dar cumplimiento a la unidad de ambas bajo el Papado. La responsabilidad de este error irreparable recae en la expedición llamada equivocadamente la Cuarta Cruzada. Nominalmente ésta partió para ayudar a Constantinopla y recuperar la Tierra Santa, que había caído en poder de los turcos. Pero el gobierno de Venecia desvió ese propósito que estaba dentro de la verdadera tradición de todas las cruzadas, y sin la ayuda de ese gobierno la cruzada no hubiera tenido medios de transporte. Constantinopla debía dinero a la República Veneciana que entonces era el Estado bancario de aquellos tiempos. Para recuperar esa deuda, Venecia utilizó el ejército de los Cruzados, llevándolo al Bósforo contra la Ciudad Imperial. Los cristianos de Occidente, o sea, los cristianos latinos, ganaron, impusieron la liturgia latina sobre los altares de la capital griega, oficiando una misa latina sobre el altar de la Catedral de Santa Sofía, amenazando de esta suerte el rito griego. Pero habían herido el mundo de habla griega y el mundo del culto griego en el

Oriente cristiano lo más profundamente que se podía herirle. Existe una sentencia tradicional en la cual esta animosidad violenta y justificada se expresa a sí misma: "prefiero un diablo sobre el altar de Santa Sofía a un cardenal romano pontificando allí".

La llamada "cuarta cruzada" sólo impuso la misa latina y el gobierno latino de manera precaria. El experimento no duró lo que dura la vida de un hombre. Todos retrocedieron a las costumbres y a la liturgia griega mucho antes que finalizara el siglo; pero la injusticia había sido cometida. Se había sembrado el odio en forma implacable entre Constantinopla y Europa, y las esperanzas de llegar a la unidad quedaron destruídas, en apariencia para siempre. Se hizo, es verdad, el esfuerzo oficial de llevar a cabo la unidad en el último momento de la crisis mortal, cuando la ciudad Imperial sobre el Bósforo estaba a punto de caer para siempre en poder de los turcos. Esa reconciliación formal entre las iglesias de Oriente y de Occidente se recuerda en forma pomposa sobre las piedras de Florencia, como si hubiera sido algo inmutable. Pero lo que en realidad quedó registrado fué el epitafio de la Cristiandad unida.

A pesar de ese gran error, el siglo XIII *fué*, como lo he llamado, una promesa de orden cristiano permanente gracias a la justicia. Fundó una concepción del estado que parecía inconmovible: toda la sociedad dispuesta de acuerdo a un estatuto, cada hombre en su lugar y conociendo su lugar, la riqueza asumiendo una función menos odiosa y aun noble gracias a la

estabilidad y a su continuación en largas sucesiones, la propiedad bien dividida de los que ahora eran campesinos casi libres y las garantías acordadas por la corporación y las costumbres de la aldea a los que ahora eran artesanos completamente libres. Esta disposición reposaba sobre una jerarquía de funciones estrictamente ligada al esquema feudal que satisfacía la conciencia política del hombre y que todo aquel cuerpo social organizado garantía mediante su fe vigorosa, cuyos funcionarios y el clero provenían de todas las fuentes de la sociedad. Disfrutaban éstos de una autoridad moral que más tarde dejaría de reconocérsele y llevaban a cabo su magna función adecuadamente y en completo orden.

Los grandes monumentos de la época perduran atestiguando su fuerza y solidez, pero con más fuerza aun expresan ese sentido activo de la belleza que es un aspecto de lo divino. El siglo XIII fué el tipo de nuestra sociedad hacia el cual los hombres después de sus últimos fracasos han vuelto la mirada y al que después de todos nuestros errores y desastres modernos tenemos que recurrir otra vez hoy en día.

Desde luego, sería locura pretender alcanzar la perfección en ninguna faz humana. El siglo XIII sufrió de la caída del Hombre lo mismo que el siglo XX y asimismo sufrirá toda generación venidera; mas ese siglo se acercó más que otros a la regla de la justicia sobre la Tierra, se acercó más que cualquier otra cosa intentada antes o después. Ya estaba condenado en el tiempo que habría de venir, pues, aunque su

filosofía era inmortal, dado que sus instrumentos eran humanos, estaban sujetos a la mortalidad. Este espíritu brillante envejeció y comenzó a caer. De esta caída nos ocuparemos en las páginas siguientes.

(C)

LA DECADENCIA DE LA EDAD MEDIA

La cumbre de la cultura medieval, época en que Europa alcanzó su expresión más auténtica, y cuando, probablemente, nuestra raza fué más feliz, estaba destinada a declinar. El más glorioso de esos tres siglos, el XIII, fué también el último. El cambio comienza poco después del año 1300. Fué un cambio trágico, pues implicaba la pérdida de todo lo que había sido nuestra felicidad y de lo que nos acercaba más a la perfección. La decadencia continúa durante dos siglos, desde el comienzo del XIV hasta el comienzo del XVI y termina en el naufragio de la Reforma.

Así como ocurrió en el ascenso de la Cristiandad, se observa, cuando comienza la decadencia después del año 1300, un paralelismo entre dos procesos, el espiritual y el material. Mas, en esta instancia, ese paralelismo queda invertido; cuando la cristiandad ascendía, como ya lo hemos visto, se observa una decadencia del poder material; la expresión material de la civilización cae gradualmente en la vulgaridad y se hace menos eficiente; Europa, en la generación que

precedió el final del siglo V, se deslizó en la Edad Oscura; pero mientras tanto progresaba lo espiritual, fundando y consolidando el mundo cristiano, convirtiendo al viejo imperio romano y apareciendo por primera vez en la historia de nuestro pueblo como una religión unida y aceptada con entusiasmo.

En contraste con este período en el final de la Edad Media observamos un progreso material del mundo debido a los descubrimientos y a los progresos de la ciencia (especialmente hacia el final de la Edad Media); las artes progresan, la pintura especialmente adquiere nueva forma y entra en su era gloriosa que se prolonga con éxito creciente durante varias generaciones; la arquitectura se refina aunque más tarde acentúase en ella lo fantástico; la escultura culmina gloriosamente alcanzando su nivel más alto cuando la Edad Media agonizaba. Pero todo esto fué acompañado por una decadencia espiritual con los mismos efectos de una enfermedad mortal en el corazón de la Cristiandad que nos llevó al caos de la Reforma.

De este golpe, la Cristiandad jamás se restableció por completo. Algo, como sabemos, fué salvado; la Iglesia católica, amenazada de muerte, sobrevivió y mantuvo en gran medida su jurisdicción sobre la mayor parte de lo que había sido la Cristiandad unida, pero Europa no había de conocer, de ahí en adelante, una cultura religiosa completa e indiscutida.

El orden de sucesión de esa decadencia espiritual está marcada por varias características. He aquí cinco de las más importantes.

1. La unidad, el principio mismo de la vida para la Cristiandad, es decir, la unidad de la doctrina y la unidad de la disciplina y de la organización en el plano religioso, quedó maltrecha.

2. Como consecuencia de este proceso, la estructura orgánica de la Iglesia Católica quedó debilitada y al mismo tiempo comienza, en cierto modo, a "osificarse", a crecer rígida y muerta.

3. Las antiguas restricciones aún vivientes que protegían el cuerpo de la cristiandad de la descomposición y de la disolución, se transforman progresivamente en algo mecánico; paulatinamente observamos que la autoridad depende cada vez más de la fuerza y cada vez menos del acuerdo armonioso.

4. Las dudas y las extravagancias, dos malos síntomas en cualquier esquema religioso, se extienden a través del cuerpo de la Cristiandad: dudas, no sólo respecto a la doctrina, sino también respecto a los títulos que conferían autoridad. Por otra parte, extravagancias y leyendas en las costumbres.

5. El período queda marcado (especialmente hacia el final) por dos males complementarios, consecuencia necesaria de un exceso de confianza en la autoridad que descansa sobre la fuerza. Está marcado por los perjuicios causados por funcionarios indignos de regir y conducir la religión de la cristiandad y está marcado asimismo por otro mal: el creciente esfuerzo de los hombres de Iglesia para curar, mediante la violencia, las malas consecuencias derivadas de su propia deficiencia. Así, pues, a fines del siglo XV y

a comienzos del XVI contemplamos algo así como un reino religioso del terror destinado a consumarse y desmoronarse.

Todo esto parece grave y en verdad así lo es, mas no debemos exagerar. Los enemigos permanentes de la Iglesia Católica y, aun más, aquellos que sin motivo deliberado de hostilidad están afectados por la ignorancia y por la separación de la Iglesia Católica, exageraron grandemente el deterioro y el rebajamiento de la religión a medida que finalizaba la Edad Media.

Mucha gente llevaba una vida santa; muchos cumplían con las prácticas de la fe aun en los peores momentos, es decir, en la muerte misma de la Edad Media. Existía un cuerpo importante de tradición vital que salvó a nuestra sociedad después de la gran disputa que estuvo a punto de destruir a aquélla al finalizar la Edad Media. Por otra parte, mientras la decadencia continuaba, Europa cobraba extraordinaria vitalidad. Los hombres no sólo aprendían cosas nuevas y se embriagaban con sus descubrimientos sino también se veían estimulados, hacia el final de ese período, por un espíritu de aventura. Había algo creador en el aire cuando la Edad Media tocó a su fin; pero las fuerzas en acción no produjeron nada permanente. No crearon lo que había creado el último Imperio Pagano, una Cosa.

La Cristiandad había quedado maltrecha y casi disuelta, pero en lugar de recibir una nueva herencia, que compensara lo que perdíamos, las divisiones arre-

ciaron entre los hombres hasta alcanzar ese extremo peligroso en el que hoy nos encontramos, cuando nuestra civilización posee sobre la naturaleza más poderes que nunca y que sin embargo parece destinar a su propia destrucción.

Esos cinco procesos importantes de la decadencia espiritual deben examinarse algo más en detalle si hemos de comprenderlos.

Digo en primer lugar que la unidad quedó debilitada y que esa era la cosa maléfica que estaba en su base y de la cual los otros males procedían. De una manera paradojal, puede decirse que la unidad fué lo más sacudido porque precisamente era el principio más consagrado en todo el mundo; y no quedó maltrecho hasta que la desunión hubo completado su obra. Recién entonces, cuando ya era tarde, los hombres despertaron anhelando la vital necesidad de la unión.

El centro y sustento de la unidad Cristiana residía en la autoridad de la Sede Apostólica, y es precisamente ahí donde surgió la amenaza a la unidad.

En la Alta Edad Media había tenido lugar esa lucha entre el Papado y el poder laico, que culminó en el conflicto a vida o muerte entre Federico II y el Papa. Este último sacó gradualmente ventajas sobre el gran italiano[1] escéptico y usurpador del poder espiritual.

[1] En parte italiano en cuanto a la sangre, totalmente italiano por nacimiento, pujante formación en la juventud, se apoya principalmente sobre el idioma nativo. Uno de los primeros poetas italianos.

De este conflicto surgió victorioso el Papado. El peligro de que el Papa se convirtiera en un mero servidor del poder laico y del Emperador, con Alemania e Italia a sus espaldas eclipsándolo y sometiendo a su servicio el cuerpo Cristiano del Oeste Latino (como el imperio del Este había eclipsado y sometido a su servicio el Este Griego), había desaparecido. Mas no siguió, como era de suponer que siguiera, un largo período de equilibrio entre el poder central y espiritual del Papa y los poderes de los Príncipes occidentales — los Reyes de Inglaterra, Francia, y los nuevos monarcas de España cuyo poderío aumentaba. Lo que siguió fué la captura de la Sede Papal por la monarquía francesa. Se había impedido que la Sede Papal fuera una cosa Imperial, pero se convirtió en una cosa francesa.

Los Papas dejaron Roma y se establecieron en la ciudad de Avignon. Ésta, aun cuando no sujeta al rey francés de París, dentro del régimen feudal, formaba parte de la cultura francesa. Durante setenta años, esto es, durante el curso de la vida de un hombre, Roma quedó desierta. Una nueva corte Papal desarrollando un espíritu de intrincada finanza, apareció sobre el Ródano y uno tras otro los Papas en Avignon fueron elegidos entre hombres nacidos en Francia y que hablaban francés.

Ese estado de cosas, la autoridad central y espiritual de la Cristiandad capturada por una provincia de la Cristiandad, no podía durar. No duró. Aparecieron Papas rivales y los príncipes de Europa divi-

dieron sus homenajes entre esos pretendientes al Papado único.

Cuando dos fuerzas nacionales guerreaban entre sí, una seguía al Papa de Avignon, y la otra negaba la autoridad a ese Papa y aceptaba la autoridad de un anti-papa. El escándalo no sólo era enorme, sino también de consecuencias profundas. Sus consecuencias se hicieron sentir hasta en las raíces mismas de la Cristiandad; pues debe tenerse en cuenta que el ministerio del Papa era considerado como Supremo, del mismo modo que si fuera a la vez el corazón y la cabeza de la sociedad cristiana. Sin embargo los hombres guerreaban con el fin de proclamar debidamente a quién le correspondía ese título aun cuando éste parecía haber perdido su principio de identidad. Esta baraúnda ha sido llamada "el gran cisco occidental". Cuando por fin éste fué resuelto y la Cristiandad aceptó un solo Papa que subió al trono bajo el título de Martín V, el papado fué restablecido en su unidad, mas había perdido grandemente su prestigio. Los Papas estaban otra vez en Roma, pero en peligro de convertirse en simples italianos.

Esto constituyó el primer estremecimiento de la unidad; el segundo fué motivado por el crecimiento de la conciencia nacional.

Durante muchas generaciones este nuevo elemento no había de alcanzar cierto nivel en el que suele olvidarse el secreto de la unidad cristiana, pero a medida que ascendía en el sentimiento nacional, desde los orígenes semi conscientes hasta determinar las fieras

rivalidades que caracterizaron el fin de la Edad Media, la unidad cristiana se debilitó. Las Iglesias mismas tomaron un tinte nacionalista; las jerarquías locales no sólo eran hechura de los príncipes sino que se convirtieron en cuerpos separados, desde luego, no en doctrina y disciplina, pero sí en hábito social y así han permanecido desde entonces aun allí donde se ha conservado la unidad.

He dicho que en segundo lugar la estructura orgánica de la religión se debilitó debido a algo así como un proceso de osificación. Si lo comparamos con la decadencia del cuerpo humano, ese proceso corresponde al del endurecimiento de las arterias: esa arteriosclerosis que caracteriza la vejez en un cuerpo vivo. Vemos esto en tres de sus efectos principales; en el aumento de la superstición, en la desfiguración de la historia a través de las leyendas, y, en algo mucho más grave, en la actitud asumida respecto a las rentas y donaciones para la Religión.

La superstición no se atrincheró en la doctrina. Muchos son los que han escrito como si ello hubiera ocurrido; pero los que así escriben, escriben mala historia. La doctrina permaneció clara, nítida y bien fundada; mas el espíritu de la superstición la recubría. Por ejemplo, la doctrina de la invocación de los Santos resulta clara; mas hacia fines de la Edad Media vemos que algunos hombres robaban en un altar para enriquecer a otro. La doctrina del objeto de las Misas resulta clara, y especialmente su objeto para beneficio de las almas en el Purgatorio; pero la superstición de

que una Misa en un lugar era eficaz y que en otro lugar no lo era —la superstición que confunde la repetición mecánica con la fuerza espiritual—, creció a medida que la Edad Media declinaba.

El objeto más patente de la cosa es también el que mejor se conoce, porque fué la circunstancia que provocó la catástrofe final; quiero significar con esto la actitud asumida respecto a las Indulgencias.

La doctrina tal como está definida es perfectamente clara. Las autoridades de la Iglesia pueden adscribir las ventajas espirituales obtenidas por hombres santos y mujeres santas como una especie de reserva o sobrante para beneficio de otro; de esta suerte, queda consagrada la indulgencia. Hacia fines de la Edad Media, en la práctica, la definición fué relegada al olvido y las Indulgencias, lo mismo que mucha gente, se convirtieron en un servicio mecánico. Demasiados hombres creyeron en ellas como en beneficios espirituales que podían ser comprados, lo mismo que se compran las medicinas, allí donde podían consagrarse mediante limosnas o dádivas con propósitos piadosos tales como la construcción de iglesias.

Aparejado a lo que antecede manifestábanse los perjuicios causados por la historia falsa.

Una leyenda es esencialmente una parábola: un relato expresado, no como una verdad histórica, sino como un símbolo. Las leyendas tienen un valor óptimo debido a la belleza que las reviste, y debido también al valor inherente a su humorismo; pero causaban perjuicio y no beneficios cuando se comenzó a tomarlas como realidades históricas. Los hombres se sentían más atraídos por una leyenda local que falseaba su propio pasado que por las verdades generales de la religión. Un poco de superstición o un poco de leyenda no tiene consecuencias mortales, mas sí las tiene cuando esa proporción aumenta más de lo debido; porque cuando los hombres reaccionan contra semejantes excesos, reaccionan también contra todo el cuerpo de la religión. Sabemos cómo, después que la gran disputa contra la Iglesia se hubo disipado, una gran proporción de historia verdadera fué considerada como legendaria y una gran proporción de doctrina y práctica esenciales llegaron a ser consideradas como una consecuencia de la reacción contra las extravagancias de la época anterior.

Pero, como ya lo he dicho, el peor síntoma de todos consistía en la forma de administrar las donaciones para la Iglesia hacia fines de la Edad Media. La religión de la Cristiandad que lentamente había elaborado nuestra civilización hasta culminar brillantemente en la Edad Media, había sido beneficiada desde un principio por donaciones. Hasta en los tiempos en que la Iglesia católica no era sino una sociedad impopular aunque vigorosa y semioculta dentro del viejo Imperio Pagano, siempre había tenido una organización regular de fondos que, aun cuando las autoridades civiles no aprobaban en aquel entonces como pertenecientes a la Iglesia, estaban protegidos por la ley. La Iglesia ha tenido siempre el instinto de proteger su vida mediante la independencia económica.

Cuando el catolicismo llegó a ser la religión aceptada y universal, las donaciones aumentaron considerablemente. Cada diócesis percibía una renta que mantenía a ésta y desde luego también al obispo y sus actividades; las parroquias también percibían una renta y esas donaciones estaban establecidas bajo la forma de rentas procedentes de la tierra. También había tributos, diezmos y productos de los campos. Los monasterios estaban dotados con tierras por intermedio de fundaciones piadosas o de las contribuciones provenientes de sus miembros primitivos.

A medida que fueron sucediéndose los siglos cristianos, esa acumulación de riqueza en tierras en poder de la Iglesia crecía paulatinamente; los hospitales estaban dotados bajo el patronato de la Iglesia. Así como los lugares de educación —los colegios locales— y más tarde las universidades y sus colegios. Para cada función clerical directa o indirecta, es decir, para cada prebenda, canongía, presbiterio de aldea, monasterio, fundación para misas, hospital, o una escuela, etc., había una renta fija procedente de los pagos territoriales que efectuaban los administradores del Señor de las tierras. El señor era en este caso la unidad clerical, la sede, prebenda, colegio, monasterio o cosa por el estilo. La acumulación (casi exenta de filtraciones) de esas donaciones, a fines de la Edad Media alcanzaba un total enorme.

Se dice generalmente que, debido a este estado de cosas, una tercera parte de Europa en esa época pertenecía al clero. La frase resulta ambigua, dado que la

riqueza total de un país incluye la existencia de todo aquel que reside en él; lo que se quería significar en realidad era que una tercera parte del valor sobrante, de rentas o de deudas, se destinaban a la dote de la Iglesia de una manera u otra (incluyendo lo que demandaban la educación, hospitales, ciertas casas de reposo o las grandes carreteras, etc.) y que únicamente las dos terceras partes restantes se destinaban como rentas para los señores laicos de todo género. Posiblemente esta estimación corriente es exagerada; posiblemente aun hacia el final mismo de la Edad Media (es decir en el año 1500), el sobrante total de los valores en poder del clero no ascendía quizás a más de un cuarto del total. Pero aun así era ésta una proporción formidable para sostener a hombres que constituían sólo una pequeña minoría del Estado, aun cuando esa minoría en sus períodos activos llevaban a cabo funciones públicas esenciales e importantes, incluyendo la mitad de la tarea legal y toda la concerniente a la educación.

Ahora bien, la corrupción característica a fines de la Edad Media consistía en que esas contribuciones *llegaron a ser consideradas pura y simplemente como rentas privadas.* Originalmente las contribuciones se destinaban a sostener esa alma activa útil y necesaria de la sociedad, la Iglesia. Pero los medios fueron confundidos con los fines y cada vez más se les consideraba como hoy consideramos los títulos y las acciones.

Los hombres especulaban con las contribuciones de la Iglesia. Un hombre compraba una prebenda pa-

ra su hijo y, virtualmente, le compraba una abadía, o, para su hija, la Superioría de un convento de monjas, que implicaba una rica dote. Un rey podía dar un Obispado a un favorito o a un funcionario como un medio de acordarle una renta.

Además, el hombre que disfrutaba, por ejemplo, de un Obispado, no se contentaba con éste sino que al mismo tiempo pretendía otro Obispado, o quizá dos o tres, reservándose las rentas para él y pagando a sus subordinados una suma mucho menor de la que les correspondía, financiando de esta suerte para su provecho las rentas de la Iglesia. Peor aún, llegó a ser común que una gran Abadía fuera dada a un laico *incommendam.* Ese sistema radicalmente irreligioso se generalizó en algunos países (como por ejemplo Escocia). Lo que en el pasado había sido una gran abadía Benedictina, percibiendo por ejemplo veinte mil libras de renta anuales, era dada al bastardo de un rey o a cualquier otro favorito que ponía un agente pagado actuando como abate, mientras que él mismo se quedaba con la mayor parte de las rentas bajo la ficción legal de que era el "guardián" del establecimiento. En general sobre toda la cristiandad los hombres veían cómo esas enormes sumas que debieran haber sido reservadas para sostén de la Iglesia, para limosnas, para la educación, para la asistencia de enfermos, etc., eran empleadas como fortunas privadas y a menudo disfrutadas no ya por clérigos sino también por seglares.

Mas aquí también conviene no caer en la exage-

ración; aunque el mal era muy grande y se hallaba extendido, no era universal. La mayor parte de la renta de la Iglesia continuaba empleándose debidamente; para conducir la liturgia, el sostenimiento de las iglesias, colegios, hospitales, escuelas, etc. Pero hacia fines de la Edad Media los hombres se habían acostumbrado al escándalo de las contribuciones religiosas o casi religiosas y lo consideraban como una renta privada que podía emplearse ya para fines justos o para conveniencia personal. Fácil es de imaginar cómo crecía en la masa de los hombres (que eran pobres y a quienes la Iglesia debía socorrer, amparar y guiar) la ofensa provocada por este abuso. Su resentimiento fué la causa principal de la explosión que sobrevino.

Otro paso en el proceso de desintegración fué el crecimiento de la duda; la confusión y la incertidumbre en lo referente a las doctrinas aceptadas hasta entonces por toda la sociedad. Los nuevos descubrimientos físicos tuvieron mucho que ver con la propagación de este espíritu; aun los descubrimientos geográficos, que empezaron a medida que la Edad Media declinaba, ayudaron a turbar las mentes de los hombres sobre la naturaleza del universo, y por lo tanto sobre la doctrina; mientras que la corrupción en el clero turbaba la mente de los hombres sobre la validez de los Sacramentos. Comenzó a sostenerse que un sacramento no era válido a menos que el hombre de iglesia que lo administraba estuviera en estado de gracia. De esto a decir que el poder sacramental del

clero sólo era una ilusión, no había más que un paso. Esto era lo que estaba detrás del movimiento que en Inglaterra se relaciona con el nombre de Wycliffe.

Las dudas se extendieron principalmente en lo que se refiere a la presencia Real, hasta que se propagaron a las grandes masas del populacho. Algo así como una tendencia universal hacia la herejía "estaba en la atmósfera" a medida que la Edad Media llegaba a su ocaso. Y aparejado a ella se deslizaba lo que parece ser el acompañamiento universal de la duda, la ilusión. Ya hemos mencionado el abuso de las indulgencias. La visitación y el culto de las reliquias, acompañado con pagos de limosnas, se asemejaban peligrosamente en la mente popular al concepto de una compra pura y simple: la compra-venta del poder espiritual. Un gran número de misas ofrecidas a los muertos se mezclaba a esas ideas extravagantes. Mientras tanto aumentaban los estudiosos, y el crecimiento del espíritu crítico, desbaratando las leyendas y las supersticiones por todas partes, continuaba debilitando la estructura de la religión.

"La donación de Constantino constituye un ejemplo patente de este estado de cosas." No cabe duda que Constantino al trasladar la capital del Imperio a Bizancio, otorgó en Occidente grandes poderes políticos al obispo de Roma; pero un documento que en esencia confirmaba los poderes especiales conferidos al Papa por el Emperador y conocidos bajo el nombre de "Donación", era considerado legítimo aunque desfigurado por fábulas fantásticas. La "Donación" no

constituía el fundamento del poder temporal del Papa, mas fué usado como una configuración del mismo y así, cuando se probó el origen legendario de estos poderes, el respeto hacia el papado sufrió grave desmedro.

La última característica de la decadencia, mucho más que cualquier otra, es lo que ha quedado vívidamente impreso en el espíritu de la posteridad. Hasta el presente es la que los enemigos de la Iglesia Católica han destacado con más relieve. Hela aquí: A medida que la autoridad moral se debilitaba, aumentaba la sujeción mecánica.

Siempre ha sucedido así. El uso de la fuerza, el castigo, la amenaza y el temor son necesarios para el mantenimiento del orden y de las buenas leyes. Mas en un sano estado de cosas, casi toda la fuerza de la autoridad es de orden moral. Los hombres obedecen porque piensan que deben obedecer; porque sienten que la autoridad directora tiene derecho a hacerlo. A medida que se debilita la autoridad los que la ejercitan recurren a la sujeción física, al castigo, y al temor irracional de las consecuencias, como método de administración. Esto es lo que sucedió hacia fines de la Edad Media. Únicamente se recurrió a la fuerza y bajo todas las formas contra la herejía, y no sólo contra la herejía sino también contra las murmuraciones que afectaban el poder del clero.

Sin mucho exagerar hemos dicho que el final de la Edad Media era un "reino de terror religioso". En los días de antaño la pena de muerte era la consecuencia natural de la herejía porque la herejía cons-

tituía una tentativa para dislocar la sociedad cristiana que daba vida a los hombres. Era a la vez una traición y un asesinato, y la población misma rápidamente imponía la pena de muerte si las autoridades se mostraban remisas, lo mismo que hoy en día los hombres toman la ley en sus propias manos, en los linchamientos, si creen que no se hace justicia en un asunto que los afecta profundamente. Pero más tarde, en los esfuerzos para mantener la autoridad espiritual atacada, cuyas sanciones morales eran cada día más despreciadas, los funcionarios de la Iglesia aumentaron la severidad y la frecuencia de los métodos de sujeción recurriendo al temor.

El castigo, que consistía en quemar viva a la gente, era una cosa establecida desde largo tiempo atrás, alrededor de mil años, en pleno Imperio Romano [1]. Era un castigo civil que sólo por excepción se infligía, pero que no por eso dejaba de ser familiar al espíritu de la gente. Se aplicaba igualmente a ciertos crímenes odiosos que nada tenían que ver con la religión, por ejemplo a los falsificadores, esto es, a los que acuñaban moneda falsa. Pero hacia fines de la Edad Media se abusaba de ese castigo, el cual subsistió hasta mucho después de la Reforma, para penar la brujería y a aquellos que en España conspiraban contra el Estado. Ese mal, la asociación de la violencia y de castigos horribles con el mantenimiento de la ortodoxia creció rápidamente durante el último

[1] Por ejemplo: Juliano el Apóstata quemó vivos a oficiales que rehusaron traicionar al Emperador legítimo, su rival.

período de la decadencia; y fué lo que más contribuyó a provocar el violento estallido que destrozó a la Cristiandad.

Terminaremos considerando, con espíritu crítico aplicado a los documentos y las tradiciones, las causas probables de esa decadencia general de lo espiritual, acompañada por un progreso constante del conocimiento y dominio sobre el mundo material.

Resulta siempre muy difícil averiguar las causas de cualquier gran movimiento social, debido a que sus raíces son profundas, están ocultas, extendiéndose lejos en el pasado enredadas en complicada urdimbre. Mas puede decirse, sin mayor temor, que la causa principal de la decadencia era la vejez, la mortalidad. Cualquier institución humana administrada por mortales, constantemente está amenazada por esa fatalidad.

La Iglesia misma era considerada (y continuará siéndolo por sus adherentes) como inmortal, pero su administración está sujeta a la perpetua amenaza de la mortalidad, esto es, de la corrupción y debilitamiento que tienden a su extinción. En los períodos vigorosos, esta tendencia es tan fuerte como en los períodos de debilidad; sólo que en los períodos vigorosos está contrarrestada por una vigilancia perpetua y facultad de adaptación, pero cuando el alma de la Sociedad está enferma, esa acción de defensa se debilita. En la alta Edad Media, la tendencia hacia todo aquello que pudiera debilitar la Cristiandad fué vigorosamente contrarrestado; hacia fines de la Edad Media se per-

mitió que esa tendencia creciera y adquiriese mayor preponderancia, la que se combatía por medios mecánicos de represión en lugar de combatirla mediante un vigoroso autoexamen y una vigorosa autodisciplina.

Luego encontramos el efecto desintegrante, consecuencia de los rápidos descubrimientos, especialmente hacia el fin de ese proceso. Cuando la vida espiritual es vigorosa, puede entrar en contacto, absorber y asimilar cualquier verdad nueva. Así, la restauración de una parte de la filosofía griega y algo del conocimiento griego respecto a la Cristiandad Occidental del siglo XII, constituyó una perturbación debido al descubrimiento y a la expansión de lo que podía llamarse, en el sentido más amplio de la palabra, "la ciencia". Tenemos aquí un ejemplo que encontramos sucesivamente a través de cada período de la expansión humana, el conflicto entre la religión y la ciencia; esto es, entre los conceptos espirituales y su envoltura formal inadmisible a la luz de nuevos conocimientos. La Edad Media auténtica entró ampliamente en contacto con el nuevo conocimiento, asimilándolo e incorporándolo; al culminar esta civilización, Santo Tomás se convirtió en el exponente de Aristóteles y fundió esta filosofía con la teología de la Iglesia universal. Pero en el ocaso de la Edad Media este poder de asimilación declinó.

A medida que los hombres extendían su conocimiento del mundo que habitaban, gracias a los viajes de exploración iniciados a comienzos del siglo XIV, esa expansión del conocimiento perturbó sus hábitos

inveterados en lo que a la conciencia del universo se refiere; así ha sucedido con cada invención nueva aplicada a los viajes y a las artes. No existe una relación racional entre la expansión del conocimiento temporal y la pérdida de la certidumbre espiritual; pero la expansión del conocimiento entra en conflicto con los hábitos inveterados del espíritu, y entre éstos están las formas que asume la certidumbre espiritual. Descubrir que lo admitido como verdad histórica sólo era en realidad una leyenda; que lo tenido por una reliquia legítima resultaba falso; que lo admitido como un documento legítimo era un romance o una falsificación, no invalidaba la doctrina de las reliquias, ni la de los documentos verdaderos, ni la de la sana tradición; pero más por asociación de ideas que por otra cosa, el progreso de tales descubrimientos conmovió los espíritus corrientes en lo que respecta a la percepción de la verdad.

Entre los nuevos instrumentos en acción, uno de los que tuvieron mayores efectos fué el de la prensa. La prensa creó una especie de nueva autoridad falsa. Presentaba los productos de la especulación bajo la forma de hechos afirmados, y lo que es más importante, *proclamaba ese hecho a muchos espíritus en el mismo momento y en forma idéntica*. La prensa difundió el verdadero saber, mas también difundió (y en escala mucho mayor) el saber falso y la afirmación irracional bien presentada. Entre otras cosas estimuló vigorosamente este concepto irracional: que para probar cualquier cosa perteneciente al pasado sólo los

documentos importan y que la tradición no merece tenerse muy en cuenta. De este error sufrimos grandemente hoy en día; los hombres olvidan que la tradición, aunque desfigurada por el tiempo y presentando múltiples aspectos y contornos vagos, generalmente es sincera; mientras que un documento puede ser falso, y si se trata de un documento oficial, casi siempre lo es deliberadamente.

Otra causa evidente de la decadencia social y por lo tanto espiritual de la Edad Media fué aquella que determinó esa incursión interminable llamada "La guerra de los cien años". Los reyes de Inglaterra que hablaban el francés tenían muchos más derechos a heredar la corona de Francia en el siglo XIV de lo que nuestros libros de texto les conceden. Perseguían esta pretensión con la idea de fundar una gran monarquía occidental que incluyera a Francia e Inglaterra. El esfuerzo fracasó, mas no hasta que se hubo arrastrado durante cien años llevando la pobreza y la miseria allí donde los ejércitos pasaban desde la batalla de Crecy, justo antes de promediar el siglo XIV, hasta la expulsión de las guarniciones inglesas en Normandía, más de cien años después.

Pero lo que más contribuyó a debilitar la unidad religiosa que esa y otras veinte posibles causas que pudieran citarse, fué la peste conocida ahora (no lo era entonces) bajo el nombre de la Muerte Negra.

La peste era frecuente; pero la Muerte Negra fué la gota que rebasó la copa. La sociedad medieval estuvo a punto de ser destruída por ese castigo del cielo. Con seguridad un tercio de la Cristiandad occidental murió en el curso de dos años a mediados del siglo XIV. En muchos lugares existen pruebas suficientes de que la mitad de la población sucumbió. En algunos lugares, aldeas y ciudades se hundieron para no volver a resurgir. Fué una forma de peste bubónica que se propagó desde el Este y se extendió a través de los puertos del Mediterráneo hacia el Norte, asolando a Francia e Inglaterra y llegando hasta los extremos de la colonización europea en Groenlandia; aun en los tiempos actuales, por todas partes observamos rastros de sus efectos, en los edificios semiterminados cuya construcción hubo de suspenderse repentinamente y que jamás fué concluída. Beauvais es un ejemplo de esto y así lo es la Catedral de Narbonne, como asimismo la iglesia parroquial de Great Yarmouth en Inglaterra; existen centenares de ejemplos parecidos diseminados aquí y allá en la Europa occidental.

Las divisiones de la Cristiandad se acentuaron debido a esta terrible calamidad. El idioma inglés tuvo su origen en ella. Los niños de las clases pudientes, las cuales en Ingaterra hablaban el inglés, no podían, debido a la falta de maestros, recibir la enseñanza tradicional francesa. En consecuencia, tuvo lugar una fusión entre lo que había sido el idioma secular de las clases gobernantes y los distintos dialectos mezclados (principalmente germánicos) del populacho; de la servidumbre, es decir, de los que criaban los niños ricos y el de los niños de la aldea con los cua-

les jugaban los hijos de las clases pudientes. Hasta entonces, durante siglos, un idioma francés del Norte había sido el idioma que gobernaba Francia e Inglaterra. Pero después de 1350-1400 el Canal de la Mancha se convierte más y más en una frontera de idiomas. La "Muerte Negra" no sólo aisló a Inglaterra de Europa, sino que también entorpeció los viajes hacia cualquier parte, aislando a un distrito de otro. Infirió a Europa una herida que pudo haber sido mortal y que significó la pérdida de su unidad y su salud moral.

Todas estas cosas combinadas acompañaron o condujeron al derrumbe de esa alta civilización espiritual que culminó en el siglo XIII. Por todas partes y más que antes se rendía culto a la belleza; la arquitectura, aun cuando menos fuerte y más caprichosa, ganó, seguramente, en cuanto al detalle y era muy bella; la pintura se convirtió en un arte exquisito; la literatura vernacular comenzó a adquirir nueva fuerza propia; pero aunque la flor en estas circunstancias se abría magnífica, la gangrena estaba en las raíces.

Este era el proceso, y aparentemente estas eran las causas del proceso. Como resultado del mismo surgió un elemento de inestabilidad; una presión que clamaba por una solución: una tensión que se hacía intolerable. Todo estaba listo para una explosión: y la explosión sobrevino.

III

LA REFORMA Y SUS CONSECUENCIAS INMEDIATAS

Hemos visto la decadencia de la Edad Media en su faz espiritual y asimismo cómo la organización clerical, esto es, la estructura temporal de la Iglesia, se osificaba y cesaba de funcionar debidamente, levantando oposición de todo género y provocando el enojo de aquellos que reclamaban alimento espiritual; el enojo de aquellos que ponían de relieve el contraste entre las funciones espirituales acreedoras a las donaciones con la naturaleza de los que percibían las rentas de esas donaciones. Hemos contemplado la indigencia espiritual de un gran número de seglares, la falta de predicamento y así sucesivamente.

Hemos visto cómo resultaba inevitable que bajo semejantes condiciones específicas surgieran las herejías y dado que la creciente querella era especialmente una querella con las organizaciones clericales de la Iglesia (esto es, con los monasterios, con

las parroquias en lo referente a las donaciones, con las Sedes de catedrales y obispados, y el monopolio de muchas donaciones por una persona) las principales herejías tuvieron su origen en el principio de la autoridad jerárquica, en las reclamaciones especiales, así como en lo referente a la posición de toda la organización de la Iglesia. La marea ascendente era por esencia una marea *anticlerical*, y desde luego, las herejías atacaron los poderes y pretensiones del clero y del papado, cumbre y piedra angular de todo el cuerpo católico.

De ahí que los herejes, en pleno desarrollo durante el siglo XVI, protestaran porque los Sacramentos no eran administrados en forma valedera, insistiendo además en que la hostia sólo podía ser consagrada por sacerdotes en estado de gracia. Aparecieron herejes que negaban el derecho de la Iglesia y sus organizaciones —los monasterios, etc.— a retener la propiedad de todo. Existían herejes que atacaban una vez más, al principio tímidamente, la doctrina de la presencia Real dado que esto era el poder del sacerdote para consagrar lo que era la base de su posición sagrada particular; y contra este poder la protesta arreciaba.

En general, por todas partes existía un espíritu contra la unidad, exasperado por la política dilatoria de las autoridades de la Iglesia. Oíase el clamor constante pidiendo una reforma y la limpieza general de toda la Sociedad, y un retorno a las grandes virtudes que habían caracterizado la Edad Media

primitiva. Pero no se hizo nada satisfactorio antes de que fuera demasiado tarde.

Casi siempre ha acontecido lo propio en las grandes catástrofes de la Humanidad. Siempre se señaló con tiempo el peligro, siempre se han registrado muchos y aun violentos choques preliminares como los choques preliminares de un gran temblor de tierra o de una erupción volcánica. Estos estremecimientos incomodan y aun asustan a aquellos cuya posición privilegiada se ve amenazada. Pero no los incomodan ni los asustan suficientemente como para incitarlos a emprender la acción necesaria. De ahí el origen de ese "Reino del Terror" religioso. La creciente rebelión fué afrontada recurriendo a mañas leguleyas, al uso de la fuerza, a constantes y a menudo terribles castigos, pero no por ese cambio espiritual del arrepentimiento que era lo que esa época en realidad reclamaba.

Un ejemplo particular de lo que estaba sucediendo nos ilustrará mejor que todas las generalidades.

Una de las principales ofensas que suscitaba el enojo de los hombres contra la organización de la Iglesia era el pago de los *sepelios* — esto es, réditos que debían pagarse a la muerte de una persona. Cuando moría un hombre, tal o cual unidad de la organización eclesiástica tenía derecho a enterrarlo y a percibir los réditos debidos por ese concepto. Por ejemplo, la parroquia, por lo general, tenía derecho a enterrarlo, y cualquiera que tuviera en su poder las deudas a la parroquia (las cuales en el curso

del tiempo se habían complicado enormemente — varias formas de diezmos, etc.; impuestos pagaderos en determinadas ocasiones y todo lo demás concerniente a ello) percibían las rentas funerarias de la familia, después del funeral. Mas, aparte de éstas existían otras en especies, cuando sobrevenía una muerte, pagos estos que variaban según las comarcas y las costumbres locales. En algunas partes este sistema del mortuorio se apropiaba del objeto individual de mayor valor que pudiera descubrirse en la casa del difunto, una joya, por ejemplo, o un mueble valioso, o un buen caballo de sus establos. En la práctica, desde luego, la cosa se compensaba dado que el pago era hecho para redimirla, mas todo el sistema resultaba irritante y la exasperación culminaba porque ya no correspondía a algo real en la organización de la Sociedad. Aparecía como un impuesto sin sentido para aumentar las ya opulentas rentas del clero a expensas de los seglares.

Esos sepelios pueden haber sido compensados o comprados mediante convenio público y gradualmente haber desaparecido; pero los que se beneficiaban de ellos eran demasiado numerosos y las costumbres inherentes a ellos demasiado complicadas para que pudiera emprenderse una acción común. Los gobiernos de las varias partes de la Cristiandad sólo tenían poderes sobre asuntos temporales; los asuntos de la Iglesia y las reformas de la Iglesia estaban aparte. El gobierno civil no podía tocarlos y las quejas, aunque violentas, no encontraban reparación apreciable por parte del rey o de las leyes que éste dictaba.

Relacionado con todo esto podemos comprender el amargo sentimiento que había surgido respecto a otro asunto: el poder de las cortes eclesiásticas.

Las cortes eclesiásticas aparecieron con la conversión de Europa. Bajo las condiciones sencillas de la Edad Media primitiva tuvieron que ver, principalmente, con los juicios de casos puramente espirituales. Estaban presididos por el obispo o sus diputados, y no por los funcionarios civiles de la comunidad. Investigaban todo lo concerniente a las herejías, dictaminaban en asuntos matrimoniales, en asuntos testamentarios y en lo referente a las deudas que debían abonarse a los cuerpos eclesiásticos. Sus decisiones, naturalmente, tendían a aumentar, en lo posible, las rentas percibidas por la clase clerical de la sociedad y que debían costear los laicos; en la corrupción del último período de la Edad Media estas cortes se transformaron en mecanismos usados con demasiada frecuencia para fines de extorsión. Resultaba siempre una ventaja para los abogados y jueces eclesiásticos descubrir casos de herejía o de mala conducta espiritual a efectos de aumentar los réditos mediante multas y lo demás, así como también para aumentar el poder de sus propias organizaciones.

Un caso famoso fué el de Hunn, importante ciudadano de Londres que agregó a la traducción vernacular de las Escrituras un prefacio que denunciaba entre otras cosas los medios empleados por el Papado

para percibir sus rentas, aludiendo especialmente a las indulgencias. Fué arrestado, encarcelado y retenido en las cárceles del obispo de Londres y allí encontraron su cuerpo. Probablemente murió de muerte natural, pero dada la exasperación de los ánimos en ese tiempo, circuló el rumor de que se había suicidado o de que lo habían asesinado. Esto sólo es un ejemplo, y un ejemplo extremado, pero servirá para explicar el creciente malestar bajo el cual vivía entonces la Cristiandad.

Al mismo tiempo los hombres comenzaron a perder el respeto a sus superiores eclesiásticos. He citado ejemplos de cómo la Iglesia a fines de la Edad Media fomentaba tal sentimiento. La Iglesia se originó como un instrumento de persuasión divina, floreció debido a su propio poder de conversión y edificación. Cuando sus instrumentos humanos empezaron a escandalizar en forma tan frecuente, comenzó el peligro de subversión.

En otras palabras, habíase amontonado una buena cantidad de pólvora; y en cualquier momento un fósforo encendido podía provocar la explosión destinada a destruir la unidad cristiana.

El momento decisivo pudo haber acaecido en cualquier tiempo en los últimos ciento cincuenta años de la Edad Media, desde los días de Wycliffe y de Huss hasta fines del siglo XV. De hecho el momento que accidentalmente probó ser el origen del desmoronamiento final acaeció a fines del año 1517, cuando un hombre elocuente, de espíritu confuso, pero de

gran energía, un monje agustiniano, llamado Martín Lutero, propuso someter a debate, en la Universidad de Wittenberg, toda la teoría de las indulgencias.

La ocasión era propicia debido al ofrecimiento de indulgencias que se hacía por toda Alemania, acompañado de un pedido de limosna. Gran parte del dinero era destinado al nuevo edificio de San Pedro en Roma, pero mucho para beneficio de los especuladores. Mas la ocasión fué puramente accidental. En el estado de ánimo del momento, cualquier cosa pudo haber producido la catástrofe.

Alemania entera estaba violentamente convulsionada. En España y Francia, donde las indulgencias no se habían predicado ni propalado, la emoción era menos fuerte; mas entre los alemanes la exasperación había llegado al colmo. Desde luego, en parte, ello debíase al nuevo sentimiento nacional y racial que había ido desarrollándose a medida que la unidad de la Edad Media decaía y en parte, también, debido al contraste que existe entre el alemán y el italiano. En lo fundamental era una anarquía, una protesta múltiple y fuerte, desprovista de todo principio positivo, excepto el ataque sobre el principio general de la unidad y sobre la organización jerárquica de la Iglesia: particularmente, en consecuencia, un ataque a las pretensiones a la autoridad que el Papa reclamaba.

Considerado como movimiento puramente herético y negativo mediante el cual una masa de opiniones divergentes y contradictorias tenían libre curso, el

movimiento pudo haber sido menos destructivo pero había detrás de él un poder que lo empujaba y que tenía gran eficacia: *la oportunidad para robar.*

Aquí estaban estos grandes establecimientos monásticos cuyos miembros disfrutaban el monto de sus rentas mientras que éstas existían.

El Papado era la autoridad central. Si se denegaba autoridad al Papado, la vasta riqueza de la Iglesia quedaba sin defensa ante el ataque y la expoliación. Ese ataque sobrevino casi inmediatamente en los primeros años de la gran rebeldía. Algunos cantones suizos, los más o menos independientes príncipes seculares de menor cuantía, sobre todo al Norte de Alemania, algunas de las ciudades libres, como se las llamaba entonces (esto es, las corporaciones mercantiles de las ciudades comerciales), escuderos locales y pequeños señores cayeron sobre las donaciones de las casas religiosas, las de las parroquias y sobre todas las formas de rentas clericales aumentando sus propias fortunas con ese procedimiento. Fácil es de imaginar la tentación que aguijoneaba a esos hombres, libres de todo poder gubernamental que les impidiera prodigarse en esa orgía de pillaje.

No obstante, puede decirse que la explosión no hubiera determinado efectos permanentes, de no haber aparecido, más o menos diez años después de la primera protesta luteriana, un libro —y detrás de ese libro una mente— que habría de dominar todo el futuro de la rebelión contra la unidad Católica.

Era un libro escrito de puño y letra por cierto

hombre francés, cuyo nombre era Jean Cauvin, Calvin o Chauvin, en latín Calvinus, y a quien sus partidarios de habla inglesa conocen ahora por todas partes bajo el nombre de John Calvin. Fué él quien levantó una "contra-iglesia" bien organizada y definida y por lo tanto capaz de expansión y permanencia. Estableció, como fundamento de esa Iglesia, un sistema bien desarrollado, bien expuesto y bien asentado desde el punto de vista filosófico. Este sistema es asaz conocido y por lo tanto no necesita mayor explicación. Basta decir que reconocía sólo una voluntad en el Universo —la Voluntad Divina— atribuyéndole no sólo buenas, sino también operaciones perjudiciales y acentuó esa majestad Divina de modo tan vigoroso hasta llegar a un punto en que las verdaderas relaciones entre Dios y el hombre perdían toda proporción; podría decirse que debilitó y hasta que negó el poder del libre albedrío en el hombre, subrayando más allá de la razón (pero con efecto poderoso) el rol de la predestinación. Las buenas acciones de los hombres, dado que procedían de algo que no era el libre albedrío, no tenían ningún efecto hacia la salvación del alma del hombre. Una nueva Iglesia inspirada en esa doctrina general se organizaba y esa Iglesia era la creación del espíritu de Calvino.

Esto era algo muy diferente de la anarquía de opiniones y de la disciplina alemana. Lo que hizo Calvino fué construir, y la cosa que construyó fué una poderosa contra-iglesia altamente organizada,

racional y perfectamente encuadrada dentro de una doctrina, destinada a suplantar y destruir la antigua Iglesia. Calvino no sólo fundó el alma del protestantismo en términos definidos y por lo tanto en forma permanente, sino que también dió al protestantismo la única estructura que éste haya tenido.

Observánse dos características principales en el esquema planeado y erigido por este gran hombre, y estas características han tenido una repercusión muy profunda en el mundo moderno.

La primera de esas características es la que se refiere al concepto de la representación revestido por la autoridad. La segunda es la doctrina social de la riqueza. Por un lado, Calvino es el padre de la falsedad parlamentaria que ha tardado tanto tiempo en morir y que aún sobrevive en ciertos lugares con dificultades; por otra parte es el padre espiritual de lo que puede llamarse "el evangelio moderno de la riqueza", la idea de que el valor de un hombre, aun su valor espiritual, está relacionado con su poder para acumular dinero. Cuán poderosas han sido esas dos ideas en el mundo moderno, cómo tuvieron su repercusión máxima durante el siglo XIX, es lo que ahora vamos a examinar.

En primer lugar, al considerar la repercusión política debida a Calvino, observamos que éste concibió un esquema de gobierno propio. Las unidades de ese esquema, las iglesias consideradas por separado, elegían sus jefes entre aquellos que eran competentes para actuar en asambleas y decidir respecto a la disciplina de la Iglesia y a las reglas de la fe. *Pero los jefes, o ministros, una vez elegidos, tenían autoridad sobre sus electores.* Aquí descansa todo el principio del parlamentarismo, una parodia o falsa imagen de la democracia: un truco para hacer creer a los hombres que se gobiernan a sí mismos, una falacia en la cual es fácil caer, falacia ésta que considera lo representativo como identificado con lo representado. Todos sabemos a qué atmósfera de falsedad política este error garrafal ha conducido a las naciones del siglo XIX. Hoy en día sabemos aun mejor por qué y cómo se ha desmoronado la cosa.

Esto en lo referente a la creación política de Calvino: entraremos a considerar ahora su efecto social.

La repercusión social implícita debida a Calvino es indirecta, mas no por ello menos fuerte. Al negar la eficacia de las buenas acciones, de la voluntad humana y de las abnegaciones, al dejar de lado, por inútiles, la doctrina y la tradición de la Santa Pobreza, Calvino abrió la puerta del espíritu al dinero. Santo Tomás había dicho algunos siglos antes que si los hombres abandonaban la idea de Dios como el bien supremo, tratarían de reemplazar a Dios por la idea (implícita aun cuando no formulada explícitamente, mas con gran efecto práctico) de que la riqueza material es el dios supremo. Calvino nunca dijo, empleando tantas palabras, y en verdad, jamás pensó, que los hombres habrían de perseguir la acumulación de la riqueza, mas derrumbó las barreras que el catolicismo había levantado contra esa peli-

grosa fuerza, y, prosiguiendo en su acción, la Cristiandad fué adaptándose a la idea de que la riqueza es, cuando menos, el único bien seguro, y en consecuencia, la cosa principal a la cual debe tenderse.

Calvino mismo hubiera dicho con toda sinceridad y celo que la gloria de Dios es el único objeto digno de la actividad humana, pero como estableció un distingo entre esta actividad y el poder de salvar el alma individual ¿qué podía quedar sino la persecución de los ricos?

Calvino comenzó predicando en su país nativo, Francia, y allí lanzó su primer llamado en una importante carta dirigida al rey francés.

Acusado de inmediato por herejía, se unió a los reformadores suizos convirtiéndose en el jefe de la República independiente de Ginebra, quedando para siempre su nombre asociado a esa ciudad.

Debe recordarse que su primer movimiento contra la iglesia ortodoxa y su jerarquía, comenzó en una disputa familiar. Su padre había sido el opulento abogado que atendía los asuntos de la diócesis de Noyoen, un obispado muy rico situado al Noreste de París. Fué acusado ante el obispo y su capitulo de malversar los fondos que manejaba y requerido a rendir cuentas. Rehusó y fué excomulgado. El joven Calvino en persona, a quien su padre había comprado una renta clerical, fué despojado de ella debido a la disputa y era quien más resentimientos tenía contra las autoridades clericales del lugar. Mas sería injusto y sería también hacer mala

historia presentar esta disputa, aun cuando implicara un asunto de dineros (que siempre exacerba toda disputa), como la causa principal de la rebeldía de Calvino. Esta disputa constituyó la ocasión propicia para la rebelión, mas no fué lo que la motivó.

Cuando examinamos la acción ejercida por Calvino sobre el cuerpo de la Cristiandad, observamos que Francia se convirtió en el campo de batalla donde había de decidirse el triunfo o la derrota del sistema calvinista. Sus cualidades militares y su precisión impresionaron a sus partidarios compatriotas, y luego, durante el curso de una vida, los jefes de la nación francesa, primeramente se dividieron y finalmente se enfrentaron en un conflicto civil violentísimo para decidir si el calvinismo debería o no dirigir el futuro de la nación.

La ciudad de París inclinó la balanza. París sostenía con fervor la tradición del catolicismo y obligó al jefe calvinista (que era a la vez heredero al trono, Enrique de Navarra), al terminar las guerras civiles, a aceptar el catolicismo. Pero quedaron muchos calvinistas poderosos y activos, conocidos bajo el nombre de Hugonotes — más de la mitad de la alta nobleza de Francia y la mayor parte de los escuderos, muchos también de la clase media, la población de ciertos puertos de mar y aun grupos de campesinos, sobre todo en el distrito montañoso de Cevennes. El fermento de la clase Hugonote —esto es, del calvinismo— operó en el cuerpo de la Nación. Más tarde habría de producir entre los católicos mismos el mo-

vimiento conocido bajo el nombre de Jansenismo, y a la larga puede encontrársele en la raíz del escepticismo manifestado en forma conspicua a fines del siglo XVII para ir extendiéndose durante el siglo XVIII. Este fenómeno está, asimismo, en la raíz de ese fuerte sentimiento anticatólico político que durante mucho tiempo influyó en forma poderosa en el espíritu francés y que aún divide en forma enconada a esa nación.

En Inglaterra el calvinismo no tuvo las mismas consecuencias. Aun cuando en Escocia se llevó todo por delante, en el primero de los países nombrados las autoridades no se mostraron dispuestas a aceptar su estructura política y religiosa. El calvinismo creó entonces, aun en Inglaterra, esa entusiasta minoría de los puritanos que ejercieron tanto poder a comienzos del siglo XVII, ciento cincuenta años después de la muerte de Calvino, mas nunca conquistó el espíritu inglés como lo hizo con el escocés.

Lo que separaba a Inglaterra de la unidad católica no era el entusiasmo hacia el sistema calvinista sino el interés disfrazado que las clases pudientes en Inglaterra fomentaban a fin de sostener las doctrinas de la reforma. Ello se debía a que esa clase había recibido la riqueza de los monasterios y otras dotaciones religiosas. Como veremos más tarde, Inglaterra fué conducida lentamente y a regañadientes dentro del grupo anticatólico.

Entre los alemanes también había divisiones. El principal movimiento reformista entre los alemanes

no era calvinista, era luterano y se interesaba mucho más en asuntos de independencia local que en la doctrina netamente formulada, dirigida contra la autoridad central del Imperio (ya muy debilitada). Por las mismas razones no se sentían mayormente atraídos hacia una nueva iglesia o sistema de doctrina.

En general podemos decir que, después de la explosión, las ruinas espirituales de lo que había sido la Cristiandad quedaron divididas en tres grupos. En uno de ellos, la tradición católica se mantuvo a pesar de la tormenta. La sociedad se reconstituyó, apretando los lazos de la disciplina de la Iglesia, y haciendo toda la tarea que nosotros asociamos con el Concilio de Trento. El Emperador en Viena y la monarquía francesa permanecieron católicos. Contra ellos estaba una Europa protestante principalmente en el Norte (pero contando con una poderosa sección en Francia), y teniendo como principal centro político el nuevo gobernador protestante de Inglaterra. Esa nueva cultura protestante se dividió en dos grupos. El calvinista, con su rigurosa organización, conservó vivo lo que puede llamarse la esencia del protestantismo. Aparejado a éste, menos definido pero igualmente anticatólico, aunque más bien debido a razones políticas que a razones doctrinarias, estaban los luteranos alemanes y la nueva organización de la Iglesia Inglesa que retenía muchos títulos eclesiásticos del antiguo mundo católico, pero que había adoptado definitivamente la ética protestante y había tomado posesión contra los restos de la Europa católica.

Lo que he llamado "La explosión", ese repentino desmoronamiento y cambio conocido generalmente bajo el nombre de la Reforma (la presión creciente que oprimía la Edad Media, en su ocaso), tuvo repercusiones revolucionarias en todos los sectores de la vida humana.

Toda la sociedad cristiana europea fué a la vez convulsionada y transformada. El equilibrio cristiano y por lo tanto satisfactorio que durante siglos había dado tan buenos resultados en las relaciones humanas, transformando el estado de esclavitud en el de los campesinos libres, regulando las costumbres y la estructura económica de la Sociedad, dirigiendo a los hombres más por su estatuto que por el contrato, impidiendo la competencia excesiva e insistiendo sobre la estabilidad, desapareció como resultado del fuerte golpe asestado a principios del siglo XVI. La antigua y bien asentada civilización medieval perdía su estabilidad y fué remplazada por un estado basado sobre la competencia sin restricciones. Este estado eliminaba la antigua idea del estatuto y únicamente consideraba como cosa consagrada el contrato, provocando finalmente el fenómeno del capitalismo industrial dentro del cual se cuelan los gérmenes de la rebelión que amenaza destruirlo. En lugar de la antigua filosofía social que durante siglos había satisfecho a la humanidad, surgió un nuevo estado de cosas cuyas partes se desarrollaron en proporciones distintas, pero todas ellas combinadas, a la larga, formaron el mundo moderno y el conjunto de condiciones actuales.

Cabe recordar que durante esta transformación la faz material del mundo civilizado seguía progresando; un conocimiento más amplio del mundo físico debido al adelanto de la ciencia y a los descubrimientos geográficos, un espíritu más crítico aplicado a la historia y al examen de los documentos sagrados y profanos, un "aclaramiento" intelectual como ha sido llamado, corría parejas con el desmoronamiento de todo aquello por lo cual los Cristianos hasta entonces habían vivido.

Siempre conviene tener en cuenta esta paradoja cuando examinamos las consecuencias del cambio que la Sociedad medieval católica (y también la mayor parte de los hombres actualmente) tendría que deplorar.

Pues mientras perdíamos lo que dentro del dominio espiritual constituía el valor más alto, constantemente ganábamos terreno en la faz material gracias a un progreso continuo que aún no ha alcanzado sus límites. El poder del hombre sobre la naturaleza, su conocimiento del detalle externo, cuando menos del mundo al cual pertenece, progresaban a pesar de que la filosofía sobre la cual tanto había descansado comenzaba a fallar. Si olvidamos esas ventajas materiales que se desarrollaron paralelamente a la decadencia espiritual, tendremos una visión general carente de proporción y nos será imposible comprender por qué muchos hombres, quizá casi todos los hombres, aún consideran la transformación de Europa, a pesar de los peligros a que nos ha conducido, como un progreso para la raza.

Pasemos a examinar ahora los efectos de esta gran transformación en dos aspectos sucesivos —el político y el económico— considerando esos dos aspectos en ese orden: primero el político y finalmente el económico.

Esto, es verdad, implica invertir el orden seguido por la mayoría de los hombres del siglo XIX y también los de hoy. Pues en el siglo XIX dábase por sentado que los fenómenos económicos de la sociedad, esto es, el proceso mediante el cual se obtiene la riqueza, su distribución y cambio, eran las causas del cambio político, y aun hoy muchos hombres de la vieja generación siguen aferrándose a ese concepto.

Pero ese concepto es falso; el cambio político invariablemente precede al cambio económico; no habría cambio político de no mediar la aceptación de leyes y el mecanismo de un gobierno que permiten la función de las nuevas condiciones económicas. En toda gran revolución de los asuntos europeos, primero aparece un cambio espiritual; después, y originado por éste, surge un cambio en la filosofía social y en consecuencia en las disposiciones de orden político; por último, aparece el cambio económico como resultado de la nueva estructura política.

Existían dos conceptos políticos frente a frente cuando la reforma hizo pedazos la unidad cristiana: El que se aferraba a la memoria del antiguo Estado Europeo llamado Cristiandad, y la *nueva* idea de que cada distrito o dominio debía disfrutar una independencia absoluta teniendo cada una de ellas el poder

de hacer leyes aplicables a todos sus ciudadanos, sin ninguna interferencia de un poder moral superior rigiendo a Europa entera.

La antigua idea de la unidad cristiana fué expresada por dos grandes instituciones, el Imperio y el Papado; el primero evidentemente y explícitamente político, el segundo perteneciendo más bien al esquema general del catolicismo trascendente, pero manteniendo su posición política dentro de la estructura del mundo europeo.

La unidad a través de un Imperio y una idea Imperial común, el ideal de toda la Cristiandad actuando bajo una autoridad en asuntos civiles, constituyó una realidad cuando el imperio greco-romano aceptó la fe católica. Continuó siendo una realidad activa en el Oriente griego a través de los territorios administrados directamente desde Bizancio, y el Emperador en Bizancio era en realidad el gobernador de un estado centralizado.

Pero en Occidente, aunque el concepto de Imperio permanecía fuerte, aunque los hombres seguían creyendo que todos los poderes derivaban en última instancia del Emperador, en la práctica el gobierno local sobreponíase a la autoridad central del monarca universal. Ya hemos visto cómo ese gobierno local cayó bajo el control de los generales que mandaban una parte de los ejércitos romanos: la porción auxiliar federada, casi toda la sangre alemana y también eslava, semi-bárbara, aunque cristiana, y formando así parte de nuestra civilización.

Esos generales regionales (el más importante de los cuales era el general en jefe en la Galia, quien, al principio, fué el jefe de un pequeño contingente franco de las tropas romanas) ejercían su poder asimismo en Italia y España. En Gran Bretaña, a medida que transcurría la Época Oscura, el gobierno casi había desaparecido. No existía un general que gobernara ese distrito. La mayor parte de los obispados británicos (cuya supervivencia constituía una prueba de civilización) desapareció al Este de la isla. Mas en el continente, aun cuando nos hundíamos en la Época Oscura, esos gobiernos locales eran fuertes; no sólo mantenían las funciones jurídicas sino también las tradiciones sociales y aun la moneda y el dinero en circulación del Estado Imperial. Se hizo un esfuerzo para establecer en Occidente, como unidad separada, un poder imperial autónomo. La cosa fué llevada a cabo bajo Carlomagno durante el gran sitio a la Cristiandad, del cual ya hemos hablado. Mas la cosa no perduró. A medida que la Época Oscura transcurría, hasta alcanzar su nivel más bajo en el siglo IX, después de la muerte de Carlomagno y la división de sus dominios, no quedó ningún poder imperial al Norte de Italia meridional o al Oeste del Adriático.

Sin embargo, el nombre "Imperio" y la idea de Imperio sobrevivió en Occidente. Los jefes de las tribus recientemente convertidos interpretaban este nombre y esta idea de una manera singular y reclamaban en nombre del título imperial, el derecho para ejercer alguna autoridad sobre el Norte de Italia y hasta en la región intermedia entre los países de habla alemana y aquellos que hablaban el latín de la Galia. Pero hacia fines de la Edad Media, la palabra Emperador, en la práctica, no significaba otra cosa que la casa hereditaria de Habsburgo, la cual gobernaba sus dominios personales desde Viena; reclamando pero apenas ejerciendo su autoridad sobre las divisiones de habla alemana, las ciudades libres y los distritos gobernados por los grandes y pequeños señores.

El Papado, desde luego, sobrevivió con más vitalidad; pero contra el Papado se levantó —y esta era la esencia del período de la Reforma— una violenta protesta y una no menos violenta rebelión. Lo mismo que contra el concepto político de una unidad civil bajo la autoridad más o menos efectiva de un Emperador de Occidente, se contrapuso la teoría del estado absoluto; cada príncipe o gobierno de una ciudad libre o cantón libre sería considerado supremo dentro de sus límites.

Después de las guerras religiosas que siguieron a la Reforma se aceptó este principio: que el tipo de religión adoptado por el gobierno de cada distrito dirigiera la vida espiritual de todos sus habitantes.

La aceptación de esta idea confirmó, desde luego, la ruptura política que siguió a la ruptura religiosa. Tuvo por efecto permitir la implantación de nuevas leyes civiles regulando las relaciones sociales, leyes que no estaban sujetas a la opinión general o a las tradiciones de la Cristiandad.

Comprobamos aquí la prioridad de lo político sobre las circunstancias económicas. Sólo allí donde las

revoluciones políticas habíanse llevado a cabo y donde el gobierno de un distrito habíase constituído supremo e independiente de toda autoridad exterior, pudo ese gobierno apropiarse de los bienes que hasta entonces estaban bajo la protección de la Iglesia. Y en aquellas partes donde prevalecía ese estado de completa independencia, los bienes clericales fueron secuestrados en parte o totalmente. Los monasterios y los conventos de monjas fueron disueltos. Se echó mano de su riqueza para beneficio de los que ejercían el poder. Las dotaciones de las parroquias, iglesias, obispados y capítulos que no pudieron ser totalmente destruídos, a menos que cesara toda forma de religión corporativa (y para esto los hombres no estaban preparados), fueron totalmente confiscados. Mas fueron reducidos gradualmente a medida que el tiempo transcurría. Las dotaciones destinadas a la educación siguieron el mismo camino; muchas de ellas dejaron de aplicarse a fines educativos y fueron secuestradas totalmente por aquellos que tenían poder para hacerlo destinándolas a usos privados y convirtiendo de esta suerte lo que había sido propiedad corporativa en rentas personales de los confiscadores. Muchas escuelas volvieron a ser dotadas en una escala menor, de modo que éstas continuaron funcionando, aunque menos ricas que antes. Los fondos de las corporaciones regionales con carácter religioso fueron disminuídos un tanto; y para mostrar cuán violento fué el espíritu de rapiña, aun las dotaciones de los hospitales en gran parte siguieron el mismo camino.

Resulta interesante notar cómo reaccionaron las distintas partes de la cristiandad ante este cambio político y sus consecuencias económicas en Inglaterra; debido a lo que sólo era accidente personal, los monasterios fueron totalmente secuestrados por la Corona. Dentro de los cuatro años que siguieron a la ruptura con Roma (esto es, la negativa a aceptar la autoridad papal), todos los monasterios y conventos de monjas en Inglaterra habían desaparecido. Y todas esas cuantiosas rentas pasaron de manos de sus dueños corporativos, monásticos y colegiados, primero a las del gobierno y muy pronto a las de aquellos a quienes se concedió rentas en condiciones muy favorables (más o menos a mitad del precio), por parte del gobierno, en su deseo apremiante de aumentar sus réditos.

La misma cosa ocurrió, aunque con menos violencia que en Inglaterra, en Escandinavia y en la parte Norte de los Países Bajos que más tarde había de llamarse Holanda. En Escocia, se llevó a cabo una confiscación parecida, drástica y general. Algunos de los cantones suizos habían iniciado el movimiento. Muchas de las ciudades libres y pequeños señores de Alemania siguieron el ejemplo. Pero Inglaterra fué la única unidad política importante que se plegó a la confiscación general de los réditos de la Iglesia.

La mayor parte de Europa y sus gobiernos más importantes, los dominios imperiales en Alemania, la monarquía francesa, la monarquía española recién consolidada, con sus grandes posesiones allende el Atlántico y los estados italianos, al continuar rindiendo

pleitesía al Papado conservaron sus derechos colegiados y los establecimientos monásticos, escuelas, hospitales y lo demás.

Mientras que este estado de cosas seguía su curso, la actitud de Calvino se hacía sentir profundamente. Hemos visto ya cómo la influencia de Calvino impartió una estructura positiva y permanente al nuevo movimiento reformista. El calvinismo proveyó el andamiaje y dió su espíritu a ese nuevo mundo protestante, y como el calvinismo era la creación de Calvino, su actitud hacia el cambio económico es de primordial importancia.

Aunque Calvino era hombre de una pieza, enérgico, creador y que no se avenía a componendas, fué obligado por la naturaleza de su posición y por sus mismas doctrinas a unir dos principios contradictorios.

Por una parte negó el derecho del poder laico a inmiscuirse en todo lo atinente al gobierno de los asuntos espirituales. En consecuencia y ateniéndose a esta premisa, el poder laico nunca hubiera debido tener la oportunidad de expoliar la propiedad de la Iglesia. Dentro del esquema de Calvino, la propiedad de la Iglesia debió lógicamente haber sido transferida a su propia y nueva contra-Iglesia, allí donde ésta prevalecía y debió haber servido para dotar las actividades admitidas o creadas por su nueva organización clerical. La importancia superlativa de Calvino y del calvinismo, por lo tanto, debió haberse opuesto a la expoliación de la propiedad de la Iglesia.

Mas Calvino y aquellos que le seguían, por otra

parte estaban ligados a otro principio y atentos a otra actividad: el principio de que no podía admitirse ninguna autoridad central sobre la Iglesia. Este principio sirvió como punto de apoyo al calvinismo para atacar al Papa con enconada violencia. Ahora bien, el solo poder del Papa (como jefe de la organización católica en su faz espiritual) restringía esa completa independencia que por otra parte las ciudades libres, los príncipes y los cantones afirmaban con vehemencia. No le quedaba, pues, a Calvino otra alternativa que afirmar, con la mayor claridad e insistencia, la independencia de cada uno de los poderes civiles. Él, más que cualquier otra influencia, aseguró el nuevo concepto de la absoluta soberanía regional o nacional, libre de toda restricción por parte de los poderes generales y tradiciones de la Cristiandad. Fué él, pues, quien dió rienda suelta al poder para confiscar y expoliar lo que había sido la propiedad de la organización clerical y universal de la Cristiandad, aun cuando ninguno afirmó con más claridad que él, el derecho de las instituciones clericales a independizarse del control civil.

Como resultado final vemos que la influencia de Calvino consistió no sólo en facilitar la expoliación de la Iglesia sino también el de hacerla efectiva como una consecuencia natural.

Cuando consideramos más en detalle los efectos económicos del gran cambio, encontramos que éstos proceden de la victoria de una filosofía sobre otra filosofía contraria.

Bajo la antigua filosofía social que gobernó a la Edad Media, temporal, y desde luego económicamente, las actividades siempre se referían a un patrón eterno. La producción de la riqueza, su distribución y cambio estaban reguladas con el propósito de asegurar la vida cristiana de los hombres cristianos. Esto se hacía sentir principalmente en dos instancias; primero, al asegurar la independencia de la familia, que sólo puede obtenerse mediante la amplia distribución de la propiedad; en otras palabras, impidiendo el crecimiento del proletariado. Segundo, en la íntima relación entre la riqueza y las funciones públicas. Bajo la antigua filosofía que había imperado en la Alta Edad Media, las cosas fueron hechas para adaptarse a una sociedad donde la propiedad estaba bien distribuída a través de toda la comunidad, lo cual aseguraba la independencia de la familia. El esclavo evolucionaba hacia el siervo, y el siervo evolucionaba hacia el campesino libre. El artesano, en las ciudades, organizado dentro de su corporación, controlaba su propia vida y la de su familia. No era, como lo es ahora, el subordinado económico de hombres más ricos que él. Sus relaciones con sus aprendices eran orgánicas y domésticas, en contraste con las relaciones modernas basadas en el contrato mecánico, entre el obrero y el capitalista, que explota a aquél.

Que pudiera existir y que en realidad existiesen muchas excepciones a lo antedicho, es evidente; que existían no pocos, aunque constituyendo una pequeña minoría, que no tenían tierra para cultivar, ni casa

propia ni un lugar dentro de la corporación, es cierto. Pero éstos no eran lo suficientemente numerosos como para impartir el tono a la Sociedad. La sociedad de la Cristiandad y especialmente de la Cristiandad Occidental, hasta que sobreviene la explosión que llamamos la Reforma, había sido una sociedad de propietarios, la gran mayoría de ellos, pequeños propietarios: una Sociedad Propietarial. Una sociedad en la cual subsistían fuertes lazos entre una clase y otra, y dentro de la cual existía una jerarquía entre el superior y el inferior, mas no en lo principal, o sea una diferencia entre un cuerpo restringido de posesores y un cuerpo más grande de desamparados a merced de aquéllos, como ocurre en nuestra Sociedad. Esto ha sucedido debido a la acción de la Reforma, que está en la raíz de todo el cambio; desde la libertad económica medieval hasta el capitalismo.

Para comenzar cada vez que una parte de la propiedad colegiada, como por ejemplo un monasterio, un hospital o una escuela era expoliada, los beneficios y las rentas de un hombre reemplazaban los medios de vida de toda una comunidad. Los monjes que constituyeron las unidades de sus sociedades, después de la expoliación, vivían en algunos lugares sobre pensiones, y en otros fueron dispersados. Mas en ningún caso fueron reemplazados por otro cuerpo de propietarios corporativos. En lugar de estos propietarios corporativos, a su debido tiempo aparecieron cierto número de hombres desamparados.

La supresión de las corporaciones o, cuando me-

nos, su debilitamiento, tuvo los mismos efectos. Las fundaciones económicas de la corporación fueron sacudidas por el cataclismo religioso, porque la corporación estaba inestricablemente mezclada con las prácticas religiosas; la reforma empobreció a las corporaciones, socavó su autoridad moral y, a la larga, después de algunas generaciones, cuando sus consecuencias se hicieron sentir plenamente, la corporación decayó hasta convertirse en una "pieza de museo": un anacronismo, del cual sólo se ha conservado el nombre, pero al que se le ha asignado una función enteramente nueva. De esta suerte, lo que en tiempos pretéritos eran las corporaciones de la Ciudad de Londres se convirtieron hacia el siglo XIX en centros para hombres ricos, generalmente dotados con tierras u otras propiedades. Llevaban a cabo muchas funciones de utilidad en lo concerniente a la educación y a la caridad, socorriendo a sus miembros empobrecidos y a los que dependían de ella, pero sin guardar semejanza alguna, en lo fundamental, con las antiguas corporaciones de las cuales habían surgido. La primitiva Corporación de los Pesqueros de Londres regulaba el comercio del pescado, fijaba los precios, cortaba la competencia exagerada, impidiendo que el pesquero más rico se comiera a su hermano más pobre. Existe hasta ahora una corporación de Pesqueros, o compañía, como fué y aún es llamada, inmensamente rica en cuyo hermoso hall moderno se dan grandes banquetes (que reemplaza al edificio medieval destruído por el Gran Fuego de Londres). Pero esta compañía no tiene ninguna relación vital con el comercio de la venta de Pescado. Se trata más bien de un grupo de comerciantes acomodados y otros que han solicitado su admisión a ese centro pagando su entrada y que de esta suerte forman la actual Compañía de Pesqueros [1].

En un mordaz epigrama la Reforma ha sido llamada "un levantamiento de los pobres contra los ricos". Como todos los epigramas, este breve aserto resulta exagerado, mas contiene una parte mayor de verdad que muchos otros de su género. De la destrucción de la unidad cristiana en el siglo XVI, derivan las consecuencias que más adelante esbozaremos en estas páginas.

De su combinación surgió el capitalismo; la división de la sociedad en una minoría de propietarios explotando una mayoría de ciudadanos sin propiedades; el control de la industria por organismos de crédito; el control de esos organismos de crédito por un número aun más reducido de hombres de gran fortuna; las poderosas y secretas organizaciones de este control financiero: la creciente inseguridad e insuficiencia de los medios de vida entre las masas; y por último su amenaza de rebeldía — y a través de esta amenaza el peligro que por ahora se cierne sobre nuestra civiliza-

[1] Una de las últimas entre las auténticas corporaciones que aún conservan una sombra de su antigua función era la de los Posaderos, de la cual el autor es un miembro. Si éste no se equivoca, la última función ejecutada por esa corporación, la de regular y sostener hoteles, etc., dentro de los límites de la Ciudad de Londres, fué suprimida por la ley hace algo más de cien años.

ción. La Reforma confirmó, y en muchos sectores aumentó hasta alcanzar proporciones monstruosas, los males ya aparentes a fines de la Edad Media. El estatuto que garantía los medios de vida de un hombre, fué reemplazado por el contrato. Se dió libre curso a la usura en escala superlativa hasta que llegó a ser universal. Se dió rienda suelta a la competencia hasta que invadió todo el campo de las acciones humanas. La banca, fundada sobre la usura y unidades comerciales cada vez más importantes, fundadas sobre la competencia, continuaron el proceso. Hacia fines del siglo XVII, casi un siglo después que la catástrofe hubo madurado, el espíritu de los hombres cambió. Funcionaban los Bancos centrales. El espíritu proletario surgió en algunos distritos, sobre todo en Inglaterra y hasta en sus campos. Allí la clase campesina gradualmente desaparecía. En el comercio, el hombre más grande se comía al más chico.

Cuando en este mundo aparecieron la nueva maquinaria y las comunicaciones rápidas, de hecho quedaron anulados todos los instrumentos para contener al capitalismo. Este poder crecía en tal forma hasta imponerse rápidamente a fines del siglo XIX. Contra este poder, el desamparado y creciente proletariado, al adquirir conciencia de su miseria, intentaba organizarse y prepararse para la rebelión. Era inevitable que semejante estado de cosas inhumano condujera a la inestabilidad catastrófica que padecemos en el presente.

Mas podrá preguntarse: ¿por qué no se volvía hacia atrás? ¿Por qué no se reaccionaba contra peligros tan evidentes, reales y crecientes? Porque con la Reforma no sólo desapareció, en las sociedades que se divorciaron de la unidad cristiana, sino también en otras, la antigua actitud mental llamada "Fe".

Esto no quiere decir que la Fe desapareció de una manera manifiesta, esto es, la aceptación de la autoridad y de las doctrinas de la Iglesia católica. La Fe no desapareció, excepto bajo aquellos gobiernos que rompieron con la unidad de la Cristiandad; y aun bajo esos gobiernos, grandes núcleos de ciudadanos continuaron combatiendo por esa causa (como ocurrió en Inglaterra y Holanda), manteniendo durante generaciones la resistencia católica, pero su número disminuía paulatinamente. Tampoco significa que todas las doctrinas primitivas sostenidas por una cristiandad unida fueran abandonadas en el territorio Protestante. Por el contrario, algunas de las viejas doctrinas fueron mantenidas casi universalmente: por ejemplo, la de la Encarnación y la de la Trinidad. Otras fueron virtualmente mantenidas por todo el pueblo cristiano, tales como la inmortalidad del alma, la de la felicidad eterna o la de la condenación eterna después de la muerte. La calidad de la Fe que puede ser definida como la certeza en las cosas que no pueden ser demostradas mediante la experiencia directa o la prueba deductiva, subsistió. Mas subsistió en grupos aislados; no permaneció como una costumbre inherente y universal a todos los hombres de nuestra sangre, como una doctrina plenamente aceptada y gobernando sus vidas.

Debido a la desaparición de la unidad en la moral establecida y en los asertos doctrinarios, sobre los cuales esa moral estaba fundada, surgió al mismo tiempo un sentimiento profundo e inexpresado de que la vida no podía ser conducida, encuadrándola dentro de una norma general y común a toda nuestra civilización. Ya no existía una sociedad ligada por un lazo moral, representada por un jefe moral, expresándose en una liturgia, y capaz, como sólo una personalidad puede hacerlo, para reaccionar contra lo que amenazaba su existencia. Había cierta resistencia aquí o allá contra la división de la familia debida al divorcio, y asimismo contra la competencia excesiva, etc., pero la energía de esta resistencia decaía gradualmente. Desde luego ésta fué mantenida durante más tiempo en las secciones de la Europa católica que en las no católicas; mas en todas partes toda la sociedad de la Cristiandad estaba contagiada por esa pérdida de la unidad, que producía como fruto inevitable la pérdida de toda capacidad para una resistencia coordinada contra los crecientes males espirituales que la invadían por doquiera.

Esos males espirituales operando ligados a un vasto y creciente conocimiento del mundo material, no podían sino destruir, a la larga, la salud de Europa. Los hombres permanecían ciegos a las consecuencias de lo que había ocurrido. Aun aquellos que vivían en las partes más sanas de la Cristiandad, la que permanecía católica, no comprendían. No despertaban al contacto de las fuerzas que habrían de producir ciertas consecuencias necesarias e inevitables. Hoy estamos bajo el

peso de esas consecuencias. Toda la estructura de nuestra vida está en peligro de una ruina inmediata.

Hasta aquí hemos considerado el gran cataclismo y sus consecuencias inmediatas, económicas y políticas. A renglón seguido examinaremos, por separado, esos desarrollos que proceden de la división de la unidad; el efecto de la voracidad sin restricciones que se manifiesta a través de la Usura, a través de la mecanización de la vida y lo demás. Veremos cómo bajo esa presión intolerable fué propuesta, al principio de una manera confusa, formulándose luego en forma definida, una revolución social, y cómo maduró el fruto último de este asunto, que hoy llamamos el Comunismo.

IV

ULTIMAS CONSECUENCIAS DE LA REFORMA

(A)

CRECE EL PROLETARIADO Y CRECE EL CAPITALISMO

Hasta ahora hemos examinado la fundación y el desarrollo de nuestra civilización, así como su culminación en la Edad Media auténtica; el peligro que ésta corrió a fines de la Edad Media y la bancarrota final de la Reforma debido a la cual, por un momento, todo pareció perdido.

Hemos examinado también los resultados inmediatos de esta catástrofe, sobre todo en lo que respecta a la expoliación de la Iglesia y a los atentados llevados a cabo sobre la vida comunal y corporativa.

Hasta ahora hemos seguido el proceso rigiéndonos por la Historia. Esto es, empezando por los antiguos días paganos, siguiendo luego por la conversión de ese

mundo y la formación de la Cristiandad hasta su violenta ruptura, hacia el año 1500.

Ahora adoptamos otro método. Seguiremos examinando cada consecuencia de la catástrofe por separado, mostrando cómo la solución de un elemento tras otro siguió su curso reaccionando al contacto de otras consecuencias y a su vez provocando reacciones en éstas. Delinearemos una por una las principales tendencias que se manifestaron y que, como consecuencia del derrumbe general, a la postre desembocaron en la actual situación de peligro que he llamado "La Crisis de nuestra Civilización". Sólo después de haber examinado cada una de esas tendencias producidas por la Reforma podremos comprobar su convergencia común. Entraremos entonces a considerar la última parte. Afrontaremos la amenaza de la destrucción general, amenaza debida al mecanismo inhumano y sin Dios de la vida moderna y a la reacción violenta de los oprimidos. Desde ahí podremos juzgar las soluciones propuestas al problema y asimismo entrar a considerar los remedios para curar las calamidades que amenazan destruirnos.

Considerando la Reforma como una catástrofe, he recurrido a la imagen de una explosión. He hablado de sus resultados finales lo mismo que hablaría de ellos después de una explosión, de las nubes de humo y polvo, las ruinas, el estruendo y lo demás. De esta suerte he cargado el acento sobre la expoliación de la Iglesia, la desaparición de toda autoridad internacional común y la de un patrón para mantener unida a la

Cristiandad, sobre las grandes guerras y sobre la pérdida de la unidad que implicaba la pérdida de la Fe.

Ahora que llegamos al resultado final de ese lento proceso, debemos cambiar de imagen. Ya no comparo el asunto a una explosión sino más bien a la ruptura de una represa que retiene un gran caudal de agua.

El símil o la imagen es acertado: del mismo modo que las murallas de un dique no pueden contener un caudal de agua superior a su resistencia, así la represión artificial era impotente para contener las fuerzas disolventes que actuaban antes de la Reforma y debido a ello, tarde o temprano, habían de resultar inútiles. Cuando aparece una tensión, el peligro de una catástrofe se hace evidente. Mas existe esta diferencia entre la catástrofe ante la cual estamos ahora en peligro y la catástrofe de la Reforma. Después de la Reforma, no sólo nuestra civilización sobrevivió, sino que dilató su progreso técnico. Su pérdida espiritual fué desastrosa y estaba condenada a producir finalmente aquello que ha producido — el peligro de muerte para toda la Sociedad. Mas en el mundo material, lo que siguió a la catástrofe fué al principio un progreso continuo y finalmente un rápido avance en el dominio de lo material. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere al campo de las ciencias físicas y a los descubrimientos de nuevas tierras. Pero lo que hoy nos amenaza, debido a la pérdida de la religión, es el colapso total de la Sociedad y junto con ella la pérdida correspondiente de todas las artes y de todas las ciencias — el fin de nuestra civilización.

Los resultados finales de la Reforma, esas tendencias cuyo curso podemos seguir lo mismo que seguimos el hilo de un arroyuelo, desde el manantial común —o sea "la ruptura del dique"—, he de titularlos así:

Primero, el reemplazo del Estatuto por el Contrato. Esto debe examinarse desde el principio porque fué lo que motivó las condiciones que hicieron posible todo lo demás. El reemplazo del Estatuto por el Contrato fué la circunstancia que provocó los desarrollos modernos, hasta estos momentos peligrosos en que nos toca vivir. La importancia creciente del Contrato al reemplazar al Estatuto no constituye una causa de los males que vinieron después, mas fué una condición necesaria para que éstos aparecieran.

Después de examinar este cambio fundamental, he de considerar los dos resultados de la voracidad así estimulada: primero la Usura y después la Competencia. A renglón seguido analizaremos la aparición del Proletariado — resultado inevitable de la Competencia debido a la falta de Estatuto. Entraremos después a considerar la Banca y las nuevas modalidades adoptadas por el comercio, pasando luego a examinar las consecuencias del empleo de la máquina, que se extendía considerablemente y al mismo tiempo rebajaba la población que la servía.

Después de esto veremos surgir la primer protesta contra las condiciones que gradualmente se hacían intolerables. Seguiremos la aparición y desarrollo de varias teorías del socialismo que eran la voz de esa protesta; veremos cómo se forma el Socialismo y en última instancia por qué, llegando a la madurez de todo esto, nos encontramos con este asunto perfectamente definido, poderoso y activo, llamado el Comunismo.

El Comunismo, el último fruto de la Reforma, es a las claras el enemigo mortal de todo aquello por lo cual hemos vivido y gracias a lo cual nuestra cultura continúa. Su victoria significaría nuestra muerte.

Habiendo postulado la amenaza del Comunismo consideraremos qué remedios pueden proponerse como una alternativa de ese falso remedio que nos ofrece el Comunismo.

Corresponde aquí dejar bien establecido lo siguiente: que la Reforma, en realidad, no echó la semilla de todos los males que ahora sufrimos. Cada una de las manifestaciones que entraremos a considerar —el crecimiento del Contrato a expensas del Estatuto, la presencia de la Usura y de la Competencia, el poder del comercio y de la banca, el efecto de las máquinas— pueden descubrirse, en cierto grado de desarrollo, en fecha muy anterior a la Reforma. Algunas de ellas siempre han estado presentes en la sociedad humana y siempre lo estarán en la naturaleza de las cosas.

No, las consecuencias de la Reforma no implicaban, en principio, el descubrimiento de ninguna de esas cosas; en realidad tratábase de un cambio en *grado*; los males antiguos inherentes a la sociedad humana comenzaron, a través de la Reforma, a florecer fuera de toda proporción.

Recuérdese que todas las cosas se caracterizan

por su grado de intensidad. La diferencia entre una caricia y un golpe mortal, es en realidad una diferencia en grado. La diferencia entre la ligera y espiritual euforia provocada por un buen almuerzo rociado con un poco de vino y esa cosa bestial y destructora que se llama la borrachera, es solamente una cuestión de grado. La diferencia entre la reticencia, o cierta excentricidad, y la locura, es solamente una diferencia de grado. No fué únicamente esa calamidad llamada la Usura la que se presentó con caracteres nuevos después de la Reforma. Fué más bien el que ese mal se expandiera sin restricción alguna. No era la presencia de ciertos hombres sin tierras para cultivar y la de los desamparados —esto es, de un Proletariado— lo que constituía una cosa nueva después de la Reforma; fué el creciente número de éstos hasta llegar a constituir la gran masa de la comunidad. No fueron las penurias de la vida debido a la pobreza lo que caracterizó a la Reforma, sino la opresión llevada a un grado intolerable; la insuficiencia, la inseguridad y la sujeción de las masas industrializadas.

Habiendo dicho esto veremos cómo el Contrato empezó a absorber el Estatuto.

EL CONTRATO REEMPLAZA AL ESTATUTO

En primer lugar, ¿qué es un "Estatuto"? La palabra significa "posición". La posición de un hombre es su condición establecida. En nuestra sociedad cristiana original —esa sociedad que floreció en la Edad Media— el Estatuto estaba omnipresente. No cubría toda el área de la actividad humana, pero cubría un área suficiente para hacer que el Estatuto fuera el carácter determinante de toda nuestra sociedad. La posición de un hombre era conocida, los derechos y obligaciones que le correspondían eran conocidos, como también lo eran las ventajas, y en su mayor parte tanto las unas como las otras estaban determinadas; porque en la fuerza espiritual que movía todo el asunto había un apetito para la seguridad y para hacer que la vida fuera en su faz material tolerable de modo que hubiera lugar y oportunidad para que los hombres pudieran llevar una buena vida, como decían los griegos o, como lo establece la Iglesia católica, para salvar sus almas.

El Estatuto surgió como consecuencia del poderoso e instintivo anhelo de una sociedad católica para obtener relaciones sociales estables entre los hombres y, lo que era mucho más importante, para proveer los medios de existencia a la gran mayoría de las familias de la comunidad. Con la pérdida de la religión, el Estatuto casi ha desaparecido actualmente, y en ninguna parte esta desaparición se hace notar tanto como en las comunidades más progresistas. Su desaparición se acentúa en Norte América, pero además pierde terreno, por todas partes, en el mundo mecanizado de Europa.

Bajo el Estatuto un hombre era aceptado como superior a otro. Además, cada hombre aceptaba y ejer-

cía la función que le había sido asignada, la cual tenía carácter permanente, lo que lo distinguía de otro hombre a quien había asignado otra función.

El artesano, dentro del esquema de la sociedad, estaba colocado en un nivel más bajo que el señor de una aldea, mas mantenía una posición con sus correspondientes prerrogativas como miembro de la corporación. El siervo, que más tarde se convirtió en el paisano de aldea, estaba colocado aun más bajo que el artesano en la escala social, mas se hallaba seguro de su posición, tenía un patrimonio hereditario y no podían quitarle su tierra ni dejarlo desamparado. Tenía un Estatuto. El Estatuto, desde luego, gobernaba todo lo dispuesto por la Iglesia y también las principales disposiciones procedentes de la sociedad civil. De este arreglo sobreviven, en particular, el Estatuto de los oficios en la Iglesia Católica y ciertas definiciones vagas e inseguras en otras actividades. En alguna de las profesiones existen aún muchos elementos del Estatuto, sobre todo en el dominio de las leyes y en el de la medicina, y aun más en los servicios de las fuerzas armadas del Estado.

En verdad, el Estatuto es tan necesario a la naturaleza del hombre, hasta cierto punto al menos, que jamás podrá morir; mas, hasta donde puede morir, ha muerto en esta etapa de los tiempos modernos.

Ahora bien, el Contrato, considerado como el lazo principal entre los hombres, es el enemigo del Estatuto. Allí donde el contrato cobra importancia, el Estatuto decae. Aun en los tiempos en que el Estatuto

culminaba, el Contrato estaba presente. Estaba presente siempre que un hombre compraba algo a otro hombre en un mercado. Estaba presente cuando un hombre hiciera un trato sobre la extensión o ampliación del Estatuto mismo. Siempre ha existido el Contrato en lo concerniente a las mercaderías, aun cuando restringido por el sistema corporativo, y siempre hubo contrato interviniendo en cien detalles de la vida cotidiana.

Hacia fines de la Edad Media, mucho antes de que el contrato llegara a ser tan importante como para absorber el Estatuto, aparecieron nuevas condiciones que favorecían a aquél a expensas de éste.

Lo observamos en lo referente al estudio de la Ley Romana [1], que gradualmente modificó y comenzó a desalojar la ley tradicional popular de la Edad Media. La Ley Romana sancionaba el contrato, no la costumbre. El hombre bajo la Ley Romana, que fué redescubierta en la Edad Media, no mantenía su tierra dentro del régimen feudal como un derecho de herencia; la mantenía mediante una compra o mediante un testamento; era un propietario, un propietario absoluto y la facultad de poseer consistía en el derecho a contratar y el deber, respaldado por el Estado, de hacer cumplir un contrato.

Aparte de la Ley Romana, primera influencia

---

[1] Casi toda la ley occidental es romana en su origen, mas el término "Ley Romana" se usa principalmente para distinguir los códigos, revividos en el siglo XII, de las viejas leyes originadas por la costumbre que imperaban en distintas localidades.

que determinó la acción del Contrato fuera de los límites del Estatuto, hacíase sentir el aumento del comercio de ultramar, debido a la expansión geográfica. Podíase restringir los beneficios que un particular trataba de conseguir mediante un contrato especial con sus vecinos, mas no se podía restringir los beneficios de los contratos que convertían en un hombre opulento al comerciante de ultramar, porque la sociedad corporativa no tenía jurisdicción sobre el proveedor extranjero de productos extranjeros.

Además, cuando el siervo comienza a convertirse en campesino libre, el Contrato comienza a destruir el Estatuto. El campesino medieval se independizaba progresivamente de su antigua aldea cooperativa.

Lo mismo sucedía con las corporaciones en las ciudades. Cuando florecía la corporación ella estaba regida por el concepto del precio equitativo, y la misma idea de la corporación influyó la vida de la aldea haciendo que la tenencia de la tierra fuera una cosa estable y hereditaria. Mas cuando la corporación decayó, como resultado de la Reforma, cuando la industria controlada fué incapaz de competir con la industria basada en la competencia, el Contrato rápidamente ocupó el lugar del Estatuto.

En el caso del paisano —esto es, del pequeño propietario de tierras— se observa un doble proceso, que constituyó la causa principal. Hasta tiempos relativamente recientes, los cultivadores de la tierra formaban la gran mayoría del pueblo de la Cristiandad. En ese doble proceso, el paisano en Inglaterra tendía,

o bien a caer a la condición de un simple labrador a sueldo, de suerte que perdía por completo el Estatuto y estaba desprovisto de todo lazo excepto aquel que lo mantenía a un contrato; ni siquiera tenía el derecho a seguir viviendo. O bien, por otra parte, como ocurría en Francia, el paisano, al independizarse por completo del gobierno local de un señor, también se liberaba del estatuto, y sus funciones convertíanse puramente en funciones inherentes al contrato. Pero en lugar de caer, debido a la pérdida del Estatuto, en una condición de esclavitud a sueldo, ascendió a la condición de propietario.

Finalmente intervino una influencia aun más poderosa que contribuyó a destruir el Estatuto: la creciente movilidad de la fortuna.

En los días del Estatuto, las grandes familias eran aquellas que habían estado en la opulencia durante mucho tiempo. Los hombres descansaban en la idea de que esa riqueza era permanente, y, a medida que pasaban las generaciones, esa riqueza naturalmente inspiraba respeto. Tenía un Estatuto propio. Porque la riqueza tiene un efecto místico aun cuando sea meramente una posesión temporal, y ese efecto acrecienta su valor cuando la posesión se extiende durante un largo período de tiempo. Pero cuando la riqueza se convirtió (para usar otra metáfora) en una cosa "flúida", todo eso cambió. Una familia muy rica en una generación y arruinada en la próxima no da la impresión del Estatuto. Los hombres llegaron, por último, a considerar únicamente la situación momentá-

nea de la riqueza y en consecuencia no sentían mayor respeto hacia ella. Podían envidiarla o podían odiarla, mas no podían reverenciarla.

Con todas esas influencias en aumento durante trescientos años y subversivas hoy —esto es, creciendo hasta alcanzar el estado febril— llegamos al final de un proceso, donde la pérdida del Estatuto y su reemplazo por el Contrato nos conduce al caos: una sociedad sin lazo o cemento. Además hemos provocado un estado de cosas de orden económico dentro del cual la condición de la mayoría de los hombres desprovistos de Estatuto se torna desesperada. Esto explica por qué en sus persistentes esfuerzos para restablecer la seguridad y capacidad de sostenerse a sí mismo, el proletariado moderno, en realidad, expresa y aparentemente comienza a satisfacer el deseo de llegar al Estatuto.

LA USURA Y LA COMPETENCIA

Otras dos consecuencias tendientes a destruir la unidad moral de Europa aparecen al examinar el camino que nos conduce al callejón sin salida donde ahora nos encontramos. Ellas son los frutos de la voracidad no reprimida: de la voracidad que opera sin la restricción impuesta por el código moral durante los siglos católicos. Mas cuando la autoridad central dejó de hacerse sentir y desapareció todo freno, el desorden alcanzó su punto extremo.

Esos dos frutos primitivos de la voracidad son la Usura y la Competencia Ilimitada.

A través de la usura surgió la simplificación y centralización consecuente del crédito controlado, que ha sido un instrumento tan poderoso en manos de la clase nuevamente enriquecida por el pillaje debido a la Reforma. La Competencia, libre de las restricciones impuestas por la Corporación, por la moral de las costumbres católicas o por la inspiración católica de la sociedad, debía producir inevitablemente ese proletariado cuyo enojo contra la injusticia de su condición ha rematado en la amenaza actual a nuestra civilización.

La Competencia, al operar en una sociedad que había perdido la idea del Estatuto reemplazándola por la del Contrato, tenía que arruinar la multitud de pequeños propietarios y producir masas cada vez más grandes de hombres sujetos al único poder de la riqueza, sin ningún lazo humano entre ellos y sus nuevos amos. Este poder de la riqueza habría de acentuarse a través del control centralizado del crédito, un producto de la Usura irreprimida. El proletariado así creado fué constituyendo una parte cada vez más grande de la sociedad, mientras que sus amos, los capitalistas propietarios de los medios de producción, gradualmente se convertían en una parte más reducida de la sociedad, ante la influencia de la banca y del nuevo comercio internacional. Este desarrollo del capitalismo habría de acentuarse más tarde debido a la rapidez creciente de las comunicaciones y al empleo, cada vez mayor, de la maquinaria.

Al final del proceso las condiciones se hacían intolerables para la masa de los trabajadores que antes fueron hombres libres desde el punto de vista económico, pero que ahora eran semiesclavos.

La Protesta comenzó. Al principio fué expresada, de manera confusa, en varias formas de la teoría socialista. Esas reacciones múltiples de los explotados contra los explotadores, maduraron y gradualmente condensáronse en el Comunismo, que hoy propone, mediante una simple fórmula, la emancipación de los esclavos a sueldo. Mas esa emancipación sólo los conduciría a su propia destrucción y al mismo tiempo a la de nuestra religión y a la de nuestra civilización.

Este es el encadenamiento de causa-efecto que vamos a seguir.

La Usura, ese mal que hemos de considerar en primer lugar, así como la voracidad que le ha dado origen, es tan vieja como la sociedad humana. Lo mismo que otros males que proceden de la Reforma, no fué creado por ese movimiento. Comprobamos, en el caso de la Usura, lo mismo que en el de la Competencia incontenida (fuerza ésta que unida a la Usura completó la expansión y la esclavitud del proletariado), como también lo hemos comprobado en los casos en que el Contrato reemplaza al Estatuto, que las semillas que provocaron el cambio fueron sembradas mucho antes de la ruptura de la Cristiandad. Lo que sucedió después de la Reforma no fué que esos nuevos males, incluyendo la Usura, aparecieran por vez primera, sino que, como ya lo he dicho, se convirtieron

de meras excepciones que eran en costumbres generales admitidas. Fueron aceptadas y crecieron, llegando a cubrir finalmente todo el campo de la Sociedad.

Contrariamente a la transformación del Estatuto en el Contrato y al incremento indebido de la competencia, la Usura no era un mal inherente a su exageración sino que era un mal en sí mismo.

No fué un mal porque rebasara toda proporción y aumentara fuera de toda medida, como sucedió con el reemplazo del Estatuto por el Contrato y la práctica de la competencia, sino que por su propia naturaleza era algo que debía condenarse y extirparse lo mismo que una enfermedad. Corresponde advertir que esta calamidad ya se había infiltrado como un veneno mortal en la Sociedad pagana en su ocaso, constituyendo uno de los principales males bajo cuya influencia sucumbió la civilización Greco-Romana, en Occidente, antes de la invasión mahometana. [1]

La moral de la Iglesia, cuando la Iglesia gradualmente sojuzgó el mundo, moldeando una nueva Eu-

---

[1] Cabe advertir que uno de los principales factores del éxito de la invasión mahometana sobre la mitad de la Cristiandad entre el siglo VII y el VIII, consistía en las penas que éstos imponían al ejercicio de la Usura. Este principio de la moral social islámica alivió a miles de deudores en el Norte de África, Siria y Mesopotamia. Actualmente se mantiene en vigor. Nada sorprende tanto en los países mahometanos del Norte de África actualmente, como ver que, bajo el gobierno de los europeos allí, los mahometanos aún rehusan cobrar intereses a sus compañeros mahometanos sobre un préstamo en dinero, y comprobar asimismo que el comercio de la Usura está confinado sobre todo a los inmigrantes europeos y a los judíos.

ropa, prohibió la Usura de una manera tan enérgica, pero con menos efecto práctico que el logrado más tarde por el mahometanismo. Toda filosofía sana, toda religión, la habían prohibido. Los filósofos griegos paganos, con Aristóteles al frente, la denunciaron; así lo hicieron también los paganos orientales y así lo hizo igualmente la ley judía.

Ahora bien: ¿cuál es la razón de esta repulsa? ¿Por qué se consideraba a la Usura universalmente como algo inmoral, y por que se ha comprobado, en la práctica, que constituye, a la larga, un veneno mortal para la sociedad?

Para contestar a esas cuestiones debemos comprender primero qué es la Usura, en el sentido en que aquí empleamos el término, pues éste se usa en forma ambigua y, por lo tanto, tiende a interpretar de manera equivocada lo que la palabra significa.

La Usura, considerada como un mal económico, no significa el cobrar interés sobre un préstamo. No significa tampoco el cobrar un interés más alto que el mínimo permitido. Significa cobrar intereses sobre un préstamo en *dinero solamente* (o peor aun, sobre una simple promesa de prestar dinero, es decir, sobre un instrumento de crédito), ya sea que el dinero prestado pueda ser invertido con provecho o no, ya sea que represente energía productora o no. Hablando con precisión, la Usura consiste en adquirir el aumento correspondiente a un préstamo en dinero *simplemente porque es dinero,* o peor aun, adquirir ese aumento sobre un instrumento de crédito.

Las razones que existen para condenar los intereses cobrados sobre préstamos en dinero, disociados del provecho que puedan introducir, son de dos clases: Primero, porque exige de la sociedad un tributo como precio para liberar el dinero en curso retenido hasta entonces fuera de su función propia como medio circulante de cambio; segundo, porque refuerza la demanda de hacer efectivo el pago de una parte de las utilidades que pueden *pero que también no pueden* existir.

El objeto natural del dinero en circulación es este: facilitar el cambio múltiple de los productos. Si tengo un sobrante de trigo, por haber producido más de lo que puedo consumir, en tanto que mi vecino tiene un sobrante de forraje por haber producido más de lo que su establecimiento puede consumir, cambiaremos, si estamos en contacto, el forraje por el trigo, dado que constituye una ventaja mutua para ambos realizar ese cambio.

Ahora bien, vamos a suponer la intervención de otro interesado, el cual ha producido más patatas de las que puede consumir, pero que no tiene suficiente forraje para llenar sus necesidades; supondremos ahora que existe otro interesado más con un exceso de ganado gordo y, por lo tanto, con un sobrante de carne que le convendría cambiar por trigo y, por último, otro que confecciona vestidos y zapatos para cambiar por los productos que él necesita. Entonces surge una condición, no de cambio simple, sino de *cambio múltiple.*

El hombre con forraje no está en contacto con el zapatero y ninguno de los dos con el hombre que tiene el sobrante de patatas. Se necesita, pues, un medio común de intercambio que haga circular entre ellos los distintos sobrantes que han de ser distribuídos de acuerdo a las demandas de los productores y compradores.

Esta es la verdadera función del dinero y de los instrumentos de crédito basados sobre el dinero: hacer posible la acción del intercambio múltiple.

Pero cuando los monopolizadores retienen este medio de intercambio fuera de la circulación, exigiendo un precio para usarlo, pretenden un aumento por algo que no tiene aumento natural: por algo que no procrea. Pretenden un sobrante o beneficio por aquello que ellos prestan y que no producen ni sobrante ni beneficio. Esos monopolizadores paralizan la comunidad al retener su medio normal de intercambio.

Este es el primer error relacionado con el cobro de intereses cuando éste se efectúa sobre dinero solamente. El segundo error y por mucho el más importante, en nuestros tiempos donde todo se ha vuelto tan complejo, es el que se relaciona con la Usura y que consiste en *adquirir aumento de un préstamo improductivo.*

En forma ostensible, esto es inmoral.

Un hombre viene a mí y me dice: "He encontrado en mi propiedad una veta aurífera, pero está situada a gran profundidad, de manera que necesitaré un

capital considerable —más o menos £ 20.000— para extraer el precioso metal. Ese metal una vez extraído valdrá, cuando menos, £ 40.000. Mas no podré obtener ese beneficio hasta haber comprado los instrumentos necesarios para explotar la mina y haber pagado la mano de obra requerida. Présteme las £ 20.000 necesarias para la operación". Yo le contesto: "Si así lo hago, deberá usted darme una parte de los beneficios, vamos a decir, la mitad del total". El hombre reconoce que sin mi capital no podría explotar la mina; por otra parte, sin su oro mi capital no reportaría utilidad. La combinación produce riqueza, que repartimos y disfrutamos. Esta es una transacción perfectamente moral, aun cuando el beneficio ascienda a un 100 por ciento, o a 1.000 por ciento sobre la inversión primitiva; de modo que si yo realizo un 50 o un 500 por ciento de ganancia sobre mi préstamo primitivo, que estaba supuesto dar una ganancia a medias, de ninguna manera se me puede acusar. El incremento, hablando con exactitud, no es un interés sobre un préstamo de dinero; es una porción de riqueza real.

Pero si presto el dinero diciendo: "No me importa los beneficios que pueda usted realizar, ni si logrará usted realizar o no los beneficios, pero le pido £ 2.000 por año por el uso de mis £ 20.000". De esta suerte si la especulación fracasa el prestatario estará obligado a pagar perpetuamente las £ 2.000, sin ninguna producción de riqueza que corresponda a esa cantidad. En esta instancia pagará intereses sobre un

préstamo improductivo, y es de todo punto inmoral reclamar una porción de riqueza que no existe.

Ahora bien, cualquier préstamo que percibe intereses, que en realidad es un préstamo sobre dinero solamente, *puede* participar de esta característica; y entre cierto número de préstamos, muchos participarán de esta característica improductiva. Del dinero por el cual se cobra un interés, simplemente porque se trata de dinero, una gran proporción del mismo está invertido en actividades que no producen riqueza para pagar ese interés.

Por ejemplo, casi todos los Empréstitos de Guerra lanzados en los países beligerantes para pagar la Gran Guerra del 14, eran préstamos que no producían riqueza y que, sin embargo, percibían intereses. Se gastaba el dinero, no para desarrollar la capacidad productora, no para convertir la riqueza potencial en riqueza real, sino para alimentar hombres ocupados en matarse entre sí, para vestirlos y para proporcionarles sueldos y armamentos. Cuando el esfuerzo tocó a su fin, quedaba una deuda inmensa, reclamando un inmenso interés anual a perpetuidad — y sin embargo, no se había producido riqueza, con su incremento respectivo, para pagar esos intereses.

Más aun, cuando la Usura en sí misma es inmoral, condenada con justicia por todo código moral, su defecto principal y el peor en el caso particular que ahora estamos examinando —el crecimiento del capitalismo y del proletariado— es la centralización del control irresponsable del cual depende la vida de

los hombres: la entrega del poder que ha de regir al proletariado, en las manos de unos pocos que pueden dirigir los préstamos del dinero en circulación y el crédito sin el cual ese proletariado no puede ser alimentado, vestido y mantenido trabajando.

Resulta más fácil realizar, en el papel, la absorción de muchas entidades independientes en una más grande, que realizar la absorción correspondiente en el dominio de las cosas reales.

Vamos a suponer un grupo de capitalistas controlando cierta línea de ferrocarril con ciertos problemas que resolver y ciertas necesidades públicas que satisfacer. Supondremos igualmente a otro grupo controlando otra línea de ferrocarril enfrentando a otra serie distinta de condiciones y de necesidades que satisfacer. Puede resultar difícil ajustar las funciones de ambos de manera que los dos puedan combinarse bajo un solo control, aun cuando semejante combinación promete ventajas debido a la disminución de los gastos de administración. Pero la fusión de dos grupos financieros puede realizarse automáticamente. No existe un obstáculo material que lo impida. Se trata de arreglar una combinación provechosa en el arte conocido de la teneduría de libros. Luego, pues, la Usura, esto es, el cobro de intereses sobre un adelanto en dinero o crédito solamente, sin considerar si habrá o no producción de riqueza, tiende a la centralización. A la larga, se forma una especie de pulpo que extiende sus tentáculos sobre toda la Sociedad. Las instituciones de crédito se convierten en los de-

positarios normales de innumerables créditos privados y del dinero en circulación que constituirán la base de futuros créditos. Los préstamos, ya sea para la producción o para las actividades que no producirán nada, pero cobrando intereses, y por lo tanto, algunos de ellos cobrando intereses sobre inversiones no productivas —esto es, reclamando riqueza que en realidad no existe— empobrece y deliberadamente destruye al deudor exigiéndole un tributo, aun cuando no tiene medios de percibir réditos producidos por la suma que pidió prestada. El ejemplo más conocido suele ser la ruina de un granjero debido al juicio que le sigue un Banco por su propiedad hipotecada.

La Usura que así se extiende a través de una comunidad, donde queda consagrada, obliga a esa comunidad a pagar un tributo injusto y al mismo tiempo se convierte en el control central mediante préstamos productivos o improductivos extendidos a la mayoría de las actividades sociales.

Cuanto más grande es la cifra del capital, más fácil resulta esa transacción llamada emisión de crédito. Un préstamo centralizado de este género (hoy universal), estimula activamente la absorción del hombre pequeño[1] por el grande, la reducción de los dueños de pequeñas propiedades a una condición proletaria.

Sucede con la Usura lo que con los demás males

1 El autor emplea este término para designar el hombre de pocos recursos materiales y, por oposición, el de "hombre grande" para señalar el que los tiene en abundancia. — (N. del T.)

inherentes a la Sociedad; descartando su inmoralidad original y sus causas manifiestas implícitas, produce efectos secundarios, igualmente perniciosos, hasta que por fin infesta a toda la comunidad.

Mientras que la Usura fué prohibida por la Ley Moral y su inmoralidad admitida, aun cuando bastante difundida, sólo existía bajo protesta. Siempre estaba restringida por la repulsa pública y por el hecho de que, a menos de aparecer disfrazada, los intereses no podían cobrarse recurriendo a la ley. En verdad los disfraces se usaron a menudo, como por ejemplo, la promesa de pagar, en cierta fecha, cierta suma de dinero que sólo había sido prestada nominalmente, pero que de hecho era una suma más reducida. Mas, aun cuando se recurría constantemente a estos subterfugios, el mal no pudo propagarse hasta que el cobro de intereses sobre el dinero únicamente llegó a ser admitido en la práctica como una operación de la cual ningún hombre se avergonzaba, que no se suponía mala, que estaba consagrada.

Esto es, precisamente, lo que ocurrió aproximadamente ciento cincuenta años después que la Reforma, por primera vez, hizo trizas nuestra moral. Durante la tercer generación, después de este suceso, aparecieron grandes Bancos centralizados[1], sobre todo en

1 Cabe aquí también precisar que los orígenes de la cosa aparecen en una época anterior; el principio de la Banca, esto es, el empleo del dinero de otras gentes, sin su consentimiento, enriqueció a los comerciantes lombardos y a los cambistas alemanes durante generaciones. Pero los que manejaban el crédito

Amsterdam y en Londres. Poco después, durante el siglo XVIII, los hombres por todas partes fueron adaptándose a la idea (primero en las sociedades protestantes y más tarde en las católicas) de que el interés percibido sobre *dinero* formaba parte de la naturaleza de las cosas; como si el dinero tuviera en realidad, considerado únicamente *como* dinero, derecho a procrear. Esa falsa doctrina forzosamente conducía a un callejón sin salida, y en nuestro tiempo hemos llegado a ese callejón. Se hace imposible recuperar los inmensos préstamos usurarios, y todo el sistema se derrumba.

Pero conviene recordar que el peor de sus efectos no es aquel que determina su propia destrucción, sino el hecho de haber localizado, en unos pocos centros, el poder de controlar las vidas de la comunidad y del proletariado en particular, cuyo empleo, es decir, su existencia, depende del adelanto de los créditos acordados por quienes manejan el poder financiero. Hoy en día sólo es posible formar grandes empresas obteniendo el apoyo de los prestamistas en dinero o crédito.

Resumiendo, podemos decir que la admisión de la Usura irreprimida, considerada como una función económica normal, setenta años después de la Reforma, precipitó la destrucción de la libertad económica, la absorción del chico por el grande, y la aparición de un vasto proletariado desamparado, en la siguiente forma:

no eran, como lo son ahora, los dueños del Estado. El gobierno —el reinado— era más poderoso que ellos.

1º Por la absorción de la pequeña propiedad mediante la Usura, ensañándose generalmente sobre hombres ya recargados por sus deudas y completando así su ruina;

2º Transfiriendo la riqueza efectiva en productos y tierras a aquellos que usaban directamente su poderío monetario, a menudo enorme e impersonal, mediante las hipotecas y los juicios hipotecarios.

La segunda de esas fuerzas que la Reforma dejó en libertad, que determinó la destrucción final de la libertad económica y la producción del Capitalismo con su nuevo proletariado, era la fuerza de la Competencia sin Restricción.

Tendremos aquí cuidado de advertir que, a diferencia de la Usura, la competencia es un mal sólo cuando sobrepasa ciertos límites. La Usura siempre y en todas partes es un mal. Es un mal moral en sí mismo y con efectos sociales dañinos en virtud de su propia naturaleza. El hecho de cobrar intereses sobre préstamos en dinero sin considerar cómo se invierte ese dinero, implica necesariamente la retención de los beneficios de un préstamo improductivo. Significa la ruina definitiva de algunos prestatarios.

Pero la competencia está dentro de la naturaleza íntima de la Sociedad. En cuanto la comunidad comienza a producir riqueza de acuerdo a las aptitudes de cada productor y a intercambiar la riqueza producida, la competencia aparece necesariamente. En

los siglos durante los cuales se aplicaban universalmente los principios católicos, existía mucha competencia; había mucho regateo y ajuste de precios entre el comprador y el vendedor en los estados medievales. La idea misma de un "precio equitativo", que era el fundamento de toda la economía medieval, implica la idea de un precio como resultado de alguna forma de actividad mediante la competencia; pues si no hubiera competencia no podría establecerse precio ninguno.

Sucede con la competencia lo que con otras mil cosas: hasta cierto punto son necesarias y benéficas; exageradas más allá de ese punto comienzan a resultar peligrosas; y si se las exagera aun más, son venenosas y mortales.

Ahora bien, la competencia comienza a adquirir ese carácter nocivo (destructor de la Sociedad mediante la destrucción del hombre pequeño), cuando no está corregida por el concepto de una Corporación y por reglas cooperativas eficaces que impidan la destrucción del pequeño propietario.

Mientras el Estatuto regula la Sociedad y el Contrato sólo se admite en parte, la Competencia queda restringida. Un hombre, miembro de la comunidad de una aldea en los tiempos católicos, podía obtener tal o cual precio por su trigo mediante la competencia en el mercado abierto; un artesano obtenía tal o cual precio por el objeto que había fabricado, y los artesanos más hábiles obtenían naturalmente más beneficio que aquellos menos aptos. El hombre

más capaz dentro del comercio interno (el comercio con el extranjero estaba en gran parte libre de toda supervisión), acumulaba riqueza más rápidamente que los menos eficientes. Pero en todo ese mundo existían reglas que protegían celosamente la división de la propiedad entre muchas familias e impedían que el grande se comiera al chico.

El artesano de la Corporación de las ciudades no podía formar un monopolio; no podía rebasar cierto límite de trabajo que perjudicara a sus compañeros artesanos. Lo mismo sucedía con el tendero, cuyas actividades estaban reguladas, o cuando menos limitadas, por la Compañía o Corporación de la cual formaba parte. El número de aprendices que podía tomar estaba sujeto a un permiso y los precios que podía cobrar fluctuaban dentro de ciertos límites conocidos. No podía acaparar. No podía especular y menos podía vender, aun cuando fuera temporariamente, a un precio que implicara una pérdida, con la intención de arruinar a un competidor.

Es maléfica la actividad de la competencia excesiva, de la competencia no reprimida y no controlada (así lo es en realidad) y debe ser tratada como una enfermedad mortal para la dignidad y la libertad humanas; lo mismo que consideramos los excesos de la bebida — aun cuando el licor, tomado con moderación, es cosa natural y no daña. Desgraciadamente, en el mundo moderno tenemos demasiada experiencia de lo que ocurrirá con la competencia sin control; son pocos los que no han comprobado sus efectos perniciosos.

Pero veremos esto con más claridad si hacemos aquí una lista ordenada.

Digo que el pequeño propietario es desposeído gradualmente; su libertad económica destruída y "comido" por el hombre de más capital, si no se pone freno a la competencia. Ahora bien, la consideración de los puntos detallados a continuación demostrará esto en forma evidente. Existen siete procesos mediante los cuales la Competencia no Controlada destruye al pequeño propietario.

1. La mayor parte de lo que se llaman "gastos administrativos", es decir, el costo de la administración y los detalles correspondientes al equipo y otros muchos que dependen de la producción comercial, es menor, en proporción, cuando la concentración del capital es grande. Cuesta menos dirigir un grupo de diez pequeñas tiendas, que administrar diez tiendas de esa capacidad. Además, la administración de una importante compañía, por ser menos humana y menos doméstica, mantiene una disciplina más rigurosa y logra llevar a cabo economías, eliminando sentimientos humanitarios que el propietario de una unidad más pequeña hubiera tenido necesariamente que tomar en consideración. Las grandes factorías, los grandes departamentos, las grandes organizaciones de tiendas, toda cosa de ese género, funciona con la precisión de una máquina y con lo que puede llamarse (si hemos de eliminar el factor humano) la "eficiencia" de la máquina. Por lo tanto, cuando interviene la Competencia, la unidad mayor se impone a la menor y prácticamente la destruye como vemos que hoy sucede por todas partes.

2. En las unidades grandes, especialmente las que controlan un capital importante, el administrador importante o el propietario importante están colocados en una posición más favorable para obtener informes que su rival de menor capacidad.

En Inglaterra, después de la Gran Guerra del 14, tuvimos un ejemplo patente de esto. Los grandes terratenientes bien informados (o cuando menos lo estaban sus consejeros) formaban parte de una clase con poderes para obtener informes internacionales y, en consecuencia, preveían con más o menos seguridad que los grandes precios, motivados por el encarecimiento de los productos, a consecuencia del conflicto, no habrían de mantenerse durante mucho tiempo. La capacidad productora de los hombres fué aumentada durante el período de la guerra por el estímulo que puede darse al descubrimiento científico y a la fabricación de nuevas máquinas y en consecuencia debía provocar una superproducción de esos productos agrícolas así como la de todos los demás.

Pero el pequeño propietario no tenía igual oportunidad para juzgar el futuro inmediato. Cuando los terratenientes ofrecieron sus tierras en venta a los granjeros, que las ocupaban en arrendamiento, éstos se apresuraron a comprar porque imaginaron que los altos precios de los productos agrícolas se sostendrían. En verdad, no tenían el dinero necesario para comprar las granjas, mas podían pedir prestado a

los bancos, basados en el sistema de la usura, el importe de la compra, y así lo hicieron. Cuando sobrevino la caída de los precios, sólo con grandes dificultades lograron hacer frente a sus compromisos, dado que los beneficios que debían haber costeado los pagos habían desaparecido. Como consecuencia de toda transacción, una gran superficie de tierra inglesa fué transferida de los antiguos grandes terratenientes a los bancos, y los hombres que cultivaban la tierra y habían aventurado su pequeño capital en el desenvolvimiento de las pequeñas granjas viéronse obligados a pagar tributo a esa máquina de prestar dinero, la banca moderna.

Esto es sólo un ejemplo; muchos otros se presentarán al lector dentro de su propia experiencia; por todas partes el hombre importante (aunque a menudo se arruina debido a la especulación) está, bajo iguales condiciones, en una posición más favorable para pulsar el mercado que el pequeño propietario; y como consecuencia de esta segunda causa, la unidad mayor, si la competencia no está sometida a la restricción, absorbe a la más pequeña.

3. El tercer proceso que facilita el crecimiento de este mal consiste en la superioridad que tiene el hombre importante en lo referente a la acción de la propaganda. Es cosa sabida que el dinero invertido bajo publicidad, en cualquier forma, ya sea directamente o mediante comisiones secretas y soborno, es más efectivo, fuera de toda proporción, a medida que aumenta el monto de lo que por ese

concepto se gasta. Cuando se invierten £ 100.000 para promover la venta de ciertos productos, ésta, en proporción, dará un resultado mucho mayor que una propaganda en la cual se invierten £ 10.000. La inversión de £ 1.000.000 reportaría, en proporción, un resultado aun mucho más favorable que la inversión de £ 100.000. Debido a esa influencia de la publicidad, el hombre importante puede, otra vez, eludir y anular la Competencia del pequeño propietario. Más aun, a medida que esa proporción aumenta, puede ejercer una influencia mayor sobre los órganos de publicidad; los propietarios de los periódicos lo necesitan más que a su rival más humilde, y en consecuencia obtiene una influencia indirecta sobre la propaganda y sobre la publicidad directa del anuncio.

4. Lo mismo sucede con el poder para comprar el silencio por parte de las grandes unidades capitalistas. Son mucho más eficaces en esta forma indecorosa de actividad (y es tan general como deshonrosa) que el pequeño propietario. Un ejemplo manifiesto de ese mal puede verse en el comercio de los remedios patentados. Este comercio, casi puede decirse que está en manos de charlatanes. El derecho al monopolio de un remedio simple se compra a las autoridades públicas. El remedio se vende entonces bajo un nombre llamativo y se le asigna un precio que produce enormes beneficios, los cuales dependen del grado de mistificación a que ha sido llevado el público. La cosa entera se destruiría si las fórmulas de

las medicinas patentadas y otras conclusiones fueran expresadas en idioma llano, y si su precio líquido fuera igualmente publicado.

El finado señor Orage, uno de los más activos e inteligentes reformadores de la última generación en Inglaterra, intentó aportar una solución a asunto tan importante. En su pequeña revista intelectual, sostenida por un grupo de escritores, brillante durante tantos años, publicaba semana tras semana la nómina de los ingredientes que entraban en la composición de los medicamentos ingleses patentados y el costo de esos ingredientes. Ninguno de los grandes diarios siguió el ejemplo o se atrevió a dar a conocer el hecho de que Orage estaba llevando a cabo una campaña valiente, en su esfera limitada, para beneficio del público.

Esto constituye un ejemplo manifiesto de lo que es el secreto comercial en forma sencilla e inocente. En la compra del silencio en forma más peligrosa, el gran capital, desde luego, reina supremo, y el pequeño capital, si intentara hacerlo, sería, de inmediato, perseguido. El capital grande puede soportar los pesados costos legales de un juicio, mientras que el pequeño capital habrá agotado sus recursos mucho antes de llegar al tribunal final. Los abogados venden la justicia a un precio muy alto.

5. Resulta asimismo evidente que las importantes unidades capitalistas se dejarían tentar por la acumulación de aumentos reducidos. El hecho de agregar £ 100.000 a un capital primitivo de igual suma,

implica una severa restricción y supresión del placer inmediato, cuando no de la necesidad, en beneficio de la acumulación. Pero el negocio con un millón de libras de capital acumulará otro millón al mismo porcentaje de beneficios sin suscitar ninguna presión sobre los hombres que controlan esas grandes sumas de dinero, pues no implica sacrificio personal, ni abstención de cualquier clase de lucha. En otras palabras, los primeros pasos en la acumulación del capital son infinitamente más difíciles que el próximo, y los últimos pasos en la acumulación del capital, los pasos dados por las grandes unidades, lejos de resultar difíciles, llegan a ser, como quien dice, automáticos. Después de cierta etapa de crecimiento, la dificultad no consiste en aumentar la unidad, sino en impedir su inflación.

6. Lo que sucede con el crecimiento del capital, sucede con el acceso al crédito. El hombre de pocos medios que se acerca a nuestro sistema bancario, el cual controla todas las emisiones de crédito y desde luego casi todas nuestras actividades industriales y comerciales, no es lo que aquellos que manejan ese control llaman un hombre "interesante". Sólo obtiene préstamos con dificultad pagando altos intereses y ofreciendo garantías fuera de toda proporción comparado con las que su rival más rico debe ofrecer. Las unidades muy importantes de producción y cambio tienen acceso al crédito en gran escala, a menudo sin ofrecer garantías, basándose únicamente sobre las probabilidades de su éxito y siempre bajo condiciones

más favorables que aquellas ofrecidas a sus rivales de menor capacidad financiera. Quizá bajo este punto de vista del crédito más fácil es donde el capital importante hoy perjudica más al pequeño, desplazándolo y arruinándolo.

7. Pero la peor, y en la práctica la más nociva de todas esas funciones, mediante la cual el capital importante destruye la pequeña propiedad, reside en la facultad de vender a precios por debajo del costo de producción. Esto es un acto inmoral, un acto que ha sido castigado severamente en todas las sociedades sanas, pero que en nuestra sociedad actual, basada en la competencia, está consagrado. El pequeño propietario no puede afrontar la pérdida que le impone el propietario importante durante el combate que se libra entre ellos; aquél se arruina mientras que su rival sobrevive.

En general, allí donde impera la competencia no reprimida por reglas cooperativas y el espíritu de la corporación o por la costumbre que tenga la fuerza de la ley y que impida que el grande se coma al chico, ese proceso criminal aparece inevitablemente y en forma automática. Así, el hombre que antaño fué un pequeño propietario y que ahora está despojado de todos sus bienes, se convierte en un proletario.

Para citar un ejemplo entre cincuenta, allí donde había muchos miles de almaceneros con sus correspondientes tiendas, hombres económicamente libres, dependiendo de su propio esfuerzo y no sujetos a servidumbre, hay ahora un número igual que son

simples administradores de una gran combinación o trust, una cosa sin conciencia personal o responsabilidad, un dueño duro e implacable y sobre el cual sin embargo recae el control de las vidas mismas de todos esos hombres que antes fueron independientes. Recuerdo el día en que eran económicamente libres. He vivido hasta un día en que son, para repetir la vigorosa metáfora empleada por los marxistas, esclavos a sueldo.

Acoplada a la Usura, la Competencia irrefrenada destruye el pequeño propietario en provecho del grande y, al hacerlo así, produce esa masa de ciudadanos económicamente esclavos cuya libertad política hay que poner en tela de juicio porque no se funda en ninguna libertad económica, no se funda en ninguna proporción útil de propiedad para soportarla. La libertad política sin la libertad económica no tiene casi valor, y debido a que el propietario moderno tiene una clase de libertad y no la otra, se rebela y amenaza la estructura básica del mundo moderno.

LA MAQUINARIA Y LA RAPIDEZ DE LAS COMUNICACIONES

Mientras que el crecimiento de la Banca y del comercio internacional remachaban el sistema capitalista a la Sociedad, se desarrollaba otro proceso que vino a sumarse al efecto del espíritu mercantil inter-

nacional y al de la organización financiera internacional: el desarrollo de la maquinaria y el de la rapidez de las intercomunicaciones.

Pasaremos a definir nuestros términos:

La "Maquinaria" es un término que siempre se ha usado con referencia a las aplicaciones mecánicas secundarias. Cuando un hombre por primera vez tomó una estaca y la usó como palanca para levantar una piedra, en verdad aplicó un principio mecánico —hizo uso de un instrumento que no era ninguno de sus miembros—, mas lo usó directamente. Cuando, más tarde o temprano, comenzó a usar una segunda palanca con objeto de aumentar el poder de la primera, puede decirse que se había iniciado la maquinaria — esto es, el uso de una aplicación secundaria, separada, por otro grado más, el uso primitivo de los miembros humanos, para hacer su trabajo. Cuando un hombre hacía uso de un abanico natural, como por ejemplo el de una hoja de palma, para crear una corriente de aire que habría de sacar la broza del trigo, su trabajo sólo se había elevado un peldaño sobre el método más simple de soplar sobre el trigo con la boca. Mas cuando colocó cierto número de paletas en una rueda, produciendo así una corriente de viento permanente para aventar el trigo, sin la intervención directa de su mano, y valiéndose de un instrumento intermedio, hizo uso de la máquina.

Ahora bien, las máquinas originales que el hombre así diseñó para su uso no eran, por su naturaleza misma, costosas. Podían llegar a ser costosas debido a

su tamaño, mas no eran costosas en principio. Una maquinaria aun tan complicada como lo es un molino de viento, era algo que un hombre podía fabricar fácilmente y por poco dinero. Cuando el hombre comenzó a diseñar máquinas más complicadas, la máquina contribuyó a estimular y extender el Capitalismo a través de la humanidad, pues el pequeño propietario o aun el propietario con una capacidad algo mayor, perdía toda esperanza de comprar la máquina pues sus recursos privados no se lo permitían.

La causa principal de esta revolución, el advenimiento de la maquinaria en gran escala, fué la consecuencia de haber perfeccionado y llevado a la práctica la máquina a vapor. Aun antes de que esto sucediera ya se había utilizado en escala importante la energía producida por las caídas de agua. De ahí obtenemos la palabra "molino" aplicada a una factoría. En la Inglaterra actual, en Lancashire, hablamos de "molinos de algodón", término que se aplicaba a la maquinaria de los molinos cuando éstos eran accionados por la fuerza hidráulica. Esto igualmente explica el nombre dado a las usinas primitivas (llamadas hoy irónicamente "manufacturas", ¡cómo si los hombres aún siguieran haciendo en ellas las cosas con la mano!).

Haremos aquí resaltar un asunto sobre el cual hemos de insistir más de una vez y del que ya hemos hablado al referirnos a la industria en los tiempos católicos. De haber existido alguna institución vital y enérgica en la Sociedad después de la Reforma para conservar la pequeña propiedad en forma coordinada,

de suerte que la tenencia de un hombre normal junto con las tenencias de un gran número de otros hombres de su misma calidad resultara beneficiosa, los nuevos males no hubieran aparecido.

Existían instrumentos costosos en los días de antaño, por ejemplo aquellos que se usaban para construir un puerto. Los grandes instrumentos empleados para llevar pilotes, en la construcción de ciertas ciudades (como por ejemplo Venecia), situadas sobre tierra anegadiza, estaban fuera de los medios adquisitivos del maestro albañil o del maestro carpintero de aquellos días. Mas la Corporación podía emprender y emprendió el trabajo común repartiendo los beneficios producidos. La Corporación era un vigilante celoso que impedía el abuso por parte del contratista; y hasta llegaba a eliminar por completo la necesidad de recurrir a este intermedio; asimismo vigilaba, aun con mayor celo, que el pequeño propietario mantuviera su poder sobre los medios de producción.

Mas la Corporación y todo el espíritu de la Corporación fué destruído en la Gran Catástrofe religiosa del siglo XVI, esa destrucción que fué luego completada en el siglo XVII y a principios del XVIII. Cuando la maquinaria en gran escala apareció a mediados y en la última parte del siglo XVIII combinada con el uso del crédito en gran escala proveniente del nuevo sistema bancario, los pequeños propietarios no desconocían del todo esa innovación. No podían ahorrar reuniéndose, ni pagar los nuevos instrumentos o erigir los nuevos edificios para acomodarlos, dado que su

poder de unión fué destruído, junto con la fuerza de la religión social, dentro de la cual el poder de la unión había echado raíces. Esto no quiere decir que el pequeño propietario no pudiera llegar a ser un capitalista importante bajo el nuevo sistema. Seguramente podían lograrlo mediante una combinación de talento, visión, discreción, industria, y, por encima de todo, voracidad. Todas estas características las encontramos combinadas, por ejemplo, en un hombre como Arkwright que hizo su inmensa fortuna gracias a la máquina de hilar. Mas el hecho de que un individuo pudiera aprovechar las ventajas de las nuevas condiciones para explotar individuos de su misma condición y llegar a ser su amo económico mientras ellos caían en la esclavitud a sueldo bajo su control, no constituye una excepción a la regla de que la maquinaria en gran escala reforzó al capitalismo. Todo lo contrario, prueba el pecado original de la maquinaria como ninguna otra cosa pudiera probarlo. Cuando se hace la objeción que bajo el nuevo sistema el hombre pequeño puede ascender y que por lo tanto no se comete ninguna injusticia social, se oscurece o se niega implícitamente una verdad elemental, a saber: la verdad elemental de que el bienestar de un hombre elevado sobre la multitud de sus compañeros, que destruye mediante la competencia, es el polo opuesto del bienestar de todos los hombres.

De todas maneras es evidente que el descubrimiento de uno de esos nuevos grandes instrumentos fortaleció el desarrollo capitalista, dándole forma permanente.

Inglaterra y las tierras bajas de Escocia fueron el país de origen y también el terreno propicio a la expansión de ese desarrollo. Desde allí la influencia se propagó, y esos distritos impartieron el tono a lo que más tarde había de llamarse el capitalismo moderno.

Mediante este sistema se obtenían productos sobre una nueva y más amplia escala, lo que hacía posible la vida de una población mucho mayor. Concentró el proceso de la producción y asimismo a los desgraciados agentes humanos, atados a las máquinas, y dentro de importantes ciudades que fueron creciendo y creciendo fuera de toda medida. Levantó esa vasta acumulación de ladrillos y mortero, una arquitectura escuálida, calles grises y barrios miserables que estamparon su marca sobre la sociedad industrial. Antes que el proceso madurara, el Capitalismo industrial, creciendo a semejante altura, llegó a identificarse dentro de las mentes de los hombres con el grupo de calamidades sociales que nos llevan, ahora, a la ruina. Pues esta nueva época de la máquina, espiritualmente mal administrada por la Usura y la Competencia, no obedeciendo a ningún principio excepto al de la voracidad, ya el mercantil o el de la banca, ha colocado a la humanidad bajo una presión que se ha hecho intolerable y que amenaza precipitar en una catástrofe a toda la Sociedad.

Hasta allí las cosas iban mal, pero además corriendo parejas con el empleo de la máquina aparecía otro factor formando parte de ella y reforzándolo poderosamente. Este nuevo factor era el de la rapidez

de las comunicaciones tanto en lo que a productos como a ideas se refiere.

La energía obtenida por el vapor y los dispositivos mecánicos relacionados con ella, aseguraron al principio, y en general en modo mucho más rápido, el transporte de los productos y de los hombres por agua. Este transporte no dependía ya del capricho de la calma o de los vientos adversos. Estaba sujeto, desde luego, al capricho de un tiempo excepcionalmente tormentoso, pero el aumento de la rapidez y de la seguridad mediante el uso del vapor transformó el transporte por agua desde los primeros años del siglo XIX.

A esto habría de agregarse igualmente el transporte rápido por tierra debido al empleo del vapor aplicado al principio del ferrocarril: un principio ya usado en el pasado para transportar vagonetas, antes de que apareciera la tracción por medio del vapor. Con la rapidez del transporte debida a la navegación a vapor y a los ferrocarriles, el Capitalismo recibió otro poderoso, amplio y creciente refuerzo. En un moderno país industrializado, una décima parte o algo más de la población se vería compelida a adoptar el sistema de salarios impuestos por las grandes unidades de transporte. Además, el poder del transporte rápido de los productos y de los hombres determinó, de una manera evidente, la concentración del control. Un hombre y sus subordinados pueden vigilar el negocio que abarca tal o cual área, a través de sus distintas ramas. Pueden administrar el negocio con éxito, aunque con dificultad, aun cuando esa superficie abarque

tal o cual extensión, y aun cuando tengan que recorrerla valiéndose de vehículos tirados por caballos o montando a caballo o navegando a vela. Mas con el advenimiento del transporte a vapor, el área que un negocio concentrado podía abarcar, se extendía indefinidamente. Un agente despachado desde Londres a Manchester en la mañana, podía actuar personalmente en Lancashire el mismo día y regresar a Londres esa misma noche para presentar su informe: antes de la era del vapor, ese viaje de ida y vuelta requería cuatro días o una semana.

Como si esto no fuera bastante, apareció otro factor más en la rapidez de las comunicaciones: la comunicación eléctrica, primero bajo la forma del telégrafo eléctrico[1] y después, aun dentro de los recuerdos de algunos hombres, bajo la forma del teléfono. Esas aplicaciones de la ciencia al comercio y la industria aumentaron el poder del capital concentrado y el de su órgano central, las finanzas, sobre la humanidad. Una orden con fines especulativos comerciales que en los antiguos días hubiera tomado, por ejemplo, una semana para transmitirse y otra semana para recibir la respuesta, podía transmitirse, después del advenimiento del telégrafo, a través de un continente y recibir la respuesta pocos minutos después. Es posible para un hombre actuar sobre cualquier rincón de los mercados del mundo aun cuando permanezca en su escritorio en Londres o en Chicago durante las pocas horas que han de llevarlo al éxito o la ruina.

[1] Así se llamó durante años para distinguirlo de su predecesor, el semáforo de señales, que enviaba mensajes desde una altura prominente a otra por medio de señales. De esta suerte fueron transmitidas las noticias importantes respecto a acciones navales y órdenes desde los principales puertos ingleses hasta el Almirantazgo en Londres durante las guerras de la Revolución y las Napoleónicas.

Sobre estos últimos instrumentos, el pequeño propietario no tenía poder alguno. Ni siquiera podía competir con el propietario importante hasta que, debido a la suerte o a algo peor, hubiera hecho su propia acumulación abriéndose camino a través de la Competencia hasta alcanzar una posición desde donde pudiera hacerse oír de aquellos que distribuyen importantes sumas de crédito. Con el advenimiento de lo que virtualmente era el transporte instantáneo de las ideas, de las órdenes y de la información, sin tener en cuenta para nada la distancia, se colocó la última piedra al edificio del Capitalismo Industrial y a la superestructura de la finanza internacional y del cambio internacional de productos.

El pequeño propietario parecía haberse hundido para siempre. Permaneció aferrándose precariamente a la estructura del Capitalismo moderno como un parásito, y como un anacronismo. Luchó desesperadamente para mantener su dignidad personal y humana así como la independencia de su familia. Intentó resolver su problema en su tienda familiar o en la profesión de la familia a que pertenecía, mas no podía resolver el problema y desaparecía, en número creciente, año por año. Para todos los observadores inde-

pendientes, el final del proceso aparecía claro, y a la postre se hizo evidente hasta para la masa misma de los oprimidos. Aparentemente sólo podía conducir a la sujeción de toda la humanidad industrializada y urbanizada o la que está atada a nuestra civilización bajo la garra de unos pocos de aquellos hombres preeminentes que controlan los medios de producción, distribución y cambio.

Pero aun cuando esa modalidad fatal al largo y degradante proceso aparecía ante los hombres como un destino ineludible, surgía igualmente, como ocurre siempre, la reacción que intenta deshacer todo lo que ha sido hecho.

El Capitalismo Industrial, su sistema moral, su voracidad negativa, todo su ser, había criado un hijo, hecho a su propia imagen, que amenazaba asesinar a su padre. Este hijo era la filosofía social conocida, al principio, de una manera confusa, bajo el nombre de Socialismo, y más tarde de una manera más precisa y lógica, bajo el de Comunismo. A esa consecuencia vital de todo el asunto, debemos, en las próximas páginas, prestar nuestra atención.

(B)

EL COMUNISMO

Las calamidades inherentes al estado de la Sociedad dentro de la cual nos encontramos ahora, han sido definidas y examinadas. Igualmente hemos definido y examinado el proceso mediante el cual esos males cayeron sobre nosotros. Son los últimos frutos ya maduros de esa ruptura de la Cristiandad que tuvo lugar hace trescientos o cuatrocientos años y a través de la cual nuestra civilización perdió progresivamente su religión. Esa ruptura es conocida generalmente bajo el nombre de la Reforma.

Suele incluirse esos males bajo el título de "Capitalismo"; pero antes de estudiar el remedio propuesto para curarlos debemos asegurarnos de las expresiones que usamos.

Queremos significar mediante la palabra Capitalismo una condición de la Sociedad bajo la cual, la masa de los ciudadanos libres, o de todos modos un número determinante de los mismos, no poseen medios de producción en un grado que pueda reportarles utilidad, lo que les obliga a vivir percibiendo salarios distribuídos por los poseedores de la tierra y el capital, que así explotan, con beneficio para ellos, a los despojados; estos "despojados" se llaman el "Proletariado".

Resulta sumamente importante notar que la palabra "Capitalismo" usada en esta forma, como nombre para la gran calamidad, que, en su madurez, amenaza la existencia misma de nuestra Sociedad, *no* significa el derecho a la propiedad. Significa más bien un abuso de la propiedad; de la propiedad desarrollada fuera de toda medida, de la propiedad hipertrofiada y que por lo mismo, no pudiendo funcionar normalmente, amenaza precipitarnos en el desastre.

El Capitalismo tampoco significa la afirmación

del derecho de un individuo o de una familia para poseer tierra, maquinaria, vivienda, vestidos, reservas alimenticias y lo demás, como tampoco la degeneración adiposa del corazón significa la función normal del corazón, considerado como el órgano que hace circular la sangre en un cuerpo humano sano. El Capitalismo constituye una calamidad, no porque defienda el derecho legal de la propiedad, sino porque representa, por su propia naturaleza, el empleo de ese derecho legal para beneficio de unos pocos privilegiados contra un número mucho mayor de hombres que, aunque libres y ciudadanos en igualdad de condiciones, carecen de toda base económica propia. Por lo tanto, la calamidad básica que de una manera drástica llamamos "Capitalismo" debiera con más precisión llamarse "Proletarianismo"; dado que las características del mal estado de la Sociedad que hoy llamamos "Capitalismo" no consiste en el hecho de que unos pocos tengan propiedades, sino en el hecho de que la mayoría, aun cuando desde el punto de vista político iguales a sus amos y libres para ejercer todas las funciones inherentes a un ciudadano, no pueden disfrutar la libertad económica completa.

La existencia de un Proletariado tan amplio es lo que imparte el tono al conjunto de una Sociedad y lo que hace que ella sea una Sociedad Capitalista. La tendencia natural y semi inevitable del Capitalismo no consiste en explotar la situación que está en la raíz del mal; la raíz del mal es la presencia de un gran número de hombres inermes contra la explotación.

El Capitalismo trabaja para obtener beneficios, y los hombres en su prisa y confusión han llamado a éste la calamidad principal del sistema capitalista. No es así. No hay nada inmoral ni que pueda exasperar los sentimientos humanos en la idea de realizar beneficios como motivo de producción, distribución o cambio. El tendero acomodado viaja en ferrocarril, el ferrocarril bajo el sistema capitalista realiza un beneficio con el viaje del tendero o debiera realizarlo si el ferrocarril está bien administrado. El tenedor de acciones que viaja en ferrocarril compra productos en la tienda del tendero; el tendero realiza un beneficio proveniente del tenedor de acciones. Ambas transacciones son normales y se adaptan a la naturaleza humana y a la conciencia humana. El beneficio en el caso del ferrocarril es la recompensa legítima relacionada con la acumulación de capital y el empleo inteligente del mismo para las necesidades humanas. El beneficio del tendero es la recompensa legítima de actividades similares en su línea de negocios.

Además, consideramos una situación fácil de ver en la práctica, en muchos distritos agrícolas del mundo: hombres que trabajan su propia tierra, viviendo en sus propios hogares y produciendo alguna forma remuneradora de riqueza como, por ejemplo, el ganado, y que tienen por vecinos a otros hombres en la misma región que producen otro producto remunerador, diremos, trigo. Para cada uno de esos propietarios independientes o de esas familias independientes económicamente, habrá un período en el año en el cual ten-

gan poco que hacer y otro período en que se necesite mucha mano de obra. El ganadero, si es un criador de lanares, por ejemplo, necesitará un aumento de mano de obra en la época de la parición y de la esquila. Si es un criador de bovinos a establo durante el invierno, necesitará mano de obra extra en la época en que le toca almacenar forraje. El agricultor que produce trigo, necesitará mano de obra extra para almacenar el grano. El hombre ocupado en una granja que produce cereales se empleará, percibiendo salario, para ayudar a los otros durante la cosecha de pasto; en modo similar el hombre ocupado en la cría de ganado se empleará durante la estación en que no tiene trabajo, cuando sus animales pastan en las praderas y cuando se requiere cortar y almacenar los cereales. Cada uno de estos propietarios recibe salario y, de cada uno de ellos, aquel que a su turno los paga realiza un beneficio; mas no existe presión porque existe provecho mutuo.

Conviene repetir y establecer netamente esta característica principal: la calamidad que está en la raíz de lo que se ha llamado "*Capitalismo*" no consiste en su actividad para realizar beneficios ni en su independencia sobre la propiedad privada y legalmente protegida; sino en la presencia de un "Proletariado", esto es, en la presencia de hombres que poseen libertad política, pero desprovistos de libertad económica, y que existen en tal número, en cualquier comunidad, como para determinar el tono de todo lo atinente a esa comunidad.

Cuando la masa de los hombres y las familias se consideran asimismo asalariados y son considerados de esa suerte por aquellos que les pagan sus salarios y obtienen un beneficio de ellos, esa Sociedad es una sociedad Capitalista. Es una Sociedad Capitalista, no porque cierta proporción de hombres posea capital y haga uso de él, sino porque el número determinante [1] de toda la Sociedad es proletaria.

Entremos ahora a considerar los males que afligen a esta clase de sociedad para apreciarlos en su debida proporción.

---

[1] El lector recordará el empleo anterior que hice de la frase "número determinante", pero he de repetirla aquí, pues resulta esencial para comprender el argumento. Un número determinante en cualquier asunto, económico, social, religioso, o lo que sea, es un número que imparte su tono a la Sociedad en general. No significa una mayoría; no implica una proporción estable; sólo se le puede descubrir gracias a la experiencia y al examen. Por ejemplo, el número de adultos casados en una Sociedad puede no alcanzar el total de esa sociedad, en la cual los niños, los solteros, las solteras, las viudas, etc., pueden constituir una mayoría — pero la institución del casamiento, sin embargo, imparte su tono a esa Sociedad.

La proporción de hombres fuera de la ley, en determinado distrito, puede sólo aplicarse a una minoría o a una minoría reducida; y sin embargo esa proporción puede ser tan considerable como para crear el "número determinante" de modo que esa Sociedad pueda ser llamada con toda razón "una Sociedad fuera de la ley". Un buen ejemplo de esto lo constituye el estado de bandidaje que imperaba en Córcega y que costó tanto trabajo extirpar. El número de bandidos jamás fué superior al de algunas docenas, en una población de muchos miles; sin embargo fué suficiente como para hacer que todo el mundo hablara de Córcega "y con toda razón" como de un país que estaba "infestado de bandidos".

Aquí, como todo lo humano, lo espiritual preponderа sobre lo material. Los males espirituales relacionados al proletarianismo son los que constituyen el motivo principal de su creciente inestabilidad, y de esos males espirituales, dos de ellos resaltan de una manera prominente.

1. El sentido de la injusticia suscitado en los hombres políticamente libres, pero desprovistos de toda libertad económica.

2. La protesta indignada del hombre que teniendo conciencia de ser un perfecto ciudadano es, sin embargo, explotado por otro más afortunado que él y sin ningún derecho, excepto su riqueza superior, para ejercer ese poder.

Hay una falta de sanción moral que hace intolerable la situación. Cuando se admite el Estatuto puede llegarse a una sanción moral para las relaciones entre el superior y el inferior, aun cuando existan males económicos. El derecho del superior feudal, la lealtad del inferior feudal, son realidades morales, familiares y admitidas por ambas partes como garantía de su vida civilizada. No existe semejante lazo cuando el Contrato reemplaza al Estatuto, y cuando un hombre trabaja en beneficio de otro únicamente porque no ha podido evitarlo, debiendo recurrir al Contrato.

Otra calamidad espiritual importante relacionada al estado proletario, esto es, al "Capitalismo", es el contraste creciente entre el lujo y lo superfluo por parte de aquellos que ejercen el poder económico y la indigencia o estado de mera subsistencia de los que,

económicamente, dependen de aquéllos. Aquí, otra vez, si no fuera por la igualdad civil entre las dos partes, el contraste no implicaría una fuerte presión. Pero si se proclama la igualdad civil y si ésta es aceptada por ambas partes, especialmente por la menos afortunada, entonces se crea el sentido de una gran injusticia. El hombre que trabaja en tiempo bueno como malo, mediante salarios, transportando a su opulento compañero a los lugares de placer, tiene constantemente ese contraste ante sus ojos, y la masa de una población proletaria, en cualquier centro industrial importante urbano, tiene conciencia de lo mismo en distintos grados.

Además (como ya lo he dicho), ese contraste va en aumento y la falta de sanción moral hacia él lo hace resaltar más porque cada vez hay menos y menos correspondencia entre el disfrute de lo superfluo y el talento o la industria que pueda darse como excusa para justificar las ventajas obtenidas.

Una especulación afortunada llevada a cabo sin gran esfuerzo y sin mayor valor productivo para la humanidad, puede hacer de un hombre un millonario. La casualidad, en una región que se desarrolla rápidamente, puede hacer que una localidad se beneficie en forma parecida. Y lo que es peor, las actividades reprensibles que permiten vastas y rápidas acumulaciones aumentan en gran proporción, pues no sólo incluyen el elemento especulador (que en sí mismo no es inmoral), sino que también fomentan la astucia y en gran parte el fraude; lo que se llama "estar del lado de la ley", y muchas veces, algo peor.

A esas calamidades principales relacionadas al sistema tal como lo vemos hoy en su madurez, puede agregarse otra calamidad de orden espiritual, aunque de menor importancia, pero que asimismo no deja de tener su peso. Consiste ésta en la inestabilidad que impera sobre todo el asunto.

Un exceso de poder económico sobre los otros hombres aparece, de repente, en tales o cuales manos — para desaparecer en forma igualmente repentina.

Otro mal espiritual que conviene tener en cuenta es el carácter impersonal que anima a todo el conjunto: el divorcio de la personalidad humana de la producción, la falta de lazo humano entre aquellos que trabajan y los que se aprovechan de su trabajo; el anonimato de las grandes corporaciones, bajo las cuales trabaja aquel que se enriquece con los sueldos de sus empleados o bien la situación remota en que se encuentra un individuo —cuando se trata de un individuo— que manda, con relación a aquellos que le obedecen.

En otro plano, situado a un nivel inferior, pero esencial para comprender la situación, están las calamidades materiales del sistema. Implican éstas la destitución repetida para muchos y el peligro permanente de la destitución aun para aquellos que, por el momento, no sufren de ella. Semejantes destituciones pueden ser en parte anuladas mediante un socorro adecuado, mas está en la naturaleza de la situación que el socorro resulte insuficiente para vivir decentemente, v. g., para vivir de acuerdo al "standard" relacionado con la vida cívica en una comunidad de hombres libres. Dado que es ventajoso, para aquel que paga sueldos, que éstos sean lo más bajos posibles, ni siquiera el trabajo remunerado adquirirá más de lo que una sociedad particular considera como un nivel razonable de subsistencia. Las categorías más bajas dentro de la mano de obra, generalmente percibirían una remuneración más baja aun, y si el socorro público les fuera ofrecido al nivel más bajo de la mano de obra, ese socorro entraría en competencia en el mercado de la mano de obra; anularía o detendría el aporte de la mano de obra y propendería a hacer redundante el trabajo del pagador de sueldos; pues si se socorriera en una medida que se acercara a los sueldos regulares, el hombre corriente no trabajaría por una suma que podría obtener sin trabajo alguno.

Estos son los males principales relacionados a un sistema económico basado en la mano de obra proletaria. Existe un sector entero de otros males que nos es imposible entrar a discutir por falta de espacio, aunque, socialmente considerados, tengan gran importancia; está, por ejemplo, la estandardización de la vida, la creciente dificultad para elegir artículos producidos, el espíritu mecánico impuesto de una manera antinatural sobre la naturaleza no mecánica y orgánica del hombre, y así sucesivamente. Pero nos limitaremos a considerar las calamidades más conspicuas aquí anotadas, porque explican, con la mayor claridad, la presión que ha sido impuesta y que no puede ser resuelta de una manera u otra. Necesariamente, cada presión

se resuelve inevitablemente a expensas del buen reajuste — que, para terminar, llamaremos la Catástrofe.

Ahora bien, en lo referente a la solución de la presión impuesta por el Capitalismo, ésta puede realizarse mediante cualquiera de estos tres procesos. Las presiones se deben a la yuxtaposición de dos elementos incompatibles, la libertad política y la falta de libertad económica; la libertad económica del proletariado que le permite contratar y le obliga a cumplir ese contrato aparejado a la circunstancia de que el proletariado está desprovisto de todo medio de existencia y que su vida depende de la voluntad de otro. La presión sólo puede suprimirse eliminando uno de esos dos factores incompatibles: o bien debemos devolver la propiedad a la mayoría de las familias que ahora son proletarias, o bien debemos suprimir la libertad.

Si hemos de suprimir la libertad, existen dos maneras de hacerlo; o bien podemos suprimir la libertad económica —es decir, el derecho a contratar y la obligación a cumplir los convenios contratados— quitándole al proletariado ese derecho para dejar que el Capitalista sea el ciudadano libre completo; o bien, podemos transferir los medios de producción, distribución y cambio a la comunidad — es decir, transferirlos a los funcionarios públicos y suprimir la libertad de los demás, ya sean capitalistas o proletarios, reduciendo de esta suerte, a todos, a una condición proletaria común independiente de los capitalistas controladores pero dependiendo de un amo capitalista omnipotente: el Estado.

Mas si hemos de conservar la libertad, sólo podremos conseguirlo conservando la masa de los ciudadanos determinantes como posesores de la propiedad y con control personal sobre ella. Pues la propiedad es la condición necesaria de la libertad económica en todo el sentido de la palabra. Aquel que no tiene propiedad está sometido a la servidumbre económica de aquel que tiene propiedad, sea el poseedor de ésta otro individuo o el Estado.

Existen, pues, como ya lo he dicho, tres métodos gracias a los cuales puede suprimirse la presión; uno de ellos consiste en la reimplantación en gran escala de la propiedad privada allí donde ésta ha desaparecido, terminando con el proletariado y convirtiendo a sus miembros en propietarios; y los dos métodos siguientes: la supresión de la libertad de las masas para el beneficio de unos pocos, o la supresión de la libertad de todos bajo el dominio de un amo común: el Estado.

Esta última proposición es conocida hoy bajo el nombre de "comunismo" y no debe objetarse que esa solución, el Comunismo, no sea una tercera solución necesaria, debido a que la propiedad pueda mantenerse colectivamente en pequeños grupos, o en última instancia, en unidades que no ejercen un control social y universal.

No puede ser así; o bien porque el espíritu que actúa es un espíritu que tiende a la unificación económica a través del Estado, suprimiendo la elección privada y la actividad de la familia, o bien porque el

espíritu que actúa protege y estimula la independencia de la familia. Si el segundo espíritu se impusiera resultaría imposible evitar la aparición de algunos elementos de desigualdad: una diversidad múltiple, y en el caso de un estado importante, una diversidad infinita de intereses privados y métodos.

Sería posible entonces incorporar al artesano a una clase de actividad, la de los constructores, a una corporación, o a un conjunto de pequeñas corporaciones. Sería posible también disponer las corporaciones en un estado comunista de modo que cada una de ellas se gobierne a sí misma. Pero aun cuando eso ocurriera, o bien su vida moral descansaría sobre el concepto de independencia económica, en sus unidades, o sobre el control de esas unidades por la corporación. Si se adopta la segunda solución resultaría inevitable que la reglamentación de las distintas actividades de las correspondientes profesiones fuesen controladas por la Sociedad. El equilibrio debe ser conservado, ya por la intervención perpetua de fuerzas particulares y muy numerosas, o impuesto por la soberanía de una de ellas.

Estas dos ideas no se complementan, son hostiles. Una de ellas, el Comunismo, es el ideal de un cuerpo disciplinado tal como lo es un ejército; pero un ejército distinto de los ejércitos conocidos —separados de la Sociedad y excepcionales en cuanto a la estructura con relación al mundo que los rodea—, más bien un ejército de soldados y oficiales privados que cubren toda la superficie ocupada por la Sociedad. El otro ideal, la propiedad bien distribuída, presupone un flujo perpetuo e intercambio entre las distintas unidades; estas unidades son las familias que componen el Estado.

Pueden establecerse reglas para respaldar un sistema de propiedad múltiple, de modo que la mayor parte posible de las unidades sean propietarias. La competencia puede ser restringida en grado necesario para impedir que el grande se coma al chico. Mas sobre una de esas dos actitudes contradictorias, opuestas y mutuamente destructivas, la Sociedad debe descansar: la actitud que considera al ciudadano como teniendo por fin el bien del Estado y al Estado como amo del ciudadano; o el ideal opuesto de un Estado compuesto por ciudadanos libres, un Estado que admita excepciones a su dominio económico completo, incluyendo, si viene al caso, a propietarios libres que de mala gana acepten las excepciones necesarias a su libertad y permitan, dentro de cierta medida, el control del Estado.

Es un error fundamental, al apreciar la humanidad, concebir la reconciliación de una doctrina y aquello que la niega. Son dos espíritus frente a frente, dos espíritus contradictorios, y uno de ellos debe triunfar. La victoria no es posible para ambos; tampoco pueden mezclarse.

De las dos soluciones, evidentes para cualquier observador de la moderna disputa industrial, la del Comunismo sigue la línea de menor resistencia.

La restauración de la propiedad resultaría un asunto complicado, arduo y probablemente lento; la transformación de una sociedad capitalista en una sociedad comunista sólo requiere la extensión de las condiciones existentes.

Ya tenemos un proletariado, acostumbrado a la organización bajo la disciplina de aquellos que controlan los medios de producción. Sólo se necesita sustituir los títulos de posesión monopolizados de aquellos que ahora ejercen el control, por un título de posesión conferido al Estado.

La vida bajo el Comunismo transcurre para la mayoría de los hombres exactamente como transcurrió antes bajo el Capitalismo, porque la masa de los hombres en una Sociedad industrial capitalista viven ya bajo la dependencia y semiservidumbre difíciles de distinguir de la servidumbre completa que el Comunismo implicaría. El Estado comunista no tendría motivo para reducir más aun los placeres o las amenidades de la vida, tal como existen hoy, en el proletariado actual. O de lo contrario, ya por maldad u hostilidad hacia los individuos que no lo aprobaron, el Comunismo probablemente mejoraría la suerte de los trabajadores a sueldo y también —como sus predicadores lo dan por sentado— mantendría la actividad completa de un sistema bajo la propiedad colectiva, que ahora vemos dividido y bajo la propiedad privada de unos pocos. Un grupo de grandes capitalistas de compañías ferrocarrileras puede transformarse en un grupo de ferrocarriles del estado mediante una plumada; la cosa se hace en un momento, ya recurriendo a la confiscación inmediata o a la compra gradual de los bonos en manos de los tenedores de acciones actuales. La cosa acaba de hacerse ante nuestros ojos en Bélgica, donde, por ejemplo, los ferrocarriles fueron traspasados fácilmente, mediante una maniobra de contabilidad, del poder de los tenedores de acciones al Estado. Sólo se requiere, pues, extender las transferencias hasta que éstas cubran el conjunto de toda la Sociedad. Cuanto más se perfecciona el sistema capitalista, abarca un radio mayor de actividad y pesa menos el viejo argumento en favor de la aplicación de la empresa privada; de manera similar, el nuevo estado comunista aparece frente al estado capitalista como si fuera su descendiente natural, y del cual toma toda su moral excepto las reliquias de la propiedad privada.

En cuanto a la consolidación de un cambio tan simple, como lo es el del Capitalismo al Comunismo, éste puede llevarse a cabo mediante una ley fundamental, breve y fácil de comprender para todos. Suprímase el derecho a la herencia, y el Comunismo sobrevendrá casi de inmediato.

Tal es la posición abstracta o aritmética, la simple disposición sobre la cual descansa la idea comunista de un nuevo estado.

Para aquellos que lo aceptan como un ideal, parecería que sólo puede proponer lo bueno; de un golpe, elimina las injusticias, las amarguras y las indignaciones inherentes al Capitalismo; descarga a la conciencia humana de esos males; devuelve la paz.

Un preeminente protagonista del Comunismo en la Europa occidental, ha dicho recientemente: "Hoy, entre nosotros, cada tendero es el enemigo de los demás tenderos; cada hombre empleado es el enemigo de todo empleador; bajo el Comunismo, ningún hombre es el enemigo de otro."

De esta suerte los argumentos en favor del Comunismo parecen cobrar extraordinario vigor; no obstante recordaremos, como simple hecho histórico, que el progreso de la idea Comunista ha sido muy lento y ha encontrado la más empecinada resistencia por parte de la conciencia de lo que antes fué la Cristiandad; sabemos que es rechazado de plano, sabemos que no puede ser impuesto sin la violencia llevada a sus límites extremos; sabemos asimismo, por experiencia, que el camino que nos conduce al Comunismo pasa a través de la masacre total.

Si el Comunismo es bajo todas las apariencias una solución completa para nuestros problemas, ¿por qué es odiado por la mayoría de los hombres? ¿Por qué puede ser impuesto únicamente mediante el asesinato y el terror?

¿Cómo hemos de reconciliar esta contradicción?

Comprendiendo que cuando empleamos la palabra "Comunismo", necesariamente queremos significar mucho más —infinitamente más— que un simple modelo teórico o una simple disposición abstracta. Implicamos algo que ha estado en los ojos de la humanidad, algo que necesariamente está dentro de la tradición Cristiana, dentro de la comprensión moral del hombre actual, algo inhumano. En realidad, el Comunismo considerado en este sentido concreto, no puede implantarse, no lo ha sido jamás, excepto cuando ha mediado la violencia criminal aplicada bajo un despotismo absoluto. El esfuerzo para implantarlo entre los hombres que aún poseen las tradiciones de nuestra cultura, esto es, la herencia de la Cristiandad, será resistido hasta la muerte; y para comprenderlo consideraremos, no la mera palabra Comunismo, el mero concepto de una propiedad común —que es tan vieja como el mundo y que tiene tan poco contenido como el vacío— sino la cosa actual, las inferencias innumerables, fundidas en una realidad viviente, que la práctica del Comunismo implica.

Para hacer debidamente esta apreciación debemos comenzar por recapitular los desarrollos históricos de todo el asunto, esto es, la implantación del Capitalismo y el correspondiente crecimiento del Comunismo como remedio para curar los males de aquél.

El lector está familiarizado con el primero de esos procesos; en realidad esto constituye la materia de las últimas pocas secciones de este libro. La unidad Cristiana Occidental fué destruída por la explosión que llamamos la Reforma. Lentamente, a medida que el polvo levantado por la misma se asentaba y podíamos examinar las ruinas, percibíamos algunas de sus consecuencias. No existía ya ninguna autoridad moral común ni tampoco ninguna tradición moral común suficientemente vigorosa para reprimir los males que surgían y crecían rápidamente: el primero de

ellos fué la aparición de un proletariado; no queremos decir —como nos costó indicarlo— que no existiera un proletariado en el sentido antiguo y dentro de un estado de cosas mejor; pues dentro de esta clase aparecieron, antes de que finalizara la Edad Media, en algunos centros comerciales, hombres de la misma situación política que sus compañeros, pero que, a diferencia de sus compañeros, estaban desprovistos de propiedad y, por lo tanto, de toda seguridad para poder vivir.

Pero antes de la Reforma, el Proletariado estaba muy restringido en cuanto al número y confinado dentro de unos pocos lugares. De haberse expandido bajo las antiguas condiciones, hubiera sido atendido y administrado con eficacia dentro de las reglas generales de la Sociedad Cristiana mediante nuevas Corporaciones. Sin embargo, cuando esa Sociedad se disolvió, no quedó nada para restringir el crecimiento del Proletariado allí donde imperaban condiciones favorables para ese crecimiento. No obstante, en muchos distritos, principalmente agrícolas, la pérdida de la vieja moral con su protección social, la Corporación y lo demás, no produjo un Proletariado; esto fué lo que sucedió en los valles alpinos, en la mayor parte de Escandinavia y en muchas otras regiones. Pero allí donde la vida se complicó y la fuerza económica adquirió preponderancia, surgió un Proletariado que echó raíces y se extendió bajo el Protestantismo, hasta constituir la característica dominante de la perspectiva social. Así sucedía en Inglaterra, la cual, dado que era la única provincia Romana —y por lo tanto, antiguamente civilizada— que abandonaba la unidad común de la Cristiandad Occidental, podía aportar a los nuevos desarrollos no católicos una energía muy superior a la que provenía de las tierras no romanas y menos civilizadas.

Por lo tanto, en Inglaterra, afianzada en la gran revolución económica del siglo XVI, ese súbito enriquecimiento de una nueva clase que se cebó sobre los despojos de toda la propiedad colegiada —los hospitales, las escuelas, así como los establecimientos monásticos y dotaciones religiosas de todo género— provocó un proletariado, *aun en el campo*.

No debe olvidarse jamás que ese Proletariado agrícola fué el punto de arranque, el modelo y el terreno favorable para el crecimiento del proletariado urbano que había de venir después. La cosa sucedió en el siglo XVII; era un producto de la segunda y tercera generación después de la pérdida de la fe ancestral por parte de los ingleses. Inglaterra era fundamentalmente católica, en su ética, durante los primeros años del reinado de Isabel: del 1560 al 1585. Durante el siguiente transcurso de una vida, digamos desde 1585 hasta 1625, apareció una numerosa y entusiasta minoría de anticatólicos, pero lo más importante era que esa minoría tenía en sus manos todas las riendas de la vida social, desde el gobierno central hasta la más pequeña de las escuelas de aldea. La mayoría del pueblo permanecía más o menos indiferente. Por otra parte, quedaba una importante minoría que

hubiera acogido de muy buen grado el retorno a la antigua religión, pero que habían olvidado el sentido del principio de la unidad europea. Por estar tan entusiasmados con el patrimonio nacional de la época, sufrieron los perjuicios del conflicto espiritual que provocaba el patriotismo inglés y sus inclinaciones religiosas de carácter internacional. Esta fué la Inglaterra de las guerras civiles; algunos pocos de los simpatizantes de la antigua religión fueron muertos y muchos arruinados. Cualquier hombre de posición que hubiera defendido al rey y las tradiciones de Inglaterra, era retenido en rehenes aunque perteneciera a cualquier clase social. Así sucedió con la familia preeminente de los Stanley; así sucedió, dentro de la clase media católica, con el hermano del poeta Milton. En la última parte del siglo XVII, Inglaterra, como nación, había perdido su antigua ética filosófica y económica y estaba en trance de producir el mundo industrial moderno.

Bajo el efecto de esa nueva filosofía, lo que quedaba de la gran mayoría de campesinos económicamente libres desapareció. Hacia el año 1700, quizá ni siquiera un cuarto de la población agrícola tenía títulos de la tierra que cultivaba y esa proporción disminuía rápidamente dependiendo, más y más, de sus jornales.

Entonces se manifestó el crecimiento total de las fuerzas nuevas que habían de sostener el cambio social, y al mismo tiempo extender el número del proletariado y establecer más lejos aun su dependencia de una pequeña clase de propietarios. Hemos visto ya que el comercio de ultramar y la banca constituían los principales factores de ese nuevo sistema. Las fortunas levantadas por uno de ellos y el control financiero del otro, hizo posible la coexistencia de un cuerpo proletario muy extenso y el de sus amos capitalistas, asegurados y firmes. Para colmo, sobrevino el nuevo empleo de la maquinaria y el de la rapidez de las comunicaciones.

Esto en lo que concierne al desarrollo material, el cual procedía en línea directa del cambio espiritual de las generaciones precedentes. Pero al mismo tiempo, en las mismas líneas aparecía otro desarrollo provocado por ese cambio espiritual; ese desarrollo es el que impartió su atmósfera moral al nuevo sistema, no solamente en Inglaterra, sino también en toda la Europa Occidental; fué la pérdida de la visión.

Esa pérdida de la unidad había aturdido y confundido a los hombres haciéndolos dudar, sino en cuestiones de doctrinas, cuando menos en el principio de certeza que ésta implicaba. Se perdió la calidad de la Fe o más bien se desvaneció, y con la pérdida de la Fe se debilitó el instinto de la propia conservación social. La Fe Popular se disolvía a medida que el tiempo transcurría, aun en aquellas partes de la sociedad europea que conservaba las prácticas religiosas. Esta pérdida fué acompañada por la pérdida de las garantías sociales creadas por la antigua religión. La Usura y la Competencia universal excesivas, por ejemplo, llegaron a admitirse como cosas consagradas a través

de toda nuestra Sociedad. Bajo esas condiciones era de presumir que la pequeña propiedad tendría que desaparecer siendo reemplazada por la esclavitud a sueldo, dondequiera que las condiciones fueran favorables.

El colapso de la religión creó por una parte un proletariado y por la otra permitió un arreglo social gracias al cual aquellos que poseían capital en cantidad suficiente y que controlaban las reservas de la subsistencia, explotaron, como una consecuencia natural, a aquellos que no las tenían. Habiéndose disuelto el Estatuto, reemplazado por el Contrato, los antiguos lazos fueron sustituídos por un arreglo mecánico llamado hoy Capitalismo, que surgió como consecuencia natural de las condiciones proletarias aparecidas con anterioridad, las cuales, unidas al Capitalismo, constituyeron el producto final del debilitamiento o desaparición de esa religión que había sido el fundamento, el lazo y el principio creador de nuestra antigua cultura.

"Todas las guerras" —como me dijo, cuando yo era un niño, aquel gran hombre y aquel gran sabio, el Cardenal Manning— "en última instancia, son religiosas". Eso ocurre con seguridad en lo que nos concierne. Los terribles males de un Capitalismo ascendente procediendo de la ruptura que siguió a la pérdida de la religión y a las guerras que sobrevinieron después, nos amenazan hoy, debido a esas mismas causas.

En la misma atmósfera apareció el remedio propuesto que resultaba aun más peligroso que la enfermedad. El Capitalismo había surgido como consecuencia del uso indebido y de la exageración de ciertos derechos, especialmente el derecho de propiedad —la base de toda libertad económica— y el derecho a contratar que es una de las principales funciones de la libertad económica. Por lo tanto, aun bajo el Capitalismo, mientras se recordaban las antiguas doctrinas, en parte, fué posible recordar los principios gracias a los cuales la sociedad, en una época anterior, había sido una cosa sana y bien ordenada. Pero a medida que esa voracidad sin Dios seguía su curso de exceso en exceso, produjo una especie de hermano gemelo, igualmente sin Dios, nacido en la misma atmósfera de absoluta desconsideración hacia las virtudes fundamentales de la humildad y de la caridad. Ese hermano más joven y hostil al Capitalismo estaba destinado a llamarse el Comunismo, el cual hoy contempla el asesinato de su hermano mayor.

He dicho que el Comunismo, la cosa, la Institución concreta —porque no es menos que eso— que ha surgido entre nosotros hoy, es por necesidad mucho más extensa que una mera proposición abstracta de simple comunidad de los medios de producción; es un credo intenso, creador y aplicable a una filosofía viva y definida. Aquellos que la adoptan están obligados a ser necesariamente los enemigos de la religión Cristiana y particularmente de aquello que está en la raíz y principio de la tradición Cristiana: la Iglesia Católica.

Lo que hoy llamamos Comunismo, no sólo niega

las libertades del hombre, sino que también niega la dignidad del hombre. En toda su carrera, aunque no desde sus comienzos, pero desde el momento que se manifestó su verdadera naturaleza, se observa esta verdad: la sociedad Comunista bajo el modelo de la que ya existe hoy —como, por ejemplo, en Rusia— y aquella que combate para existir —como ocurre en España en este momento— es, ante todo, si es que algo es, el enemigo de Dios y de Su Cristo.

En todo esto ya no subsiste nada ambiguo; no queda ninguna duda. Las fuerzas están dispuestas en línea de batalla; las escaramuzas preliminares han comenzado; la línea que divide nuestra antigua cultura de su mortal enemigo, está netamente definida.

Se propone el Comunismo como evidente remedio universal y final, para neutralizar las calamidades mortales del Capitalismo; pero este remedio es totalmente destructivo porque en el corazón mismo de las cosas se opone al Creador de las cosas, y al proponer un bien inmediato, se dispone a suprimir la fuente de la felicidad humana. Las disputas sobre las herejías y la distorsión de ciertas doctrinas católicas produjeron el Capitalismo y una consecuencia indiferente a esas doctrinas lo confirmó; mas una completa negativa de *todas* las doctrinas católicas y un intenso Ateísmo produjo el Comunismo Materialista que ahora se propone como remedio.

La guerra en la que ahora estamos comprometidos y que pronto absorberá toda nuestra atención, es una guerra religiosa. Es cierto que de esta afirmación

los combatientes virtuales aún no tienen conciencia, mas esto es sólo cuestión de tiempo y pronto todos se darán cuenta y proclamarán abiertamente su adhesión a un lado o al otro; o lo que es más, se alistarán en uno u otro lado. Percibimos este carácter íntimo a través del Comunismo durante su rápido progreso.

Al comienzo aparecieron protestas parciales y esporádicas contra los males lanzados por el Capitalismo Industrial. Esas protestas no tenían cohesión, eran teorías de escritores que ignoraban los procedimientos industriales, escritores que no eran Capitalistas ni empleadores, que eran, y sólo a veces, políticos de la clase media buscando en forma vaga remedios imposibles o frases demasiado alquitaradas para que tuvieran alguna aplicación auténtica. Tenemos a los extravagantes franceses seguidos por su insignificante séquito; tenemos los experimentos —y los fracasos— de los ingleses, tales como el movimiento de Robert Owen; tenemos el movimiento político de cierta amplitud, el de los Charistas, que implica cierta intervención de rebeldía económica. Pero la cosa no toma forma ni cuerpo hasta mediados del siglo XIX; y cuando así sucede se da a sí misma un nombre ambiguo; el término "Socialismo" se convierte en una etiqueta común para las distintas teorías de ataque contra el principio de la propiedad, así como para las medidas de control comunal a expensas de la familia y de la libertad individual.

La atmósfera general de la época sobre toda la Sociedad, más allá del campo del mero esfuerzo

económico, favoreció este avance contra la dignidad humana y la vida social sana, especialmente contra la familia. La permanencia del matrimonio fué discutida, se quitaba a los padres el derecho de educar a sus hijos; los padres estaban relegados a una posición más y más lejana para moldear la vida de los jóvenes. En el campo económico, los derechos de propiedad no se fundaban ya sobre la naturaleza y la dignidad del hombre, la salvaguardia de su libertad o de su pensamiento, la de su personalidad, sino sobre argumentos que interesaban sólo a la comunidad. Esto constituye una base falsa y ha producido el fruto maléfico que todas las falsas filosofías producen. Esa filosofía apareció bajo la forma de un aserto monstruoso; que la infinita extensión de la voracidad privada actuaría en beneficio de todos. Este era el principio primordial de lo que en Inglaterra se conocía con el nombre de "La Escuela de Manchester". Determinó la ruina, no sólo de las relaciones sociales entre los hombres, sino de las que existen entre éste y lo que lo rodea; las repelentes ciudades industriales del Norte de Inglaterra son el monumento de la calamidad que puede producir una doctrina falsa.

Contra esos males crecientes del Capitalismo que pronto habían de resultar intolerables, se levantó un cúmulo de reformas bautizadas con el nombre de "socialistas", las cuales no resultaron eficaces. Pero los hombres vacilaban en llevar los cambios propuestos hasta sus conclusiones finales. Los reformadores del siglo XIX usaban fórmulas vagas como, por ejemplo,

esta: "Dé cada cual de acuerdo a sus capacidades; a cada cual de acuerdo a sus necesidades". Prometían una sociedad donde la propiedad privada estaría al alcance de la mayoría y podría satisfacer los instintos igualmente vagos de aquellos que los escuchaban. Asimismo intentaban combinar de algún modo el principio de la propiedad con los conceptos contrarios. Predicaban el antagonismo sin conflicto y divagaban en medio de un sinnúmero de contradicciones parecidas.

Ese Socialismo vago no podía durar. Lo que habría de echarlo a un lado desdeñosamente ya había nacido, desarrollándose rápidamente, hasta alcanzar su madurez. Lo que había de destruir el Socialismo fué la aceptación específicamente anunciada, llamémosle el Dogma, que se presenta después de promediar el siglo; la doctrina completa del materialismo.

Se requiere a menudo el curso de una vida entera para llevar a cabo alguna innovación entre los hombres o que ésta alcance sus proporciones definitivas. Los antiguos espíritus acostumbrados a otros pensamientos deben desaparecer y la generación nueva no sólo debe desarrollarse sino también alcanzar su madurez. Ésta tendrá sus conductores, los cuales serán escuchados antes de que los hombres acepten y adopten una nueva teoría, buena o mala.

Tal es lo que ocurrió con el materialismo; se ha convertido en la filosofía de vanguardia del mundo occidental, ya sea o no aceptada. Ha producido su propia cosmogonía, su propia interpretación del ori-

gen y de la naturaleza del hombre y, en consecuencia, su propio esquema económico y social.

En lo que a su cosmogonía respecta —esto es, a su explicación del origen y la naturaleza del hombre y del mundo en el cual vive— podemos tomar como fecha inicial la que coincidió con la aparición del libro de Darwin "*Sobre el Origen de las Especies*"; en cuanto al esquema económico y social, podemos considerar la publicación contemporánea del libro "*El Capital*", de Carlos Marx.

Conviene puntualizar, desde un principio, que ninguno de los autores mencionados era un escritor de primer orden. Ninguno de ellos era un pensador iluminado y creador; ninguno de ellos tenía originalidad; ambos eran desordenados, lentos, prosaicos y faltos de vigor. Ellos y sus libros no deben citarse como causa; ni siquiera eran la mitad de algo tan importante; pero *eran* síntomas. El que llegaran a tener resonancia tan grande y suscitar tantas consecuencias, constituye una prueba de que estaban en armonía con el espíritu de su tiempo.

El asunto comenzó precisamente hace 75 años y hoy paladeamos sus frutos.

Carlos Darwin, en cuya familia imperaban ciertos conceptos, se propuso demostrarlos y a ese efecto acumuló un enorme caudal de pruebas que aplicó equivocadamente. Intentó conciliar dos proposiciones completamente distintas: Primero, que existía amplia evidencia de la transformación de una forma física a otra, dentro de la naturaleza animada, de suerte que

la mayoría de esas formas podían proceder de un antepasado común; segundo, que esa diferenciación de forma se debía a un proceso muy lento de cambios insignificantes, cuyo efecto acumulativo sólo se manifestaba después de un incalculable espacio de tiempo, porque cada paso es la consecuencia de un proceso ciego y puramente mecánico, donde no intervenía la voluntad, del Creador o la del creado. De ahí el título de su libro que no es "El Origen de las Especies", sino "El Origen de las Especies, debido a la selección natural".

La primera de esas hipótesis, llamada "Transformismo", aun cuando no probada, es posible o probable. En cuanto a la segunda, llamada "Selección Natural", que constituye el corazón de todo el argumento, puede demostrarse que es falsa.

Lo esencial de ese gran montón de paja que es el libro de Darwin, con sus numerosas investigaciones para conseguir ejemplos de similaridad de estructura que pudieran sugerir un origen común de las especies, *no* es la "evolución" — palabra ésta que simplemente significa crecimiento y que puede emplearse para significar cualquier cosa o también para no significar nada. No: lo esencial de ella es la doctrina de que los organismos vivientes cambian debido al efecto mecánico de la supervivencia entre aquellos mejor dotados para afrontar nuevas condiciones, implicando la muerte de los demás.

Si un grupo de aves exhibe en sus plantas un comienzo de membrana que une sus garras entre sí;

suponiendo que el clima fuera cada vez más húmedo, esto implicaría una ventaja para los afortunados poseores de esa membrana y propendería a la formación excepcional de la misma. La progenie de estas aves disfrutaría de tales ventajas mientras que aquellas no favorecidas por ellas tendrían menos probabilidades para sobrevivir. Así, a la larga —al cabo de un lapso incalculable— aparecería un ave de un nuevo tipo, un palmípedo.

Esto constituía lo esencial de una teoría que insistía y repetía constantemente que, *ni el instinto del animal, y aun menos ninguna voluntad siguiendo los destinos del Universo, efectuaba el cambio; la cosa era el resultado de un diseño inocente y mecánico.*

Dado que el libro respondía al espíritu de su época, obtuvo, desde luego, un éxito popular inmenso, y la teoría, debido a su lamentable sencillez, seducía a todo el mundo. Tenía el mérito de eliminar toda necesidad que supusiera la acción de un Creador, y en consecuencia, de conferir a Éste ninguna clase de responsabilidad.

En vano se alzaron argumentos en contra, que bastaban, después de un breve examen, para destruir la no probada afirmación de Darwin. Estos argumentos fueron expuestos por Quatrefages y otros más. Esa fuerza todopoderosa llamada la Moda había consagrado la teoría de Darwin y ni siquiera los argumentos de carácter aritmético hacían mella sobre ella [1].

[1] Una digresión respecto al argumento aritmético sería demasiado extensa para poderla exponer aquí; puede establecerse como sigue: El producto excepcional de dos procreadores excepcionalmente dotados —tales como un gallo y una gallina que ostentaran plantas ligeramente palmípedas— disminuye en progresión geométrica en cada generación. Si uno entre cien exhibe esa ligera ventaja peculiar, en la próxima generación sólo uno en diez mil exhibirá el beneficio de la misma y aun menos en forma aumentada; en la tercera generación sólo aparecerá uno en un millón.

Tampoco era atendido el argumento que aportaban los fósiles. De toda evidencia, si esa teoría fuera cierta, tendríamos hoy ante nosotros un número ilimitado de formas intermedias. Aquellos que defendían la teoría dijeron que no podíamos comprobar la existencia de tales formas porque el proceso era extremadamente lento; cuando se les dijo que en ese caso los fósiles debieran suministrar una evidencia ejemplarizada por un número infinito de formas intermedias, un flujo perpetuo de una forma a otra forma, contestaron diciendo que los fósiles demostrarían esto cuando hubiéramos encontrado un número suficiente de ellos. Ahora sabemos a qué atenernos sobre el particular y sabemos también que semejante flujo jamás ha existido, pues no existe evidencia de ello; sabemos que desde las épocas más remotas, la forma fija —produciendo generalmente otras formas fijas— constituye la regla, y que el cambio muy lento debido a la Selección Natural no tiene a su favor prueba alguna que los confirme.

Pero repito, la Moda, durante su breve reinado, es omnipotente. Darwin fué considerado como un gran hombre —podía considerársele cualquier cosa menos

eso— y fué presentado como habiendo probado aquello que no pudo probar. Mas lo que *había* hecho fué proveer munición al avance materialista triunfante, que se hizo omnipresente en el campo de la biología y en todo lo que está relacionado a esa ciencia, incluyendo el origen y la naturaleza del hombre.

Contemporáneamente al trabajo de Darwin apareció el trabajo de Carlos Marx. También tenemos aquí un hombre esencialmente deductivo sin nada creador u original en él; se aferraba a los pensadores franceses revolucionarios y particularmente a ese semi francés o semi escocés, Luis Blanc, heredero espiritual de Proudhon, el de la frase famosa "*La propieté, c'est le vol*"[1]. El verdadero apellido de Marx era Mordecai; "Marx" era uno de esos nombres falsos que ya por temor a la persecución o debido a un sentido dramático, los Judíos adoptan a menudo. En este caso fué adoptado por su familia más que por él mismo. Se propuso establecer, con un inmenso cúmulo de ejemplos lo mismo que Darwin lo había hecho en su dominio, la teoría equivocada de que la transformación social se debía a causas mecánicas ciegas más bien que a la voluntad del hombre; que las calamidades procedían del ambiente natural y no de falsas doctrinas o de una defectuosa disposición del espíritu. El resultado de esta tarea magra quedó resumido en "El Capital", libro gemelo de "La Evolución de las Especies", un libro judío escrito en alemán con la infinita

[1] En francés en el texto. — N. del T.

paciencia, tenacidad y característica sinceridad de su raza, un libro escrito, en su mayor parte, en el Museo Británico, pues Marx vivió desterrado de su Alemania natal, en Inglaterra. Su trabajo era demasiado largo para su vida; fué completado por Engels, su amigo y admirador, y dado el carácter cosmopolita de sus autores y la seducción que ejercía, pronto fué traducido en todos los idiomas. Lo que Darwin había aportado al Materialismo en el dominio de la biología, Marx lo aportó en el dominio de la sociología. Estas dos contribuciones combinadas no pueden considerarse como causas sino como síntomas de Materialismo común que en la última parte del siglo XIX había de empapar el espíritu cultivado de Europa.

En el caso particular de una revolución social, el efecto de ese triunfo materialista consistía en allanar todos los obstáculos que se opusieran al avance del Comunismo. El Comunismo era la culminación y remate de esa cosa vaga y abigarrada conocida bajo el nombre de Socialismo. Todo esto había impedido al Proletariado oprimido (o más bien a sus conductores conscientes que *no eran* Proletarios) a jugarse por entero, conservando lo que aún quedaba de la fuerza de la Cristiandad y de la ética cristiana: lo que, en forma sencilla, está contenido en el mandamiento "No robarás", esto es, la fuerza auténtica del hombre europeo occidental; un respeto hacia la propiedad como garantía de la dignidad y de la libertad humanas. Pero con la ausencia de toda base Divina, las sanciones morales fallaron; y faltando una sanción moral para la

propiedad, la propiedad no podía sostenerse. Prácticamente la tradición la mantenía en pie, aunque mal defendida por falsas teorías tan materialistas como sus oponentes. Sobrevino entonces el choque de la Gran Guerra.

Constituye un carácter común de todos los choques el que tienden a precipitar todo lo que existe en estado latente, a realizar de una manera catastrófica todo lo que existe en potencia, a remover todo lo que hasta entonces había asumido sólo un carácter urgente y una presión creciente. Un choque tan formidable como el de la Gran Guerra realizó esto instantánea y completamente; el Proletariado, no sólo fué despertado a la conciencia de su sufrimiento y probabilidades de liberación, sino adquirió un sentido de oposición, multiplicado cien veces por la agonía de ese conflicto prolongado.

Un choque similar había tenido lugar, alrededor de cuarenta años antes, cuando sobrevino la Comuna en París con su cortejo de ultrajes y represiones crueles propias de esta clase de levantamientos. El asesinato de los prelados por ser representantes de la antigua moralidad, el incendio de monumentos públicos, etc. Ahora, después de la Gran Guerra, apareció la misma cosa en proporción mucho mayor: la revolución rusa. Esta revolución fué conducida por un pequeño grupo compuesto en su mayor parte por judíos y animada por ellos; pues en ellos fermentaba un intenso motivo de venganza contra el antiguo régimen. Tenían además experiencia cosmopolita, instrumentos de acción secreta y esa combinación de tenacidad, lucidez e instintos fuertes para reclamar la justicia social que han hecho de los judíos una fuerza revolucionaria tan formidable en todas las crisis habidas en Occidente.

A primera vista un viajero pudo haber dicho que Rusia era el menos propicio de todos los campos para comenzar la experiencia de un Comunismo ateo y materialista. Su inmensa población dentro de la cual los cristianos únicamente sumaban más de cien millones, se mantenían adictos a su religión ancestral del tipo Griego u Ortodoxo; eran campesinos, y por lo tanto menos afectados por las calamidades del industrialismo moderno que muchas otras poblaciones de Europa, si es que en realidad pueden llamarse Europeos. Parecerían constituir el material menos indicado para lo que siguió; pues lo que siguió fué la implantación de un régimen comunista con todas sus características llevadas al extremo; comenzando con masacres, en una escala hasta entonces desconocida, entre los hombres Cristianos, sólo comparables a las orgías sangrientas de los invasores Mongoles hace setecientos años.

Después de la salvaje carnicería rusa apareció un esquema completo, tendiente a conferir un control completo y despótico sobre la voluntad humana, impuesto por un pequeño grupo de hombres enérgicos y determinados que desde entonces han sido conocidos bajo el nombre de "El Gobierno Soviético". Toda propiedad privada quedó suprimida de golpe, en teoría al menos y también legalmente. La negativa del estado

para garantir la herencia hizo imposible su resurrección. Mas constituye un cuadro falso aquel que representa el terrible acontecimiento como puramente de carácter social y económico; en la mente y en la acción de esos conductores, era un acontecimiento religioso. Su cometido consistía en destruir dentro de la Sociedad el nombre y el espíritu de Cristo. Aun la enseñanza a los niños, de Su religión, fué suprimida por la fuerza. El ateísmo, que era el poder conductor de todo esto, no era cosa secreta o subsidiaria: estaba abiertamente proclamado y entronizado en el corazón mismo del asunto.

Se hizo un esfuerzo para propagar este nuevo materialismo ateo, con sus consecuencias comunistas, "por la espada" (tal como reza la metáfora), esto es, mediante la invasión de los países vecinos con las masacres subsiguientes y la extensión del área sometida al despótico control Soviético. El proceso ha sido comparado con exactitud a la explosión repentina del Mahometanismo a principios del siglo VII. Ese intento de expansión armada fué detenido por la Polonia católica, la víctima más expuesta e inmediata, en lo que ha sido adecuadamente llamado "una de las batallas decisivas del mundo" [1]. Los ejércitos soviéticos fueron derrotados totalmente cuando estaban a punto de capturar la capital polaca.

Como todos saben, otro espasmo del comunismo

[1] Esta es la frase de D'Abernon, político y financista inglés. Era embajador en Berlín cuando se libró la batalla y escribió un libro notable sobre la batalla de Varsovia.

militante ha tenido lugar en España durante los meses que escribí este libro.

En España aparecieron exactamente los mismos síntomas que en Rusia; masacres, incendios, control despótico y todo lo demás. Pero existía esta diferencia: en España, las distintas fuerzas que por diversas razones soportaban la tradición nacional y por consiguiente la religión, tomaron la iniciativa antes de que las cosas fueran muy lejos. La rebelión de un grupo de oficiales del ejército seguido por una buena parte de sus hombres (mas también abandonados por una fuerte minoría) bruscamente cayó sobre los dirigentes de la nueva revolución. Usaron todos los medios a su alcance, incluyendo tropas Mahometanas procedentes de África y fueron tan despiadados en su acción como los revolucionarios lo habían sido en la suya, proclamando su determinación de borrar "la bestial cosa marxista".

Aún no está decidido el resultado. Quizá lo esté antes de que aparezca este libro en lo que a España concierne, decidido definitivamente de un modo u otro: pero aun si allí se decide, con seguridad no será universalmente decidido mediante este conflicto español.

Será necesario librar una batalla universal y, en consecuencia, como todas las batallas universales, ella será motivada por filosofías universales. Debido a ello el conflicto se manifestará en forma confusa en muchos de sus resultados. Se verán extrañas alianzas y contra-alianzas, una mezcla de motivos de toda clase

de valores morales, desde el más bajo hasta el más alto, e individuos situados *en ambos lados* siguiendo aspiraciones nobles, instintos enredados, cayendo en las tentaciones más bajas y abominables, desde la satisfacción producida por el odio directo hasta el deleite satánico en la crueldad. Pero mientras que esta lucha presente un aspecto turbio y confuso como lo tienen (y lo repito) todas las luchas universales, aparecerá en ella con creciente claridad, a medida que transcurran los años, la división entre los dos espíritus esencial y superlativamente enemigos, tratando cada uno de aplastar por completo al otro: el de Cristo y el del Anticristo.

En la Catedral de Cefalú, en la costa Norte de Sicilia, construída bajo el primero de los reyes Normandos, en la época de las primeras Cruzadas, se ve colocada sobre la mitad del domo del ábside un gran mosaico que representa a Cristo sometido a Juicio.

Debajo de éste y a lo largo de su borde está inscrito, igualmente en el mosaico, un lema compuesto en hexámetros y pentámetros latinos. Desde luego, este lema es anónimo; nunca pude descubrir quién era su autor: Helo aquí:

Factus Homo, Factor Hominis, Factique Redemptor,
Corporeus judico, corpora corda Deus.

"Habiendo sido hecho Hombre, Yo, el Hacedor del Hombre y el Redentor de todo lo que He hecho, juzgo, por tener yo un cuerpo, los cuerpos y las almas de los hombres: pues Yo soy Dios".

Esta es la doctrina completa de la Encarnación.

Ahora bien; la Encarnación levanta la humanidad a su nivel más alto concebible y al mismo tiempo constituye la doctrina central de la Iglesia Católica. Aquellos que quisieran desarmar, distorsionar y torturar la humanidad sujetándola en un molde mecánico, pulverizando su alma misma, están necesariamente en guerra con la Encarnación. Debido a ello se manifiesta la hostilidad implacable entre el Comunismo y la Fe: pues es la función y la gloria de la Fe, consagrar y por lo tanto defender la naturaleza del hombre.

Todo esto se aplica al remedio inmediato propuesto contra los males intolerables del Capitalismo: el remedio comunista.

Pero, nos queda una alternativa. Esa alternativa consiste en el retorno a las cosas cristianas.

V

LA RESTAURACIÓN

Hemos visto cómo la Cristiandad (si es que así puede llamarse) siguiendo el largo encadenamiento de causa a efecto ha llegado a una crisis en la cual puede sucumbir: esto es, que la civilización que asociamos a todo nuestro pasado y gracias a la cual vivimos puede desmoronarse bajo la acción del falso remedio del Comunismo. Este falso remedio, por el momento, es el más evidente; es el remedio que seduce de inmediato, no sólo a aquellos que sufren las injusticias y la presión intolerable del Capitalismo, sino también a los espíritus generosos en los cuales la injusticia infligida a otros es un motivo suficiente para llevarlos a la acción. Evidentemente el Comunismo seduce también, como remedio, al revolucionario internacional que primero lo concibió y que ahora lo dirige.

Esas tres fuerzas combinadas constituyen un poder formidable que crean al estado Capitalista moderno un cúmulo de dificultades capaces de precipitarlo

en el Comunismo. Esa solución tiene tras de ella el entusiasmo honesto de aquellos que protestan contra la injusticia y recibe de esa fuente el ingrediente moral todopoderoso, esencial para el éxito de cualquier movimiento: el entusiasmo espiritual que inspira a ese creciente número de espíritus inclinados al experimento comunista, no porque ellos mismos lo necesiten, sino como protesta contra calamidades manifiestas. Esos espíritus están inspirados por el deseo de enderezar un entuerto; y una fuerza de esa naturaleza, aunque adopte una política equivocada, resulta creadora.

El segundo elemento (mucho más aparente dentro del movimiento general), la rebelión Proletaria contra las condiciones inhumanas del Capitalismo, provee el segundo factor, el número.

Por todos los lugares donde se ha extendido la Sociedad moderna industrial, por todas partes donde existe una amplia organización de transportes y amplia organización para la producción mecánica de una importante organización financiera, observamos que la abrumadora mayoría está determinada a recurrir a los remedios drásticos para enmendar las condiciones bajo las cuales viven. El camino más fácil, el más aparente y el más directo para realizar esa enmienda, es el Comunismo.

Por último tenemos los conductores del movimiento, cosmopolitas, conscientes de una clara posición filosófica de naturaleza materialista y atea; éstos proveen el trabajo centralizado, sin el cual es imposible llevar a cabo ningún esfuerzo agresivo, militar o civil.

Estos hacen los planes e imparten las órdenes, obedecidas, no sólo por aquellos que conscientemente las aceptan como órdenes, sino también por un número mucho mayor de hombres que las siguen por sugestión.

Contra una combinación tan formidable y cada vez más poderosa, ¿qué van a hacer aquellos que perciban el peligro que ella implica? ¿Qué alternativa han de proponer? Evidentemente, resultará imposible arribar a algo concreto sin hacer el plan o el esquema de nuevas instituciones. Decirle al enfermo que tenga paciencia, no implica curar su enfermedad. Continuar permaneciendo en los marcos de la antigua estructura social, que se ha desmoronado en su moral y en su aplicación, es invitar al desastre. ¿Cómo han de ser las nuevas instituciones, las nuevas concepciones que han de crear y guiar esas instituciones; quién será el reformador, consciente de que el Comunismo significa la muerte, que proponga un remedio eficaz para curar la enfermedad del mundo moderno?

Estas instituciones caen bajo tres grupos principales y esos tres están relacionados, en su raíz, a una filosofía católica cuya reforma salvadora deben adoptar o en su defecto los remedios que proponen fallarán.

Los tres grupos principales de la reforma son: Primero, una distribución mejor de la propiedad; segundo, el control público de los monopolios; tercero, el restablecimiento de aquellas organizaciones y principios que sustentan el concepto de la Corporación.

Si logramos que esas tres cosas trabajen activamente —la propiedad bien distribuída, un gobierno

fuerte controlando el despotismo del monopolio, y el trabajo cooperativo bajo la forma de una Corporación— habremos obtenido el fin que perseguimos. Sobre esos tres fundamentos podemos erigir un nuevo sistema fuerte y permanente porque será justo y porque estará en consonancia con la naturaleza del hombre. Habremos construído un estado en el cual los hombres pueden vivir dentro de aquel estado de felicidad que puede esperarse de la naturaleza humana después del pecado original y de las condiciones temporales dentro de las cuales está obligada a vivir. No habremos logrado el paraíso, pues no es posible entrar de nuevo al paraíso en este mundo. No habremos terminado con los principales males morales de la humanidad, pues éstos no provienen de condiciones materiales o de disposiciones políticas, sino de la corrupción del corazón. Lo que habremos hecho, sin embargo, habrá sido descartar ese sentimiento insoportable de injusticia social, esa protesta que amenaza llevarnos al naufragio.

Llegados a este punto, la mayoría de los hombres se detendrán, diciendo: "Bueno, si esos tres grupos de remedios combinados resultan suficientes, procederemos a aplicarlos. Establezcamos las reglas y, más aun, elaboremos los detalles de las instituciones que se necesitan así como el de las leyes protectoras. Establezcamos igualmente el plan de la propiedad bien dividida, el control del monopolio y la Corporación. Habiendo hecho esto, nuestro trabajo y nuestro cometido habrán terminado".

Tal conclusión implica un error y un error que de persistir sería fatal, porque las instituciones no surgen de sí mismas ni pueden ser protegidas por simples regulaciones verbales. Las instituciones surgen de cierto espíritu que anima a la Sociedad, un espíritu del cual ésta es el producto. Las instituciones son mantenidas por la aceptación de los hombres animados de este espíritu.

En nuestra época mejor, cuando existía una buena división de la propiedad, control del monopolio y una Corporación floreciente, todo el armazón de esa sociedad descansaba sobre una filosofía mantenida vigorosamente bajo la forma de una religión. Era la filosofía, la religión de la Iglesia Católica.

Por lo tanto, resulta una verdad, que sólo nos será posible recobrar una sociedad moral, asegurar la pequeña propiedad, el control del monopolio y la Corporación, si recuperamos igualmente el espíritu del Catolicismo; en otras palabras, no encontraremos el remedio para el mundo hasta no haber convertido el mundo.

Parecería, en consecuencia, que la conclusión de este estudio debiera ser: Primero, un examen de cada uno de los tres principales elementos de la reforma de acuerdo a este orden —la restauración de la propiedad, el control del monopolio y el restablecimiento de la Corporación—; mas después de esto será necesario coordinar los tres dentro del armazón del pensamiento católico que es de donde proceden, pues si éste les falta no podrán ni arraigar ni vivir.

En otras palabras, hemos de terminar este estudio examinando cómo el pequeño propietario puede surgir y sobrevivir, cómo su gran enemigo que amenaza asesinarlo, el monopolio, puede ser subyugado, cómo sus instituciones cooperativas pueden reforzar su libertad, prolongándola y estabilizándola. Pero, habiendo considerado todo esto, comprobamos que la cosa no podrá realizarse a menos de estar inspirada en ese espíritu que formó nuestra cultura, ese espíritu sin el cual nuestra cultura morirá: el nombre de este espíritu es la Iglesia Católica.

EL IMPUESTO PROGRESIVO

La restauración de la propiedad debe tener como instrumentos reguladores aquellos que hagan difícil la disipación de la propiedad y fácil su difusión.

El primero de estos instrumentos reguladores, por orden de importancia, es el Impuesto Progresivo. Manejando este instrumento le será posible a la sociedad, si tiene la voluntad suficiente para hacerlo, reconstruir la pequeña propiedad, a pesar de la complejidad y de la centralización del mundo moderno.

Lo que se requiere es una forma de impuesto que no sólo proteja al hombre pequeño a expensas de su rival más rico, sino también que suministre a este hombre un subsidio cuando éste sea necesario. Hoy en día tenemos impuestos progresivos entre el hombre pequeño y el grande. La curva de aumento del impuesto surge rápidamente con el monto de la propiedad poseída, la renta que se relaciona a ella, las fortunas que dejan después de su muerte aquellos que las han acumulado. *Mas, actualmente, no hacemos uso de esta ventaja propendiendo al afianzamiento de las familias económicamente independientes. Disipamos la renta así obtenida en sueldos y salarios para los empleados públicos y en la Usura del crédito bancario que esclaviza al Estado moderno.* Ninguna de las enormes sumas así obtenidas, mediante las nuevas y drásticas reivindicaciones del Estado sobre las fortunas privadas importantes, nos conduce a la restauración de la propiedad.

Debemos emplear el Impuesto Progresivo, no para aumentar los sueldos o para satisfacer a la Usura y a los Bancos, sino para reconstruir la pequeña propiedad. La reivindicación del pequeño propietario prima sobre la reivindicación del empleado del Estado. De una manera más evidente aun, prima sobre la reivindicación del prestamista de dinero. El hombre pequeño acumulará movido por el instinto natural de la conservación. Así lo hace en todas las sociedades sanas. Esta acumulación, esta mezcla de industria y ahorro caracteriza al campesino en todas partes del mundo. Cuando menos, lo caracterizan en aquellas partes donde la clase libre campesina ha arraigado estableciendo poderosas tradiciones. Pero todavía existe una fuerte desventaja en contra del pequeño ahorro, la creación del pequeño capital debido a la acumulación. El sacrificio

requerido para ahorrar es mucho mayor para el hombre pequeño que para el grande. El hombre pequeño renuncia algunas veces a lo que constituyen necesidades reales, en su esfuerzo por alcanzar la independencia económica. Quizá la tentativa no está al alcance de sus fuerzas. Clases enteras de la Sociedad han renunciado, desesperadas, al esfuerzo, contentándose con vivir sobre sueldos controlados por las acumulaciones de otros, y no acumulando para sí mismos.

En consecuencia, si deseamos estimular la pequeña acumulación debemos hacerlo por medio del subsidio. Debemos ofrecer a las pequeñas inversiones, especialmente cuando la inversión está garantida por el Estado, oportunidades más ventajosas que aquellas ofrecidas a los ricos, recompensándoles con un interés mayor. En este asunto debemos ser contra-económicos y artificiales.

Muchos levantarán la protesta de que semejante inversión de la competencia en su modalidad corriente está en contradicción con la aritmética simple. Yo mismo he oído decir, cuando esta reforma fué propuesta, que los fondos no podrían obtenerse allí donde podían pagarse altos intereses artificiales sobre pequeñas inversiones.

Mas aquellos que hablan así, pecan contra la aritmética lisa y llana. Si examinamos las estadísticas de los estados financieros modernos, descubrimos esto: El Estado impone a la comunidad un impuesto y lo impone con rigor manifiesto sobre la parte más rica de la comunidad; con el aporte de esos impuestos paga

intereses a los créditos que le han sido acordados, el crédito acordado por el gran monopolio bancario que en todas partes agota a la Sociedad. Pero el monto pagado en esa forma a los pequeños tenedores de acciones, aun cuando éstos sean muy numerosos, es insignificante comparado con los montos pagados a los tenedores importantes de acciones, y especialmente a los Bancos que retienen algo así como las tres cuartas partes de los bonos correspondientes a ese crédito.

Un préstamo sujeto, por ejemplo, a pagar el 5 por ciento de interés como eran los préstamos europeos en el tiempo de la Gran Guerra, pagarán en modo efectivo ese 5 por ciento de interés al pequeño tenedor de acciones, mientras que después de haber pagado el impuesto sobre los intereses que percibe, el tenedor de acciones importantes recibirá solamente el cuatro o el tres por ciento. Si hubiéramos de establecer una diferencia entre los intereses como ahora establecemos una diferencia entre los impuestos, si hubiéramos de dar al pequeño tenedor de acciones hasta un límite muy bajo, diez por ciento en lugar del cinco por ciento y después, hasta un límite superior, el ocho por ciento, en lugar del diez por ciento, y así sucesivamente hasta llegar al cinco por ciento en un punto donde se ha creado una pequeña pero útil acumulación, el equilibrio de su presupuesto no sufriría grandes perjuicios, dado que la preponderancia de la amplia acumulación del capital con relación a la del pequeño ahorro no guarda proporción.

Es cierto que en una Sociedad donde la Propiedad

estuviera bien distribuída, la diferencia en favor del pequeño tenedor de acciones resultaría matemáticamente imposible. No existiría un número suficiente de grandes tenedores de acciones de los cuales extraer los fondos necesarios. Pero como la Sociedad está ahora concentrada en los principales núcleos industriales, resultaría evidente que un principio hasta ahora no probado para diferenciar los réditos sobre las inversiones y asimismo para diferenciar los impuestos sobre los réditos, podría ser emprendido sin que implicara una conmoción seria. Habiendo suscitado el estímulo a la pequeña acumulación, éste sería el envión que pone en marcha a un motor. Pondría en movimiento a toda la maquinaria de la pequeña acumulación y los resultados crecerían rápidamente. Si se pagara aun tanto como el 10 por ciento sobre las primeras 100 libras acumuladas —proporción ésta que habría de parecer monstruosa a los ortodoxos del presente—, las diez libras sobrantes, por año y por unidad, apenas afectarían, al principio, el equilibrio del gasto nacional. Y recuérdese que cada adelanto después de ese insignificante mínimo hasta alcanzar el nivel de, por ejemplo, 1000 libras (después de ese nivel el subsidio progresivo podría desaparecer) aminoraría la carga sobre el tesoro público. Si se distribuye el 8 por ciento sobre las primeras 300 libras, 7 por ciento para las primeras 500 libras, 6 por ciento para todo aquello que quede entre 500 libras y 1000 libras, ateniéndonos a lo antedicho, no entorpecemos la máquina financiera.

Otra reforma, dentro de la misma orientación, sería la de un impuesto progresivo sobre las transferencias. Cuando el hombre pequeño vende al hombre grande o la unidad pequeña vende a la unidad grande, aplíquese un impuesto alto sobre la transacción y, en el sentido opuesto, un interés bajo. Para que semejante sistema pueda funcionar, sería necesario llevar un registro de la propiedad. La propiedad de cada ciudadano o familia a tal o cual intervalo, tendría que quedar establecida. ¿Qué puede objetarse a esto? Semejante lista existe ya donde se aplica el impuesto a la herencia. Existe en el impuesto progresivo inglés, en una categoría importante: aquella conocida bajo el nombre de "Schedule A". Existe en aquellas partes donde la propiedad en tierras figura bajo la forma de propiedad registrada, y era la regla universal a través de toda sociedad hasta días muy cercanos. En la Edad Media la renta de todo hombre era más o menos conocida, las deudas por concepto de rentas eran pagadas a esta o a otra profesión, a esta o aquella posesión feudal, y eran conocidas. Si hoy restauráramos ese sistema, desde luego habría evasión de dineros, como hay evasión por parte de los ricos, de toda demanda legítima, pero la cosa en conjunto funcionaría como para perdurar y producir sus efectos importantes.

Sin embargo, podría hacerse otra reforma del impuesto progresivo sobre las mismas líneas. Ésta se aplicaría sobre toda forma de empresa movible. No existe nada en la naturaleza de las cosas que se oponga a que las tiendas con numerosas sucursales o las grandes

tiendas sean una necesidad. Han surgido como la mala consecuencia de un principio malo — el principio de la competencia sin restricciones. Las grandes tiendas matan al pequeño tendero. La tienda con sucursales se orienta hacia la misma finalidad.

La tienda con sucursales y las grandes tiendas pueden ser subyugadas y reducidas mediante el impuesto progresivo. Un permiso para llevar a cabo tal o cual negocio —por ejemplo, la venta de pescado—, puede costar una suma nominal para la primera empresa. Si se agrega otra del mismo género a la primera, en otro lugar, el segundo permiso deberá costar mucho más, y, si se agrega una tercer tienda, el costo del permiso debería alcanzar un precio prohibitivo. Planteado así, desde luego, el esquema, debido a su ingenuidad, no podría ser llevado a la práctica, mas si se presta la debida atención a los detalles, si se da cierta elasticidad a las reglas, el principio general que ellas implican podría ser aplicado.

De hecho se aplica, no sólo debido a la acción de la comunidad por medio de impuestos, sino por la acción de la comunidad mediante la opinión pública. En muchas pequeñas sociedades que aun se conservan sanas en el presente, un hombre propietario de una tienda en una ciudad del campo y que prospera debido a su industria y energía, no perjudica a otros, pero el mismo hombre que se propone arruinar a su vecino en la misma línea de negocio resulta perjudicial; y podemos ver, de todos modos, en el Viejo mundo, que en las aldeas y las ciudades no muy numerosas, la opinión pública resulta eficaz para impedir que el pequeño distribuidor sea comido por el más grande. La opinión pública considera el negocio de un hombre como su medio de existencia y no tolera que se quite a un hombre sus medios de vida.

Las reglas para la mejor distribución de la propiedad, bajo condiciones agrícolas, son las mismas que las que corresponden al impuesto progresivo sobre la transferencia, pero no al impuesto progresivo sobre la producción. Cuando un propietario importante de tierras y de fuerzas naturales compra algo a un pequeño propietario, la transacción debe ser lo más costosa posible; cuando la transferencia se hace en el sentido inverso, debe realizarse lo más económicamente. Pero el impuesto progresivo sobre la multiplicidad de las categorías no se aplica a la tierra como se aplica a la tienda con sucursales o a las grandes tiendas.

Se hará la observación de que ciertas actividades mantienen necesariamente un carácter monopolizador. Esto es cierto y, por eso, la política que a ello se refiere debe considerarse aparte; más tarde trataremos las características de esa política. Pero implica una exageración absurda de las mentes modernas afirmar que el monopolio es cosa inevitable. Los grandes monopolios u organizaciones parecidas han llegado a existir, no porque están dentro de la naturaleza de las cosas, sino porque bajo las condiciones que restringen la competencia, la pequeña unidad está en manifiestas condiciones desventajosas respecto a la más grande.

Volveremos al caso de la propaganda. Cuando ésta

no llega a cierto nivel, su efecto es apenas apreciable. Póngase una docena de avisos en una ciudad importante y no surtirán efecto señalado. Mas después de colocar una cierta cantidad de ellos, el efecto crece en progresión geométrica, crece hasta lo que puede llamarse el punto de "saturación". Si se pone un anuncio en cada edificio de una ciudad importante ordenando a los ciudadanos —como suelen hacerlo los anunciantes— o, empleando mejores modales, invitándolos a comprar el jabón que tal o cual compañía produce, la gente no comprará en mayor proporción que si los avisos se hubieran puesto en una cuarta parte de los edificios o aun en una décima parte de ellos. Existe cierto límite, que puede descubrirse en la práctica, donde el anuncio alcanza su efecto "óptimo". Pero hasta llegar a ese punto, el anunciador importante tiene sobre el hombre pequeño una ventaja que aumenta en proporción geométrica.

La moral para aquellos que tienden a conservar o restaurar la pequeña propiedad es evidente: impóngase un impuesto progresivo sobre la propaganda, sobre su área determinada y su número de avisos, y recuérdese que aparte de los resultados de este impuesto dentro de la reconstrucción social, la exageración fuera de medida de los anuncios modernos es una fuente de réditos que pide a gritos el impuesto. En algunas comunidades este impuesto ya está en vigor, pero siempre se halla a favor, en forma exagerada, del hombre importante y contra el hombre pequeño. Una de las más conspicuas y ciegas ironías del presente es la estampilla de recibos que puede observarse sobre cualquier anuncio importante en París. En el remoto rincón de algún enorme anuncio pintado y colocado sobre un muro, podrá observarse el pequeño cuadrado de papel engomado anunciando que el propagandista ha pagado, por ejemplo, £ 2 a £ 5 al Tesoro, aun cuando el anuncio fuera hecho en una escala que representaba, por concepto de rentas, veinte veces esa suma, determinando quizá, en los réditos del anunciante, el aumento de una suma mil veces mayor. Todos los puntos que he hecho resaltar aquí son, desde luego, hipotéticos. Sólo son sugestiones. No pretenden constituir un programa.[1] Lo que se requiere es el deseo de examinar por parte de todos los reformadores sensatos, cada problema a la luz de las oportunidades que brinda el restablecimiento del pequeño propietario y del hombre económicamente libre. Hasta ahora hemos operado en sentido exactamente inverso. Nuestras comunidades modernas, hasta el presente, no han ejercido restricción sobre el juego natural de las fuerzas económicas y el de la competencia libre, en favor del hombre importante. Pasemos a invertir *in mente* ese mecanismo y cambiando nuestras ideas sobre lo que conviene hacer; considerando la destrucción de la pequeña propiedad como un desastre y la inflación de la propiedad importante como una enfermedad so-

[1] He trazado al respecto las líneas generales de lo que pudiera ser un programa político. Este esquema puede encontrarse en un pequeño libro escrito por mí, titulado *La Restauración de la Propiedad.*

cial; entonces los remedios prácticos aparecerán por sí mismos.

LA DESCENTRALIZACIÓN DE LA PROPIEDAD

De consiguiente podemos postular esta verdad; lo mismo que contra el Comunismo, la primera alternativa que deben considerar quienes desean conservar la civilización, es la distribución equitativa de la propiedad. La gran disputa del presente es una disputa entre los despojados y los posesores, o, como se ha dicho empleando la detestable jerga Victoriana, la disputa de los "que tienen y de los que no tienen".

Los hombres se rebelan porque los medios de producción y control, a través de toda la sociedad industrial, están en manos de algunos que no hacen trabajo productivo. Se rebelan porque están divorciados de la maquinaria de su profesión y porque están explotados en beneficio de otros. Para esta situación sólo existen dos soluciones: o bien seguir la línea de menor resistencia retornando a nuestro inhumano capitalismo Industrial, que tanto se parece al Comunismo inhumano, o poner la propiedad y los medios de producción en manos de los que producen. No se trata de ponerla bajo su control de una manera metafórica, llamándolos "El Estado", sino poniéndola bajo su control como personas o familias propietarias, propietarias de máquinas, propietarias de acciones

y propietarias de edificios. La Sociedad habrá recuperado su salud y su estabilidad nuevamente si esto se lleva a cabo y cuando esto se lleve a cabo.

Mientras tanto, debe hacerse resaltar que el poner las cosas en movimiento para llegar a ese término, o aun para intentar llegar a tal o cual fin, es de poca consecuencia a menos de salvaguardar la victoria realizando una división equitativa de la propiedad estable. Ningún hombre razonable exigirá la igualdad de la propiedad. Ningún hombre poseedor de una pequeña pero suficiente propiedad siente particular enemistad hacia un hombre que posee una propiedad algo más grande. Más aun, siempre existirá una tendencia para que haya *cierta* cantidad de despojados; hacia un margen de la sociedad correspondiente a los hombres que no sean suficientemente industriosos y que no tengan el debido control sobre ellos mismos para conservar su herencia a pesar de todas las salvaguardas dirigidas a protegerla. Mas la restauración de la propiedad es un remedio suficiente si se aplica a un número determinante de familias en el estado, que hagan de la propiedad un hábito que confiera el tono a toda la comunidad.

Necesitamos igualmente la extensión en el tiempo lo mismo que en el espacio. Habiendo definido una Sociedad donde la tierra, las máquinas y los depósitos de productos necesarios para la producción están ampliamente distribuídos en propiedades múltiples, debemos hacer que ese estado de cosas adquiera un carácter permanente o, de lo contrario, no habremos hecho nada.

Ahora bien, ¿mediante qué serie de reglas puede lograrse esto? En cierto grado se consigue el fin propuesto mediante el impuesto progresivo, que dé más facilidades al hombre pequeño para comprar del hombre grande que al hombre grande para comprar del hombre pequeño. Así, pues, existirá una ventaja en favor de la pequeña propiedad en relación a la grande.

Pero se necesita algo más que esto. Se necesitan instituciones permanentes para sostener y apoyar la cosa, porque la cosa no es "economía natural". El hecho de implantar una sociedad cuyos miembros, los miembros de la familia que la componen, deben ser económicamente libres, significa ir contra las tendencias no restringidas del mundo. Es una acción artificial como la de hacer zanjas y levantar diques con el fin de drenar lo que, si no se pusiera mano a ello, sería un pantano. Continuamente será necesario reparar los diques y limpiar los canales que drenan el pantano. De no llevar a cabo constantemente esta tarea, las condiciones naturales vuelven a imperar y la tierra que había sido desecada se convertirá nuevamente en una ciénaga.

Así sucede con el mantenimiento de la libertad económica, esto es, con toda propiedad bien dividida dentro de cualquier sociedad. La economía natural, lo cual significa hombres a la deriva y desorganizados para su propia defensa, no puede conservarla. Si no existen regulaciones especiales que lo impidan, el hombre grande devorará nuevamente al pequeño y todos los males momentáneamente curados reaparecerán nuevamente.

¿Cuáles han de ser, pues, esas regulaciones?

Cuando nuestra sociedad vivía estable y satisfecha en la culminación de la Edad Media, cuando vivía en consonancia con la verdadera filosofía y los instintos humanos sociales, la cosa fué hecha, mediante leyes hereditarias. El derecho del campesino a retener su tierra a medida que evolucionaba del estado de esclavitud al de siervo y de éste al de hombre libre, fué conservado para él mediante una costumbre inquebrantable. El hijo heredaba del padre, ya fuera mucho o poco, pagando tales o cuales impuestos netamente definidos en trabajo, en especies o en moneda contante. Los propietarios libres podían, de acuerdo a la regla, especialmente a fines de la Edad Media, vender su posesión, pero siempre intervenía algún requisito local o algún impedimento para impedir esas transacciones y, por lo tanto, era difícil realizar una venta.

Dentro de las profesiones, la propiedad del artesano en su casa, en su taller, en los útiles de su oficio, estaba garantida por la costumbre. Existía una cláusula en las reglas medievales que protejía a la pequeña propiedad contra las multas judiciales y las confiscaciones. Salvaguardaba las herramientas del granjero, su ganado y caballos, carros y cualquier otra cosa, pudiendo también aplicarse a los instrumentos de su oficio. No se podía embargar a un campesino, vendiendo las cosas que necesitaba para su independencia económica. Debería hacerse revivir ese principio, siempre que estuviera sujeto, dentro de lo material, a la diferencia entre las condiciones modernas y las medie-

vales. Pero, como veremos más tarde, el instrumento principal para la conservación de la propiedad dentro de la profesión, hoy en día, debe ser la Corporación. Para hacer que la propiedad sea susceptible de producción permanente en el campo industrial, es necesario revivir la Corporación, incorporarla y conferirle los poderes garantidos por la ley.

En líneas paralelas, en una nueva emisión de bonos públicos, debemos dar preferencia, en consecuencia, al pequeño tenedor de acciones.

La regulación aun alcanza más lejos, llega a conservar la pequeña propiedad mediante la restricción del poder de enajenar, excepto para ciertos miembros de un grupo definido. Pero sobre todo esto me extenderé más tarde, cuando entre a considerar la Corporación. El punto que debe recordarse es que, dentro de cualquier esquema, para volver a implantar la propiedad bien definida deben incluirse métodos que aseguren su implantación y mantenimiento.

En el esfuerzo por restaurar la propiedad privada, considerándola como una institución general, para la familia, y en forma que imparta su tono a todo el Estado, debemos recordar este importante requisito: la tarea resultará imposible *a menos que la mayoría de los hombres sienta un deseo poderoso hacia la independencia económica y que éste los mueva a alcanzarla.* Podemos conferir la independencia política mediante una plumada; podemos decretar la libertad de los esclavos o conferir el voto a los hombres que hasta ahora no podían votar; mas resulta imposible darles

propiedades a los hombres o familias, en forma permanente, a menos que ellos deseen, con suficiente anhelo, la libertad económica como para afrontar las obligaciones que ella implica.

Esta consideración ha afectado especialmente nuestros problemas políticos en Inglaterra. Muchos entre nuestros hombres públicos, atraídos por la idea de difundir la propiedad, han descubierto que el obstáculo principal reside en la falta de todo deseo hacia semejante estado de cosas, entre aquellos que perciben sueldos. Nuestros esclavos a sueldo han vivido bajo el Capitalismo durante tanto tiempo que un sueldo suficiente y seguro resulta para ellos el ideal económico.

Esta repugnancia para afrontar las responsabilidades de la propiedad que aparece aun en asuntos tan simples como el de una residencia y puede descubrirse, no sólo entre aquellos que ganan sueldos, sino también entre los granjeros arrendatarios ocupados en labores agrícolas, o aun los que descuidan el cultivo de su propia tierra. Comprobaremos continuamente que el granjero arrendatario inglés prefiere trabajar bajo un señor de la tierra —que puede, según la ley, desalojarlo dándole un año de plazo, haciéndolo responsable del mantenimiento de la casa, galpones y mejoras— en lugar de ser su propio dueño y hacer todo esto por sí mismo. Tampoco se trata en este asunto de una falta de capital. Es posible encontrar entre nosotros en Inglaterra muchos hombres con dinero colocado a interés entre sus vecinos o en bonos del Estado

y que no gastarían en edificios para sus granjas o en las mejoras y gastos de mantenimiento que ellas requieren. Si esa repugnancia a ser propietario es auténtica, como en realidad lo es para una gran cantidad de granjeros y aun para una cantidad mayor de trabajadores agrícolas (a quienes se da en alquiler unas viviendas a un precio nada económico — esto es, por mucho menos de lo que su costo garante), esta repugnancia tiene aun mayor justificación en lo que respecta a aquel que gana sueldos en las ciudades. Éste ha vivido tanto tiempo —alrededor de doscientos años— bajo el sistema de los salarios de nuestras grandes ciudades industriales, que no desea ni conoce ningún otro. Si se logra asegurar su existencia mediante un sueldo legal fijo o, en su reemplazo, mediante el subsidio legal, estará contento. No es ni desea ser un ciudadano libre. Es cierto que en Gran Bretaña constituye un caso extremo y que en sus mismas puertas el irlandés actúa de manera exactamente opuesta. *Él* está determinado, en lo concerniente a la propiedad de su tierra, y mediante grandes sacrificios lo ha logrado. En el caso del irlandés, la determinación para ser un hombre económicamente libre fué tan fuerte, que luchó durante un siglo contra las condiciones más adversas, consiguiendo a la postre su propósito y aun obligado al Banco de Inglaterra —que está detrás de todo nuestro sistema de crédito— a financiar la compra de la tierra que arrendaba a aquellos que se la habían confiscado hacía muchas generaciones, invocando pretextos de orden religioso.

El volver a comprar la tierra irlandesa a los grandes terratenientes —en su mayor parte descendientes de los concesionarios extranjeros del suelo irlandés— fué llevada a cabo mediante lo que se llama el Acto de Wyndham, esto es, por la emisión de bonos y sus respectivos intereses garantidos por el crédito inglés, vale decir, virtualmente por el Banco de Inglaterra. Cuando se vencían los pagos de los créditos acordados por la Usura, éstos eran pagados por los antiguos ocupantes que ahora gradualmente compraban la tierra para que se convirtiera, después de muchos pagos, en la propiedad del ocupante irlandés.

Las fortunas políticas hechas bajo este esquema tienen su propio interés, pero sólo de una manera parcial conciernen a nuestro asunto. Los antiguos terratenientes recibían debidamente los pagos afectados sobre la tierra, por intermedio del gobierno Británico. Llegó un momento en que el pueblo irlandés rehusó transferir el tributo al sistema bancario Inglés, manteniéndolo en las manos de su propio gobierno, lo que despertó una querella aún no apaciguada. De todos modos, el punto que debemos hacer notar es este: debido a que existía en Irlanda esa fuerte demanda por la propiedad de parte de los campesinos, se pudo conseguir esa propiedad, y debido a que ese deseo no existe en Inglaterra, la propiedad no puede conseguirse aquí ni está en vías de conseguirse.

Existía, es verdad, mucha compra de tierra por parte de los arrendatarios ingleses, inmediatamente después de la Gran Guerra, pero esto era una cosa artificial y ha quedado reducida a la nada.

Lo que sucedió fué lo siguiente: los precios para los productos agrícolas eran excepcionalmente altos debido a la escasez producida por el cataclismo europeo. Los beneficios del cultivo de la tierra eran, por lo tanto, muy grandes. La clase gobernante, a través del Parlamento, que es su instrumento, hizo promesas ambiguas que este estado de cosas debía ser apoyado. Mientras tanto los principales terratenientes miembros de esta clase sabían, por estar bien informados, que esta condición artificial no podía durar, y en consecuencia ofrecieron la tierra a sus ocupantes. Éstos no tenían capital que les permitiera pagarla de inmediato, de manera que pidieron crédito a los Bancos; cuando se llevó a cabo la transferencia, el resultado final fué que el monopolio bancario, desde luego afianzado en el Banco de Inglaterra, estaba detrás de los antiguos terratenientes, y así se impidió que apareciera una clase de campesinos libres y propietarios de pequeñas granjas.

No existen estadísticas completas en cuanto a los resultados. Cualquiera que intente hacer una estimación aproximada de lo que sucedió en ese importante cambio económico, encuentra su investigación trabada en todo momento por las complejidades de los traspasos que figuran en el registro y el secreto dentro del cual se conserva la mayoría de las transacciones. Pero el hecho en toda su magnitud es notorio. Una amplia proporción de la tierra Inglesa cambió de manos en la tercer década del siglo XX. Nominalmente la transferencia se llevó a cabo, de los viejos terratenientes

a una nueva clase de pequeños propietarios independientes. En realidad, la transferencia era de los antiguos grandes terratenientes al monopolio bancario, que en Inglaterra es la institución más estable y la mejor organizada del mundo.

EL CONTROL DEL MONOPOLIO

En una tentativa para reemplazar el Comunismo por una alternativa humana y satisfactoria, como solución para los males modernos que el Capitalismo ha producido, entraremos a considerar, a renglón seguido, el control del monopolio.

El sistema capitalista nacido de la competencia ha terminado en la contradicción misma de este principio. Se usaba predicarlo en defensa del sistema capitalista, lo cual implicaba que, gracias a su vasta doctrina fundamental de libre competencia, la producción se tornaba más eficiente, los productos de primera necesidad así como los demás se hacían más baratos, beneficiando indirectamente a la cosa pública. El Capitalista en sus primeras etapas no intentó beneficiar a sus semejantes, no intentó beneficiar a nadie excepto a sí mismo. Este era el fundamento de su credo. Mas se decía que en la práctica, al dar libre curso a su deseo de ganar, indirectamente beneficiaba a todos.

Durante mucho tiempo parecía que hubiera mucho que contestar a tan extraña paradoja. Dando libre curso a la voracidad entre los hombres, ésta daría como

resultado el bienestar y la felicidad general, debido a la abundancia de la producción. Si se permitiera que los hombres se explotaran mutuamente, la masa no sufriría como consecuencia de su rapacidad, sino que, por el contrario, se beneficiaría con ella. Así un ferrocarril sería construído, entre dos ciudades, por un grupo de Capitalistas. Otro grupo constituiría una carretera, y los dos entrarían en competencia y su competencia rebajaría los costos de transporte hasta alcanzar un mínimo. Al mismo tiempo la voracidad conduciría a toda clase de descubrimientos para mejorar las comunicaciones; la maquinaria de transportes mejoraría constantemente y todo por el estilo.

Permítase que cualquier distribuidor de productos, digamos, por ejemplo, un almacenero, perjudique a su competidor vendiendo sus productos a un precio que determina la ruina de su vecino con menos capacidad económica que él, y a la larga conseguiráse un servicio de almacenes públicos y particular, más eficiente y mejorado. Durante más o menos setenta años todo esto se ha aceptado como una verdad, pero lo inevitable ha ocurrido; la voracidad libre ha producido el monopolio. Los productores importantes y los distribuidores importantes se fusionaban en monopolios o, si esto fallaba, establecían acuerdos en la restricción de la competencia. Los precios fijados entre ellos y los monopolios, dominaban a la comunidad.

Su poder se ha hecho ahora patente y está admitido. No es universal. Queda un vasto campo abierto a la competencia que afecta un número considerable

de unidades y aun dentro de los pequeños negocios subsiste cierta vitalidad, mas la tendencia a monopolizar opera continuamente, el monopolio avanza continuamente y resulta claro que si no se detiene el proceso, en fecha no lejana, casi toda la producción, distribución y cambio, caerán bajo el control de un grupo reducido de hombres que de esta manera resultarán los dueños de la comunidad. Tal como están las cosas, el ciudadano privado se encuentra desamparado frente a ese control en la mayor parte de sus actividades. Debe realizar la mayor parte de sus compras a determinado precio, y, lo que es peor, de acuerdo a cierta modalidad y diseño que otros han preparado para él. La demanda ya no controla la oferta, en la mayoría de las actividades de la vida en Inglaterra; más bien, es la oferta la que rige y reglamenta la demanda.

Puede decirse que, en parte, esto se debe a la producción en masa y al empleo de la maquinaria con ese objeto. Esto es cierto, pero más importante es la acción del conjunto sobre el monopolio. "La Competencia ha llenado su cometido", se oye decir por todas partes, a hombres que reflexionan sobre la situación, especialmente aquellos que están contentos con el resultado final del asunto. De no mediar algún desarrollo o algún cambio sobre el control del monopolio, debido a los poderes públicos, no sólo la competencia habrá llenado su cometido y desaparecido, sino que también su sucesor, el monopolio, será dueño de la cosa pública.

Otra manera de presentar este estado de cosas se

expresaba mediante una serie de frases corrientes en los labios de los Socialistas de hace una generación, a los cuales ya hemos aludido. —"Permítase el desarrollo de los grandes negocios, cuanto más se acerquen a la forma del monopolio más fácilmente serán adquiridos por parte del Estado". La idea del Socialismo surgió, como ya lo hemos visto, a través del concepto de que todos los monopolios pueden fundirse en un gran monopolio, el del Estado.

Los defensores de la libertad económica, que igualmente y necesariamente son los defensores, en principio, de la libertad privada, temieron y combatieron ese resultado. Pero nada hicieron para detenerlo. Pues de acuerdo a su propia teoría, tal como había sido propuesto en la era Capitalista, tenían que defender la competencia, y al defenderla, defender lo que inevitablemente había de conducir al control monopolizador.

Por lo tanto, cuando se propuso que la ley pública restringiera, en cierta forma, la expansión del Monopolio, se levantó un grito contra la interferencia gubernamental, en nombre de la libertad. Los más inteligentes de aquellos que levantaban ese grito, sabían muy bien que la prevención de la acción común contra el Monopolio, por parte del Estado, habría de resultar beneficiosa para ellos solos. Utilizaban el principio de que el Estado debe intervenir lo menos posible, pero lo utilizaban para poder adquirir, ellos mismos, el poder suficiente, político y económico, que la sociedad tenía por objeto impedir. Mientras tanto

el economista, fuera de moda, viviendo en las tradiciones del pasado, continuaba denunciando la intervención del Estado y confundiéndolo con ese Socialismo que se había propuesto combatir.

Esa extraña combinación entre esos dos aliados mal avenidos, el liberal fuera de moda y el monopolizador moderno, dió por resultado el prodigioso crecimiento del último, hasta el punto de que hoy se le encuentra en todos los sectores, pero, sobre todo, como dueño de los transportes y de las finanzas.

Ahora bien, si la propiedad bien dividida ha de implantarse y mantenerse nuevamente, resulta imperativamente necesario que el monopolio sea tratado de acuerdo con los dos principios de mayor importancia que debemos mantener bien definidos en nuestra mente.

He aquí el primer principio: *Debe hacerse todo lo posible para detener el crecimiento del Monopolio, para intervenir en el momento de su aparición y para dispersar sus fuerzas.* Hasta donde esto pueda hacerse, gracias a la cooperación voluntaria entre los ciudadanos, que sea hecho. Mas debido al poder de la riqueza, especialmente en nuestras comunidades urbanas y de manera más acentuada a través del control de la Prensa y la corrupción de los políticos, la cooperación voluntaria no puede tener un efecto como el de la acción del Estado. Déjese, en consecuencia, que la acción del Estado, esto es, que las leyes o los reglamentos de la Corporación soportada por el poder del Estado, impidan la eclosión del Monopolio por donde quiera

que éste pueda aparecer y asimismo que esas leyes o reglamentos tomen las disposiciones pertinentes para que no pueda desarrollarse en caso de aparecer.

He aquí el segundo principio: *Allí donde no se puede evitar el Monopolio, déjese que el Estado controle, y aun cuando sea necesario, que el Estado se convierta en propietario reemplazando al control privado y a la propiedad privada.*

Un socialista de la antigua escuela, el conductor de su partido en Bélgica, dijo hace unos treinta o cuarenta años: "Dado que el Monopolio es inevitable, debe ser adquirido por la Nación, pues de lo contrario todos nos convertiremos en sirvientes de unos pocos hombres ricos". Esta frase contenía una verdad, pero esta era una verdad a medias. El monopolio no es inevitable en sí mismo, sólo es inevitable bajo ciertas condiciones. La gente generalmente habla de él como si fuera un producto inevitable de la maquinaria, de la rapidez de las comunicaciones o cosas por el estilo. Este es un error de la época en que vivimos, una época en la cual los hombres han olvidado la verdad y la función del libre albedrío y en la cual, corriendo parejas con el materialismo científico popularizado, se cree que la Sociedad humana debe seguir rígidamente la fuerza de las cosas no determinada por la elección humana. La gente ve que el monopolio existe alrededor de ellos y va creciendo cada día. Dan por sentado, desde luego, que no es posible remediar el asunto y que debemos aceptar esa calamidad poniendo buena cara.

Ahora bien, ningún Monopolio es inevitable en el sentido absoluto de la palabra; ni siquiera aquel que aparentemente está más en evidencia. No surge ningún Monopolio sino mediante la aceptación de aquellos que se someten a él. A menudo un Monopolio suele ser más barato, más preciso y más adecuado a su función, y más rápido también de lo que sería un número de unidades en competencia total o parcial. En consecuencia, los consumidores elegirán los artículos que produzca con preferencia a los productos manufacturados por unidades de menor importancia. Mas, si estamos dispuestos a pagar el precio que la cosa merece, no existe Monopolio que pueda resistir a la opinión pública o a la acción directa del Gobierno. Un ejemplo de lo antedicho lo constituye el más conspicuo de todos los monopolios, el sistema nacional de correos. Si debido a alguna razón los hombres no pudieran tolerar el poder monopolizador de esa función, podrían obtener los mismos efectos sin recurrir a él. El correo sería distribuído con menos regularidad y con menor rapidez —este sería el precio que tendrían que pagar— pero no es verdad decir que el monopolio es inevitable. Una ley o la acción individual de los hombres libres podrían destruirlo. Esta verdad se aplica a todo Monopolio bajo el sol como asimismo a toda tendencia a monopolizar.

En la práctica, sin embargo, el monopolio no surge esencialmente debido a las condiciones modernas. Algunos monopolios han existido desde el comienzo de la sociedad humana. Por ejemplo, el Monopolio

de las principales comunicaciones a través de todo un país. Por primitivo que sea un país, sus caminos o senderos deben conservarse en buen estado. Y aunque esto quede al cuidado de cualquier pequeña unidad —parroquia, pequeñas ciudades, o lo que sea—, para conservar dentro de su sección las carreteras o caminos que les corresponden, tiene que existir, aun en forma simple, una autoridad que coordine este servicio, pues de otra manera la continuidad de las comunicaciones se interrumpiría. No puede esperarse que el hombre del lugar repare un puente cuando a él se le antoja. Si así ocurriera, ese hombre podría aislar la comunidad o aun, debido a su pereza, interrumpir su transporte.

En una Sociedad muy compleja, como es la nuestra en el presente, el número de ejemplos de lo que puede llamarse "monopolio natural", aumenta grandemente. Puede, por ejemplo, existir cierto grado de competencia entre varios grupos de ferrocarriles, pero nuestro transporte se haría imposible si un gran número de éstos actuaran en función de competencia e independientemente unos de otros. Más aun, existe un gran número de actividades en las que la concentración de un control en un centro hace que el costo de la producción allí resulte mucho más barato que produciendo en varios pequeños centros. De ahí que la tendencia a la concentración llegue a ser abrumadora.

El ejemplo máximo de lo que antecede en los tiempos modernos, es desde luego la centralización y el monopolio del crédito bancario, sobre el cual, bajo

las condiciones modernas, dependen la mayor parte de la producción, distribución y cambio. Es cierto que existen sociedades donde la creación del crédito bancario goza de más libertad que en otras. En Gran Bretaña está más centralizada que en otras partes, donde casi constituye un monopolio absoluto. Debido a ello, la banca británica es la más eficiente en el mundo y también la más tiránica. Allí donde se permite la creación del crédito bancario a un gran número de centros independientes, la inestabilidad del sistema bancario debe ser evidentemente mayor. Allí donde está virtualmente bajo el control central, como sucede en Inglaterra, su estabilidad llega al máximo. Ahora bien, de todos los monopolios, el del crédito bancario requiere con más urgencia el control público. A menos que la autoridad pública sea el dueño de esa fuerza particular, esa fuerza se adueñará de la comunidad. La sociedad caerá entonces en la peor de las condiciones —no peor en cuanto al orden, pero peor en cuanto a su destino final y a su moral—: el poder divorciado de toda responsabilidad. Hemos observado en el campo importante de la política extranjera un ejemplo de lo que antecede durante estos últimos años. Es un ejemplo que cualquiera debería anotar precisamente porque ha sido ocultado con la mayor precaución.

Gran Bretaña fué a la guerra para impedir que el Reich alemán construyera una flota que pudiera rivalizar con la suya. Después de la guerra, los Aliados Victoriosos dentro de los cuales estaba incluída Gran Bretaña, dispusieron que el Reich del futuro

no habría de tener una flota merecedora de llevar ese nombre. Desde el punto de vista británico, este era el fruto más importante de la victoria común. Mas se continuó manteniendo al Reich —principalmente mediante la ayuda de Gran Bretaña— porque se creía que sería el contrapeso en el Continente al poder terrestre de Francia, y ha sido y debe ser la política permanente de Gran Bretaña, mantener las fuerzas terrestres del Continente divididas y en estado de rivalidad.

Hasta aquí todo iba bien. El Banco de Inglaterra, y con él aquellos que controlan las emisiones del crédito bancario procedente de Inglaterra, vieron en el empobrecimiento y el agotamiento del Reich, debido a la guerra y a la derrota, una oportunidad para colocar grandes empréstitos en Alemania a intereses elevadísimos.

Se daba por sentado, basándose en la experiencia del pasado y sin considerar el cambio completo de las condiciones producidas por la Gran Guerra, que una promesa de pago por parte de un importante gobierno moderno era equivalente a la seguridad real de ese pago. Se hicieron toda clase de esfuerzos por parte del Banco de Inglaterra —y con todo éxito— para impedir la ocupación del territorio alemán como garantía para el pago de las reparaciones. Jamás se les ocurrió a los prestamistas de dinero —aunque con más exactitud debíamos llamarlos prestamistas de créditos— que, a menos que ellos ocuparan el territorio, no tendrían la seguridad para recuperar el pago a la Usura, en gran escala, que ellos esperaban sobre los adelantos que habían hecho. He aquí un ejemplo entre muchos: la Ciudad de Berlín obtuvo un préstamo de Londres al 10 por ciento, para fines municipales. Ese 10 por ciento se parecía más a un 12 por ciento cuando se hubieron pagado las comisiones y otros pequeños gastos inherentes a la transacción. Los usureros ni por un momento dudaron que la promesa dada por la Ciudad de Berlín de pagar £ 12 por año por cada £ 100 de crédito se cumpliría. En el pasado, las pagos de esa índole siempre habían sido hechos por Grandes Naciones y, cuando otras de menor importancia no cumplían lo prometido, se recurría, por lo general, a la coerción mediante la flota o los ejércitos puestos a disposición de los prestamistas para que éstos pudieran recuperar lo que habían prestado.

Todos sabemos lo que ocurrió. Después de poco tiempo los alemanes rehusaron pagar los intereses y se quedaron con los productos materiales y los servicios que constituían el producto del crédito extendido. Esta situación debida a la notoria falta de juicio político demostrada por el monopolio banquero inglés fué la de permitir que los alemanes comenzaran a construir una nueva flota. Hoy el pagador de impuestos en Gran Bretaña puede ver a la Usura extendida en grandes sumas de créditos a los alemanes, por su propio monopolio banquero inglés para que los alemanes puedan construir una nueva flota. El inglés tiene que pagar sin remedio; el monopolio banquero está seguro de su dinero en *su* caso, pero el dinero inglés adelan-

tado en empréstitos Alemanes se lo ha llevado el viento. Jamás será recuperado. Los bancos ingleses han reconstruído más bien una nueva Alemania que una nueva Inglaterra.

Esto constituye quizá el ejemplo más conspicuo de la estupidez inherente al espíritu de codicia que registra la historia. Primero, se ha recargado al pueblo inglés con impuestos mucho más altos que los anteriores con el objeto de destruir una flota rival; las fortunas de los ciudadanos ricos han sido cercenadas en toda forma posible incluyendo los impuestos a la herencia, a las rentas y los demás, de un 50 por ciento a un 75 por ciento. De esta suma una gran proporción va a la Usura extendida a los créditos de la Gran Guerra; ¡y ahora otra proporción va a la Usura extendida a créditos para prepararse a afrontar un rival que los ingleses siempre han vuelto a rearmar!

Tomamos este ejemplo de la política extranjera y es tan evidente que no se necesita otro. Mas el poder del monopolio y del control financiero no está confinado a la política extranjera. Lo vemos en todos los detalles de la vida nacional. El crédito bancario garantido o retenido, hace o deshace cualquier empresa; dado que los créditos bancarios se sienten naturalmente atraídos más bien hacia las empresas importantes que hacia las pequeñas, propende al crecimiento de las grandes unidades contra la pequeña y actúa en favor de un aumento continuo de esa distribución de la propiedad defectuosa que constituye nuestra principal calamidad política y social.

Ahora bien, de todos los monopolios, el monopolio financiero es el que con más naturalidad aparece y, una vez que lo ha hecho, resulta el más difícil de dominar, para cualquier otro poder que no sea el del gobierno mismo. Es el que aparece más naturalmente porque es un campo donde la unidad importante con mayor facilidad absorbe la de menor importancia y en el cual la comunicación es más fácil. Se puede fácilmente transferir millones de crédito bancario desde un rincón del mundo al rincón opuesto gracias a un mensaje telegráfico. Un pequeño grupo de hombres en París o en la ciudad de Londres puede, en un instante, crear y poner en acción un crédito bancario, por ejemplo, en Yokohama. Semejante fluidez no puede aplicarse a otra forma de actividad económica.

Mas el motivo más fuerte para el control del monopolio por parte del Estado siempre permanece en poder de ese monopolio para controlar el Estado mismo, a menos que éste determine constituirse en su propio dueño y hacer del crédito financiero su sirviente. No será posible obtener la seguridad de la propiedad bien dividida ni de la libertad de la actividad económica en la sociedad hasta que el crédito central sea controlado por los funcionarios de toda la comunidad.

Hemos visto que si bien las condiciones modernas no determinan el crecimiento del monopolio en forma inevitable, lo logran mediante tendencias muy fuertes. Más aun, admitiendo esto siempre resulta cierto que la mayor parte del monopolio moderno o del casi

monopolio no es el resultado de fuerzas económicas siempre irresistibles sino simplemente el resultado de dejar grandes caudales de riquezas libres para atacar y destruir unidades más pequeñas.

Todos sabemos cuáles son las armas que la unidad más importante puede usar contra su rival menos fuerte. Ya hemos visto que un anuncio resulta proporcionalmente más efectivo en manos de la unidad importante. Hasta cierto grado de expansión, todas las sumas por concepto de sobregastos se reducen mediante la concentración bajo un solo control. En general, los instrumentos actuales resultan más baratos cuando se emplean en gran escala que cuando se emplean en pequeña proporción.

LA CORPORACIÓN

Para impedir esa calamidad, el crecimiento del Monopolio, debido a la producción o distribución irrestringida de la unidad grande perjudicando a la pequeña, sólo existe un instrumento eficaz. Es un instrumento descubierto en los orígenes mismos de la Sociedad y probado por nuestros antepasados en la Edad Media. Este instrumento sólo fué destruído cuando la filosofía social de los tiempos católicos fué desalojada por una filosofía social falsa que siguió a la Reforma: ese instrumento es la CORPORACIÓN. La Corporación es un instrumento mediante el cual cualquier clase de economía humana puede actuar en

forma cooperativa y, al mismo tiempo, aceptar y reconocer la dignidad humana y las funciones del libre albedrío humano.

La esencia de la idea de la Corporación es la idea directora de los hombres que persiguen la misma forma de actividad, pero sólo en la cooperación limitada, a fin de preservar la libertad económica —es decir, la propiedad y los medios de existencia— de cada miembro de la corporación.

La función de la Corporación no es la de impedir que un hombre prospere en alguna actividad de orden económico donde resulta competente; su función consiste en impedir que el hombre próspero pueda afectar la base económica de uno o más de sus compañeros en provecho propio.

La función de la Corporación no consiste en sostener a un miembro de ella en guerra con el resto de la Sociedad o luchando contra alguna otra sección de la Sociedad: consiste en fortalecer a ese miembro como individuo y como jefe de esa unidad de toda la Sociedad —la familia— de modo que pueda sostener lo que le corresponde contra la amenaza de una competencia poderosa por parte de sus compañeros o de la opresión motivada por actividades económicas ajenas a la suya.

Allí donde la actividad de una corporación requiere instrumentos de cierto valor, la Corporación dispone que esos instrumentos no caigan bajo el control de unas pocas manos. Donde la competencia es necesaria, corresponde a la Corporación supervisar

su disposición y ver que dentro de ésta el hombre pequeño no sea destruído por el grande. También es función de la Corporación fijar precios de los artículos que produce, pues de lo contrario explotaría indebidamente a sus compañeros ciudadanos fuera de su propia jurisdicción. Por último, la Corporación debe, como ya lo he dicho, defenderse contra la presión indebida de otras corporaciones. La Corporación, en sí, sólo es un miembro de una comunidad de Corporaciones, como quien dice la trama que debe recubrir a un estado bien organizado dentro del cual los hombres tienden a fundar y sostener la libertad económica para el individuo y la familia.

Estos son principos abstractos. Corresponde exponerlos en forma concreta a fin de darles sustancia. Existe un número de almaceneros en la comunidad. Si estos almaceneros y sus negocios están organizados dentro de una Corporación, ésta pondrá un límite al negocio que todo almacenero pueda hacer. No se necesita que sea ese un límite rígido. No se necesita aquí la igualdad, la cual, podemos repetir ahora como ya lo hemos hecho a través de todo nuestro examen de las condiciones económicas, no es factible para la mayoría de los hombres interesados en los asuntos económicos. Pero la Corporación establecería un límite de manera que cada uno de sus miembros pudiera obtener cuando menos los medios de vida necesarios. Prohibiría a cada uno de sus miembros, aun a aquellos más prósperos, amenazar los medios de existencia de los hombres corporados de menor situación.

Bajo el sistema corporativo, no podría ocurrir, por ejemplo, el espectáculo que tengo ante mis ojos, aquí en Londres. En esta ciudad existe un negocio respetable e importante de almacén, dirigido por la misma familia durante tres generaciones. Provee a un número limitado de personas pero bien acomodadas y ha producido una buena renta que ha ido aumentando lentamente. Una de estas combinaciones llamadas hoy "cadenas de tiendas", con el objeto de suprimir este negocio de almacén perteneciente a una familia privada que proveía a la localidad, compró una propiedad *al lado,* instaló una de sus innumerables sucursales y procedió a vender sus productos más baratos que al precio de costo, con el propósito de arruinar el antiguo almacén.

Esto es lo que ocurre en todo el país. Es lo que corresponde a las condiciones económicas caóticas dentro de las cuales vivimos, y que de no establecerse control alguno, terminará por destruir totalmente los negocios conducidos por las familias. Ahora bien, bajo el sistema corporativo, semejante cosa no podría ocurrir. Un hombre no podría abrir un almacén a menos que fuera un miembro de la Corporación, pues la Corporación sería perseguida por la ley si sus miembros se dedicaran a ciertas actividades prohibidas legalmente a aquellos miembros de la Corporación. No podría vender por debajo del precio de costo, porque dentro de ciertos límites la Corporación fijaría los precios y las utilidades. Ni siquiera podrían hacer la competencia en forma desenfrenada o malvada esta-

bleciéndose al lado de otro corporado, pues de suceder así, éste lo llevaría ante el tribunal de la Corporación, que lo multaría severamente por llevar a cabo semejante acción inicua.

Tomemos otro ejemplo. Un hombre necesita para su taller de carpintería comprar ciertos instrumentos cuyo valor sería, por ejemplo, de £ 500. Vamos a suponer igualmente que otra firma más importante y que necesita quizá elaborar un producto en una forma más complicada, necesitará un taller con instrumentos por valor de £ 800. Otro hombre de menor capacidad sólo necesitaría un capital de £ 200. Aparece entonces un descubrimiento que permite realizar cierto trabajo de carpintería en forma mejor, más rápidamente y más barato, mediante el empleo de cierto instrumento, pero ese instrumento cuesta £ 4.000. Está fuera de los medios de todo miembro de la Corporación. Entonces la Corporación lo proveerá, vigilará su empleo y la distribución de su producto entre los miembros de la misma en proporción a su situación dentro de la Corporación. La Corporación ya ha tomado sus medidas para que ninguno de sus miembros pueda llegar a ser tan grande como para destruir los medios de existencia de otro; la propiedad productiva entre los miembros de la Corporación, aun cuando no igualmente distribuída, permite que cada uno de ellos pueda ser dueño, y ahora, de acuerdo a sus contribuciones, los corporados se dividen la producción del nuevo instrumento.

Tomemos otro ejemplo —una unidad que requiere poca propiedad movible—: una Corporación de abogados o doctores. Esta Corporación establecerá reglas prohibiendo ciertas formas de competencia que considera peligrosas para la independencia de sus miembros. En la mayoría de los reglamentos profesionales de este género, lo antedicho existe virtualmente bajo la forma de costumbre que la opinión y la cooperación de los miembros de la profesión obligan a cumplir. Logrando hacer cumplir legalmente estos reglamentos, la Corporación profesional completa entrará en funciones.

Sería fácil llenar todas estas páginas únicamente con consideraciones sobre esta fructífera, elemental y esencial estructura económica. Nuestros antepasados la disfrutaron durante siglos; era la principal institución económica del Estado; aún existen reliquias entre nosotros que atestiguan su valor (por ejemplo el Waterman's Guild of the River Thames, en Londres). En nuestros esfuerzos por lograr una reforma económica que devuelva su salud y bienestar a la Sociedad, resulta esencial formar una Corporación [1].

Para terminar destacaremos los cuatro principios de la Corporación. Cada uno de ellos es necesario para su existencia y cada uno de ellos factible, en cuanto los hombres se acostumbren a la idea y a sus prácticas.

---

[1] Sobre el particular, el lector puede consultar los trabajos del finado señor Penty. Son lúcidos y completos, especialmente cuando tratan lo referente al *Precio Justo* tal como fué establecido por la Corporación.

El primer principio es este: la Corporación debe gobernarse a sí misma, establecer sus propias reglas admitiendo a sus miembros bajo las condiciones que ella determine, fijando el precio de sus productos o actividades, juzgando el trabajo hecho de modo que esté a la altura de cierta norma convenida, estableciendo arreglos que la acción Corporativa puede llevar a cabo mediante sus miembros corporados, allí donde se requiere un esfuerzo superior a los medios del individuo corporado. Este carácter de gobierno propio debiera establecerse en algún lugar céntrico para ejecutar los trabajos de oficina y para realizar la intercomunión de sus miembros. Asimismo sería necesario extender un sistema de esos centros a través de toda la Nación.

El segundo principio es que la Corporación, como cualquier otro organismo viviente, debe ser limitada. El número de miembros que actuarán en ella, en primera instancia, puede ser decidido por la Corporación que se gobierna a sí misma, es decir, por los órganos gobernantes y funcionarios de la Corporación. Mas esto sólo debe ocurrir en armonía con las autoridades responsables ante todo el Estado; de otra manera una Corporación podría usar su monopolio perjudicando a la Sociedad que la rodea. No existe el peligro de que estos cuerpos limitados y privilegiados lleguen a ser demasiado grandes; el peligro, siempre, es que lleguen a ser demasiado pequeños, y en consecuencia el Estado debe tener la facultad de regular el número de miembros que debe figurar en cada uno de ellos

con el fin de satisfacer las necesidades de la Sociedad. La misma regla se aplica a los precios fijados por la Corporación. Para los productos generales de la Sociedad, debe existir alguna autoridad central y social que decida cuándo la Corporación, en su serie de precios establecidos, explota indebidamente a la comunidad.

El tercer principio es aquel que concierne a la propiedad. Por su naturaleza misma, una Corporación debe ser una Corporación de *Propietarios*. De otra manera el individuo y la familia quedarían desprovistos de esa libertad económica que la Corporación debe mantener. Una Corporación organizada bajo una base comunista, implica una contradicción en sus términos.

Supondremos, por ejemplo, que tenemos ante nosotros una Corporación de transportes dividida en numerosas sucursales. Supondremos que una de las sucursales es la Corporación que dirige tal o cual ferrocarril. Los miembros corporados o sus familias no serían los propietarios, el uno de una locomotora, el otro de un vagón, el otro de una estación. Basta plantear la cosa para demostrar su absurdidez. Mas el conjunto del negocio debe ser de propiedad de sus miembros. Y cuando dentro de la naturaleza de las cosas (y un ferrocarril es un ejemplo de esto) la unidad es importante, el que se gobierne a sí misma representa una dificultad en proporción a su tamaño y, en consecuencia, la influencia de la Administración del Estado para controlarla deberá aumentar propor-

cionalmente. Sin embargo, el elemento del gobierno propio puede estar presente y en forma activa. Las distintas ramas de actividad en un sistema ferrocarrilero, deberían tener cada una de ellas su local para clasificar, reunirse, votar las distribuciones y todo lo demás, de acuerdo con los órganos centrales encargados de la vigilancia y cooperación de toda la Corporación.

El cuarto principio quizá sea el más importante de todos. Si hemos de impedir la aparición de un Proletariado y el objeto de la Corporación es prevenir que esta calamidad aparezca, debemos tener una jerarquía. De todos modos la jerarquía es esencial en todos los asuntos humanos. Es tan esencial para la dirección de una Corporación como para la dirección de cualquier otro organismo social. Debe existir una jerarquía de las profesiones y de los deberes. Mas en la función característica de la Corporación y especialmente de la Corporación de los artesanos, conviene tener otra jerarquía en el sentido de un distintivo entre el postulante y el miembro ya admitido.

Ese es el concepto que está en la base de esa antigua e invalorable institución llamada el aprendizaje. Mediante ella se renueva la Corporación, se mantiene su continuidad y no sólo su continuidad, sino también su excelencia y su actitud para hacer el trabajo que le corresponde. El miembro corporado desea, desde luego, que su hijo, o, en el caso que aumenten las actividades de la Corporación, dos o más de sus hijos disfruten los privilegios de la libertad y propiedad que él mismo ha disfrutado. En consecuencia, los propone como postulantes, esto es, como jóvenes que desean adquirir todos los beneficios que disfrutan los miembros de la Corporación. En esta clase y con este carácter son admitidos. Se les somete a la autoridad de los superiores diestros en el trabajo, y sólo después de reconocer su competencia se les acordará el grado al cual aspiran. El antiguo término que designaba este grado era el de "Maestro". De esta suerte, a medida que mueren los miembros de la Corporación, ésta se se renueva, el organismo, considerado en conjunto, continuamente se reproduce, y sus aptitudes para las funciones que debe desempeñar están garantidas.

Desde luego no es posible restaurar la Corporación basándola en un programa establecido. Ninguna cosa humana puede de esta suerte existir de una manera mecánica. Debe abrirse su camino a la existencia una vez más como lo hizo cuando primero fué formada, en las primeras épocas de la humanidad, y, en particular, cuando llegó a su punto más alto y más eficiente: en la Edad Media. Mas la idea está tan en consecuencia con el hombre y constituye una necesidad tan evidente para nuestra actual Sociedad económica perturbada, que bastará sea propuesta y ardientemente predicada para que se abra camino.

CONVERSIÓN

Aun en el caso de haber considerado en todos sus detalles la política requerida para restaurar la propiedad y la consecuente libertad económica como una alternativa para el Comunismo, subsiste una calificación o requisito que se relaciona a esa política. Su carácter tiene importancia tan fundamental que determina el conjunto. Si éste falta, la política está predestinada al fracaso; recordándolo e insistiendo sobre ello, y solamente así, esa política podrá tener éxito.

Ese requisito o calificación consiste en el restablecimiento, en nuestro medio, de la cultura Católica, y con ese objeto, el avance hasta cierto límite necesario y más allá, de hombres católicos y de prácticas católicas en la comunidad. Habiendo dicho esto, pasaré a definir los términos de esta proposición.

En primer lugar, una conversión hacia la cultura católica es necesaria para la restauración de la libertad económica, porque la libertad económica fué el fruto de esa cultura en el pasado. La Corporación, el sistema cooperativo agrícola, el conjunto de salvaguardias para la propiedad de la familia —todas esas cosas que hemos visto en el pasado y que proponemos como programa para el futuro— provinieron de la cultura católica que en sí misma era el producto de la doctrina católica.

Fué la Fe lo que gradual e indirectamente transformó al esclavo en siervo y al siervo en campesino libre. Fué la Fe la que mejoró a la Corporación, heredada del Imperio Pagano, implantándola como la cosa fundamental que fué durante el gran período medieval: la garantía de la libertad. Fué la Fe, mediante la atmósfera moral que supo crear, lo que detuvo y refrenó la usura, esa usura que había minado por completo la Sociedad Pagana, antes del triunfo de la Iglesia, y que hoy está minando a la nuestra. Fué la Fe la que circunscribió a la competencia dentro de ciertos límites e hizo que su práctica resultara servicial a la propiedad bien dividida. Esta competencia, si hubiera caído en exceso, hubiera dividido a la Sociedad en dos categorías, una compuesta por muchos indigentes y otra compuesta por unos pocos poseedores. La ruptura de la unidad en Europa fué lo que dió libre curso a todos los males que ahora sufrimos y amenazan destruirnos.

No es posible construir una Sociedad sintéticamente, porque se trata de una cosa viva; debemos ver en primer lugar que el principio vital exista, pues de él se desarrollarán más tarde los caracteres del organismo. No será posible establecer las instituciones características de la libertad económica en una Sociedad Pagana, herética u otra totalmente indiferente; no será posible refrenar la competencia que sola es suficiente para destruir semejante libertad, ni perseguir permanente y consecutivamente cualquier otra parte del programa. La cosa debe ser hecha totalmente

y sólo puede hacerse totalmente gracias a la influencia de un ambiente católico.

Así pues, debemos tender hacia la conversión de la Sociedad, y si eso falla, ningún esquema de libertad económica estable podrá sostenerse. Procedemos, conviene recordarlo, de la esclavitud; nuestra Sociedad estaba antes totalmente basada sobre la esclavitud y a la esclavitud está retornando. No existe otra defensa contra ese destino que la acción contraria del catolicismo.

Esto en cuanto al primer punto. He aquí el segundo: la Cultura Católica no significa ni implica la universalidad. Una nación o toda una civilización pertenece a la cultura Católica, no cuando está enteramente compuesta por creyentes fervorosos practicando minuciosamente su religión, ni siquiera cuando se jacta de tener una mayoría de ellos, sino cuando tiene en su seno un *número determinante* de unidades, instituciones familiares, individuos inspirados y tenaces en el espíritu Católico.

Esta doctrina del Número Determinante ha sido ya repetida en estas páginas. Resulta esencial para la comprensión de cualquier movimiento social o político y debe ser nuevamente aclarada y comprendida antes de seguir más adelante en el método de la conversión.

Se descubre el Número Determinante de cualquier asunto mediante la experiencia y el examen; no se llega a él por ninguna regla general y aun menos por otra de carácter matemático.

Por ejemplo, en el caso de acontecimientos raros, un número muy pequeño basta para obtener un efecto determinante.

Un distrito sacudido cada diez años o cosa así por un violento terremoto, es un distrito donde los terremotos ocurren en número determinante. Si fuera a sumarse el tiempo que han durado esos terremotos durante un siglo, quizá no se llegaría a completar el intervalo de una hora; sin embargo, y sin duda alguna, cualquier isla sujeta a catástrofes tan excepcionales, aunque una vez cada tantos años y durante unos pocos minutos, sería una isla considerada por todos los hombres como maldita.

Si consideramos cierta calle en una ciudad donde se cometen una media docena de asesinatos por año, y eso, año tras año, esa calle adquiriría notoriedad; apestaría a asesino aunque el número total de domicilios implicados por esas acciones no llegara a sumar ni el cinco por ciento del total de las casas de esa calle.

En el otro extremo, cuando consideramos cosas normales que ocurren al hombre dentro de cualquier situación de su vida, el número determinante en este caso implica una proporción muy grande de la comunidad. Calificamos a una sociedad de negroide sólo cuando presenta una gran proporción de sangre africana. Esta regla se mantiene aun en las cosas anormales para el hombre y que el hombre no puede suponer que sucedan en todas partes, sino que son hábitos generales de una sociedad, tales como las características

raciales, por ejemplo. El número determinante debe ser amplio; en cuanto a su amplitud, sólo la experiencia y el examen podrá decidir. Tampoco podrá ser un número exacto sino que siempre será algo que está dentro de ciertos límites.

En el caso de una religión o más bien de una atmósfera religiosa, la condición principal del número determinante es la que imponga su contextura o colorido sobre toda la Sociedad. Es probable que en la mayor parte de la Edad Media, la mayor parte de los hombres en la mayor parte de la Cristiandad practicaban su religión muy poco o nada. Mas no existía la influencia negativa correspondiente; la influencia positiva irradiando desde aquellos que con más intensidad la practicaban hacia una franja exterior donde había decaído hasta la extinción, fué lo que dió a Inglaterra, Francia, España, Alemania e Italia de la Época, un carácter netamente católico.

Estando las cosas así dispuestas, ¿cuáles son los métodos que debemos adoptar para intentar la tarea de restaurar esa atmósfera católica en el mundo moderno?

Comenzaremos por estimar las fuerzas a nuestro favor y las que nos son contrarias. Esas fuerzas se diferencian según consideremos una nación de la antigua Cultura Católica, tal como lo es Francia en el presente, dividida en asuntos de religión; o una de aquellas naciones, tales como Suecia o Inglaterra, que se separaron de la unidad Católica en la época de la Reforma, perdiendo las tradiciones de Europa. O también, una de aquellas naciones, como por ejemplo

Holanda, en la cual, mientras el gobierno y la mayor parte de la riqueza no es católica o es anticatólica, existe una minoría importante —que quizá pronto alcance a la mitad— de ciudadanos católicos. Existe un caso totalmente distinto en lo referente a Estados Unidos: una nación que fué fundada y creció mucho después de la ruptura de la Cristiandad; una nación que tenía en sus orígenes una tradición casi exclusivamente anti-católica, o no católica, con sus correspondientes costumbres sociales que luego fueron modificadas por la inmigración católica.

Las fuerzas que propenden a la restauración católica y las que se oponen a esa restauración son muy distintas, tanto en lo que concierne al carácter como a la proporción, en esas distintas formas de la Sociedad.

En las naciones de la antigua y continua cultura católica entre las cuales Francia puede ser considerada como contribuyendo al ejemplo más conspicuo, la Sociedad está ahora dividida de una manera más o menos definida entre la católica y la no católica; pero la parte de Francia o de Italia que no es católica deriva sus tradiciones, no de la Reforma, sino de la reacción directa contra la disciplina y la autoridad católica. No es hostil a la moral católica; por el contrario, aun cuando no tenga conciencia de ello, está empapada de filosofía católica con sus resultados directos inherentes; pero *está* en rebelión activa contra la disciplina de la Iglesia y ha ahondado la fe, en sus doctrinas fundamentales, aun aquella de la inmortalidad, y por último la de un Dios creador.

Ese antagonismo se conoce en las naciones de cultura católica con el nombre de "anti-clericalismo". Para hablar con exactitud, este nombre más bien pertenece a una actitud política que vigila celosamente y sospecha de cualquier exceso de poder, por parte del clero, en asuntos civiles y políticos, pero en la práctica ha llegado a significar la distinción entre los anti-católicos y católicos en las naciones de cultura católica, y su compañero ciudadano, ya la practique o no, se inclina por simpatía hacia la Iglesia Católica y todas sus tradiciones.

En las naciones que se separaron de la unidad católica en el siglo XVI, especialmente en Prusia [1] e Inglaterra, que constituyen los dos grandes ejemplos del Protestantismo, la aversión y el odio hacia el Catolicismo varían en grado de una a otra; pero el odio y la ignorancia generalmente se encuentran juntos. Gran Bretaña es el país donde la aversión hacia las cosas católicas adquiere mayor fuerza y donde al mismo tiempo la memoria de ellas se ha atenuado más. En las Alemanias y aun en la Prusia genuina existe un gran conocimiento del catolicismo, porque los alemanes respetan el conocimiento histórico y porque algo así como la mitad de la raza alemana conservó la Fe,

[1] Empleo aquí la palabra "Prusia" para significar la antigua Prusia antes de que ésta se anexara la tierra del Rhin. Las provincias renanas del Reich son, desde luego, en su mayor parte, católicas; no están atadas por sus tradiciones a la Prusia propiamente dicha, cuyo centro es Berlín, capital ésta y distrito éste que han sido durante siglos el centro continental del anticatolicismo.

de suerte que el idioma alemán común y todo el cuerpo alemán de las costumbres sociales está repartido por igual entre los católicos y los anti-católicos.

Esas dos divisiones en Europa, la Católica y la anti-católica, tienen esto en común, que ambas fueron fundadas y formadas por la Iglesia Católica de la Edad Media; aquellos que se separaron de la unidad católica aún conservan algún recuerdo, y muchas ruinas, de su pasado católico; aquellos que no se separaron, tienen plena conciencia de su pasado católico y no existe solución de continuidad entre éste y ellos.

Cuando consideramos el Nuevo Mundo, y en particular a los Estados Unidos, observamos un estado de cosas completamente distinto. Desde el principio esta Sociedad o comunidad fué anti-católica en lo que atañe al carácter; esto ocurría de una manera casi absoluta en el comienzo; después esa condición sufrió modificaciones debido más a la inmigración que a cualquier otro factor, pero los inmigrantes católicos eran pobres.

Ahora bien, en la historia de todas las naciones el control de la riqueza afecta profundamente el desarrollo del mundo social. La propiedad de la tierra y de las reservas de riqueza, el control del Capital y desde luego el de la Industria están principalmente en poder de las familias de origen Protestante: inglés, escocés y holandés. Estos continuaron impartiendo el tono a la cosa pública. Aparte de esto, la situación de los católicos dentro de la masa de la Sociedad, en lo que a números respecta, siempre fué inferior. Durante

sesenta o setenta años aumentó rápidamente; pero los católicos de Norte América seguían siendo siempre una minoría, viviendo en medio de una Sociedad cuyo tono general deriva de la Reforma y en gran parte del Calvinismo.

Estas divisiones existen; modifican, como ya lo he dicho, la naturaleza y la proporción de las fuerzas que actúan en favor o en contra de la Restauración de la cultura Católica. Por eso en una sociedad las fuerzas del nacionalismo (como ocurre en Inglaterra) se opondrán fieramente a semejante Restauración; mientras que en otra parte (como ocurre en Francia) la fuerza del nacionalismo que antes fué semihostil, puede decirse que casi es totalmente favorable a la Restauración de una atmósfera Católica. Pero en toda Sociedad moderna, sea cual fuera su complexión dentro de nuestra civilización, aparecen ciertas fuerzas importantes que se muestran hostiles a esa recuperación de la atmósfera Católica sin la cual nuestra cultura debe perecer.

A favor de nuestra Restauración está todo el peso de la historia; los mitos y las falsedades de la historia oficial, ya anticlericales en los países católicos o protestantes nacionalistas en otros, se oponen a nosotros, mas todo el cuerpo de la verdad histórica está con nosotros. Es una verdad histórica que sólo necesita ser examinada para ser admitida; hela aquí: nuestra civilización fué hecha por la Iglesia Católica y su madurez y salud han dependido del mantenimiento del armazón Católico.

Al mismo tiempo se oponen a nosotros cierto número de asociaciones de ideas irracionales, tales como la asociación de ideas entre el anti-catolicismo y la causa de la justicia social, o la asociación de ideas entre el progreso de la ciencia física y el progreso del escepticismo. En este dominio, como en el dominio de la historia, el conocimiento está de nuestra parte; lo único que debemos hacer es combatir la ignorancia. Así pues, tenemos cartas de triunfo en la mano. Pero la mayor fuerza de los triunfos en nuestro poder consiste en la consonancia entre la moral Católica (el fruto de la doctrina Católica) y la naturaleza del hombre susceptible de ser descubierta. Los hombres pueden descubrir de una manera pragmática que a través de la Fe se recuperan las cosas humanas. Su desesperación por la ausencia de la Fe es el mejor argumento que tenemos a nuestro favor.

Existen dos fuerzas totalmente distintas que se oponen a nuestros esfuerzos en los países principalmente anti-católicos por tradición (son los que aquí hemos de considerar ahora; países fundados y gobernados por hombres que nacieron fuera de todo contacto con la Iglesia Católica y que en gran parte eran hostiles a ella por tradición) y resulta un rompecabezas relacionar esas fuerzas; sin embargo las vemos actuando al unísono: la de la ignorancia y la de la aversión.

Parecería más razonable que se odie o que se sienta aversión solamente hacia aquello que se conoce; pero es un hecho que muchas veces los hombres sienten manifiesta aversión hacia algo que conocen muy poco.

Parecería que la razón de esto fuera que los hombres odian sobre todo a través de cierto contacto determinado.

Así, pues, a través de las innumerables facetas del carácter humano encontramos alguna persona, solamente una, y esa una siente aversión; podemos concebir la aversión por el carácter total, a través de esa experiencia rudimentaria. Así sucede con la actitud de las sociedades no Católicas respecto a la Iglesia Católica. Reaccionan contra la poderosa organización de la Iglesia, el extraño "revestimiento" exterior de la Iglesia, su liturgia expresada en un idioma antiguo, sus ornamentos y lo demás; a menudo reaccionan asimismo contra su reivindicación a la autoridad, y más a menudo aun con sus extrañas maneras cosmopolitas que forman contraste con sus tradiciones nacionales más estrechas. Pero cualquiera sea la explicación, el hecho principal que debemos tener en cuenta al abordar nuestro problema es la combinación de la ignorancia y la aversión. Intentamos extender la atmósfera Católica sobre multitudes que en grado distinto desconocen y siente aversión hacia la Fe. Nuestro objeto es empapar a toda una Sociedad con la cultura Católica, cultura ésta a la cual no están familiarizados y que por lo tanto provoca su hostilidad.

Resulta claro que en semejante esfuerzo el método a seguir y los instrumentos requeridos serán muy distintos de aquellos que los hombres usan en un país de antigua tradición Católica. En el primero existe una filosofía poderosa y activa que sólo necesita ser

reforzada hasta que vuelva a empapar el espíritu social; esta es la manera como se debe trabajar, por ejemplo, en Francia o entre la clase media intelectual en Italia, o entre la población proletaria desesperada e irritada de ciertas ciudades españolas.

¿Cómo hemos de ponernos a trabajar ahí? Según a mí me parece, la estrategia adecuada puede resumirse en dos títulos: Propaganda Impresa y Programa.

Nos corresponde dar a conocer la Iglesia, sus doctrinas, todo su espíritu, su pasado —la cosa misma, la personalidad— por medio de la Propaganda Impresa. Y nos corresponde dar cuerpo a nuestro esfuerzo para dirigirlo a un fin correcto y mantenerlo atento a una tarea consciente, presentando un Programa (en el campo político llaman a esto "Plataforma") donde ha de descubrirse una solución para los males graves, casi mortales, que afectan a la Sociedad, debido a su abandono de la Fe.

Puede objetarse aquí que estoy hablando de cosas inferiores y materiales, o cuando menos de cosas temporales. Esto es cierto en cuanto al método y a los instrumentos que propongo. La conversión de cualquier Sociedad o del Mundo es la obra de la Gracia, y en tanto los hombres son los agentes de la Gracia; esa tarea es la del ejemplo; son los Mártires y los Santos los llamados a reintroducir la Fe en lo que ésta puede ser restaurada. Pero aquí estoy hablando de cierta acción particular y circunscrita, porque sólo me estoy refiriendo a un método práctico, tendiente a obtener un fin práctico.

Consideremos los dos términos aludidos y en orden respectivo considerando primero la Propaganda Impresa antes de considerar la idea de un Programa.

La Propaganda Impresa no es satisfactoria, porque es un método imperfecto de comunicar nuestras ideas a nuestros compañeros. Esto, en particular, no resulta satisfactorio cuando las ideas que han de ser transmitidas tienen toda la magnitud y multiplicidad de aquello que es lo más grande, más diverso y sin embargo la más unida de todas las concesiones, la Fe. El verdadero instrumento para la propagación general de la Fe, esto es, el verdadero instrumento social distinguiéndolo del instrumento personal del ejemplo, es la prédica; la acción por medio de la palabra. Mediante este método fué fundada la Iglesia; y es el método gracias al cual la Fe ha sido mantenida a través de los largos siglos de su acción. Mas tal como están las cosas aquí ahora, el principal método a nuestro alcance es la prensa de imprimir. Sólo gracias a ella nos será posible llegar a las multitudes. Mediante ella sobre todo debemos llegar a la masa de los hombres. La prédica aún mantiene su rol, especialmente en las discusiones con nuestros compañeros; y en particular cuando una discusión, conferencia o cualquier otra forma de prédica, se dirige a aquellos que no están de nuestra parte. Mas sobre la Prensa debemos concentrarnos para nuestro esfuerzo más importante; y haciendo uso de ella en aquello más importante obtendremos el éxito o iremos al fracaso.

Ahora bien, la seducción de la Propaganda Impresa recae en dos grupos muy distintos, tal como las cosas están ahora organizadas. Existe en primer lugar la seducción del libro; después existe la seducción de la prensa efímera, los diarios y las revistas.

Trabajar utilizando la revista es trabajar bajo condiciones manifiestamente adversas; la Fe no es una "novedad"; el público aborda el artículo de una revista o un diario con el objeto de recibir información sobre cosas cuya seducción ya le es familiar, desea tener noticias de viajes, de tragedias, de comedias, de personalidades famosas o notorias según los acontecimientos del día. Sobre el particular, desgraciadamente, casi toda la acción Católica, tendiente a un efecto Católico sobre nuestros compañeros, está canalizada dentro de publicaciones hasta cierto punto señaladas para lectores que ya son católicos. Asimismo está canalizada en publicaciones que tratan en particular con lo que puede llamarse las actividades domésticas de la Iglesia, sus servicios, sus órdenes, sus asuntos "domésticos". Y los asuntos domésticos resultan aburridos o carentes de sentido para aquellos que no son de la casa.

Debemos, desde luego, hacer uso de la prensa efímera en todo lo posible, pues alcanza a mil lectores allí donde el libro sólo alcanza a uno. El único amplio camino abierto que tenemos mediante la Prensa y que resulta de algún valor aquí, es a través de las notas en los libros, los comentarios ofrecidos al público por los revisteros, los artículos importantes de oportunidad. En ellos el mensaje que ha de transmitirse sufrirá ne-

cesariamente una distorsión al pasar a través de un medio extraño. El revistero o articulista de nota no se sentirá en su terreno, o le parecerá hallarse fuera de contacto, con cualquier libro que sostenga lo que desde el punto de vista católico se tiene que decir. No podemos aún constituir el instrumento principal con la acción directa a través de la prensa efímera excepto bajo una forma particular. Esta forma es la revista hebdomadaria seria que recibe un subsidio adecuado.

Cabe ahora disponer los elementos de esta proposición ante nosotros; es un asunto del cual tengo una larga experiencia personal y de cuya dirección puedo dar testimonio.

Nada afecta tanto a la opinión —aunque actúe a larga distancia y después de un retardo considerable— como una revista inteligente redactada por hombres capacitados para escribir y para administrar. Para que obtenga todo su efecto debe ser, como ya lo he dicho, semanal; una revista mensual no carece de valor, pero tiene menos efecto; una revista trimestral casi no tiene efecto en la propagación de una idea. Tiene a veces cierto valor literario, pero poco fuera de éste.

Todos conocemos estas publicaciones, semanales, que proceden del sector anti-Católico y en particular del sector Rojo en el campo de la política. Casi siempre pierden dinero. Están ayudados por subsidios, ya del producto de los anuncios o el de los intereses financieros de clientes privados. No podrían aparecer sin una ayuda financiera importante. Existen, es verdad, algunas revistas semanales de gran circulación, y muchas de una circulación importante, pero ninguna de ellas podría tener esa circulación si hubieran de llenar el objeto que yo propongo. El precio de venta debe ser bajo, o, de lo contrario, la publicación no surtirá efecto; las entradas por concepto de anuncios serán limitadas, y resulta esencial que la revista no dependa de ellas.

Por lo tanto, repito, el destino de una revista semanal Católica de alta categoría *estará* sujeto a una pérdida regular y constante. Deberá publicarse teniendo en cuenta esa pérdida, y por consiguiente será menester encontrar el subsidio que ha de mantenerla. Este es el primer punto necesario; el segundo consiste en que el Editor elegido sea competente, que tenga un buen salario, un contrato largo y que carezca de compromisos de toda especie. Pero al elegirlo conviene tener presente ciertos puntos y en particular aquél que ahora aparece en este catálogo: v. gr., que la revista debe tratar con hombres, con libros y asuntos de política corriente, con sólo un mínimo (si es que ese mínimo es necesario) de prédica Católica directa. Nuestros rivales que propagan la filosofía Comunista o semi-Comunista y que en casi todos los casos es de un tono materialista escéptico, perderían su influencia de una vez, si se les obligara a exponer sus doctrinas en letras impresas haciéndolas el objeto principal de la discusión. El efecto cultural de este género de publicación debe ser indirecto. Existen en gran cantidad órganos y libros en los cuales se puede recoger

la discusión directa; lo que aquí se necesita es que la atmósfera y el tono estén del lado bueno.

Mi tercer punto es que los colaboradores deben ser bien remunerados. No se obtiene un trabajo de alta calidad y de un género variado si no se parte de esta base. Desde luego, ciertos escritores estarán dispuestos a hacer algún trabajo gratis, pero naturalmente en pequeña escala. Puede tenerse fe en esa clase de entusiasmo para la acción directa, mas no para la indirecta.

Las condiciones difieren para cada país en cuanto al monto del subsidio requerido. En Inglaterra yo lo he expresado en un estudio e informe minucioso que hice de ese negocio, estimando que se necesitarían £ 3.000 por año. La suma parece abultada únicamente porque cuando se habla del periodismo, siempre se piensa en términos capitalistas con sus correspondientes beneficios, mientras que lo que aquí estamos considerando es un órgano que ha de usarse con un propósito especial que nada tiene que ver con los beneficios.

Ahora bien, estas revistas semanales existen con el propósito especial de estimular una política financiera o cualquier otra política relacionada con grandes capitales y amplios gastos. Debemos seguir el ejemplo. El gasto no es apreciable si se le compara con aquel que se observa en todas partes, y en cualquier actividad, que desde luego no tiene la importancia trascendente ni la urgencia de la que nos interesa. Nuestro esfuerzo misionario, y aun nuestros espectáculos para

diversión casi caritativos, alcanzan una suma total de dinero que si se la compara al subsidio de una buena revista de este género resulta insignificante: y estoy convencido, por la experiencia y por la naturaleza de las cosas, que nada puede surtir mayor efecto que una buena revista intelectual semanal; y no puede alcanzarse ese efecto sin dedicarle un subsidio anual establecido. La acción a través del libro está abierta para todos nosotros; por regla general su efecto es lento, como generalmente sucede con todos los efectos indirectos, pero es la línea de menor resistencia. El hombre que no leería el artículo de un diario o revista porque le parece "sectario", se acercará con interés a un libro que sabe está escrito desde cierto punto de vista, porque se acerca a ese libro en un estado de ánimo diferente al que tiene cuando abre su diario o su revista; un estado de ánimo más serio, más concentrado y mejor preparado para la discusión y la exposición de las cosas de primera importancia.

Existen dos dominios dentro de los cuales opera la acción del libro para la propagación de la cultura Católica y del espíritu; el primero es aquel que está directamente relacionado con una filosofía de la Fe bajo todos sus aspectos. Aun los libros de teología pura y simple interesan a los hombres que ignoran nuestra teología o que sienten manifiesta hostilidad hacia ella. La exposición y la discusión mediante la pluma, por parte de un espíritu Católico, sobre asuntos generales —tales como las biografías o los viajes— tiene un interés más amplio; basta que un hombre sea Católico

y que tenga la cultura Católica en su mente, basta que esté en simpatía con esa cultura aun cuando apenas pertenezca a ella, para que propague a través de todo lo que escriba, ya sea sobre el pasado o el presente, el sabor del Catolicismo. En esta forma lo hace conocer de una manera indirecta, y esto es tan cierto que hasta lo consigue sin tener conciencia de ello.

De todas las formas que pueden suscitar el interés mediante el libro, la más importante es la que se presenta bajo la forma histórica. Conviene hacer que los hombres se familiaricen con la raíz misma del asunto, con esta verdad primera, que la Iglesia Católica hizo nuestra cultura, que nosotros hemos heredado, aunque de manera precaria, toda la civilización dentro de la cual se desarrolló nuestro pasado y dentro de la cual vivió plenamente, y también dentro de la cual nosotros parcialmente y de una manera insegura vivimos hoy, y esa Verdad no puede sino reflejar el valor creador de esta cosa que los hombres llaman la Iglesia Católica. Déjese comprender a los hombres que la Iglesia Católica hizo a Europa y a través de Europa las sociedades que Europa ha fundado allende los mares. Déjese que comprenda la frase "Ecclesia Mater" en el sentido de sus orígenes históricos, y habremos establecido los fundamentos de todo lo que ha de venir después.

Para comenzar, en la gran mayoría de los casos, ignorará casi todo lo referente a esta verdad. Los caracteres que le han sido presentados como héroes en el pasado histórico son, en su mayor parte, caracteres

ajenos y generalmente hostiles al Catolicismo; casi con seguridad los principales caracteres de procedencia Católica le han sido presentados como valores de segundo plano o carentes de valor. Los historiadores cuyos libros le han sido dados como libros de texto, aquellos que informan la ficción que él conoce, los clásicos de su lengua, el cuerpo de la literatura con la cual está familiarizado, son los historiadores que están contra nosotros. Citemos media docena de historiadores ingleses: Macaulay, Carlyle, Gibbon, el viejo Freeman, Motley, y el escritor moderno Trevelyan (este último un producto típico de las Universidades Inglesas anti-Católicas principales de la clase gobernante).

Leyendo a Gibbon el lector aprende que la discusión de aquellas detestables verdades, cuya definición explica cómo fué creada nuestra civilización, era un pasatiempo baladí de teólogos absurdos. También se le enseña a creer, en las mismas páginas, que el advenimiento de la Fe destruyó la alta cultura de la antigüedad y que sólo nos fué dado retornar a una vida cívica plena, gracias a la ruptura de la unidad Cristiana, en la época del Renacimiento y de la Reforma.

Freeman le dice que su propio pueblo, el Inglés, desciende de un antepasado superior —con esto quiere significar los piratas del Mar del Norte— y que aquellos que ahora en Europa son naciones hostiles a la Iglesia Católica, son los nobles conductores del mundo, nuestros parientes, los cuales, según él, están situados casi en la misma cúspide que nosotros. Es a través de semejantes hombres que Prusia (generalmente llamada

Alemania) e Inglaterra han sido presentadas como estrellas gemelas de primera magnitud dentro de la constelación Europea. También se le enseña al lector que nuestras instituciones (que en realidad son Romanas) procedían, igual que nuestra sangre, de los bárbaros y no del poder Greco-Romano.

Carlyle (si es que podemos llamarlo un historiador) colocó como primer figura heroica a Federico de Prusia; Macaulay tiene un héroe y un villano sobre los cuales gasta su retórica, en verdad, excelente: el héroe es Guillermo III, un hombre que en la vida real fué un renegado y un carácter antipático a la mayoría de aquellos que tuvieron tratos con él; el villano es el Rey de Francia, la principal figura política de la Cultura Católica en su época. Motley, desde luego, escribe lo que en realidad es un simple panegírico de la plutocracia Calvinista Holandesa en conflicto con Austria y España. Nadie podría suponer leyendo esas páginas que el poder de esos Holandeses rebeldes consistía en su riqueza; que una buena mitad de aquellos a los cuales impusieron su gobierno seguían practicando la antigua religión, y que aun ahora, después de muchas generaciones de opresión, más de cuatro hombres sobre diez, entre los Holandeses, son decididamente Católicos.

Trevelyan, desde luego, no es más que el eco de su tío, el gran Macaulay.

Cito estos nombres únicamente a título de ejemplos; sólo uno de ellos merece figurar en primera fila: Gibbon. De todos modos, la perspectiva histórica, la

exposición total de nuestro desarrollo, es la propaganda proveniente del campo enemigo.

Afortunadamente, el volver a escribir la historia y exponer la verdad histórica no resulta difícil. He aquí los hechos; basta presentarlos en su orden respectivo y proporción, haciendo resaltar aquellos que se han suprimido o que no se han destacado lo suficiente concediéndoles un valor más alto, y colocando en un lugar más bajo aquellos que se han exagerado. La tarea resulta fácil excepto en un sector: el de la industria. El trabajo que hay que aprender resulta arduo, está casi intacto, aun cuando ya se esbozan los comienzos de una reforma. Debiera ser el cometido de todos los que ahora entran a formar el grupo de escritores, hasta de los que no simpatizan con aquello que puede salvar al mundo, propender al restablecimiento de la Verdad — aun cuando por interés de la Verdad en sí misma.

Conviene recordar que el efecto de esta propaganda escrita, llevada a cabo constantemente por un número creciente de hombres, es incalculable. La Fe aparece en primer lugar bajo la forma de un desafío; corre el riesgo de crear una oposición violenta, pero tiene un aliado invalorable, a saber, el hecho mismo: la realidad objetiva: la Verdad.

Desgraciadamente, por los tiempos que corren, la ficción creada sobre la historia es el dominio que la sigue en importancia. Pero la ficción que está compuesta con el objeto de obtener un argumento directo en favor de la Fe es mucho menos eficiente que la

ficción inspirada naturalmente por un conocimiento de lo que la Fe es en realidad y sus consecuencias sobre la Sociedad. El dominio intermedio de la ficción histórica asume aquí notable valor; pues el número de hombres y mujeres interesados por la ficción histórica, cuando está bien y vívidamente escrita, es mucho mayor que el de aquellos interesados por una simple narración histórica.

Además está el dominio del contra-ataque; la crítica y la destrucción de los trabajos enemigos, la acción negativa y exposición mezclada con un poco de ridículo. Es un estímulo para nosotros saber que en la batalla, en la cual quizá ya estamos comprometidos, nuestros oponentes ya han perdido la armazón: la armazón doctrinaria.

Existen, pues, brechas en las líneas opuestas a nosotros; existen grandes vacíos debido a la desaparición de los últimos vestigios de las antiguas certezas de la filosofía anti-Católica a la cual se adhirieron los Calvinistas (esto es, los Puritanos) y los Racionalistas. El progreso científico no ha confirmado el antiguo y rígido racionalismo; por el contrario, lo ha disuelto, y el adelanto de una investigación documental y el criticismo textual no ha confirmado la antigua y sólida actitud protestante hacia los orígenes Cristianos. Al contrario, ha minado esta actitud en sus cimientos y la mayor parte del edificio se viene abajo. En su momento, sedujo de una manera irracional a las inspiraciones textuales de las Escrituras Judías; procedía, por capricho, al extremo opuesto de lo que ha

sido llamado el "alto criticismo", y a su vez ahora se ha derrumbado. Es nuestra propia culpa si no ocupamos las posiciones que han sido abandonadas.

Esto en lo que se refiere a la Propaganda Impresa, ese instrumento imperfecto, insuficiente en nuestras manos, pero hoy en día necesario.

Pasemos a considerar el segundo término de nuestra proposición: un Programa — una "Plataforma".

Debemos aquí distinguir con todo cuidado, y la distinción que debemos hacer puede parecer tan sutil que resulte difícil comprenderla. No puede haber un programa social Católico, una "plataforma" política Católica en el sentido total de la palabra "Católico". Esto sería un lugar común y una perogrullada: es la consecuencia de la naturaleza misma de la Fe. La Iglesia no fué fundada, ni ha vivido para propósitos temporales; fué fundada para salvar las almas de los hombres. Su vida está debidamente dedicada a ese objeto. Cualquier programa social de reforma presentado para la solución de los males temporales no sólo es subsidiario de la tarea general del Catolicismo, sino que también es temporal — mientras que la Fe está relacionada con lo eterno.

Sin que sea menester decirlo, es obvio que una identificación con la Fe con cualquier esquema particular de arreglos sociales es a la vez irracional y tiene malas consecuencias. Pero es necesario presentar un programa particular, una "plataforma" definida que oriente a los hombres dentro de una crisis grave, cuando los asuntos temporales han tomado una dirección torcida.

De las dos soluciones opuestas, una debe estar más en consecuencia que la otra con el espíritu del Catolicismo; afrontar una solución no Católica o aun más, una solución anti-Católica, para resolver las presiones actuales recurriendo simplemente a la denuncia, no conduce a ninguna parte. Cuando se incita a los hombres a la indignación violenta, tan violenta como para llevarlos, en el peor de los casos, a la guerra civil, y a la amenaza permanente del desorden civil en el mejor de esos casos, tales indignaciones sólo pueden ser apaciguadas por la acción de la justicia. La explotación de los hombres mediante la acción de la riqueza, los postulados inhumanos de lo que se ha llamado el Capitalismo, nos han conducido al derrumbe.

Tenemos ante nosotros el hombre que dice: "Antes que sobrellevar la terrible injusticia de mi condición, la cruel inseguridad a la cual estoy condenado, la imposición arbitraria, mediante la fuerza, de las órdenes de otros hombres para su provecho y en mi detrimento, más bien que sufrir la explotación y la presión intolerable de relaciones puramente mecánicas, prefiero destruir la Sociedad bajo la cual he sufrido todos esos males. Me vengaré en seguida de los ricos a los cuales no estoy ligado por un lazo humano de lealtad o por un estatuto — dado que mis amos han negado el valor del estatuto y de los antiguos lazos humanos. Yo, a mi vez, he de despojarlos. Si he de ser un semiesclavo para beneficio de ellos, me contentaré con ser un esclavo total de la comunidad, de manera que nadie se enriquezca gracias a mi trabajo mientras

que yo estoy sumido en la desesperación. Me dicen que al destruir la propiedad estoy destruyendo la familia: contesto que tanto yo como mis compañeros no hemos tenido propiedad y sobre el particular aun el lazo de la familia está casi perdido entre nosotros. Habremos terminado con esto como con todo lo demás. Tendremos un nuevo mundo aunque signifique —y precisamente porque significa— la destrucción violenta del antiguo mundo."

Este es el espíritu sobre el cual actúa el Comunismo y sobre el cual se levanta la rebelión materialista actual. La cosa en sí misma es un levantamiento explosivo contra la justicia. Hasta aquellos que la conducen están inspirados por un sentido luminoso de la justicia, aun cuando la mayor parte, los más aptos, y desde luego los que tienen más aptitudes para mandar, están inspirados por algo muy distinto; los mueve el odio hacia todo aquello que nos ha hecho lo que somos: aquello que ha hecho nuestro arte, nuestra gloria, así como lo que nos ha precipitado a nuestra caída.

Ahora que estamos en peligro de caer, en peligro de perder aquello para lo cual los hombres deben vivir, para lo cual han vivido (en amplia escala) durante siglos, aquello gracias a lo cual los más capaces de nosotros aún desean vivir, debemos proponer remedios concretos. Las grandes Encíclicas han sugerido, no en realidad un programa, sino el espíritu sobre el cual podría definirse un programa.

De ese programa, el responsable debe ser el individuo que lo propone y no la Iglesia. Aunque proceda

de individuos Católicos o en simpatía con el Catolicismo o aun de aquellos que sólo perciben (como miles están comenzando a percibirlo más y más claramente) que la Fe es la única barrera efectiva contra la ruina — el programa no es en sí mismo un programa Católico. Está abierto al cristianismo completo y aun a la negación por parte de aquellos que están en simpatía con el Catolicismo como lo están sus mismos promotores. Permítaseles que presenten un programa alternado, pues el programa es sólo un medio para alcanzar un fin. Es lo que concebimos, en tanto que individuos, como un producto de la filosofía Católica; pero su objeto no es realizarse a sí mismo, sino realizar una Sociedad Católica, o en cualquier forma el sentido Católico de la justicia ha de dar sus frutos.

Proponemos ciertas instituciones, la resurrección de la Corporación o del esfuerzo corporativo o de los cuerpos industriales, gobernándose a sí mismos, donde los miembros serán propietarios, pero propietarios protegidos de los efectos de la Competencia irreprimida, el extremo de la cual destruye el promedio de los hombres para provecho de los ricos.

Afortunadamente, ya tenemos la propiedad colegiada, las Grandes Órdenes están hoy sólidamente establecidas sobre una fuerte base económica; trabajemos para su expansión y para que su acción se haga sentir no sólo en el campo educativo sino también en el industrial; es esta una proposición que puede parecer nueva, pero que yo creo fecunda.

Trabajemos en forma ininterrumpida para restau-

rar la propiedad bien dividida, de la cual dependen la libertad económica y desde luego la dignidad y permanencia de la familia. Propongamos su restauración introduciendo el impuesto progresivo y garantizando su persistencia mediante leyes fundamentales que controlen la presión económica de las grandes acumulaciones.

Pero, sobre todo, no trabajemos con anteojeras, con nuestra mirada confinada a los paliativos del momento. No conviene permanecer para siempre atentos a la mejoría del sistema de los sueldos, dado que ese sistema en sí mismo está dentro de la contextura de los males que nos proponemos curar. La obtención del triunfo es una necesidad inmediata e imperativa, pues las cosas han llegado a un punto que, si fracasa esa regulación, la Sociedad no podrá continuar existiendo. Y lo mismo se aplica, en verdad, al socorro bajo todas sus formas. Dentro de la destrucción actual de la pequeña propiedad, los hombres que debían ser propietarios pueden sólo vivir como esclavos a sueldo o gracias al socorro público. Mas la protesta en favor de sueldos equitativos no llega a la raíz del asunto.

El Comunismo llega a la raíz del asunto y los hombres adhieren a él porque ven con claridad que así lo hace.

Una división justa, creciente y permanente de la propiedad hasta alcanzar un número determinante de familias propietarias que sean, por lo tanto, económicamente libres, llegaría igualmente a la raíz del asunto si apareciera como un esquema positivo político que

pudiera conducir a los hombres, lo mismo que los conduce su oponente inmediato, el Comunismo. Es una solución que aun los más desesperados comprenderían y aceptarían siempre que la vieran llevada a la práctica.

Cierro mi libro con estas reflexiones. Son reflexiones personales y, por lo tanto, no pretenden presentar mi interpretación de asunto tan trascendente como una forma destinada a obtener fácilmente el acuerdo universal. Aun cuando el programa esbozado resulte conveniente, el ritmo que debe imprimirse a nuestra labor y los métodos que han de emplearse para llevarlo a cabo, proporcionarán tema para amplios y múltiples debates. Es una propuesta particular y sería falso y ridículo conferirle un carácter de orden general. Pero ella me ha seducido al examinar una crisis tan grave, donde todo está implicado, y puedo agregar que la solución de esa crisis no admite una demora indefinida.

ÍNDICE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN BUENOS AIRES, EL DÍA TREINTA DE ENERO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y CINCO, EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE J. HAYS BELL, BRANDSEN Y GABOTO